

HUMMO y ESPEJOS



Neil
Gaiman

de

Sumérgete, en esta antología de relatos cortos en el mundo fantástico, erótico y onírico de Neil Gaiman, el guionista de cómics más premiado y leído de la década de los 90.



Neil Gaiman

Humo y espejos

ePub r1.2
Banshee 17.07.16

Título original: *Smoke and Mirrors*

Neil Gaiman, 1999

Traducción: Olinda Cordukes

Diseño de portada: orhi

Editor digital: Banshee

Primera Editora: Elle518

Corrección de erratas: Kyrylys, dekisi, bent

ePub base r1.2



Para Ellen Datlow y Steve Jones

Pero donde hay un monstruo hay un milagro.
—OGDEN NASH, *APENAS EXISTEN DRAGONES*.

LEYENDO LAS ENTRAÑAS: UN RONDEL

«—Quiero decir —dijo ella—, que uno no puede evitar hacerse mayor.

—Quizá *uno* no pueda —dijo Humpty Dumpty—, pero *dos* sí. Con la ayuda adecuada, podrías haberte quedado en los siete años.»

—LEWIS CARROLL, *A TRAVÉS DEL ESPEJO*.

Lo llamarán azar o suerte o lo llamarán destino,
las cartas y las estrellas que no dejan de dar vueltas.
El mañana se manifiesta y trae la cuenta
de cada beso y muerte, los pequeños y los grandes.
¿Quieres saber el futuro, cielo? Pues espera:
contestaré a tus preguntas impacientes. Aun así,
lo llamarán azar o suerte o lo llamarán destino,

las cartas y las estrellas que no dejan de dar vueltas.
Vendré a ti esta noche, querido, cuando sea tarde,
no me verás; quizá sientas un escalofrío.
Esperaré a que duermas, después me saciaré,
y ahí estará servido tu futuro.
Lo llamarán azar o suerte o lo llamarán destino.

INTRODUCCIÓN

Escribir es volar en sueños.
Cuando te acuerdas. Cuando puedes. Cuando funciona.
Es así de fácil.

—LIBRETA DEL AUTOR, FEBRERO DE 1992.

Lo hacen con espejos. Es un cliché, por supuesto, pero también es verdad. Los magos los han estado utilizando, colocados normalmente en un ángulo de cuarenta y cinco grados, desde que los victorianos comenzaron a fabricar espejos fiables y claros en grandes cantidades, hace bastante más de cien años. John Nevil Maskelyne empezó, en 1862, con un armario que, gracias a un espejo colocado con astucia, ocultaba más de lo que dejaba ver.

Los espejos son objetos maravillosos. Parece que digan la verdad, que nos devuelvan el reflejo de la vida; pero pon uno en la posición adecuada y mentirá tan convincentemente que creerás que algo ha desaparecido sin dejar rastro, que una caja llena de palomas y banderas y arañas en realidad está vacía, que la gente escondida tras los bastidores o en el foso son fantasmas que flotan sobre el escenario. Oriéntalo bien y el espejo se convierte en una ventana mágica; mostrará cualquier cosa que puedas imaginarte y quizá algunas que no puedas.

(El humo difumina los bordes de las cosas.)

Los cuentos son, de un modo u otro, espejos. Los usamos para explicarnos cómo funciona el mundo o cómo no funciona. Igual que los espejos, los cuentos nos preparan para el día venidero. Nos distraen de las cosas que hay en la oscuridad.

La fantasía, y toda la ficción es una fantasía de un tipo u otro, es un espejo. Un espejo deformante, desde luego, y ocultador, si está colocado a cuarenta y cinco grados de la realidad, pero aun así no deja de ser un espejo, que podemos utilizar para decirnos cosas que tal vez de otro modo no entenderíamos. (Los cuentos de hadas, como dijo una vez G. K. Chesterton, son más que verídicos. No porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos dicen que a los dragones se les puede vencer.)

El invierno ha empezado hoy. El cielo se ha vuelto gris y se ha puesto a nevar y no ha dejado de hacerlo hasta bastante después de que anochebiese. Estaba sentado en

la oscuridad y miraba la nieve que caía, y los copos brillaban con luz trémula mientras bailaban entrando y saliendo de la luz, y yo me preguntaba de dónde venían las historias.

Éstas son las cosas sobre las que uno se pregunta cuando se gana la vida inventando historias. Sigo sin estar convencido de que sea la actividad más apropiada para un adulto, pero ahora es demasiado tarde: parece que tengo una carrera con la que disfruto y que no supone levantarse demasiado pronto por la mañana. (Cuando era pequeño, los mayores solían decirme que no me inventara cosas y me advertían de lo que me sucedería si lo hacía. Que yo sepa, hasta ahora parece que supone hacer muchos viajes al extranjero y no tener que levantarse demasiado pronto por la mañana.)

La mayoría de las historias de este libro las escribí para entretener a los diversos editores que me habían pedido relatos para antologías específicas («Es para una antología de cuentos sobre el Santo Grial», «...sobre sexo», «...de cuentos de hadas adaptados para adultos», «...sobre sexo y terror», «...sobre historias de venganza», «...sobre la superstición», «...sobre más sexo»). Algunas las escribí para divertirme o, más precisamente, para sacarme una idea o una imagen de la cabeza y concretarla en papel. Lo que a mí me parece una buena razón para escribir: liberar demonios, dejarlos volar. Algunos de los cuentos empezaron sin darme cuenta: fantasías y curiosidades que se me fueron de las manos.

Una vez me inventé un cuento como regalo de boda para unos amigos. Trataba de una pareja a la que le regalaban un cuento el día de su boda. No era un cuento tranquilizador. Después de haberlo inventado, decidí que probablemente preferirían un tostador, así que les compré un tostador y hasta hoy no he puesto el cuento por escrito. Sigue en el fondo de mi mente, esperando a que se case alguien que lo aprecie.

Se me ocurre ahora (mientras escribo esta introducción en tinta azul oscuro para pluma estilográfica en una libreta encuadernada en negro, por si os lo estabais preguntando) que, aunque de un modo u otro la mayoría de los cuentos de este libro tratan de algún tipo de amor, no hay demasiados cuentos felices, cuentos de amor bien correspondido que compensen todos los otros tipos que encontraréis aquí; y, es más, se me ocurre que hay gente que no lee las introducciones. No obstante, después de todo, algunos de vosotros quizá tengáis una boda algún día. Así que para todos los que sí leéis introducciones, aquí está el cuento que no escribí. (Y si no me gusta el cuento cuando esté escrito, siempre puedo tachar este párrafo y nunca sabréis que dejé de escribir la introducción para empezar a escribir un cuento.)

EL REGALO DE BODA

Después de las alegrías y los quebraderos de cabeza de la boda, después de la locura y la magia de todo el acontecimiento (sin olvidar la vergüenza por el discurso del

padre de Belinda al final de la cena, con proyección de diapositivas de familia y todo), después de que la luna de miel se hubiera acabado literalmente (aunque metafóricamente aún no) y antes de que sus nuevos bronceados se hubiesen atenuado en el otoño inglés, Belinda y Gordon se pusieron manos a la obra para abrir los regalos de boda y escribir las cartas de agradecimiento: por cada toalla y cada tostadora, por el exprimidor y la máquina de hacer pan, por la cubertería y la vajilla y el juego de té y las cortinas.

—Bien —dijo Gordon—. Los objetos grandes ya están. ¿Qué nos queda?

—Sobres con cosas dentro —dijo Belinda—. Cheques, espero.

Había varios cheques, unos cuantos vales para regalos e incluso un vale de diez libras de parte de Marie, la tía de Gordon, que era más pobre que las ratas, le dijo Gordon a Belinda, pero un encanto, y que le había enviado un vale para un libro cada año por su cumpleaños desde que tenía memoria. Y entonces, debajo de todo el montón, había un sobre grande marrón y sobrio.

—¿Qué es? —preguntó Belinda.

Gordon abrió la solapa y sacó una hoja de papel de color de crema agria, rasgada por arriba y por abajo, con algo mecanografiado en una cara. Las palabras estaban escritas con una máquina de escribir manual, algo que Gordon no había visto desde hacía varios años. Leyó la página lentamente.

—¿Qué es? —preguntó Belinda—. ¿De quién es?

—No lo sé —dijo Gordon—. De alguien que aún tiene una máquina de escribir. No está firmada.

—¿Es una carta?

—No exactamente —dijo él, y se rascó una aleta de la nariz y la volvió a leer.

—Bueno —dijo ella con voz exasperada (aunque no estaba exasperada de verdad; estaba contenta. Se despertaba por la mañana y comprobaba si aún estaba tan contenta como lo había estado cuando se fue a dormir la noche anterior o cuando Gordon la había despertado por la noche al rozarla o cuando ella le había despertado a él. Y sí lo estaba)—. Bueno, ¿qué es?

—Parece que es una descripción de nuestra boda —dijo él—. Está muy bien escrita. Toma —y se la pasó.

En un día frío y despejado de principios de octubre Gordon Robert Johnson y Belinda Karen Abingdon prometieron amarse el uno al otro, ayudarse y honrarse mientras viviesen. La novia estaba radiante y preciosa, el novio estaba nervioso, pero se le notaba orgulloso y también contento.

Ella la examinó.

Así es como empezaba. Pasaba a describir la ceremonia y la fiesta con claridad y sencillez y de forma entretenida.

—¿Qué gracia —dijo ella—. ¿Qué pone en el sobre?

—«La boda de Gordon y Belinda» —leyó él.

—¿No hay ningún nombre? ¿Nada que indique quién lo envió?

—No.

—Pues tiene mucha gracia y es un detalle —dijo ella—. Sea de quien sea.

Belinda miró dentro del sobre para ver si había algo que hubiesen pasado por alto, una nota de fuera cual fuese de sus amigos (o de Gordon, o de ambos) que lo hubiera escrito, pero no había nada, así que, ligeramente aliviada de que hubiera una nota de agradecimiento menos que escribir, volvió a poner la hoja de papel crema en el sobre, que puso en un archivador, junto a una copia del menú del banquete nupcial, los contactos de las fotos de la boda y una rosa blanca del ramo.

Gordon era arquitecto y Belinda era veterinaria. Para ambos lo que hacían era una vocación, no un trabajo. Tenían poco más de veinte años. Ninguno de los dos había estado casado antes, ni siquiera habían tenido una relación seria con otra persona. Se conocieron cuando Gordon trajo a su perro cobrador dorado, Goldie, una hembra de trece años, de hocico gris y medio paralizada, al consultorio de Belinda para que la matase. Había tenido a la perra desde que era un niño e insistió en estar con ella al final. Belinda le cogió la mano mientras él lloraba y entonces, de repente y de modo poco profesional, le abrazó, con fuerza, como si, estrujándole, pudiese quitarle el dolor y la pérdida y la pena. Uno le preguntó al otro si podían verse esa tarde en el bar del barrio para tomar una copa y, después, ninguno de los dos estaba seguro de quién lo había propuesto.

Lo más importante que hay que saber sobre sus dos primeros años de matrimonio es que fueron bastante felices. De vez en cuando reñían y, ocasionalmente, tenían una discusión tremenda por muy poca cosa que solía acabar en una reconciliación llena de lágrimas y, entonces, hacían el amor y se quitaban las lágrimas a besos el uno al otro y se susurraban al oído disculpas sinceras. Al final del segundo año, seis meses después de que dejara de tomar la píldora, Belinda descubrió que estaba embarazada.

Gordon le compró una pulsera con incrustaciones de rubíes diminutos y convirtió el cuarto de los invitados en el de los niños, empapelándolo él mismo. El papel pintado estaba cubierto de personajes de canciones infantiles, con la pequeña Bo Peep y Humpty Dumpty y el Plato que se escapaba con la Cuchara, repetidos una y otra vez.

Belinda volvió a casa del hospital, con la pequeña Melanie en su capazo, y la madre de Belinda vino a pasar una semana con ellos y durmió en el sofá de la sala.

Habían pasado tres días cuando Belinda sacó el archivador para enseñarle a su madre los recuerdos de la boda y para recordar aquel día. Parecía que su boda hubiese ocurrido hacía ya tanto tiempo. Sonrieron al ver aquella cosa marrón y seca en que se había convertido la rosa blanca y se regocijaron al leer el menú y la invitación. En el fondo de la caja había un sobre grande y marrón.

—«La boda de Gordon y Belinda» —leyó la madre de Belinda.

—Es una descripción de nuestra boda —dijo Belinda—. Tiene mucha gracia.

Incluso hay una parte sobre la proyección de diapositivas de papá.

Belinda abrió el sobre y sacó la hoja de papel crema. Leyó lo que estaba escrito en el papel e hizo una mueca. Entonces lo guardó sin decir nada.

—¿No puedo verla, cielo? —preguntó su madre.

—Creo que Gordon me ha gastado una broma —dijo Belinda—. Y no es de muy buen gusto, la verdad.

Belinda estaba sentada en la cama aquella noche, dando de mamar a Melanie, cuando le dijo a Gordon, que estaba mirando con sonrisa de tonto a su mujer y a su hija recién nacida, «Cariño, ¿por qué escribiste esas cosas?»

—¿Qué cosas?

—En la carta. Aquello de la boda. Ya sabes.

—No, no sé.

—No me ha hecho ninguna gracia.

Él suspiró.

—¿De qué estás hablando?

Belinda señaló el archivador, que había traído arriba y colocado sobre el tocador. Gordon lo abrió y sacó el sobre. «¿Siempre ha puesto esto en el sobre?», preguntó. «Pensé que ponía algo sobre nuestra boda». Entonces sacó y leyó la hoja de papel con los bordes rasgados y arrugó la frente. «Yo no he escrito esto». Le dio la vuelta al papel y miró el lado en blanco como si esperase ver alguna otra cosa escrita ahí.

—¿No lo escribiste tú? —preguntó ella—. ¿De verdad que no? —Gordon negó con la cabeza. Belinda le limpió al bebé un chorrito de leche que le caía por la barbilla—. Te creo —dijo—. Pensé que lo habías escrito tú, pero no lo hiciste.

—No.

—Déjame verlo otra vez —dijo ella. Él le pasó el papel—. Es tan raro. No tiene ninguna gracia y ni siquiera es cierto.

Escrito a máquina en el papel había una breve descripción de los dos años anteriores de Gordon y Belinda. No habían sido dos años buenos, según la hoja mecanografiada. Seis meses después de haberse casado, a Belinda le mordió un pequinés en la mejilla y fue tan grave que tuvieron que suturarle la herida. Le había quedado una cicatriz muy fea. Peor que eso, se le habían dañado los nervios y empezó a beber, quizá para aplacar el dolor. Sospechaba que a Gordon le repugnaba su cara, mientras que el bebé recién nacido, decía el papel, era un intento desesperado de unir a la pareja.

—¿Por qué tenían que decir algo así? —preguntó ella.

—¿Quiénes?

—Quien quiera que haya escrito esta cosa horrible —se pasó un dedo por la mejilla: estaba perfecta y sin marcas. Era una mujer joven y muy hermosa, aunque en aquel momento se la veía cansada y frágil.

—¿Cómo sabes que son más de uno?

—No lo sé —dijo ella, pasando al bebé al pecho izquierdo—. Parece cosa de más

de uno. Escribir eso y cambiarlo por la carta vieja y esperar a que uno de nosotros lo leyera... Vamos, Melanie, pequeña, ya está, eres una niña estupenda...

—¿La tiro?

—Sí. No. No lo sé. Creo que... —le acarició la frente al bebé—. Guárdala. Tal vez la necesitemos como prueba. Me pregunto si fue Al quien lo organizó.

Al era el hermano menor de Gordon.

Gordon volvió a poner el papel en el sobre y puso el sobre en el archivador. Lo metieron debajo de la cama y, más o menos, lo olvidaron.

Entre que tenían que dar de comer a Melanie por la noche y que ésta lloraba constantemente, ya que era propensa a los cólicos, ninguno de los dos durmió mucho durante los meses siguientes. El archivador se quedó debajo de la cama. Y entonces a Gordon le ofrecieron un trabajo en Preston, a varios cientos de kilómetros al norte y, ya que Belinda estaba de baja laboral y no tenía planeado volver de inmediato al trabajo, la idea le atrajo bastante. Así que se mudaron.

Encontraron una casa adosada en una calle empedrada, alta y vieja y profunda. Belinda hacía suplencias de vez en cuando para el veterinario del barrio, examinando a animales pequeños y a mascotas. Cuando Melanie tenía dieciocho meses, Belinda dio a luz a un hijo, al que llamaron Kevin por el difunto abuelo de Gordon.

A Gordon le hicieron socio de pleno derecho del estudio de arquitectos. Cuando Kevin empezó a ir al jardín de infancia. Belinda volvió a trabajar.

El archivador nunca se perdió. Estaba en uno de los cuartos de invitados que había en el último piso, bajo una pila tambaleante de ejemplares de *La revista del arquitecto* y el *Boletín arquitectónico*. De vez en cuando, Belinda pensaba en el archivador y en lo que contenía, y una noche en la que Gordon estaba en Escocia, adonde había ido a consultar las reformas de una casa solariega, hizo algo más que pensar.

Los dos niños estaban durmiendo. Belinda subió las escaleras hasta la parte sin decorar de la casa. Apartó las revistas y abrió la caja que, donde no había estado tapada por las revistas, estaba cubierta del polvo de dos años. En el sobre aún ponía *La boda de Gordon y Belinda*, y la verdad era que Belinda no sabía si alguna vez había puesto otra cosa.

Sacó el papel del sobre y lo leyó. Luego lo guardó y se quedó allí sentada, en el último piso, sintiéndose sobrecogida y mareada.

Según el mensaje cuidadosamente mecanografiado, Kevin, su segundo hijo, no había nacido; había perdido al bebé a los cinco meses. Desde entonces, Belinda había estado sufriendo frecuentes ataques de una depresión sombría y profunda. Gordon casi nunca estaba en casa, decía el papel, porque tenía un lío bastante lamentable con la socia mayoritaria de la compañía, una mujer muy atractiva pero nerviosa que era diez años mayor que él. Belinda bebía más y solía ponerse cuellos altos y pañuelos para esconder la cicatriz con forma de telaraña que tenía en la mejilla. Belinda y Gordon hablaban poco, a excepción de las discusiones pequeñas e insignificantes de

aquellos que temen las grandes discusiones, pues sabían que lo único que quedaba por decir era demasiado enorme para decirlo sin destruir sus vidas.

Belinda no le dijo nada a Gordon sobre la última versión de *La boda de Gordon y Belinda*. Pero la leyó él mismo, o algo bastante parecido, varios meses después, cuando la madre de Belinda se puso enferma y Belinda fue al sur una semana para ayudar a cuidarla.

En la hoja de papel que Gordon sacó del sobre había un retrato del matrimonio similar al que Belinda había leído, aunque, en ese momento, su lío con la jefa había acabado mal y su trabajo corría peligro.

A Gordon le gustaba bastante su jefa, pero no era capaz de imaginarse a sí mismo teniendo una relación romántica con ella. Disfrutaba de su trabajo, aunque quería algo que le supusiera un reto mayor.

La madre de Belinda mejoró y Belinda volvió a casa en menos de una semana. Su marido y los niños estaban aliviados y encantados de verla.

Gordon no le habló del sobre a Belinda hasta Nochebuena.

—Tú también lo has mirado, ¿verdad? —habían entrado sigilosamente en los cuartos de los niños a primeras horas de la noche y habían rellenado los calcetines que sus hijos habían colgado para los regalos de Navidad.

Gordon se había sentido eufórico al atravesar la casa, al quedarse parado junto a las camas de sus hijos, pero era una euforia teñida de una pena profunda: el saber que aquellos momentos de felicidad absoluta no podían durar; que uno no podía detener el Tiempo.

Belinda sabía a qué se refería.

—Sí —dijo—, lo he leído.

—¿Qué opinas?

—Bueno —dijo ella—. Ya no creo que sea una broma. Ni siquiera una broma de muy mal gusto.

—Mm —dijo él—. ¿Entonces qué es?

Estaban en la sala de la parte delantera de la casa con las luces atenuadas, y el tronco que ardía sobre el lecho de carbón iluminaba la habitación con una luz parpadeante naranja y amarilla.

—Creo que es un regalo de boda de verdad —le dijo Belinda a Gordon—. Es el matrimonio que no estamos teniendo. Lo malo está sucediendo allí, en la página, no aquí, en nuestras vidas. En vez de vivirlo, lo estamos leyendo, sabiendo que podría haber salido así y también que nunca lo hizo.

—¿Estás diciendo que es mágico? —no lo habría dicho en voz alta, pero era Nochebuena y las luces estaban amortiguadas.

—No creo en la magia —negó ella rotundamente—. Es un regalo de boda y creo que deberíamos guardarlo en un lugar seguro.

El veintiséis de diciembre Belinda sacó el sobre del archivador y lo puso en el joyero, que siempre mantenía cerrado con llave, donde lo dejó extendido bajo los

collares y los anillos, las pulseras y los broches.

La primavera se convirtió en verano. El invierno se convirtió en primavera.

Gordon estaba exhausto. De día trabajaba para clientes, diseñando y actuando de enlace con los constructores y los contratistas; de noche solía quedarse levantado hasta tarde, trabajando por cuenta propia, diseñando museos y galerías y edificios públicos para concursos. Algunas veces sus diseños recibían menciones honoríficas y salían en revistas de arquitectura.

Belinda trabajaba más con animales grandes y eso le gustaba, visitaba a granjeros y examinaba y trataba a caballos, ovejas y vacas. Algunas veces, cuando hacía las visitas, se llevaba a los niños con ella.

Su teléfono móvil sonó cuando estaba en un prado intentando examinar a una cabra preñada que resultó que no tenía ningún deseo de que la cogieran y aún menos de que la examinaran. Se retiró de la batalla, dejando a la cabra que la miraba furiosa desde el otro lado del campo, y abrió el teléfono con el pulgar.

—¿Sí?

—¿Sabes qué?

—Hola, cariño. Hum. ¿Has ganado la lotería?

—No. Pero casi. El diseño que hice para el Museo de Patrimonio Británico ha sido preseleccionado. Todavía quedan algunos contendientes, pero la lista es muy corta.

—¡Eso es maravilloso!

—He hablado con la Sra. Fulbright y le pediré a Sonja que nos haga de canguro esta noche. Vamos a celebrarlo.

—Genial. Te quiero —dijo ella—. Ahora tengo que volver a ocuparme de la cabra.

Bebieron demasiado champán durante una excelente cena de celebración. Esa noche en su dormitorio, mientras se quitaba los pendientes, Belinda dijo:

—¿Miramos qué pone en el regalo de boda?

Gordon la miró con gravedad desde la cama. Sólo llevaba puestos los calcetines.

—No, creo que no. Es una noche especial. ¿Por qué estropearla?

Belinda puso los pendientes en el joyero y lo cerró con llave. Luego se quitó las medias.

—Supongo que tienes razón. De todos modos, ya me imagino lo que pone. Yo estoy borracha y deprimida y tú eres un triste perdedor. Mientras tanto, estamos... bueno, la verdad es que *estoy* un poquitín achispada, pero eso no es lo que quiero decir. Está ahí, sin más, en el fondo del joyero, como el cuadro que había en el ático en *El retrato de Dorian Gray*.

—«Y sólo lo reconocieron por los anillos». Sí. Me acuerdo. Lo leímos en el colegio.

—Eso es lo que me asusta en realidad —dijo ella, poniéndose un camisón de algodón—. Que lo que hay en el papel sea el auténtico retrato de nuestro matrimonio

en estos momentos y que lo que tenemos ahora no sea más que un cuadro bonito. Que eso sea real y nosotros no. Quiero decir —en ese momento hablaba muy concentrada, con la gravedad de los que están ligeramente borrachos—, ¿nunca piensas que lo nuestro es demasiado bueno para ser verdad?

Él asintió.

—A veces. Esta noche, desde luego que sí.

Ella se estremeció.

—A lo mejor sí que *estoy* borracha y tengo un mordisco de perro en la mejilla y tú te follas todo lo que se te pone por delante y Kevin nunca nació y... todo eso otro tan horrible.

Gordon se levantó, caminó hacia ella, la rodeó con los brazos.

—Pero no es verdad —señaló—. Esto es real. Tú eres real. Yo soy real. Ese regalo de boda es sólo un cuento. No son más que palabras.

Y la besó y la abrazó con fuerza, y ya no hablaron mucho más esa noche.

Pasaron seis largos meses hasta que se anunció que el diseño de Gordon para el Museo del Patrimonio Británico había ganado, aunque lo ridiculizaron en *The Times* por ser demasiado «agresivamente moderno» y en varias revistas de arquitectura por ser demasiado anticuado, y uno de los jueces le describió, en una entrevista para el *Sunday Telegraph*, como «un candidato que era, en cierta manera, aceptable para todos. La segunda elección de todo el mundo».

Se mudaron a Londres, tras alquilar la casa de Preston a un pintor y a su familia, porque Belinda no quería que Gordon la vendiera. Gordon trabajaba intensa y felizmente en el proyecto del museo. Kevin tenía seis años y Melanie ocho. Melanie descubrió que Londres la intimidaba, pero a Kevin le encantó. Al principio, los dos niños estaban consternados porque se habían quedado sin sus amigos y su colegio. Belinda encontró un empleo a tiempo parcial en una pequeña clínica de animales en Camden, donde trabajaba tres tardes a la semana. Echaba de menos a las vacas.

Los días en Londres se convirtieron en meses y luego en años y, a pesar de algún revés presupuestario ocasional, Gordon estaba cada vez más entusiasmado. Se acercaba el día en que empezaría la primera fase del museo.

Una noche Belinda se despertó de madrugada y observó a su marido dormido a la luz amarillo sodio de la farola que había fuera, tras la ventana de su dormitorio. Las entradas se le pronunciaban cada vez más y estaba perdiendo el pelo de la parte de atrás de la cabeza. Belinda se preguntó cómo sería su vida cuando estuviera casada con un hombre calvo. Decidió que sería muy parecida a la vida que había llevado hasta entonces. Casi siempre feliz. Casi siempre buena.

Se preguntó qué les estaría pasando a *ellos* en el sobre. Sentía su presencia, seca e inquietante, en el rincón del dormitorio, guardada bajo llave y a salvo. Se compadeció, de repente, de la Belinda y el Gordon atrapados en el sobre en su papel, odiándose el uno al otro y a todo lo demás.

Gordon empezó a roncar. Ella le besó, suavemente, en la mejilla y dijo, «Sssh».

Él se movió y se calló, pero no se despertó. Ella se le arrimó y pronto volvió a quedarse dormida.

Después de comer, al día siguiente, en plena conversación con un importador de mármol toscano, Gordon puso cara de mucha sorpresa y se llevó una mano al pecho. Dijo, «Lo siento muchísimo», y entonces se le doblaron las rodillas y cayó al suelo. Llamaron a una ambulancia pero, cuando llegó, Gordon ya estaba muerto. Tenía treinta y seis años.

En la investigación el juez de instrucción anunció que la autopsia había demostrado que Gordon sufría del corazón por un defecto congénito. Podía haberle fallado en cualquier momento.

Los primeros tres días después de la muerte de Gordon, Belinda no sintió nada, una nada profunda y horrible. Consoló a los niños, habló con sus amigos y con los amigos de Gordon, con su familia y la familia de Gordon, aceptando sus condolencias con cortesía y delicadeza, como se aceptan regalos que no se han pedido. Escuchaba a gente que lloraba por Gordon, algo que ella todavía no había hecho. Decía todas las cosas correctas y no sentía nada en absoluto.

Melanie, que tenía once años, parecía que lo llevaba bien. Kevin abandonó los libros y los videojuegos y se quedó sentado en su dormitorio, mirando por la ventana, sin querer hablar.

El día después del funeral los padres de Belinda regresaron al campo, llevándose a los dos niños con ellos. Belinda no quiso ir. Había, dijo, demasiado que hacer.

El cuarto día después del funeral estaba haciendo la cama de matrimonio que ella y Gordon habían compartido, cuando empezó a llorar y los sollozos la atravesaron con espasmos de dolor enormes y feos y le cayeron las lágrimas del rostro a la colcha y le gotearon mocos transparentes de la nariz y se sentó en el suelo de repente, como una marioneta a la que le han cortado los hilos y lloró durante casi una hora, porque sabía que no le volvería a ver.

Se secó la cara. Luego abrió el joyero y sacó el sobre y lo abrió. Extrajo la hoja de papel de color crema y leyó las palabras cuidadosamente mecanografiadas. La Belinda del papel había tenido un accidente con el coche cuando estaba borracha y estaba a punto de perder el permiso de conducir. Ella y Gordon llevaban días sin hablarse. Él había perdido su empleo hacía unos dieciocho meses y se pasaba casi todos los días sentado sin hacer nada en la casa de Salford. Sacaban todo el dinero que tenían con el trabajo de Belinda. Melanie estaba fuera de control: Belinda, mientras limpiaba la habitación de Melanie, había encontrado un alijo de billetes de cinco y diez libras. Melanie no había dado ninguna explicación sobre cómo una niña de once años había conseguido el dinero, sólo se había encerrado en su habitación y les miraba furiosa y muda, cuando la interrogaban. Ni Gordon ni Belinda habían hecho más averiguaciones, asustados por lo que podrían haber descubierto. La casa de Salford estaba sucia y húmeda, tanto que el revoque se caía del techo a pedazos enormes que se deshacían, y los tres habían contraído feas toses bronquiales.

Belinda les compadecía.

Volvió a meter el papel en el sobre. Se preguntó cómo sería odiar a Gordon, que él la odiase. Se preguntó cómo sería no tener a Kevin en su vida, no ver sus dibujos de aviones ni oír sus interpretaciones magníficamente desafinadas de canciones populares. Se preguntó de dónde habría sacado Melanie —la otra Melanie, no *su* Melanie sino la Melanie que estaría allí de no haber sido por la gracia de Dios— ese dinero y se sintió aliviada de que su propia Melanie pareciera estar interesada en pocas cosas aparte del ballet y los libros de Enid Blyton.

Echaba tanto de menos a Gordon que sentía como si le estuvieran clavando algo afilado en el pecho, un pincho, quizá, o un carámbano de hielo, hecho de frío y soledad y del conocimiento de que no le volvería a ver en este mundo.

Entonces llevó el sobre abajo, a la sala, donde un fuego de carbón ardía en la chimenea, porque a Gordon le habían encantado los fuegos. Decía que una chimenea le daba vida a una habitación. A ella no le gustaban los fuegos de carbón, pero lo había encendido esa noche por rutina y por costumbre, y porque no encenderlo habría significado reconocer que, a un nivel absoluto, él no volvería jamás a casa.

Belinda se quedó mirando el fuego durante un rato, pensando en lo que tenía en la vida y en las cosas a las que había renunciado; y en si sería peor amar a alguien que ya no estaba allí o no amar a alguien que sí lo estaba.

Y entonces, al final, casi por casualidad, lanzó el sobre al fuego y observó cómo se ondulaba y se ennegrecía y prendía, observó las llamas amarillas que bailaban en medio del azul.

Pronto, el regalo de boda no era más que unas virutas negras de ceniza que bailaban con las corrientes ascendentes y subían por la chimenea, como una carta de un niño a Santa Claus, para perderse en la noche.

Belinda se recostó en la silla y cerró los ojos y esperó a que la cicatriz le brotara en la mejilla.

Así que éste es el cuento que no escribí para la boda de mis amigos. Aunque, por supuesto, *no* es el cuento que no escribí, ni siquiera es el cuento que me había propuesto escribir cuando lo empecé, algunas páginas atrás. El cuento que pensé que me proponía escribir era mucho más corto, mucho más como una fábula, y no acababa así. (Ya no sé cómo terminaba. Tenía algún final, pero una vez que el cuento estaba en marcha el final verdadero se hizo inevitable.)

La mayoría de los cuentos de este volumen tienen eso en común: el sitio donde acabaron llegando no era adonde yo esperaba que fuesen cuando los empecé. A veces la única forma de saber que un cuento había finalizado era cuando ya no quedaban palabras para escribir.

Los editores que me piden cuentos sobre «...lo que quieras. En serio. Cualquier cosa. Simplemente escribe el cuento que siempre has querido escribir» casi nunca consiguen que les dé nada.

En este caso, Lawrence Schimel me escribió para pedirme un poema de introducción para su antología de cuentos sobre la predicción del futuro. Quería una de las formas poéticas con versos repetidos, como una villanela o un pantum, que recordase el modo en que inevitablemente llegamos a nuestro futuro.

Así que le escribí un rondel sobre los placeres y los peligros de la adivinación y puse a modo de introducción el chiste más triste de *A través del espejo*. No sé por qué, pero parecía un punto de partida excelente para este libro.

CABALLERÍA

Tenía una mala semana. El guión que se suponía que debía escribir no quería salir y me había pasado días delante de una pantalla blanca, escribiendo de vez en cuando una palabra como *la* y mirándola durante una hora más o menos, para luego, despacio, letra a letra, borrarla y escribir *y* o *pero* en su lugar. Entonces salía sin guardar los datos. Ed Kramer me llamó y me recordó que le debía un cuento para una antología sobre el Santo Grial que estaba editando con el omnipresente Marty Greenberg. Y al ver que no ocurría nada más y que este cuento estaba vivo en alguna parte de mí, dije que por supuesto.

Lo escribí en un fin de semana, un don de los dioses, fácil y con sabor a gloria. De pronto era un escritor transformado: me reía ante el peligro y escupía a los zapatos del bloqueo mental del escritor. Entonces me senté y me quedé mirando tristemente la pantalla blanca durante otra semana, porque los dioses tienen sentido del humor.

Hace varios años, en una gira para firmar libros, alguien me dio un ejemplar de un trabajo académico sobre la teoría del lenguaje feminista que comparaba y contrastaba «Caballería», «La dama de Shalott» de Tennyson y una canción de Madonna. Algún día espero escribir un cuento llamado «El hombre lobo de la Sra. Whitaker» y me pregunto qué clase de trabajos podría motivar.

Cuando hago lecturas en directo, tiendo a empezar con este cuento. Lo encuentro muy agradable y disfruto leyéndolo en voz alta.

NICHOLAS ERA...^[1]

Cada Navidad recibo tarjetas de pintores. Las pintan o las dibujan ellos mismos. Son objetos hermosos, monumentos a la creatividad inspirada.

Cada Navidad me siento insignificante y avergonzado y sin talento.

Así que un año escribí esto, lo escribí pronto para Navidad. Dave McKean lo caligrafió con elegancia y se lo envié a todos los que se me ocurrieron. Mi tarjeta.

Tiene exactamente 100 palabras (102, incluyendo el título) y fue publicada por

primera vez en *Drabble II*, una colección de cuentos de 100 palabras. No dejo de pensar que quiero hacer otro cuento para una tarjeta de Navidad, pero siempre estamos a 15 de diciembre cuando me acuerdo, así que lo dejo para el año siguiente.

EL PRECIO

Mi agente literaria, la Sra. Merrilee Heifetz de Nueva York, es una de las mejores personas del mundo y sólo una vez, si mal no recuerdo, me ha sugerido que debería escribir un libro en particular. Esto fue hace algún tiempo. «Escucha» —dijo—, «los ángeles tienen mucho éxito hoy en día y a la gente siempre le gustan los libros sobre gatos, así que he pensado, “¿No estaría bien que alguien escribiese un libro sobre un gato que fuese un ángel o un ángel que fuese un gato a algo así?”»

Estuve de acuerdo en que era una idea comercial sólida y dije que lo pensaría. Por desgracia, para cuando por fin había acabado de pensarlo, los libros sobre ángeles eran el último grito de hacía dos años. Aun así, la idea estaba sembrada y un día escribí este cuento.

(Para los curiosos: al final una mujer joven se enamoró del Gato Negro y él se fue a vivir con ella, y la última vez que lo vi tenía el tamaño de un puma muy pequeño y, que yo sepa, sigue creciendo. Dos semanas después de que se marchara el Gato Negro, un gato atigrado marrón llegó y se instaló en el porche. Mientras escribo esto, está durmiendo sobre el respaldo del sofá a pocos metros de mí.)

Ahora que me acuerdo, quisiera aprovechar la oportunidad para agradecerle a mi familia que me haya dejado ponerla en este cuento y, lo que es más importante, que me haya dejado tranquilo para escribir y que a veces haya insistido en que saliera a divertirme.

EL PUENTE DEL TROLL

Este cuento fue nominado para el Premio *World Fantasy* de 1994, aunque no lo ganó. Lo escribí para *Snow White, Blood Red* («Blancanieves, rojasangres»), de Ellen Datlow y Terri Windling, una antología de versiones de cuentos de hadas para adultos. Elegí el cuento de «The Three Billy Goats Gruff» («La pelea de los tres machos cabríos»). Si Gene Wolfe, uno de mis escritores favoritos (y, se me ocurre ahora, otra persona que escondió un cuento en una introducción), no hubiese tomado el título muchos años antes, lo habría llamado «Trip Trap».

NO LE PREGUNTÉIS A JACK

Lisa Snellings es una escultora excepcional. Este cuento lo escribí al respecto de la primera de sus esculturas que vi y de la que me enamoré: un demoníaco muñeco a resorte de una caja de sorpresas. Me dio una copia y me ha prometido que me dejará el original en su testamento. Cada una de sus esculturas es como un cuento,

inmovilizado en madera o yeso. (Tengo una en la repisa de la chimenea de una chica alada dentro de una jaula que ofrece a los que pasan junto a ella una pluma de sus alas mientras su captor duerme; sospecho que ésta es una novela. Ya veremos.)

EL ESTANQUE DE LOS PECES DE COLORES Y OTROS CUENTOS

La técnica de la escritura me fascina. Empecé este cuento en 1991. Escribí tres páginas y entonces, como me sentía demasiado próximo al material, lo abandoné. Por fin, en 1994, decidí terminarlo para una antología que Janet Berliner y David Copperfield iban a editar. Lo escribí de cualquier manera en un ordenador portátil Atari Portfolio maltrecho, en aviones y en coches y en habitaciones de hotel, sin ningún orden, anotando conversaciones y reuniones imaginarias hasta que estaba casi seguro de que lo había escrito todo. Entonces ordené el material que tenía y me quedé asombrado y encantado de que funcionase.

Parte de este cuento es verdad.

TRÍPTICO: DEVORADO (ESCENAS DE UNA PELÍCULA), EL CAMINO BLANCO, REINA DE CUCHILLOS

Durante un periodo de varios meses hace algunos años, escribí tres poemas narrativos. Cada cuento trataba de violencia, de hombres y mujeres, de amor. El primero que escribí fue un tratamiento para una película pornográfica de terror, escrito estrictamente en pentámetros yámbicos, que llamé «Devorado (Escenas de una película)». Era bastante extremado (y me temo que no está reimpresso en este volumen). El segundo era una versión de una serie de viejos relatos populares ingleses llamado «El camino blanco». Era tan extremado como los cuentos en los que se basaba. El último que escribí fue un relato sobre mis abuelos maternos y sobre magia escénica. Era menos extremado, pero, espero, tan inquietante como los cuentos que lo precedían en la secuencia. Me sentía orgulloso de los tres. Los caprichos del mundo editorial hicieron que fueran publicados a lo largo de varios años, así que cada uno de ellos salió en una antología de lo mejor del año: escogieron los tres para la *Year's Best Fantasy and Horror* («Los mejores relatos de fantasía y horror del año») americana, uno para la *Year's Best Horror* («Los mejores relatos de horror del año») inglesa y uno, que en cierto modo me sorprendió, lo solicitaron para una colección internacional del mejor erotismo.

EL CAMINO BLANCO

Hay dos cuentos que me han obsesionado e inquietado durante años, cuentos que me han atraído y repelido desde que me topé con ellos cuando era pequeño. Uno es el relato de Sweeney Todd, «el barbero diabólico de Fleet Street». El otro es el relato del Sr. Zorro, una especie de versión inglesa de Barbazul.

Esta adaptación me la inspiraron unas variantes del cuento que encontré en *The Penguin Book of English Folktales* («El libro Penguin de los cuentos populares ingleses»), editado por Neil Philip. En concreto, se trataba de «La historia del Sr. Zorro» y las notas que lo siguen, y una versión del cuento llamado «Sr. Foster», donde encontré la imagen del camino blanco y el modo en que el pretendiente de la chica dejó su rastro hasta su casa horripilante.

En el cuento del Sr. Zorro, el estribillo «No fue así, no es así y Dios quiera que no sea así» se repite como una letanía, durante la narración de todos los horrores que la prometida del Sr. Zorro afirma haber visto en un sueño. Al final tira el dedo ensangrentado, o la mano, que se llevó de la casa y demuestra que lo que ha dicho era cierto. Entonces la historia del Sr. Zorro ha terminado de verdad.

También trata de los extraños cuentos populares chinos y japoneses en los que, al final, todo se reduce a los zorros.

REINA DE CUCHILLOS

Este cuento, como mi novela gráfica *Mr. Punch*, es lo bastante fiel a la verdad como para haberme visto obligado, en ciertas ocasiones, a explicar a algunos de mis parientes que en realidad no sucedió. Bueno, al menos no así.

CAMBIOS

Lisa Tuttle me telefoneó un día para pedirme un cuento para una antología que estaba editando sobre el sexo masculino y femenino. Siempre me ha encantado la ciencia ficción como medio de comunicación y, cuando era joven, estaba seguro de que llegaría a ser un escritor de ciencia ficción. La verdad es que nunca lo fui. La primera vez que se me ocurrió la idea para este cuento, hace casi una década, era una serie de relatos enlazados que habrían formado una novela que exploraba el mundo de la reflexión sobre el sexo. Sin embargo, nunca escribí ninguno de esos relatos. Cuando Lisa me llamó, se me ocurrió que podía coger el mundo que me había imaginado y contar su historia del mismo modo en que Eduardo Galeano contó la historia de las Américas en su trilogía *Memoria del fuego*.

En cuanto hube acabado el cuento, se lo enseñé a una amiga, que dijo que sonaba como un esquema para una novela. Lo único que pude hacer fue felicitarla por su perspicacia. No obstante, a Lisa Tuttle le gustó y a mí también.

LA HIJA DE LOS BÚHOS

John Aubrey, el coleccionista e historiador del siglo XVII, es uno de mis escritores favoritos. Sus escritos contienen una mezcla poderosa de credulidad y erudición, de anécdota, evocación y conjetura. Al leer la obra de Aubrey, se tiene la sensación inmediata de que se trata de una persona real que habla del pasado de un

modo que trasciende los siglos: una persona agradable e interesantísima. También me gusta su ortografía. Intenté escribir este cuento de varias formas distintas y nunca me satisfizo. Entonces se me ocurrió escribirlo como si lo hubiera hecho Aubrey.

LA VIEJA PECULIAR SHOGGOTH

El tren nocturno que va de Londres a Glasgow es un tren con coches-cama que llega a su destino hacia las cinco de la mañana. Cuando me bajé del tren, caminé hasta el hotel de la estación y entré. Pensaba cruzar el vestíbulo hasta la recepción y pedir una habitación, entonces pensaba dormir un poco más y, luego, cuando todo el mundo estuviera levantado, tenía planeado pasarme los próximos dos días en el congreso de ciencia ficción que se celebraba en el hotel. Oficialmente, iba a cubrirlo para un periódico nacional.

De camino a la recepción, pasé junto al bar, que hubiera estado vacío de no haber sido por un camarero desconcertado y un fan inglés llamado John Jarrold que, como Aficionado Invitado de Honor de la convención, tenía barra libre y la estaba aprovechando mientras otros dormían.

Así que me paré a hablar con John y nunca llegué a la recepción. Nos pasamos las siguientes cuarenta y ocho horas charlando, contando chistes e historias y destrozando con gran entusiasmo todo lo que recordábamos de *Ellos y ellas* en las primeras horas de la madrugada siguiente, cuando el bar se había empezado a vaciar otra vez. Hubo un momento en ese bar en que tuve una conversación con el difunto editor inglés de ciencia ficción Richard Evans, conversación que, seis años después, se empezaría a convertir en *Neverwhere*.

Ya no recuerdo por qué John y yo comenzamos a hablar sobre Cthulhu con las voces de Peter Cook y Dudley Moore, ni por qué decidí darle una conferencia a John sobre el estilo prosístico de H. P. Lovecraft. Sospecho que tenía algo que ver con la falta de sueño.

Hoy en día, John Jarrold es un respetable editor y un baluarte de la industria editorial británica. Algunas de las partes centrales de este cuento nacieron en aquel bar, con John y conmigo haciendo de Pete y Dud en los papeles de personajes de H. P. Lovecraft. Mike Ashley fue el editor que me engatusó para que las convirtiera en un cuento.

VIRUS

Este cuento lo escribí para *Digital Dreams* («Sueños digitales») de David Barrett, una antología de ficción informática. Ya no juego a muchos videojuegos. Cuando lo hacía, me di cuenta de que los juegos tendían a ocupar áreas de mi cabeza. Caían bloques u hombrecitos corrían y saltaban detrás de mis párpados cuando me iba a dormir. En general solía perder, incluso cuando jugaba con mi mente. Este cuento

surgió de aquello.

BUSCANDO A LA CHICA

Este cuento me lo encargó *Penthouse* para el número de su vigésimo aniversario, en enero de 1985. Durante los dos años anteriores había estado sobreviviendo como joven periodista en las calles de Londres a base de entrevistar a celebridades para *Penthouse* y *Knave*, dos revistas «porno» inglesas, mucho más insulsas que sus equivalentes americanas; bien mirado, fue muy instructivo.

Una vez le pregunté a una modelo si sentía que la estaban explotando. «¿A mí?», dijo. Se llamaba Marie. «Me pagan bien, cielo. Y es mejor que trabajar en el turno de noche en una fábrica de galletas de Bradford. Te diré a quién están explotando. A todos esos tíos que la compran. Los que se hacen pajas por mí cada mes. A ellos les están explotando». Creo que este cuento empezó con aquella conversación.

Estaba satisfecho con el cuento cuando lo escribí: era la primera obra de ficción que había escrito que sonaba de algún modo a mí y no como si la hubiera escrito haciendo de otra persona. Me estaba acercando a un estilo. Para reunir datos para el cuento, fui a las oficinas de Docklands de *Penthouse* U.K. y allí hojeé veinte años de revistas encuadernadas. En el primer *Penthouse* salía mi amiga Dean Smith. Dean era maquilladora de *Knave* y resulta que había sido la primerísima Chica del Año de *Penthouse* en 1965. Robé la nota publicitaria de Charlotte de 1965 directamente de la de Dean, lo de «individualista renaciente» y todo eso. Las últimas noticias que tuve fueron que *Penthouse* estaba buscando a Dean para su celebración del vigesimoquinto aniversario. Ella había desaparecido. Salió en todos los periódicos.

Se me ocurrió, mientras miraba las dos décadas de *Penthouse*, que *Penthouse* y otras revistas como ésta no tenían absolutamente nada que ver con las mujeres y lo tenían absolutamente todo que ver con las fotografías de mujeres. Ése fue el otro punto de partida del cuento.

SÓLO EL FIN DEL MUNDO OTRA VEZ

Steve Jones y yo somos amigos desde hace quince años. Incluso editamos juntos un libro de poemas inmundos para niños. Esto significa que puede llamarme y decirme cosas como: «Estoy haciendo una antología de relatos ambientados en Innsmouth, el pueblo ficticio de H. P. Lovecraft. Escríbeme uno».

Este cuento surgió de unas cuantas cosas que cuajaron (de ahí es de donde los escritores sacamos nuestras ideas, por si os lo estabais preguntando). Una de esas cosas fue el libro del difunto Roger Zelazny, *A Night in the Lonesome October* («Una noche en el octubre solitario»), que hace pasar un buen rato al lector con diversos personajes típicos del horror y de la fantasía: Roger me había dado un ejemplar de su libro unos meses antes de que yo escribiera este cuento y lo disfruté enormemente. En

esa misma época más o menos, estaba leyendo un informe sobre el juicio a un hombre lobo francés que se celebró hace 300 años. Me di cuenta, mientras leía el testimonio de un testigo, de que el informe de ese juicio había inspirado el maravilloso relato de Saki *Gabriel-Ernest* y también la novela corta de James Branch Cabell *The White Robe* («El manto blanco»), pero que tanto a Saki como a Cabell los habían educado demasiado bien como para que usaran el tema de los dedos vomitados, una prueba clave en el juicio. Lo que significaba que entonces todo dependía de mí.

Larry Talbot era el nombre del hombre lobo original, el que se encontró con Abbott y Costello.

LOBO DE BAHÍA

Ahí estaba ese Steve Jones otra vez. «Quiero que me escribas uno de tus poemas cuento. Tiene que ser un cuento policíaco, ambientado en un futuro próximo. Quizá podrías utilizar el personaje de Larry Talbot de “Sólo el fin del mundo otra vez”».

Daba la casualidad de que acababa de escribir en colaboración una adaptación a la pantalla de *Beowulf*, el antiguo poema narrativo inglés, y estaba ligeramente sorprendido por la cantidad de gente que, al entenderme mal, parecía pensar que acababa de escribir un episodio de *Los vigilantes de la playa*^[2]. Así que empecé a escribir una versión de *Beowulf* como si fuera un episodio futurista de *Los vigilantes de la playa* para una antología de cuentos policíacos. Me parecía que era lo único sensato.

Mirad, yo no os hago sentir mal por los sitios de donde sacáis vuestras ideas.

SE LO PODEMOS HACER AL POR MAYOR

Si los cuentos de este libro estuviesen en orden cronológico y no en la especie de orden extraño y caprichoso de «bueno, creo que así queda bien» en que los he puesto, éste sería el primero del libro. Una noche de 1983 me quedé dormido escuchando la radio. Cuando me dormí, estaba escuchando un programa sobre la compra al por mayor; cuando me desperté, estaban hablando sobre asesinos a sueldo. De ahí es de donde surgió el cuento.

Había estado leyendo muchos cuentos de John Collier antes de escribir esto. Al releerlo varios años después, vi que era un cuento de John Collier. No era tan bueno como un buen cuento de John Collier, ni estaba escrito tan bien como escribía él; pero aun así sigue siendo un cuento de Collier y no me había fijado cuando lo estaba escribiendo.

Una vida, amueblada con Moorcock de la primera época

Cuando me pidieron que escribiese un cuento para una antología sobre las historias de Elric de Michael Moorcock, opté por escribir uno sobre un niño muy parecido al que yo fui y su relación con la ficción. Dudaba que pudiese decir algo sobre Elric que no fuera un pastiche pero, cuando tenía doce años, los personajes de Moorcock eran tan reales para mí como cualquier otra cosa de mi vida y muchísimo más que, bueno, las clases de geografía, para empezar.

—De todos los cuentos de la antología, los que más me gustaron fueron el tuyo y el de Tad Williams —dijo Michael Moorcock cuando me topé con él en Nueva Orleans varios meses después de haberlo terminado—. Y me gustó más el suyo porque salía Jimi Hendrix.

El título lo robé de un cuento de Harlan Ellison.

COLORES FRÍOS

Con los años, he trabajado en varios medios de comunicación. A veces la gente me pregunta cómo sé a qué medio pertenece una idea. En general, surgen como cómics o películas o poemas o prosa o novelas o cuentos o lo que sea. Sabes de antemano lo que estás escribiendo.

Por otra parte, esto era sólo una idea. Quería decir algo sobre esas máquinas infernales, los ordenadores, y la magia negra y algo sobre el Londres que había observado a finales de los ochenta, un periodo de exceso económico y bancarrota moral. No parecía ser un cuento o una novela, así que lo intenté como poema y funcionó muy bien.

Para *The Time Out Book of London Short Stories* («El libro de Time Out de cuentos de Londres») lo reescribí en prosa y dejé muy perplejos a muchos lectores.

EL BARRENDERO DE SUEÑOS

Éste empezó con una estatua de Lisa Snellings de un hombre que se apoyaba en una escoba. Se veía claramente que se trataba de algún tipo de conserje. Me pregunté de qué tipo y de ahí es de donde surgió este cuento.

PARTES FORÁNEAS

Éste es otro de mis primeros cuentos. Lo escribí en 1984 e hice la versión final (una capa rápida de pintura y un poco de relleno en las grietas más feas) en 1989. En 1984 no lo pude vender (a las revistas de ciencia ficción no les gustaba el sexo, a las revistas de sexo no les gustaba la enfermedad). En 1987 me pidieron si lo quería vender para una antología de relatos eróticos de ciencia ficción, pero no acepté. En 1984 había escrito un cuento sobre una enfermedad venérea. El mismo cuento parecía decir cosas distintas en 1987. El cuento en sí tal vez no había cambiado, pero el panorama que lo rodeaba se había alterado extraordinariamente: me estoy refiriendo

al SIDA y, tanto si ésa había sido mi intención como si no, el cuento también lo hacía. Si pensaba reescribirlo, tendría que tener el SIDA en cuenta y no podía hacerlo. Era demasiado grande, demasiado desconocido, demasiado difícil de controlar. Sin embargo, en 1989, el panorama cultural había vuelto a cambiar y lo había hecho hasta tal punto que me resultaba, si no cómodo, sí menos incómodo sacar el cuento del armario, cepillarlo, limpiarle las manchas de la cara y mandarlo fuera para que conociera a la gente buena. Así que, cuando el editor Steve Niles me preguntó si tenía algo inédito para su antología *Words Without Pictures* («Palabras sin imágenes»), le di esto.

Podría decir que no era un cuento sobre el SIDA, pero estaría mintiendo, al menos en parte. Además, hoy en día el SIDA parece haberse convertido, para bien o para mal, en sólo otra enfermedad del arsenal de Venus.

La verdad, creo que el cuento trata sobre todo de la soledad, la identidad y, quizá, los placeres de abrirse camino en la vida.

SEXTINA DE VAMPIROS

Ésta es mi única sextina satisfactoria (una composición poética en la que las palabras finales de cada uno de los primeros seis versos se repiten con distinto orden en las estrofas siguientes y en una última estrofa de tres versos). Se publicó por primera vez en *Fantasy Tales* («Relatos fantásticos») y se reimprimió en el *Mammoth Book of Vampires* («El gran libro de los vampiros») de Steve Jones. Durante años ésta fue mi única obra de ficción sobre vampiros.

RATÓN

Este cuento lo escribí para la antología sobre supersticiones *Touch Wood* («Toca madera»), editada por Pete Crowther. Siempre había querido escribir un cuento de Raymond Carver; él hacía que pareciera tan fácil. Escribir este cuento me enseñó que no lo era.

Me temo que sí que llegué a escuchar el programa de radio mencionado en el texto.

EL CAMBIO DEL MAR

Escribí esto en el piso de arriba de una casa diminuta de Earls Court que antiguamente había sido una caballeriza. Me lo inspiró una estatua de Lisa Snellings y el recuerdo de la playa de Portsmouth de cuando era niño: el rumor que hace el mar cuando las olas retroceden sobre los guijarros, arrastrándolos. En aquellos momentos, estaba escribiendo la última parte de *The Sandman*, que se llamaba *La tempestad*, y partes de la obra de Shakespeare resuenan también en este cuento, tal como lo hacían entonces en mi cabeza.

CUANDO FUIMOS A VER EL FIN DEL MUNDO POR DAWNIE MORNINGSIDE, 11 1/4 AÑOS.

Alan Moore (que es uno de los mejores escritores y una de las mejores personas que conozco) y yo nos sentamos un día en Northampton y empezamos a hablar de crear un lugar donde nos gustaría ambientar nuestros cuentos. Este cuento está ambientado en ese lugar. Un día los buenos ciudadanos y los honrados vecinos de Northampton quemarán a Alan por brujo y será una gran pérdida para el mundo.

VIENTO DEL DESIERTO

Un día llegó una cassette de Robin Anders, más conocido como el batería del grupo Boiled in Lead, con una nota que decía que quería que le escribiese algo sobre uno de los temas de la cinta. Se llamaba «Desert Wind» («Viento del desierto»). Esto es lo que escribí.

DEGUSTACIONES

Tardé cuatro años en escribir este cuento. No porque estuviese afinando y puliendo cada adjetivo, sino porque me daba vergüenza. Escribía un párrafo y luego lo dejaba hasta que me había desaparecido el rubor de las mejillas. Entonces, cuatro o cinco meses después, volvía al cuento y escribía otro párrafo. Lo empecé para *Off Limits: Tales of Alien Sex* («Fuera de los límites: Relatos de sexo alienígena»), de Ellen Datlow, una antología de ciencia ficción erótica. No lo acabé a tiempo para esa antología, así que seguí escribiendo para la continuación. Hice otra página más o menos antes de que también se acabara el plazo para la continuación. En algún momento, telefoneé a Ellen Datlow y la avisé de que, en el caso eventual de mi muerte prematura, había un cuento pornográfico a medio acabar en mi disco duro en un archivo llamado DATLOW, y también de que no se trataba de nada personal. Pasaron dos plazos más para antologías y, cuatro años después del primer párrafo, lo terminé y Ellen Datlow y su cómplice en el crimen, Terri Windling, lo aceptaron para *Sirens* («Sirenas»), su colección de cuentos de fantasía erótica.

Casi todo este cuento surgió al preguntarme por qué la gente que sale en las obras de ficción no parece que hablen nunca cuando están haciendo el amor o ni siquiera cuando se acuestan con alguien. No creo que sea erótico, pero cuando el cuento por fin estuvo acabado dejó de hacerme sentir incómodo.

PASTELES DE BEBÉ

Una fábula, escrita para una publicación en beneficio de la Gente por el Trato Ético de los Animales (GTEA). Creo que dice lo que pretendo. Es la única cosa que he escrito en mi vida que me ha inquietado. El año pasado bajé al primer piso y me

encontré a mi hijo escuchando *Aviso: contiene lenguaje*, mi CD de palabras habladas. «Pasteles de bebé» empezó cuando yo llegaba y me sorprendí al oír una voz que apenas reconocía como la mía y que leía esto en voz alta.

A propósito, llevo una chaqueta de cuero y como carne, pero tengo buena mano con los bebés.

MISTERIOS DE UN ASESINATO

Cuando se me ocurrió la idea para este cuento, se llamaba «Ciudad de Ángeles». Sin embargo, hacia el momento en que empecé a escribirlo, apareció un espectáculo de Broadway con ese título, así que, al acabar el cuento, le puse otro nombre.

Escribí «Misterios de un asesinato» para Jessie Horsting de la revista *Midnight Graffiti* para una antología en rústica que también se llamaba, casualmente, *Midnight Graffiti*. Pete Atkins, a quien envié por fax una versión tras otra a medida que las iba reescribiendo, fue inestimable como caja de resonancia y dechado de paciencia y buen humor.

Intenté jugar limpio con la parte policíaca del cuento. Hay pistas por todas partes. Hay una incluso en el título.

NIEVE, CRISTAL, MANZANAS

Éste es otro cuento que comenzó a vivir a partir del *Penguin Book of English Folktales* de Neil Philip. Lo estaba leyendo en la bañera y me topé con un cuento que ya debía de haber leído mil veces. (Aún conservo la versión ilustrada que tenía a los tres años.) No obstante, esa lectura número mil y uno fue la que me cautivó y empecé a pensar en el cuento, de principio a fin y al revés. Me rondó por la cabeza durante unas semanas y entonces, en un avión, empecé a escribirlo a mano. Cuando el avión aterrizó, ya tenía dos tercios escritos, así que me registré en el hotel y me senté en una silla en un rincón de la habitación y continué escribiendo hasta que lo terminé.

Lo publicó DreamHaven Press en un folleto de edición limitada cuyos beneficios eran para el Fondo para la Defensa Legal de los Cómics (una organización que defiende los derechos de la Primera Enmienda de los creadores, editores y vendedores de cómics). Poppy Z. Brite lo reimprimió en su antología *Love in Vein II* («Vetas de amor II»).

Me gusta pensar en este cuento como si fuera un virus. Una vez leído, quizá nunca se pueda volver a leer el cuento original del mismo modo.

Me gustaría darle las gracias a Greg Ketter, cuya editorial DreamHaven Press publicó varios de estos cuentos en *Angels and Visitations* («Ángeles y apariciones»), una antología de ficción, reseñas, periodismo y cosas que yo había escrito, y que publicó

otros cuentos en dos folletos en beneficio del Fondo para la Defensa Legal de los Cómics.

Quiero darle las gracias a la multitud de editores que me encargaron, aceptaron y reimprimieron los diversos cuentos de este libro, y a todos los que hicieron las lecturas preliminares (ya sabéis quiénes sois) que soportaron el que les entregara los cuentos, se los enviara por fax o por e-mail, que leyeron todo lo que les enviaba y que me dijeron, a menudo muy claramente, lo que había que arreglar. A todos ellos, gracias. Jennifer Hershey guió este libro desde que era una idea hasta que se hizo realidad con paciencia, encanto y sabiduría editorial. Nunca se lo podré agradecer bastante.

Todos estos cuentos son una reflexión de o sobre algo y no son más sólidos que una bocanada de humo. Son mensajes de la Tierra del Espejo y cuadros en las nubes cambiantes: humo y espejos, no son más que eso. Pero disfruté escribiéndolos y ellos, a su vez, me gusta imaginar, agradecen que alguien los lea.

Bienvenidos.

—Neil Gaiman,
Diciembre de 1997

CABALLERÍA

La Sra. Whitaker encontró el Santo Grial; estaba debajo de un abrigo de piel.

Cada jueves por la tarde la Sra. Whitaker caminaba hasta la oficina de correos para recoger la pensión, aunque sus piernas ya no eran como antes, y de regreso a casa solía entrar en la Tienda de Oxfam y comprarse alguna cosita.

La Tienda de Oxfam vendía ropa vieja, chucherías, restos de serie, cosas variadas y grandes cantidades de libros viejos, todo donaciones: restos de segunda mano, a menudo liquidaciones de las casas de los muertos. Las ganancias eran todas para un fin benéfico.

Los empleados de la tienda eran voluntarios. La voluntaria de turno esa tarde era Marie, de diecisiete años, un poco gorda y con un jersey ancho malva que parecía comprado en aquella tienda.

Marie estaba sentada junto a la caja, con un ejemplar de la revista *Mujer moderna*, y estaba rellenando el cuestionario «Revela tu personalidad secreta». De vez en cuando, le daba la vuelta a la última página de la revista y comprobaba los puntos correspondientes a las respuestas A), B) o C), antes de decidir cómo contestaría a la pregunta.

La Sra. Whitaker se entretuvo mirando por la tienda.

Se fijó en que aún no habían vendido la cobra disecada. Ya llevaba seis meses allí, acumulando polvo, con esos ojos de cristal que miraban torvamente a los percheros y al armario lleno de porcelana desportillada y juguetes mordisqueados.

La Sra. Whitaker le dio unas palmaditas en la cabeza al pasar junto a ella.

Cogió un par de novelas de Mills & Boon^[3] de un estante —*Un alma rugiente* y *Corazón turbulento*, a un chelín cada una—, y consideró detenidamente la botella vacía de Mateus Rosé con pantalla decorativa, antes de decidir que en realidad no tenía dónde ponerla.

Apartó un abrigo de piel bastante raído, que olía terriblemente a naftalina. Debajo había un bastón y un ejemplar manchado de agua de *Romance y leyendas de caballeros*, de A. R. Hope Moncrieff, al precio de cinco peniques. Junto al libro, de lado, estaba el Santo Grial. Tenía una etiquetita redonda en el pie, en la que estaba escrito el precio con rotulador: 30 p.

La Sra. Whitaker cogió la copa de plata polvorienta y la valoró a través de sus gruesas gafas.

—Esto es bonito —le dijo a Marie.

Marie se encogió de hombros.

—Quedaría bien en la repisa de la chimenea.

Marie volvió a encogerse de hombros.

La Sra. Whitaker le dio cincuenta peniques a Marie, que le dio diez peniques de cambio y una bolsa de papel marrón para que metiera los libros y el Santo Grial. Luego fue al lado, al carnicero, y se compró un buen trozo de hígado. Entonces se fue a casa.

El interior de la copa tenía una capa gruesa de polvo rojo oscuro. La Sra. Whitaker la lavó con mucho cuidado y luego la dejó en remojo durante una hora en agua tibia con un chorrito de vinagre.

Después la limpió con limpiametales hasta dejarla reluciente y la puso en la repisa de la chimenea del salón, entre un *basset* de porcelana pequeño y enternecedor y una foto de su difunto marido, Henry, en la playa de Frinton en 1953.

Había estado en lo cierto: quedaba bien.

Aquella noche, para cenar, se comió el hígado rebozado con cebollas fritas. Estaba muy bueno.

A la mañana siguiente era viernes; la Sra. Whitaker y la Sra. Greenberg solían visitarse un viernes cada una. Aquel día le tocaba a la Sra. Greenberg visitar a la Sra. Whitaker. Se sentaron en el salón y comieron tejas y bebieron té. La Sra. Whitaker se ponía un terrón de azúcar en el té, pero la Sra. Greenberg se ponía edulcorante, que siempre llevaba en el bolso en un recipiente pequeño de plástico.

—Qué bonito —dijo la Sra. Greenberg, señalando el Grial—. ¿Qué es?

—Es el Santo Grial —dijo la Sra. Whitaker—. Es la copa de la que bebió Jesús en la última cena. Más tarde, en la crucifixión, esta copa recogió Su preciada sangre cuando la lanza del centurión Le atravesó el costado.

La Sra. Greenberg resopló. Era menuda y judía y no aprobaba las cosas poco higiénicas.

—Yo no sé nada de eso —dijo—, pero es muy bonito. A nuestro Myron le dieron uno exactamente igual cuando ganó el torneo de natación, pero lleva su nombre escrito en el lado.

—¿Sigue con aquella chica tan simpática? ¿La peluquera?

—¿Bernice? Uy, sí. Están pensando en prometerse —dijo la Sra. Greenberg.

—Qué bien —dijo la Sra. Whitaker. Cogió otra teja.

La Sra. Greenberg se hacía sus propias tejas y las traía un viernes sí y otro no: galletitas dulces, ligeras, y marrones, con almendras encima.

Hablaron de Myron y Bernice y de Ronald, el sobrino de la Sra. Whitaker (ella no tenía hijos), y de su amiga la Sra. Perkins que estaba en el hospital por la cadera, la pobre.

Al mediodía la Sra. Greenberg se fue a casa y la Sra. Whitaker se preparó tostadas con queso para comer y, después de la comida, se tomó las pastillas; la blanca y la roja y las dos pequeñas de color naranja.

Sonó el timbre.

La Sra. Whitaker abrió la puerta. Era un hombre joven con el pelo hasta los hombros, tan rubio que era casi blanco, y llevaba una armadura de plata reluciente con un sobreveste blanco.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo la Sra. Whitaker.

—Estoy buscando algo —dijo él.

—Qué bien —dijo la Sra. Whitaker, sin comprometerse.

—¿Puedo entrar? —preguntó él.

La Sra. Whitaker negó con la cabeza.

—Lo siento, creo que no —dijo.

—Estoy buscando el Santo Grial —dijo el joven—. ¿Está aquí?

—¿Tiene algún documento que acredite su identidad? —preguntó la Sra. Whitaker. Sabía que era una imprudencia permitir que extraños no identificados entrasen en casa cuando una era mayor y vivía sola. Los bolsos acaban vacíos y pasan cosas aún peores.

El joven retrocedió por el sendero del jardín. Su caballo, un corcel gris y enorme, tan grande como un caballo de tiro, con la cabeza alta y los ojos inteligentes, estaba atado a la verja del jardín de la Sra. Whitaker. El caballero hurgó en la alforja y regresó con un pergamino.

Estaba firmado por Arturo, rey de todos los bretones, y hacía saber a todas las personas cualquiera que fuese su rango o condición que aquí estaba Galaad, Caballero de la Tabla Redonda, y que estaba realizando una búsqueda justa, noble y elevada. Debajo había un dibujo del joven. No era un mal retrato.

La Sra. Whitaker asintió. Se había esperado una tarjeta con una foto, pero esto impresionaba mucho más.

—Supongo que será mejor que entre —dijo ella.

Fueron a la cocina. Le preparó una taza de té a Galaad, luego le llevó al salón.

Galaad vio el grial en la repisa de la chimenea e hincó la rodilla. Puso la taza de té con cuidado sobre la alfombra rojiza. Un rayo de luz atravesó los visillos y le tiñó el rostro sobrecogido con la luz dorada del sol y le convirtió el pelo en un halo plateado.

—Es realmente el Santo Grial —dijo, en voz muy baja. Pestañeó los ojos azul pálido tres veces, muy rápido, como si estuviese conteniendo las lágrimas.

Inclinó la cabeza como si rezara en silencio.

Galaad se volvió a poner de pie y se giró hacia la Sra. Whitaker.

—Gentil señora, guardiana de lo más sagrado entre lo sagrado, permítame que ahora parta de este lugar con el cáliz bendito, para que mis viajes finalicen y yo haya llevado a cabo mi gesta.

—¿Disculpe? —dijo la Sra. Whitaker.

Galaad se acercó a ella y le cogió las viejas manos.

—Mi búsqueda ha concluido —le dijo—. El Santo Grial está por fin a mi alcance. La Sra. Whitaker frunció la boca.

—¿Puede recoger su taza de té y su platito, por favor? —dijo.

Galaad recogió su taza de té, disculpándose.

—No. Creo que no —dijo la Sra. Whitaker—. Me gusta ahí donde está. Es el sitio perfecto, entre el perro y la fotografía de mi Henry.

—¿Es oro lo que necesita? ¿Es eso? Señora, le traeré oro...

—No —dijo la Sra. Whitaker—. No quiero oro, gracias. Sencillamente, no me interesa.

Acompañó a Galaad hasta la puerta de la calle.

—Encantada de haberle conocido —dijo.

El caballo estaba inclinando la cabeza por encima de la verja del jardín, mordisqueando los gladiolos de la Sra. Whitaker. Varios niños del vecindario estaban en la acera, observándolo.

Galaad cogió unos terrones de azúcar de la alforja y les enseñó a los niños más valientes a dar de comer al caballo, con las manos extendidas. Los niños se rieron. Una de las chicas mayores le acarició la nariz al caballo.

Galaad montó de un salto con un movimiento fluido. Entonces, el caballo y el caballero se marcharon trotando por la calle Hawthorne.

La Sra. Whitaker los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista, entonces suspiró y volvió adentro.

El fin de semana fue tranquilo.

El sábado la Sra. Whitaker fue en autobús a Maresfield para visitar a su sobrino Ronald, su mujer Euphonia y sus hijas, Clarissa y Dillian. Les llevó un pastel de pasas que había hecho ella misma.

El domingo por la mañana la Sra. Whitaker fue a misa. La iglesia del barrio era la de Santiago el Menor, que era un poco más «No pienses en esto como si fuera una iglesia, sino como en un lugar donde amigos de ideas afines se reúnen y son felices» de lo que a la Sra. Whitaker le hacía sentirse totalmente cómoda, pero le gustaba el párroco, el reverendo Bartholomew, cuando no estaba tocando la guitarra.

Después del oficio religioso, pensó en mencionarle que tenía el Santo Grial en el salón, pero al final decidió no decírselo.

El lunes por la mañana, la Sra. Whitaker estaba trabajando en el jardín de atrás. Tenía un pequeño herbario del que estaba orgullosísima: eneldo, verbena, menta, romero, tomillo y casi una selva de perejil. Estaba de rodillas, con unos guantes gruesos de jardinería de color verde, y estaba arrancando las malas hierbas, cogiendo babosas y metiéndolas en una bolsa de plástico.

La Sra. Whitaker era muy bondadosa cuando se trataba de babosas. Las llevaba a la parte de atrás de su jardín, que limitaba con la vía férrea, y las tiraba por la verja.

Cortó un poco de perejil para la ensalada. Alguien tosió detrás de ella. Galaad estaba allí, alto y hermoso, y su armadura brillaba a la luz del sol de la mañana. En los brazos llevaba un paquete largo, envuelto en cuero engrasado.

—He vuelto —dijo.

—Hola —dijo la Sra. Whitaker. Se levantó, bastante despacio, y se quitó los guantes de jardinería—. Bueno —dijo—, ya que está aquí, puede echarme una mano.

Le dio la bolsa de plástico llena de babosas y le dijo que las tirase detrás de la verja.

Él lo hizo.

Entonces entraron en la cocina.

—¿Té? ¿O limonada? —preguntó ella.

—Lo que usted tome —dijo Galaad.

La Sra. Whitaker sacó una jarra de limonada casera de la nevera y mandó a Galaad a por una ramita de menta. Escogió dos vasos largos. Lavó la menta con cuidado y puso unas cuantas hojas en cada vaso, entonces echó la limonada.

—¿Su caballo está fuera? —preguntó ella.

—Sí. Se llama Grizzel.

—Y supongo que vienen de lejos.

—De muy lejos.

—Ya veo —dijo la Sra. Whitaker. Cogió un cuenco de plástico azul de debajo del fregadero y lo llenó de agua hasta la mitad. Galaad se lo llevó a Grizzel. Esperó mientras el caballo bebía y le devolvió el cuenco vacío a la Sra. Whitaker.

—Bien —dijo ella—, supongo que aún anda tras el Grial.

—Sí, aún busco el Santo Grial —dijo él. Recogió el paquete de cuero del suelo, lo puso sobre el mantel y lo desenvolvió—. Por él, le ofrezco esto.

Era una espada, la hoja medía más de un metro. Había palabras y símbolos trazados elegantemente a lo largo de la hoja. La empuñadura era de plata y oro labrados y había una gran gema engarzada en el pomo.

—Es muy bonita —dijo la Sra. Whitaker, sin convicción.

—Ésta —dijo Galaad—, es la espada Balmung, forjada por Wayland el Herrero en los albores del tiempo. Su hermana gemela es Flamberge. Quien la lleva es inexpugnable en la guerra, invencible en la batalla. Quien la lleva es incapaz de un acto cobarde o de uno innoble. Engarzada en el pomo está el sardónice Bircone, que protege a su dueño del veneno vertido disimuladamente en vino o cerveza y de la traición de los amigos.

La Sra. Whitaker miró la espada detenidamente. «Debe de estar muy afilada», dijo, al cabo de un rato.

—Puede cortar en dos un cabello al vuelo. Más aún, podría cortar un rayo de sol —dijo Galaad, con orgullo.

—Bueno, entonces, quizá debería guardarla —dijo la Sra. Whitaker.

—¿No la quiere? —Galaad parecía decepcionado.

—No, gracias —dijo la Sra. Whitaker. Se le ocurrió que a su difunto marido, Henry, le habría gustado bastante. La habría colgado en la pared de su estudio, junto a la carpa disecada que había pescado en Escocia, y se la habría mostrado a las visitas.

Galaad envolvió otra vez la espada Balmung en el cuero engrasado y la ató con una cuerda blanca.

Se quedó allí sentado, desconsolado.

La Sra. Whitaker le preparó unos bocadillos de crema de queso y pepino para el viaje de vuelta y los envolvió en papel parafinado. Le dio una manzana para Grizzel. Galaad parecía muy contento con ambos regalos.

La Sra. Whitaker les dijo adiós con la mano.

Aquella tarde fue en autobús hasta el hospital para ver a la Sra. Perkins, que seguía allí por su cadera, la pobre. Le llevó un poco de plumcake casero, aunque no le había puesto las nueces de la receta, porque la Sra. Perkins ya no tenía los dientes como antes.

Miró la televisión un rato aquella noche y se fue a dormir temprano.

El martes pasó el cartero. La Sra. Whitaker estaba arriba en el trastero del último piso, ordenando un poquito, y, como bajaba cada escalón despacio y con cuidado, no llegó a tiempo. El cartero le había dejado una nota en la que decía que había venido a entregar un paquete, pero que no había nadie en casa.

La Sra. Whitaker suspiró.

Metió la nota en el bolso y fue a la oficina de correos.

El paquete era de su sobrina Shirelle, de Sidney, Australia. Contenía fotografías de su marido, Wallace, y de sus dos hijas, Dixie y Violet, y una caracola embalada en algodón.

La Sra. Whitaker tenía unas cuantas conchas ornamentales en el dormitorio. Su favorita tenía una vista de las Bahamas pintada con esmalte. Se la había regalado su hermana Ethel, que había muerto en 1983.

Puso la caracola y las fotos en la bolsa de la compra. Entonces, al ver que estaba en la zona, pasó por la Tienda de Oxfam de camino a casa.

—Hola, Sra. W. —dijo Marie.

La Sra. Whitaker la miró. Marie se había pintado los labios (quizá no era el tono que mejor le quedaba ni estaba aplicado muy expertamente, pero, pensó, eso era cuestión de tiempo) y llevaba una falda bastante elegante. Había mejorado mucho.

—Oh. Hola, querida —dijo la Sra. Whitaker.

—La semana pasada vino un hombre a preguntarme por aquella cosa que usted compró. Aquella copita de metal. Le dije dónde podía encontrarla. No le importa, ¿verdad?

—No, querida —dijo la Sra. Whitaker—. Me encontró.

—Era maravilloso. En serio, era maravilloso —suspiró Marie, nostálgica—. Por él tal vez me habría decidido.

—Y hasta tenía un caballo grande y blanco —concluyó Marie. La Sra. Whitaker

observó con aprobación que también estaba más derecha.

En el estante encontró otra novela de Mills & Boon, *Una pasión majestuosa*, aunque aún no se había acabado las dos que había comprado la última vez que vino.

Cogió el ejemplar de *Romance y leyenda de la caballería* y lo abrió. Olía a moho. Escrito cuidadosamente con tinta roja en la parte de arriba de la primera hoja ponía: EX LIBRIS FISHER.

Lo dejó donde lo había encontrado.

Cuando llegó a casa, Galaad la estaba esperando. Estaba paseando a caballo a los niños del vecindario, de un extremo a otro de la calle.

—Me alegro de que esté aquí —dijo ella—. Tengo unas maletas que hay que cambiar de sitio.

Le llevó al trastero del último piso. Él le apartó todas las maletas viejas para que ella pudiese llegar al armario del fondo.

Allí arriba todo estaba cubierto de polvo.

La Sra. Whitaker le tuvo allí casi toda la tarde, cambiando cosas de sitio, mientras ella quitaba el polvo.

Galaad tenía un corte en la mejilla y un brazo algo rígido.

Hablaron un poco mientras ella quitaba el polvo y ordenaba. La Sra. Whitaker le habló de su difunto marido, Henry; y de que el seguro de vida había pagado la casa; y de que tenía todas esas cosas pero que no tenía a quién dejárselas, en realidad no tenía a nadie más que a Ronald pero a su mujer sólo le gustaban las cosas modernas. Le explicó cómo había conocido a Henry durante la guerra, cuando él estaba en el grupo de precaución contra ataques aéreos y ella no había corrido del todo las cortinas de oscurecimiento; le habló de los bailes de seis peniques a los que iban en la ciudad; y de que habían ido a Londres cuando la guerra ya había acabado y ella se había tomado su primer vaso de vino.

Galaad le habló a la Sra. Whitaker de su madre, Elaine, que era veleidosa y no era mejor de lo que debería haber sido y además un poco bruja para rematarla; y de su abuelo, el rey Pelés, que era bienintencionado, aunque lo menos que se podía decir de él era que era un poco distraído; y de su juventud en el Castillo de Bliant en la Isla de la Alegría; y de su padre, a quien conocía como «Le Chevalier Mal Fet», que estaba más o menos completamente loco y que era en realidad Lanzarote del Lago, el mejor de los caballeros, disfrazado y desprovisto de ingenio; y de sus días como joven escudero en Camelot.

A las cinco, la Sra. Whitaker inspeccionó el trastero y decidió que merecía su aprobación; entonces abrió la ventana para que se aireara la habitación, y bajaron a la cocina, donde ella puso agua a hervir para el té.

Galaad se sentó a la mesa de la cocina.

Abrió el bolso de piel que llevaba a la cintura y sacó una piedra blanca y redonda. Tenía el tamaño aproximado de una pelota de críquet.

—Mi señora —dijo—, esto es para usted, a cambio del Santo Grial.

La Sra. Whitaker cogió la piedra, que era más pesada de lo que parecía, y la puso a contraluz. Era lechosa y translúcida y, en su interior, partículas de plata emitían destellos a la luz del sol vespertino. Era cálida al tacto.

Entonces, mientras la sostenía, una sensación extraña se fue apoderando de ella: en lo más profundo de su ser sintió quietud y una especie de paz. *Serenidad*, eso era; se sentía serena.

A su pesar, volvió a poner la piedra en la mesa.

—Es muy bonita —dijo.

—Es la piedra filosofal, que nuestro antepasado Noé colgó en el Arca para dar luz donde no la había; transforma metales de baja ley en oro y posee ciertas propiedades más —le dijo Galaad, orgulloso—. Y eso no es todo. Hay más. Tome —de su bolso de piel sacó un huevo y se lo pasó.

Tenía el tamaño de un huevo de oca y era de un color negro brillante, con motas escarlatas y blancas. Cuando la Sra. Whitaker lo tocó, notó un picor en los pelos de la nuca. Su impresión inmediata fue la de un calor y una libertad increíbles. Oyó el crepitar de fuegos distantes y, por un instante, le pareció sentirse muy por encima del mundo, bajando en picado y zambulléndose con alas de fuego.

Puso el huevo en la mesa, junto a la piedra filosofal.

—Es el huevo del Fénix —dijo Galaad—. Viene de la lejana Arabia. Un día el mismo Ave Fénix saldrá del cascarón; y cuando llegue el momento, el ave construirá un nido de fuego, pondrá un huevo y morirá, para renacer de las llamas en una era posterior del mundo.

—Ya me había parecido que era eso —dijo la Sra. Whitaker.

—Y, por último, señora —dijo Galaad—, le he traído esto.

Lo sacó de su bolsa y se lo dio. Era una manzana, aparentemente tallada de un solo rubí, con un pedúnculo de ámbar.

Algo nerviosa, la Sra. Whitaker la cogió. Era suave al tacto, más de lo que parecía: la magulló con los dedos y salió un jugo de color rubí que le corrió por la mano.

La cocina se llenó, de forma casi imperceptible y mágica, del olor de la fruta de verano, de frambuesas y melocotones y fresas y grosellas. Como si vinieran de un lugar muy remoto, oyó voces distantes que cantaban y una música lejana.

—Es una de las manzanas de las Hespérides —dijo Galaad, en voz baja—. Un mordisco curará cualquier enfermedad o herida, por muy profunda que sea; un segundo mordisco devuelve la juventud y la belleza; y dicen que un tercer mordisco otorga la vida eterna.

La Sra. Whitaker se lamió el jugo pegajoso de la mano. Sabía a vino selecto.

Hubo un momento, entonces, en que volvió a recordar perfectamente cómo era ser joven: tener un cuerpo firme y esbelto que podía hacer lo que ella quisiera que hiciese; correr por un camino rural por el simple placer de correr, tan impropio de una dama; que los hombres le sonrieran sólo porque era ella misma y se alegraba de serlo.

La Sra. Whitaker miró a Sir Galaad, el más hermoso de los caballeros, sentado, bello y noble, en su pequeña cocina.

Se quedó sin respiración.

La Sra. Whitaker puso la fruta de rubí en la mesa de la cocina. Observó la piedra filosofal, el huevo del Fénix y la manzana de la vida.

Luego fue al salón y miró hacia la repisa de la chimenea: el pequeño *basset* de porcelana, el Santo Grial y la fotografía de su difunto marido, Henry, sin camisa, sonriendo y comiéndose un helado en blanco y negro, hacía casi cuarenta años.

Volvió a la cocina. El agua había empezado a hervir. Vertió un poco de agua caliente en la tetera, la removió un poco y la tiró. Luego, puso dos cucharaditas de té y una más para la tetera y vertió el resto del agua. Hizo todo esto en silencio.

Se giró hacia Galaad y, entonces, le miró.

—Guarde esa manzana —le dijo a Galaad, con firmeza—. No debería ofrecerle cosas así a una anciana. No es correcto.

Entonces hizo una pausa.

—Pero me quedaré con las otras dos cosas —continuó, tras pensarlo un momento—. Quedarán bien en la repisa de la chimenea. Y hay que reconocer que dos por uno es un trato justo.

Galaad esbozó una sonrisa radiante. Puso la manzana en su bolsa de piel. Luego hincó la rodilla y le besó la mano a la Sra. Whitaker.

—Deje, deje —dijo la Sra. Whitaker. Sirvió una taza de té para cada uno, después de sacar la mejor loza, que era sólo para ocasiones especiales.

Se quedaron sentados en silencio, bebiéndose el té.

Cuando se hubieron acabado el té, fueron al salón.

Galaad se santiguó y cogió el Grial.

La Sra. Whitaker colocó el huevo y la piedra donde había estado el Grial. El huevo no dejaba de inclinarse hacia un lado y lo apoyó contra el perrito de porcelana.

—La verdad es que quedan muy bien —dijo la Sra. Whitaker.

—Sí —asintió Galaad—. Quedan muy bien.

—¿Quiere algo para comer antes de marcharse? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Un poco de plumcake —dijo ella—. Quizá ahora no le apetezca, pero dentro de unas horas se alegrará de habérselo llevado. Y probablemente debería usar el servicio. A ver, deme eso que se lo envolveré.

Le indicó el camino al lavabo pequeño del final del pasillo y se fue a la cocina, con el Grial en la mano. Tenía un poco de papel de regalo de Navidad en la despensa y lo usó para envolver el Grial, luego ató el paquete con un cordel. Entonces, cortó una rodaja grande de plumcake y la puso en una bolsa de papel marrón, junto a un plátano y una loncha de queso fundido envuelta en papel de plata.

Galaad volvió del lavabo. Ella le dio la bolsa de papel y el Santo Grial. Entonces se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

—Es usted un buen chico —dijo—. Cuídese.

Él la abrazó y ella le echó de la cocina, le hizo salir por la puerta de atrás y cerró la puerta tras él. Se sirvió otra taza de té y lloró silenciosamente, enjugándose con un *kleenex*, mientras el ruido de los cascos resonaba por la calle Hawthorne.

El miércoles, la Sra. Whitaker se quedó en casa todo el día.

El jueves, fue a la oficina de correos a recoger su pensión. Luego pasó por la Tienda de Oxfam.

La cajera era nueva.

—¿Dónde está Marie? —preguntó la Sra. Whitaker.

La cajera, que tenía el cabello gris con reflejos azules y llevaba gafas azules con monturas que acababan en puntas de estrás, negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Se fue con un joven —dijo—. A caballo. Tsk. ¿No le parece increíble? Yo tendría que estar en la tienda de Heathfield esta tarde. Tuve que pedirle a mi Johnny que me trajera aquí, mientras buscamos a otra persona.

—Oh —dijo la Sra. Whitaker—. Bueno, está bien que se haya encontrado un novio.

—Estará bien para ella, quizá —dijo la señora de la caja—, pero los hay que tenían que estar en Heathfield esta tarde.

En la estantería que había cerca del fondo de la tienda la Sra. Whitaker encontró un viejo recipiente de plata sin lustrar con un pitorro largo. Le habían puesto un precio de sesenta peniques, según la etiquetita que tenía enganchada en un lado. Se parecía un poco a una tetera achatada y alargada.

Cogió una novela de Mills & Boon que aún no había leído. Se llamaba *Un amor singular*. Llevó el libro y el recipiente de plata a la cajera.

—Sesenta y cinco peniques, querida —dijo la mujer, mientras cogía el objeto de plata y lo observaba—. Qué cosa tan rara, ¿verdad? Llegó esta mañana —tenía unos caracteres chinos antiguos grabados en un lado y un asa arqueada y elegante—. Será una especie de aceitera, supongo.

—No, no es una aceitera —dijo la Sra. Whitaker, que sabía exactamente de qué se trataba—. Es una lámpara.

Había un anillito de metal, sin adornos, atado al asa de la lámpara con un cordel marrón.

—Mire —dijo la Sra. Whitaker—, pensándolo bien, creo que me quedaré sólo con el libro.

Pagó los cinco peniques por la novela y volvió a poner la lámpara donde la había encontrado, al fondo de la tienda. Después de todo, reflexionó la Sra. Whitaker mientras volvía a casa, tampoco tenía dónde ponerla.

NICHOLAS ERA...

más viejo que el pecado y su barba no podía ser más blanca. Quería morir.

Los enanos de las cavernas árticas no hablaban su idioma, pero conversaban en su propio gorjeo, mientras realizaban rituales incomprensibles, cuando no trabajaban en las fábricas.

Una vez al año le obligaban, entre sollozos y protestas, a adentrarse en la Noche Infinita. Durante el viaje, se acercaba a cada niño del mundo y dejaba un regalo invisible de los enanos junto a su cama. Los niños dormían, inmóviles en el tiempo.

Prometeo, Loki, Sísifo, Judas... Les envidiaba. Tenía el castigo más duro.

Jo.

Jo.

Jo.

EL PRECIO

Los vagabundos y los trotamundos suelen dejar marcas en postes, árboles y puertas para que otros como ellos sepan algo sobre la gente que vive en las casas y granjas por las que pasan en sus viajes. Creo que los gatos deben de dejar señales parecidas; ¿cómo explicar, si no, la cantidad de gatos que van llegando todo el año a nuestra puerta, hambrientos, pulgosos y abandonados?

Los recogemos. Les quitamos las pulgas y las garrapatas, los alimentamos y los llevamos al veterinario. Pagamos para que les pongan inyecciones y, para más humillación, los castramos o las esterilizamos.

Y se quedan con nosotros: durante unos meses o un año o para siempre.

La mayoría llega en verano. Vivimos en el campo, en las afueras, a la distancia perfecta para que la gente que vive en la ciudad abandone a sus gatos cerca de nosotros.

Parece que nunca tenemos más de ocho gatos, pocas veces menos de tres. La población gatuna de mi casa es actualmente la siguiente: Hermione y Vaina, atigrada y negra respectivamente, las hermanas locas que viven en mi oficina del ático y que no se mezclan con los demás; Copo de Nieve, la gata blanca de pelo largo y ojos azules que vivió en estado salvaje en los bosques durante años antes de renunciar a sus costumbres selváticas por los sofás suaves y las camas; Pelusa, la hija de Copo de Nieve, una gata manchada, naranja, negra y blanca, de pelo largo y con pinta de cojín, que descubrí un día en el garaje cuando era una gatita, estrangulada y casi muerta, con la cabeza metida por una red de bádminton, y que nos sorprendió a todos porque, en vez de morirse, creció y se convirtió en el gato más bueno con el que me he topado jamás.

Y luego está el gato negro. Que no tiene otro nombre que el Gato Negro y que apareció hace casi un mes. Al principio no nos dimos cuenta de que iba a quedarse a vivir aquí: se le veía demasiado bien alimentado para ser un gato callejero, demasiado viejo y desenfadado para que lo hubieran abandonado. Parecía una pantera pequeña y se movía como un trozo de noche.

Un día, en verano, estaba merodeando por nuestro porche destartado: calculé que tendría unos ocho o nueve años, era macho, de ojos amarillo verdosos, muy

simpático, completamente imperturbable. Supuse que pertenecía a un granjero o a una casa del vecindario.

Me fui unas semanas, para acabar de escribir un libro, y cuando volví a casa seguía en nuestro porche, viviendo en una cama vieja para gatos que uno de los niños le había encontrado. Sin embargo, estaba casi irreconocible. Le había desaparecido parte del pelaje y tenía arañazos profundos en la piel oscura. Le habían mordido la punta de una oreja. Tenía un tajo bajo un ojo y le faltaba un trozo del labio. Se le veía cansado y delgado.

Llevamos al Gato Negro al veterinario, donde le compramos unos antibióticos que le dimos cada noche, con comida suave para gatos.

Nos preguntábamos con quién se peleaba. ¿Copo de Nieve, nuestra reina blanca casi asilvestrada? ¿Mapaches? ¿Una zarigüeya con cola de rata y colmillos?

Los arañazos eran cada vez peores, una noche le habían mordido la ijada, al día siguiente era el vientre, cubierto de zarpazos y sanguinolento al tacto.

Cuando llegó a ese punto, lo bajé al sótano para que se recuperase junto a la caldera y los montones de cajas. Era sorprendentemente pesado, el Gato Negro, lo cogí y lo llevé allá abajo, con una cesta para gatos, una caja de arena higiénica y un poco de comida y agua. Cerré la puerta detrás de mí. Tuve que limpiarme la sangre de las manos cuando salí del sótano.

Se quedó ahí abajo durante cuatro días. Al principio parecía estar demasiado débil para comer solo: un corte bajo el ojo le había dejado casi tuerto y cojeaba y se tumbaba débilmente, mientras le supuraba un pus denso y amarillo de un corte en el labio.

Yo bajaba allí cada mañana y cada noche y le daba de comer y también los antibióticos, que mezclaba con la comida enlatada, y le daba unos toquitos a los cortes peores y le hablaba. El gato tenía diarrea y, aunque le cambiaba la arena higiénica a diario, el sótano apestaba terriblemente.

Los cuatro días en que el Gato Negro vivió en el sótano fueron cuatro días malos en casa: el bebé resbaló en el baño y se golpeó la cabeza y podría haberse ahogado: me enteré de que un proyecto que me hacía mucha ilusión —adaptar la novela de Hope Mirrlees, *Lud en la niebla* para la BBC— ya no se iba a hacer, y me di cuenta de que no tenía la energía para empezar otra vez desde cero y ofrecerla a otras cadenas o a otros medios de comunicación; mi hija salió para una colonia de vacaciones y en seguida empezó a enviarnos una plétora de cartas y postales desgarradoras, cinco o seis por día, en las que nos imploraba que la trajéramos a casa; mi hijo tuvo una especie de pelea con su mejor amigo, hasta el punto de que ya no se hablaban; y, cuando volvía a casa una noche, mi mujer chocó contra un ciervo que salió corriendo por delante del coche. El ciervo murió, el coche quedó inservible y mi mujer sufrió un cortecito en el ojo.

Al cuarto día, el gato estaba merodeando por el sótano, caminando vacilante pero impaciente entre las pilas de libros y cómics, las cajas de correo y cassetes, de

cuadros y de regalos y de otras cosas. Me maulló para que le dejara salir y, de mala gana, lo hice.

Regresó al porche y durmió allí el resto del día.

A la mañana siguiente, volvía a tener tajos profundos en las ijadas, y montones de pelo de gato negro, el suyo, cubrían las tablas de madera del porche.

Ese día llegaron cartas de mi hija, en las que nos decía que la colonia iba mejor y que creía que podría sobrevivir unos cuantos días; mi hijo y su amigo solucionaron el problema, aunque la razón de su discusión —tarjetas coleccionables, videojuegos, *La guerra de las galaxias*, Una Chica— era algo que yo nunca sabría. Se descubrió que el ejecutivo de la BBC que había vetado *Lud en la niebla* había estado aceptando sobornos (bueno, «préstamos cuestionables») de una compañía productora independiente y le enviaron a casa de baja permanente: me alegré muchísimo cuando supe quién era su sucesora, que me envió un fax para decírmelo, ya que se trataba de la mujer que me había propuesto el proyecto inicialmente, antes de dejar la BBC.

Pensé en volver a llevar al Gato Negro al sótano, pero decidí no hacerlo. En vez de eso, resolví que intentaría descubrir qué clase de animal venía a nuestra casa cada noche y a partir de ahí elaboraría un plan de acción, para cazarlo, quizá.

Para mi cumpleaños y en Navidad, mi familia me regala artilugios y aparatitos, juguetes carillos que me dejan fascinado pero que, a la larga, casi nunca salen de sus cajas. Hay un deshidratador de alimentos y un cuchillo de trinchar eléctrico, una máquina de hacer pan y, el regalo del año pasado, un par de gemelos para ver en la oscuridad. El día de Navidad le había puesto las pilas a los gemelos y me había paseado a oscuras por el sótano, demasiado impaciente incluso para esperar hasta el anochecer, mientras acechaba a una bandada de estorninos imaginarios. (Se te advertía que no los usaras con la luz encendida: eso habría dañado los gemelos y también tus ojos muy probablemente.) Después había vuelto a poner el aparato en su caja y allí seguía, en mi oficina, junto a la caja de los cables del ordenador y otras cosas olvidadas.

Quizá, pensé, si el animal, perro, gato o mapache o lo que fuera, me veía sentado en el porche, no vendría, así que llevé una silla al ropero, también trastero, que es algo mayor que un armario y que da al porche, y cuando todos dormían salí y le di las buenas noches al Gato Negro.

Ese gato, había dicho mi mujer, cuando lo vio por primera vez, *es una persona*. Había algo muy humano en su enorme cara leonina: la nariz negra y ancha, los ojos amarillo verdosos, la boca con colmillos pero afable (que aún supuraba pus ámbar por la derecha del labio inferior).

Le acaricié la cabeza, le rasqué debajo de la barbilla y le deseé suerte. Luego entré y apagué la luz del porche.

Me senté a oscuras en la casa con los gemelos para ver en la oscuridad en el regazo. Los había encendido y un hilo de luz verdosa salía de los oculares.

Pasó el tiempo, en las tinieblas.

Experimenté con los gemelos, observando en la oscuridad, aprendiendo a enfocar y a ver el mundo en tonos verdes. Me horroricé por la cantidad de insectos que pululaban en el aire nocturno: era como si el mundo nocturno fuera una especie de sopa de pesadilla, llena de vida. Entonces dejé los gemelos en el regazo y miré afuera, a los intensos negros y azules de la noche, vacía y tranquila.

El tiempo pasaba. Luché para mantenerme despierto y me di cuenta de que echaba profundamente de menos los cigarrillos y el café, mis dos adicciones perdidas. Cualquiera de las dos me habría mantenido los ojos abiertos. Sin embargo, antes de que me hubiera hundido demasiado en el mundo de los sueños, un maullido que venía del jardín me despertó sobresaltado. A tientas, me llevé los gemelos a los ojos y me quedé decepcionado al ver que era sólo Copo de Nieve, que cruzaba velozmente el jardín de enfrente como una mancha de luz blanca y verdosa. Corrí hacia el bosque que había a la izquierda de la casa y desapareció.

Estaba a punto de volver a acomodarme cuando se me ocurrió preguntarme qué era exactamente lo que había asustado tanto a Copo de Nieve, así que empecé a escudriñar a una distancia media con los gemelos, buscando un mapache enorme, un perro o una zarigüeya feroz. Y, en efecto, algo venía por el camino hacia la casa. Lo veía a través de los gemelos, más claro que el agua.

Era el Diablo.

Nunca había visto al Diablo y, aunque había escrito sobre él en el pasado, si me hubiesen presionado habría confesado que sólo creía en él como figura imaginaria, trágica y miltoniana. La figura que se acercaba por el camino no era el Lucifer de Milton. Era el Diablo.

El corazón me empezó a palpar en el pecho, con tanta fuerza que dolía. Esperé que no pudiese verme, que, en una casa oscura, tras el cristal de la ventana, estuviese escondido.

La figura parpadeaba y cambiaba a medida que se acercaba por el camino. Si un instante era negra, con la forma de un toro o un minotauro, al instante siguiente era esbelta y femenina y, al siguiente, era un gato salvaje enorme, verde gris, cubierto de cicatrices y con la cara crispada por el odio.

Unos escalones llevan al porche, cuatro escalones de madera blancos a los que les hace falta una capa de pintura (yo sabía que eran blancos, aunque eran, como todo lo demás, verdes a través de los gemelos). Al pie de los escalones, el diablo se detuvo y pronunció algo en un idioma formado por aullidos y gemidos que ya debía de haber sido antiguo y olvidado cuando Babilonia era joven; y, aunque no entendí las palabras, sentí que se me ponían los pelos de punta cuando las pronunciaba.

Entonces oí, amortiguado por el cristal pero aun así audible, un gruñido bajo, un desafío, y, lenta y vacilante, una figura negra bajó los escalones de la casa, alejándose de mí, en dirección al Diablo. Por aquel entonces, el Gato Negro ya no se movía como una pantera, sino que tropezaba y se balanceaba, como un marinero recién llegado a tierra.

El Diablo era una mujer, en aquel momento. Le dijo algo tranquilizador y suave al gato, en un idioma que sonaba a francés, y le extendió la mano. Él le hundió los dientes en el brazo y ella hizo una mueca y le escupió.

La mujer levantó la vista y me miró y, si antes había dudado de que fuera el Diablo, en aquel momento estuve seguro; los ojos de la mujer me iluminaron con fuego rojo, pero no se puede ver el rojo a través de unos gemelos de visión nocturna, sólo tonos verdes. Y el Diablo me vio a través de la ventana. Me vio. No tengo ninguna duda al respecto.

El Diablo se retorció y se contraía y, en ese momento, era una especie de chacal, un animal de cara achatada, cabeza enorme y cuello de toro, entre una hiena y un dingo. Había gusanos retorciéndose en su pelaje sarnoso, y empezó a subir los escalones.

El Gato Negro le saltó encima y, en cuestión de segundos, se convirtieron en una masa que rodaba y se enroscaba y se movía más rápido de lo que yo podía seguir con la mirada.

Todo en silencio.

Entonces oí un estruendo lejano: por la carretera donde acababa el camino que llevaba a nuestra casa, un camión que hacía su trayecto de noche avanzaba pesadamente, con los faros encendidos, brillantes como soles verdes a través de los gemelos. Los aparté y vi sólo oscuridad y el amarillo suave de los faros y, luego, el rojo de las luces de atrás a medida que el camión volvía a desaparecer en la nada absoluta.

Cuando alcé los gemelos otra vez, no había nada que ver. Sólo el Gato Negro en los escalones, con la mirada perdida en el aire. Enfoqué los gemelos hacia arriba y vi algo que se alejaba volando —un buitre, quizá, o un águila—, voló más allá de los árboles y desapareció.

Salí al porche y cogí al Gato Negro, le acaricié y le dije cosas amables y tranquilizadoras. Maulló lastimeramente cuando me acerqué a él, pero, después de un rato, se quedó dormido en mi regazo y le puse en su cesta y subí a mi cama, a dormir yo también. A la mañana siguiente, tenía sangre seca en la camiseta y los tejanos.

Eso fue hace una semana.

La cosa que viene a mi casa no viene todas las noches, pero casi: lo sabemos por las heridas del gato y por el dolor que veo en esos ojos leoninos. Ha perdido el uso de la pata izquierda delantera y el ojo derecho se le ha cerrado para siempre.

Me pregunto qué hicimos para merecernos al Gato Negro. Me pregunto quién le envió. Y, egoísta y asustado, me pregunto si aún le queda mucho que dar.

EL PUENTE DEL TROLL

Quitaron casi todas las vías férreas a principios de los sesenta, cuando yo tenía tres o cuatro años. Recortaron drásticamente el servicio de trenes. Eso significaba que no había adonde ir si no era a Londres, y la pequeña ciudad donde yo vivía se convirtió en el final de la línea.

El primer recuerdo fiable que tengo: a los dieciocho meses, mi madre está en el hospital dando a luz a mi hermana y mi abuela pasea conmigo hasta un puente y me alza para que vea el tren que pasa por debajo, jadeando y echando vapor como un dragón de hierro negro.

Durante los años siguientes, se perdió el último de los trenes a vapor y, con él, desapareció la red de vías férreas que unían pueblo con pueblo, ciudad con ciudad.

Yo no sabía que los trenes estaban desapareciendo. Para cuando tenía siete años, habían pasado a la historia.

Vivíamos en una casa vieja en las afueras de la ciudad. Los campos de enfrente estaban vacíos y en barbecho. Solía saltar la valla y echarme a leer a la sombra de un juncal pequeño; o si me sentía más intrépido exploraba el parque de la casa solariega vacía que había al otro lado de los campos. Tenía un estanque ornamental atascado por las algas, sobre el que había un puente bajo de madera. Nunca vi a un encargado o a un guarda en mis incursiones en los jardines y bosques y nunca intenté entrar en la casa solariega. Eso habría sido exponerse al desastre y, además, para mí era cuestión de fe que todas las casas viejas y vacías estaban embrujadas.

No es que fuera crédulo, simplemente creía en todo lo que era oscuro y peligroso. Parte de mi credo juvenil era que la noche estaba llena de fantasmas y brujas, hambrientos y agitando los brazos y vestidos completamente de negro.

Lo opuesto también era válido y eso me tranquilizaba: la luz del día era segura. La luz del día siempre era segura.

Un ritual: el último día del tercer trimestre escolar, de camino a casa, me quitaba los zapatos y los calcetines y, sujetándolos con las manos, recorría el camino pedregoso de sílex con pies rosados y tiernos. Durante las vacaciones de verano sólo me ponía los zapatos bajo coacción. Gozaba no teniendo que llevar calzado hasta que el colegio empezase otra vez en septiembre.

A los siete años descubrí el sendero que atravesaba el bosque. Era un verano caluroso y radiante y aquel día me alejé mucho de casa.

Estaba explorando. Pasé junto a la casa solariega, con sus ventanas cerradas con tablas y tapiadas, crucé el parque y atravesé unos bosques desconocidos. Bajé gateando por un talud empinado y me encontré en un sendero sombreado que para mí era nuevo y que estaba cubierto de árboles; la luz que atravesaba las hojas estaba teñida de verde y oro, y pensé que me hallaba en el país de las hadas.

Un riachuelo corría junto al sendero, repleto de renacuajos diminutos y transparentes. Cogí algunos y observé cómo se removían y daban vueltas. Luego los devolví al agua.

Paseé por el sendero. Era totalmente recto y estaba cubierto de hierba corta. De vez en cuando encontraba unas rocas fantásticas: cosas fundidas y llenas de burbujas, marrones y violetas y negras. Si las ponías a contraluz veías todos los colores del arco iris. Estaba convencido de que tenían que ser sumamente valiosas y me llené los bolsillos.

Caminé y caminé por el silencioso pasillo dorado y verde y no vi a nadie.

No tenía ni hambre ni sed. Sólo me preguntaba adónde iría el sendero. Iba en línea recta y era totalmente llano. El sendero nunca cambiaba, pero el campo que lo rodeaba sí. Al principio estuve caminando por el fondo de un barranco, con pendientes cubiertas de hierba que ascendían abruptamente a ambos lados. Más tarde, el sendero estaba encima de todo y, mientras andaba, veía las copas de los árboles que había abajo y los tejados de las casas lejanas y aisladas. El sendero era siempre llano y recto, y caminé por él atravesando valles y mesetas y más valles y más mesetas. Al final, en uno de esos valles, llegué al puente.

Estaba hecho de ladrillos rojos y limpios, un arco enorme sobre el sendero. A un lado del puente había unos escalones de piedra excavados en el terraplén y, en lo alto de la escalera, una verja pequeña de madera.

Me sorprendí al ver una prueba de la existencia de la humanidad en mi sendero, pues ya estaba convencido de que se trataba de una formación natural, igual que un volcán. Entonces, con un sentido más de curiosidad que de otra cosa (al fin y al cabo, había recorrido cientos de millas, o eso creía, y podía estar *en cualquier sitio*), subí los escalones de piedra, abrí la verja y pasé.

No estaba en ningún sitio.

La parte de arriba del puente estaba pavimentada con barro. A cada extremo del puente había un prado. El prado de mi extremo era un campo de trigo; en el otro campo sólo había hierba. En el barro seco se veían las huellas endurecidas de las ruedas enormes de un tractor. Crucé el puente para asegurarme: no se oyó ningún trip-trap, mis pies descalzos no producían ningún sonido.

No había nada en varias millas a la redonda; sólo campos y trigo y árboles.

Cogí una espiga de trigo y saqué los granos dulces, los pelé entre los dedos y los mastiqué meditabundo.

Entonces me di cuenta de que empezaba a tener hambre y bajé las escaleras hasta la vía férrea abandonada. Era hora de irse a casa. No me había perdido; lo único que tenía que hacer era volver a seguir el sendero hasta casa.

Había un troll esperándome, debajo del puente.

—Soy un troll —dijo. Entonces hizo una pausa y añadió, como si se le hubiese ocurrido después—, Sig el seng derg.

Era inmenso: su cabeza rozaba el arco de ladrillos. Era más o menos transparente: yo veía los ladrillos y los árboles que había detrás de él, borrosos pero no perdidos. Era todas mis pesadillas en carne y hueso. Tenía dientes enormes y afilados, zarpas desgarradoras y manos fuertes y peludas. Tenía el pelo largo, como una de las muñecas de plástico de mi hermana, y los ojos saltones. Estaba desnudo y el pene le colgaba de la mata de pelo de muñeco que tenía entre las piernas.

—Te he oído, Jack —susurró en una voz como el viento—. He oído el trip-trap de tus pasos por mi puente. Y ahora me voy a comer tu vida.

Yo sólo tenía siete años, pero era de día y no recuerdo que estuviese asustado. A los niños les va bien encontrarse con los elementos de un cuento de hadas, están muy preparados para enfrentarse a ellos.

—No me comas —le dije al troll. Yo llevaba una camiseta a rayas marrones y pantalones de pana marrón. Tenía el pelo castaño y me faltaba un diente de delante. Estaba aprendiendo a silbar entre los dientes, pero aún me faltaba un poco.

—Me voy a comer tu vida, Jack —dijo el troll.

Le miré fijamente.

—Mi hermana mayor vendrá por el sendero muy pronto —mentí— y está mucho más sabrosa que yo. Cómetela a ella.

El troll olisqueó el aire y sonrió.

—Estás completamente solo —dijo—. No hay nada más en el sendero. Absolutamente nada.

Entonces se inclinó y me pasó los dedos por encima: fue como si unas mariposas me rozasen la cara, como si me palpara un ciego. Luego se olfateó los dedos y negó con la cabeza.

—No tienes una hermana mayor. Sólo una hermana menor y hoy está en casa de su amiga.

—¿Has adivinado todo eso por el olor? —pregunté, atónito.

—Los trolls pueden oler los arcos iris y también pueden oler las estrellas —susurró tristemente—. Los trolls pueden oler los sueños que soñaste antes de que hubieras nacido. Acércate y me comeré tu vida.

—Llevo piedras preciosas en el bolsillo —le dije al troll—. Quédate con ellas y no conmigo. Mira. —Le enseñé las rocas preciosas de lava que había encontrado antes.

—Escoria de hulla —dijo el troll—. Los residuos de los trenes a vapor. Para mí no tienen ningún valor.

Abrió bien la boca. Dientes afilados. Aliento que olía a hongos y a la parte de abajo de las cosas.

—Comer. Ahora.

Se fue volviendo más y más sólido, más y más real; y el mundo exterior se volvió más llano y empezó a desvanecerse.

—Espera —clavé los pies en la tierra húmeda bajo el puente, moví los dedos de los pies, me agarré fuerte al mundo real. Le miré fijamente a los ojos grandes—. Tú no quieres comerte mi vida. Aún no. Y yo tengo sólo siete años. Aún no he vivido nada. Hay libros que no he leído todavía. Nunca me he subido a un avión. Aún no sé silbar, no mucho. ¿Por qué no dejas que me vaya? Cuando sea mayor y más grande y sea una comida mejor que ahora, volveré contigo.

El troll me miró con ojos como faros.

Después asintió con la cabeza.

—Cuando vuelvas, entonces —dijo. Y sonrió.

Me di la vuelta y caminé por el sendero recto y silencioso donde antes habían estado las vías férreas.

Después de un rato empecé a correr.

Recorrí el camino con pasos pesados, a la luz verde, bufando y resoplando, hasta que sentí un dolor punzante bajo el tórax, el dolor del flato; y, apretándome el costado, llegué a casa a trompicones.

Los campos empezaron a desaparecer a medida que me hacía mayor. Una a una, hilera a hilera, surgieron casas con calles a las que les habían puesto el nombre de plantas silvestres y escritores respetables. Vendieron nuestra casa, un edificio victoriano viejo y ruinoso, y la tiraron abajo; casas nuevas cubrieron el jardín.

Construyeron casas por todas partes.

Una vez me perdí en una urbanización que cubría dos prados de los que antes había conocido cada centímetro. Sin embargo, no me importaba demasiado que los campos estuvieran desapareciendo. Una multinacional compró la antigua casa solariega y el parque se convirtió en más casas.

Pasaron ocho años antes de que regresara a la vieja línea férrea y, cuando lo hice, no estaba solo.

Tenía quince años; había cambiado de colegio dos veces durante ese tiempo. Ella se llamaba Louise y era mi primer amor.

Amaba sus ojos grises y su fino cabello castaño claro y su forma desgarbada de andar (como un cervato que está aprendiendo a andar, lo que suena muy tonto así que pido disculpas): la vi masticando chicle, cuando yo tenía trece años, y me perdí por ella como un ciego en un laberinto.

El problema principal de estar enamorado de Louise era que éramos respectivamente el mejor amigo del otro, y que ambos salíamos con otra gente.

Nunca le había dicho que la amaba, ni siquiera que me gustaba. Éramos colegas.

Había estado en su casa aquella noche: nos quedamos en su habitación y pusimos *Rattus Norvegicus*, el primer LP de los Stranglers. Era el principio del punk y todo parecía tan emocionante: las posibilidades, tanto en música como en todo lo demás, eran infinitas. Al final fue hora de irse a casa y ella decidió acompañarme. Nos cogimos de la mano, inocentemente, como amigos, y paseamos los diez minutos que había hasta mi casa.

La luna brillaba, el mundo era visible e incoloro y hacía una noche cálida.

Llegamos a mi casa. Vimos luces dentro y nos quedamos en el camino de entrada y hablamos del grupo que yo estaba montando. No entramos.

Entonces decidimos que yo la acompañaría a *ella* hasta su casa. Así que nos pusimos en camino.

Me habló de las batallas que tenía con su hermana menor, que le robaba el maquillaje y el perfume. Louise sospechaba que su hermana estaba acostándose con chicos. Louise era virgen. Ambos lo éramos.

Estábamos en la calle que había delante de su casa, bajo la luz amarillo sodio de la farola, y nos mirábamos los labios negros y las caras amarillo pálido.

Nos sonreímos.

Entonces nos pusimos a andar, escogiendo calles silenciosas y senderos vacíos. En una de las urbanizaciones nuevas, un sendero nos llevó al bosque y lo seguimos.

El sendero era recto y oscuro, pero las luces de las casas lejanas brillaban como estrellas en la tierra y la luna nos daba luz suficiente para ver. Una vez nos asustamos, cuando algo bufó y resopló delante de nosotros. Nos apretujamos, vimos que era un tejón, nos reímos y nos abrazamos y seguimos andando.

Hablábamos en voz baja, de tonterías, de lo que soñábamos y lo que queríamos y lo que pensábamos.

Y todo el tiempo quería besarla y tocarle los pechos y, quizá, meterle la mano entre las piernas.

Al final vi mi oportunidad. Había un puente de ladrillos viejo encima del sendero y nos paramos debajo de él. Me apretujé contra ella. Abrió la boca para besarme.

Entonces se quedó fría y rígida y dejó de moverse.

—Hola —dijo el troll.

Solté a Louise. Estaba oscuro debajo del puente, pero la figura del troll llenaba la oscuridad.

—La he congelado —dijo el troll—, para que podamos hablar. Ahora me voy a comer tu vida.

El corazón me latía con fuerza y sentía que estaba temblando.

—No.

—Dijiste que volverías conmigo. Y lo has hecho. ¿Aprendiste a silbar?

—Sí.

—Eso está bien. Yo nunca supe silbar —husmeó y asintió con la cabeza—. Estoy

satisfecho. Has crecido en vida y experiencia. Más para comer. Más para mí.

Agarré a Louise, una zombi tiesa, y la empujé hacia delante.

—No me cojas a mí. No quiero morir. Cógela a *ella*. Apuesto a que está mucho más deliciosa que yo. Además, es dos meses mayor que yo. ¿Por qué no te la llevas a ella?

El troll se quedó callado.

Olisqueó a Louise de pies a cabeza, olfateándole los pies y la entrepierna y los pechos y el pelo.

Entonces me miró.

—Es una inocente —dijo—. Tú no. No la quiero a ella. Te quiero a ti.

Fui hasta la abertura del puente y me quedé mirando las estrellas del cielo nocturno.

—Pero es que hay tantas cosas que no he hecho nunca —dije, en parte a mí mismo—. O sea, nunca he... bueno, nunca me he acostado con nadie. Nunca he ido a América. Y no he... —hice una pausa—. No he *hecho* nada. Aún no.

El troll no dijo nada.

—Podría volver contigo. Cuando sea mayor.

El troll no dijo nada.

—Volveré. De veras que sí.

—¿Que volverás conmigo? —dijo Louise—. ¿Por qué? ¿Adónde vas?

Me di la vuelta. El troll había desaparecido y la chica que había creído que amaba estaba envuelta por las sombras bajo el puente.

—Nos vamos a casa —le dije—. Venga.

Regresamos y no dijimos ni una palabra.

Louise salió con el batería del grupo de punk que yo había montado y, mucho después, se casó con otro. Nos encontramos una vez, en un tren, después de que se hubiera casado, y me preguntó si recordaba aquella noche.

Le dije que sí.

—Me gustabas mucho, aquella noche, Jack —me dijo—. Pensé que ibas a besarme. Pensé que ibas a pedirme que saliera contigo. Te hubiera dicho que sí. Si me lo hubieses pedido.

—Pero no lo hice.

—No —dijo—. No lo hiciste —llevaba el pelo muy corto. No le quedaba.

No la volví a ver. La mujer estilizada de la sonrisa tensa no era la chica que yo había amado y hablar con ella me hizo sentir incómodo.

Me fui a vivir a Londres y, entonces, unos años después, volví, pero la ciudad a la que regresé no era la ciudad que yo recordaba: no había campos, ni granjas, ni caminitos de pedernal; y me mudé lo antes que pude a un pueblo diminuto a diez millas de allí.

Me mudé con mi familia —ya estaba casado y tenía un niño pequeño— a una

casa vieja que había sido, mucho años antes, una estación de tren. Habían quitado las vías y la anciana pareja que vivía enfrente de nuestra casa utilizaba aquel terreno para cultivar verduras.

Estaba envejeciendo. Un día me encontré una cana; otro, escuché una cinta en la que me había grabado hablando y me di cuenta de que sonaba exactamente igual que mi padre.

Trabajaba en Londres, en el departamento de contratación de una de las compañías discográficas más importantes. Iba en tren a Londres casi todos los días y volvía a casa algunas noches.

Tenía que alquilar un pisito en Londres; es difícil ir y volver a casa cada día cuando los grupos que estás examinando no salen tambaleándose al escenario hasta medianoche. Eso también significaba que era bastante fácil echar un polvo, si quería, y así era.

Pensé que Eleonora —así se llamaba mi mujer; debería haberlo mencionado antes, supongo— no sabía nada sobre las otras mujeres; pero regresé de una excursión de dos semanas a Nueva York un día de invierno y, cuando llegué, la casa estaba vacía y fría.

Me había dejado una carta, no una nota. Quince páginas, muy bien mecanografiadas, y todas y cada una de las palabras que había escrito eran ciertas. La posdata incluida, que decía: *En realidad no me quieres. Nunca me has querido.*

Me puse un abrigo grueso y salí de casa y caminé, estupefacto y un poco atontado.

No había nieve en el suelo, pero había una escarcha dura y las hojas crujían bajo mis pies mientras andaba. Los árboles eran de un negro desnudo contra el cielo invernal crudo y gris.

Caminé junto a la carretera. Me pasaban los coches, que iban o venían de Londres. Una vez tropecé con una rama, medio escondida entre un montón de hojas secas, y me caí, me rasgué los pantalones y me hice un corte en la pierna.

Llegué al pueblo de al lado. Un río formaba un ángulo por la derecha con la carretera y había un sendero junto a él que no había visto nunca, y caminé por el sendero mientras miraba el río medio helado. Borboteaba, salpicaba y cantaba.

El sendero llevaba por unos campos; era recto y estaba cubierto de hierba.

Encontré una roca, medio enterrada, a un lado del sendero. La cogí, le quité el barro. Era un pedazo fundido de una sustancia violácea, con un extraño brillo multicolor. Me la puse en el bolsillo del abrigo y la sostuve en la mano mientras andaba, sintiendo su presencia cálida y tranquilizadora.

El río se alejó serpenteando por los campos y yo seguí andando en silencio.

Llevaba una hora caminando cuando vi las casas, nuevas y pequeñas y cuadradas, en el terraplén que había delante de mí.

Entonces vi el puente y supe dónde estaba: me hallaba en el sendero de las viejas vías férreas y lo había estado siguiendo desde la otra dirección.

Había graffitis a un lado del puente: JODER y BARRY QUIERE A SUSAN y el omnipresente FN del Frente Nacional.

Me puse bajo el arco de ladrillos rojos del puente, entre envoltorios de helado y bolsas de patatas fritas y un único condón triste y usado, y observé el vapor de mi aliento en la tarde fría.

La sangre se había secado y se me había quedado enganchada a los pantalones.

Pasaban coches por el puente que había sobre mí; oí una radio muy alta en uno de ellos.

—¿Hola? —dije, en voz baja, avergonzado, sintiéndome como un idiota—. ¿Hola?

No hubo respuesta. El viento hizo susurrar las bolsas de patatas fritas y las hojas.

—He vuelto. Dije que lo haría. Y lo he hecho. ¿Hola?

Silencio.

Entonces empecé a llorar, estúpida y silenciosamente, bajo el puente.

Una mano me tocó la cara y alcé la vista.

—Creí que no volverías —dijo el troll. Ahora tenía mi estatura, pero aparte de eso no había cambiado. Llevaba hojas enredadas en su pelo de muñeco largo y despeinado y tenía los ojos muy abiertos y tristes.

Me encogí de hombros, luego me sequé la cara con la manga del abrigo.

—He vuelto.

Tres niños pasaron por encima de nosotros, por el puente, gritando y corriendo.

—Soy un troll —murmuró el troll, con una vocecita asustada—. Sig el seng derg. Estaba temblando.

Alargué la mano y le cogí la zarpa enorme. Le sonreí.

—No pasa nada —le dije—. En serio. No pasa nada.

El troll asintió con la cabeza.

Me empujó al suelo, sobre las hojas y los envoltorios y el condón, y se me echó encima. Entonces alzó la cabeza y abrió la boca y se comió mi vida con sus dientes fuertes y afilados.

Cuando acabó, el troll se puso en pie y se sacudió. Se puso la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un pedazo de escoria negra y llena de burbujas.

Me la dio.

—Esto es tuyo —dijo el troll.

Le miré: llevaba mi vida puesta cómodamente, con facilidad, como si la hubiera estado llevando durante años. Cogí la escoria de hulla y la olisqueé. Podía oler el tren de donde había caído, hacía tanto tiempo. La agarré fuertemente con la mano peluda.

—Gracias —dije.

—Buena suerte —dijo el troll.

—Sí. Bueno. A ti también.

El troll sonrió con mi cara.

Me dio la espalda y empezó a andar por el camino por el que yo había venido, hacia el pueblo, a la casa vacía que yo había dejado aquella mañana; y silbaba mientras andaba.

He estado aquí desde entonces. Escondido. Esperando. Parte del puente.

Observo desde las sombras cuando pasa la gente: paseando a sus perros o hablando o haciendo las cosas que hace la gente. Algunas veces alguien se para debajo de mi puente, para quedarse un rato, mear o hacer el amor. Yo les observo, pero no digo nada; y ellos nunca me ven.

Sig el seng derg.

Simplemente me voy a quedar aquí, en la oscuridad bajo el arco. Os oigo a todos ahí fuera, oigo el trip-trap, trip-trap de vuestros pasos por mi puente.

Oh, sí, os oigo.

Pero no pienso salir.

NO LE PREGUNTÉIS A JACK

Nadie sabía de dónde había salido el juguete, qué bisabuelo o que tía lejana lo había tenido antes de que llegara al cuarto de los niños.

Era una caja tallada y pintada de oro y rojo. Era hermosa, sin duda, y, al menos eso sostenían los mayores, bastante valiosa, quizá incluso una antigüedad. Por desgracia, el seguro estaba cerrado y oxidado y la llave se había perdido, de modo que el muñeco no podía salir. Aun así, era una caja magnífica, pesada y tallada y dorada.

Los niños no jugaban con ella. Estaba en el fondo de un arcón de juguetes viejo y de madera, que tenía el mismo tamaño y la misma edad que el cofre del tesoro de un pirata, o eso pensaban los niños. La caja del muñeco a resorte estaba enterrada bajo muñecas y trenes, payasos y estrellas de papel y viejos trucos de magia y marionetas tullidas con los hilos enredados irrevocablemente y ropa para disfrazarse (aquí los jirones de un vestido de novia de hacía mucho, allí un sombrero de seda negra, con un poso formado por la edad y el tiempo) y alhajas de fantasía, aros rotos y peonzas y caballitos. Debajo de todo estaba la caja del muñeco Jack^[4].

Los niños no jugaban con ella. Cuchicheaban entre ellos, cuando estaban solos en el ático, en el cuarto de los niños. En los días grises cuando el viento aullaba alrededor de la casa y la lluvia hacía sonar el tejado de pizarra y bajaba golpeteando por los aleros, se explicaban historias sobre Jack, aunque nunca lo habían visto. Uno afirmaba que Jack era un brujo malvado, colocado en la caja como castigo por crímenes demasiado horribles para ser descritos; otra (y estoy seguro de que tuvo que haber sido una de las niñas) sostenía que la caja de Jack era la caja de Pandora y que le habían metido allí como guardián para impedir que las cosas malas que había dentro salieran otra vez. Ni siquiera la tocaban, si podían evitarlo, pero cuando, como sucedía a veces, un adulto hacía un comentario sobre la ausencia de aquel muñeco a resorte viejo y encantador, y lo recuperaba del cofre y lo colocaba en una posición de honor sobre la repisa de la chimenea, los niños se armaban de valor y, más tarde, lo escondían otra vez en las tinieblas.

Los niños no jugaban con la caja del muñeco a resorte. Y cuando se hicieron mayores y dejaron la gran casa, cerraron el cuarto del ático y casi lo olvidaron.

Casi, pero no del todo. Ya que cada uno de los niños, por separado, recordaba haber subido solo a la luz azul de la luna, descalzo, hasta el cuarto de los niños. Era casi como andar sonámbulo, los pasos quedos sobre la madera de las escaleras, sobre la alfombra raída del cuarto. Recordaba haber abierto el cofre del tesoro, haber hurgado entre las muñecas y la ropa y haber sacado la caja.

Entonces el niño tocaba el seguro y la tapa se abría, lenta como una puesta de sol, y la música empezaba a sonar y Jack salía. No lo hacía de repente y rebotando: no era un muñeco saltarín. Sino que se alzaba de la caja con parsimonia, concentrado, y le hacía una seña al niño para que se acercara más, más, y sonreía.

Allí, a la luz de la luna, les explicaba cosas que nunca recordaban muy bien, cosas que nunca podían olvidar del todo.

El niño mayor murió en la Primera Guerra Mundial. El menor, después de que sus padres muriesen, heredó la casa, aunque se la quitaron al encontrarle en la bodega una noche con ropa y queroseno y cerillas, cuando intentaba dejar la gran casa reducida a cenizas. Le llevaron al manicomio y quizá aún sigue allí.

Las otras hermanas, que habían sido niñas y que ya eran mujeres, se negaron, todas y cada una de ellas, a regresar a la casa en la que se habían criado; y tapiaron las ventanas de la casa y cerraron todas las puertas con llaves enormes de hierro, y las hermanas la visitaban con la misma frecuencia con que visitaban la tumba de su hermano mayor o la cosa triste que antes había sido su hermano menor, es decir, nunca.

Han pasado los años y las niñas son ancianas, y búhos y murciélagos se han instalado en el viejo cuarto del ático; las ratas construyen sus nidos entre los juguetes olvidados. Los animales miran sin curiosidad los grabados descoloridos de la pared y manchan lo que queda de la alfombra con sus excrementos.

Y dentro de la caja, muy al fondo, Jack espera y sonríe, guardando sus secretos. Está esperando a los niños. Puede esperar eternamente.

EL ESTANQUE DE LOS PECES DE COLORES Y OTROS CUENTOS

Estaba lloviendo cuando llegué a Los Ángeles y me sentí rodeado de cientos de películas antiguas.

Un chófer de limusina vestido de uniforme negro me esperaba en el aeropuerto, con una hoja blanca de cartón en la mano con mi nombre cuidadosamente mal escrito.

—Le llevaré directamente al hotel, señor —dijo el chófer. Parecía un tanto decepcionado porque yo no tenía ningún equipaje de verdad que él pudiese llevar, sólo un bolso de viaje maltrecho en el que había metido camisetas, ropa interior y calcetines.

—¿Está lejos?

Dijo que no con la cabeza.

—Quizá a veinticinco o treinta minutos. ¿Había estado en Los Ángeles?

—No.

—Bueno, lo que siempre digo, Los Ángeles es una ciudad de treinta minutos. Vaya adonde vaya, está a treinta minutos. No más.

Metió mi bolso en el maletero del coche, que él llamó baúl, y abrió la puerta para que me subiera a la parte de atrás.

—Y, ¿de dónde es usted? —preguntó, mientras salíamos del aeropuerto y nos dirigíamos a las calles mojadas y resbaladizas y salpicadas de neón.

—De Inglaterra.

—De Inglaterra, ¿eh?

—Sí. ¿Ha estado allí?

—No señor. He visto películas. ¿Es usted actor?

—Soy escritor.

Perdió interés. De vez en cuando insultaba entre dientes a otros conductores.

Viró bruscamente y cambió de carril. Adelantamos a cuatro coches que habían chocado en cadena y que estaban en el carril por el que habíamos ido antes.

—En esta ciudad llueve un poco y, de repente, ya nadie sabe conducir —me dijo. Me hundí aún más en los cojines de la parte de atrás—. Me han dicho que en

Inglaterra llueve —era una afirmación, no una pregunta.

—Un poco.

—Más que un poco. Llueve cada día en Inglaterra —se rió—. Y hay niebla densa. Niebla muy, muy densa.

—La verdad es que no.

—¿Cómo que no? —preguntó, desconcertado, a la defensiva—. He visto películas.

Entonces nos quedamos en silencio, conduciendo bajo la lluvia de Hollywood; pero, después de un rato, dijo:

—Pídale la habitación en la que murió Belushi.

—¿Cómo dice?

—Belushi. John Belushi. Murió en ese hotel. Drogas. ¿Lo sabía?

—Ah. Sí.

—Hicieron una película sobre su muerte. Un tipo gordo, no se parecía en nada a él. Pero nadie cuenta la verdad auténtica sobre su muerte. Verá, no estaba solo. Había otros dos tíos con él. Los estudios no querían líos. Pero cuando uno es chófer de limusina, oye cosas.

—¿Ah, sí?

—Robin Williams y Robert De Niro. Estaban con él. Todos metiéndose rayas de polvo feliz.

El edificio del hotel era un castillo blanco que imitaba el estilo gótico. Me despedí del chófer y me registré; no les pregunté por la habitación en la que había muerto Belushi.

Salí hacia mi bungalow bajo la lluvia, con el bolso de viaje en la mano y el juego de llaves que, según la recepcionista, me abriría las diversas puertas y verjas. El aire olía a polvo mojado y, curiosamente, a jarabe para la tos. Anochecía.

El agua salpicaba por todas partes. Corría en riachuelos y regatos a través del patio.

Subí las escaleras y entré en una habitación pequeña, fría y húmeda. Parecía un sitio bastante triste para la muerte de una estrella.

La cama estaba un poco húmeda y la lluvia repiqueteaba con un redoble enloquecedor en el sistema del aire acondicionado.

Miré un rato la televisión, la tierra yerma de las reposiciones (*Cheers* se fundió imperceptiblemente en *Taxi*, que parpadeó, cambió a blanco y negro y se convirtió en *I Love Lucy*), y tras dar unas cabezadas me quedé dormido.

Soñé con tambores tocando el tambor intermitentemente, a sólo treinta minutos de allí.

Me despertó el teléfono.

—Ey, ey, ey, ey. Así que llegaste bien, ¿eh?

—¿Quién es?

—Soy Jacob, del estudio. ¿El desayuno sigue en pie, ey, ey?

—¿Desayuno...?

—No hay problema. Vendré a recogerte al hotel dentro de treinta minutos. La reserva ya está hecha. No hay problema. ¿Recibiste mis mensajes?

—Yo...

—Los envié anoche por fax. Hasta luego.

Había parado de llover. Hacía un sol cálido y radiante: luz hollywoodiense de verdad. Me dirigí al edificio principal, caminando sobre una alfombra de hojas de eucalipto aplastadas: el olor a medicina para la tos de la noche anterior.

Me entregaron un sobre con un fax dentro: mi programa para los próximos días, con mensajes de ánimo y garabatos al margen escritos a mano y enviados por fax, en los que ponía cosas como «¡Esto será un éxito de taquilla!» y «¡Esto va a ser una película sensacional, ¿o no?!». El fax estaba firmado por Jacob Klein, obviamente la voz del teléfono. Nunca había tratado con un Jacob Klein.

Un coche deportivo pequeño y rojo se detuvo a la entrada del hotel. El conductor salió y me saludó con la mano. Fui a su encuentro. Tenía una barba entrecana bien cuidada, una sonrisa que era casi taquillera y llevaba una cadena de oro alrededor del cuello. Me enseñó un ejemplar de *Hijos del hombre*^[5].

Era Jacob. Nos estrechamos las manos.

—¿Está David por ahí? ¿David Gambol?

David Gambol era el hombre con el que había hablado antes por teléfono, cuando estaba organizando el viaje. No era el productor. Yo no estaba muy seguro de lo que era. Se describió a sí mismo como «adscrito al proyecto».

—David ya no está en el estudio. Digamos que ahora el proyecto lo llevo yo y quiero que sepas que estoy eufórico, ey, ey.

—¿Eso es bueno?

Subimos al coche.

—¿Dónde es la reunión? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No es una reunión —dijo—. Es un desayuno.

Yo parecía confundido. Se apiadó de mí.

—Una especie de prerreunión para la reunión —explicó.

Fuimos desde el hotel a un centro comercial que estaba en algún sitio a media hora de camino, mientras Jacob me contaba lo mucho que le había gustado el libro y lo encantado que estaba de haberse adscrito al proyecto. Dijo que había sido idea suya que me alojara en aquel hotel.

—Te da el tipo de experiencia hollywoodiense que nunca conseguirías en el Four Seasons o el Ma Maison, ¿verdad? —Y me preguntó si me hospedaba en el bungalow donde murió John Belushi. Le dije que no lo sabía, pero que lo dudaba mucho.

—¿Sabes con quién estaba, cuando murió? Los estudios lo ocultaron.

—No. ¿Con quién?

—Meryl y Dustin.

—¿Te refieres a Meryl Streep y Dustin Hoffman?

—Claro.

—¿Cómo lo sabes?

—La gente habla. Esto es Hollywood, ¿sabes?

Asentí con la cabeza como si supiera, pero no tenía ni idea.

La gente habla de libros que se escriben solos, pero es mentira. Los libros no se escriben solos. Hay que pensar e investigar y sufrir dolor de espalda y tomar notas y se necesita más tiempo y más trabajo del que podríais creer.

A excepción de *Hijos del hombre*, ése se escribió prácticamente solo.

La pregunta irritante que siempre nos hacen (y al decir nos me refiero a los escritores) es: «¿De dónde saca las ideas?».

Y la respuesta es: confluencia. Cuajan cosas. Los ingredientes correctos y de repente: ¡*Abracadabra!*

Empezó con un documental sobre Charles Manson que estaba viendo más o menos por casualidad (estaba en una cinta de vídeo que me había dejado un amigo, después de un par de cosas que sí quería ver): había secuencias de Manson, de cuando le arrestaron por primera vez, cuando la gente creía que era inocente y que era el gobierno el que estaba metiéndose con los hippies. Manson apareció en la pantalla, un orador mesiánico, guapo y carismático. Alguien por el que uno se arrastraría descalzo hasta el Infierno. Alguien por el que se podría matar.

Empezó el juicio; y, a las pocas semanas, el orador había desaparecido y en su lugar había un farfullero desgarbado y simiesco, con una cruz grabada en la frente. Fuera cual fuera el don, ya no estaba allí. Había desaparecido. Sin embargo, había estado allí.

El documental continuó: un ex convicto de mirada dura que había estado en prisión con Manson explicaba, «¿Charlie Manson? Escucha, Charlie era un farsante. No era nada. Nos reíamos de él, ¿sabes? ¡No era nada!»

Asentí con la cabeza. Así que hubo un tiempo en que Manson era el rey del carisma. Pensé en una bendición, algo que le había sido dado y que le habían quitado.

Vi el resto del documental, obsesionado. Entonces, sobre un fotograma en blanco y negro, el narrador dijo algo. Rebobiné y lo dijo otra vez.

Tenía una idea. Tenía un libro que se escribía solo.

Lo que dijo el narrador fue lo siguiente: que a los niños que Manson había tenido con las mujeres de La Familia los enviaron a varios orfanatos para que fueran adoptados, con apellidos que les había dado el tribunal y que, por supuesto, no eran Manson.

Entonces, pensé en una docena de Mansons de veinticinco años. Pensé en aquel carisma invadiéndoles a todos al mismo tiempo. Doce Mansons jóvenes, en todo su esplendor, que, atraídos por una fuerza desconocida, iban llegando a Los Ángeles de

todas partes del mundo. Y una hija de Manson que intentaba desesperadamente evitar que se reuniesen y, como nos decía la nota publicitaria de la contraportada, «que comprendieran cuál era su aterrador destino».

Escribí *Hijos del hombre* al rojo vivo: lo acabé en un mes y lo envié a mi agente, a la que sorprendió, («Bueno, no es como lo otro que has escrito, querido», dijo amablemente), y que lo vendió en una subasta —mi primera subasta—, por más dinero del que había creído posible. (Mis otros libros, tres colecciones de historias de fantasmas elegantes, llenas de alusiones y difíciles de aprehender, apenas habían servido para pagar el ordenador con que las había escrito.)

Entonces Hollywood lo compró, antes de que lo publicaran y de nuevo en una subasta. Había tres o cuatro estudios interesados: me quedé con el estudio que quería que yo escribiese el guión. Sabía que nunca sucedería, que no se decidirían a hacerlo. Pero entonces el fax empezó a arrojar mensajes, bien entrada la noche, la mayoría firmados con entusiasmo por un tal Dave Gambol; una mañana firmé cinco copias de un contrato gordísimo; unas semanas después, mi agente me comunicó que el primer cheque estaba compensado y que habían llegado los billetes para Hollywood, para las «conversaciones preliminares». Parecía un sueño.

Los billetes eran de clase preferente. El momento en que vi que los billetes eran de clase preferente supe que el sueño era real.

Fui a Hollywood en la sección que parece una burbuja y que está en la parte de arriba del Jumbo, mordisqueando salmón ahumado y con un ejemplar de tapa dura recién salido de la imprenta de *Hijos del hombre* en la mano.

Bueno. El desayuno.

Me contaron lo mucho que les encantaba el libro. No acabé de entender el nombre de nadie. Los hombres tenían barba o gorras de béisbol o ambas cosas; las mujeres eran pasmosamente atractivas, de un modo más o menos higiénico.

Jacob pidió nuestro desayuno y lo pagó. Explicó que la próxima reunión era una mera formalidad.

—Es tu libro lo que nos encanta —dijo—. ¿Por qué habríamos comprado tu libro si no quisiéramos hacerlo? ¿Por qué te habríamos contratado a ti para escribir el guión si no quisiéramos el toque especial que tú darías al proyecto? Esa esencia *tuya*.

Asentí con la cabeza, muy serio, como si mi esencia literaria fuera algo en lo que había pasado muchas horas meditando.

—Una idea como ésta. Un libro como éste. Eres bastante único.

—Uno de los más únicos —dijo una mujer que se llamaba Dina o Tina o tal vez Deanna.

Enarqué una ceja.

—¿Y qué se supone que debo hacer en la reunión?

—Ser receptivo —dijo Jacob—. Ser positivo.

El trayecto al estudio duró una media hora en el cochecito rojo de Jacob. Nos detuvimos frente a la barrera de seguridad, donde Jacob discutió con el guarda. Deduje que era nuevo en el estudio y que aún no le habían proporcionado un pase fijo.

Parecía ser que, una vez dentro, tampoco tenía una plaza de aparcamiento fija. Sigo sin entender las ramificaciones de lo siguiente: por lo que dijo, las plazas de aparcamiento tenían tanto que ver con la posición en el estudio como los regalos del emperador con la posición de una persona en la corte de la antigua China.

Recorrimos las calles de una Nueva York curiosamente llana y aparcamos frente a un banco viejo y enorme.

Diez minutos después, estaba en la sala de juntas, con Jacob y toda la gente del desayuno, esperando a que alguien entrase. Con tanto ajetreo, no había captado quién era ese alguien ni a qué se dedicaba. Saqué un ejemplar de mi libro y lo puse delante de mí, como si fuera una especie de talismán.

Alguien entró. Era alto, tenía una nariz y una barbilla puntiagudas y llevaba el pelo demasiado largo, parecía que hubiese secuestrado a alguien mucho más joven y le hubiese robado el pelo. Era australiano, lo que me sorprendió.

Se sentó.

Me miró.

—Dispara —dijo.

Miré a la gente del desayuno, pero nadie se estaba fijando en mí, no logré que nadie me viera. Así que empecé a hablar: del libro, del argumento, del final, del enfrentamiento en el club nocturno de Los Ángeles, donde la chica Manson buena hace volar a todos los demás. O cree que lo hace. De mi idea de que un actor representara el papel de todos los chicos Manson.

—¿Tú te crees todo esto? —fue la primera pregunta que hizo Alguien.

Ésa era fácil. Era una que ya había contestado a por lo menos dos docenas de periodistas británicos.

—¿Que si creo que un fuerza sobrenatural poseyó a Charles Manson durante un tiempo y que incluso ahora está poseyendo a sus muchos hijos? No. ¿Que si creo que algo extraño estaba sucediendo? Supongo que debo creerlo. Quizá fue sencillamente que, por un tiempo breve, su locura sintonizaba con la locura del mundo exterior. No lo sé.

—Mm. Ese chico Manson. ¿Podría ser Keanu Reeves?

Dios santo, no, pensé. Jacob me hizo una seña para que le viera y asintió con la cabeza desesperadamente.

—No veo por qué no —dije. De todos modos, todo era pura imaginación. Nada de aquello era real.

—Vamos a cerrar un trato con su gente —dijo Alguien, asintiendo, pensativo.

Me mandaron escribir un tratamiento que ellos tendrían que aprobar. Y por ellos

entendí que se referían al Alguien australiano, aunque no estaba completamente seguro.

Antes de que me fuera, alguien me dio 700 dólares y me hizo firmar por ellos: dos semanas *per diem*.

Pasé dos días escribiendo el tratamiento. Tenía que hacer un esfuerzo para olvidar el libro y darle a la historia la estructura de una película. El trabajo iba bien. Me sentaba en el cuartito y escribía en un ordenador portátil que el estudio me había enviado e imprimía páginas con la impresora de inyección que el estudio había enviado con el ordenador. Comía en mi habitación.

Cada tarde salía a dar un paseo corto por Sunset Boulevard. Caminaba hasta la librería «abierta casi toda la noche», donde compraba un periódico. Luego, me sentaba fuera, en el patio del hotel, durante media hora, y leía el periódico. Entonces, tras haber tomado mi ración de sol y aire, regresaba a la oscuridad y volvía a convertir mi libro en otra cosa.

Había un negro muy viejo, un empleado del hotel, que atravesaba el patio cada día con una lentitud casi dolorosa, regaba las plantas y examinaba los peces. Solía sonreírme cuando pasaba junto a mí y yo le saludaba con la cabeza.

Al tercer día me levanté y fui a su encuentro cuando se hallaba junto al estanque de los peces, recogiendo restos de basura con las manos: un par de monedas y un paquete de cigarrillos.

—Hola —dije.

—Señor —dijo el anciano.

Pensé en pedirle que no me llamara señor, pero no se me ocurrió cómo decírselo sin ofenderle.

—Bonitos peces.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Carpas ornamentales. Las trajeron de la China.

Miramos cómo nadaban por el pequeño estanque.

—Me pregunto si se aburren.

Él negó con la cabeza.

—Mi nieto es un ictiólogo, ¿sabe qué es eso?

—Estudia peces.

—Ajá. Él dice que sólo tienen una memoria que dura unos treinta segundos. Así que nadan por el estanque y siempre es una sorpresa para ellos, dicen «yo nunca había estado aquí». Se encuentran con otro pez que conocen desde hace cien años y dicen, «¿Quién eres tú, extraño?».

—¿Le preguntará algo a su nieto de mi parte? —el anciano asintió con la cabeza—. Una vez leí que la vida de la carpa no tiene una duración determinada. No envejecen como nosotros. Se mueren si la gente o los depredadores o una enfermedad

las matan, pero no envejecen y se mueren. En teoría, podrían vivir eternamente.

El anciano asintió.

—Se lo preguntaré. Suena bien, desde luego. Estos tres... mire, éste, le llamo Fantasma, tiene sólo cuatro o cinco años. Pero los otros dos llegaron de la China cuando yo vine aquí por primera vez.

—¿Y cuándo fue eso?

—Eso habría sido en el año de gracia de mil novecientos veinticuatro. ¿Cuántos años me echa?

No podía calcularlo. Parecía como si lo hubiesen tallado en madera vieja. Más de cincuenta y más joven que Matusalén. Se lo dije.

—Nací en 1906. Palabra de Dios.

—¿Nació usted aquí, en Los Ángeles?

Negó con la cabeza.

—Cuando yo nací, Los Ángeles no era más que un naranjal, muy lejos de Nueva York.

Espolvoreó la superficie del agua con comida para peces. Aparecieron las tres, carpas fantasmas blanco pálido y plateadas, y nos miraron, o pareció que lo hacían, mientras las oes de sus bocas se abrían y cerraban constantemente, como si nos estuvieran hablando en algún idioma particular secreto y silencioso.

Señalé la que me había mencionado.

—Así que ésa es Fantasma, ¿eh?

—Sí, ésa es Fantasma. Aquella que está debajo del nenúfar, se le ve la cola, allí, ¿ve? Aquella se llama Buster, por Buster Keaton. Keaton se alojaba aquí cuando recibimos los dos peces más viejos. Y ésta es nuestra Princesa.

Princesa era la más fácil de reconocer de las carpas blancas. Era de un color crema pálido, con una mancha carmesí intensa en el lomo, que la distinguía de las otras dos.

—Es preciosa.

—Y tanto que sí. Y tanto que lo es.

Entonces respiró hondo y empezó a toser, tosió y resolló con tanta fuerza que se le zarandeó el cuerpo delgado. En ese momento y por primera vez, pude verle como un hombre de noventa años.

—¿Se encuentra bien?

Asintió.

—Muy bien, muy bien. Huesos viejos —dijo—. Huesos viejos.

Nos estrechamos las manos y regresé a mi tratamiento y a la penumbra.

Imprimí el tratamiento completo y se lo envié por fax a Jacob al estudio.

Al día siguiente vino al bungalow. Parecía disgustado.

—¿Todo bien? ¿Hay algún problema con el tratamiento?

—Nos están jodiendo. Hicimos una película con... —y nombró a una actriz famosa que había salido en unas cuantas películas de éxito unos años antes—. No podíamos perder, ¿eh? Lo que pasa es que no es tan joven como era e insiste en hacer sus propias escenas de desnudo, y ése no es un cuerpo que alguien quiera ver, créeme.

»El argumento va de un fotógrafo que convence a mujeres para que se quiten la ropa para él y, luego, se las *folla*. El problema es que nadie cree que lo esté haciendo. De manera que la jefe de policía —la Sra. Dejadme que le Enseñe el Culo al Mundo —, se da cuenta de que la única forma de arrestarle es fingir que es una de sus mujeres. Así que se acuesta con él. Bueno, hay un giro inesperado...

—¿Se enamora de él?

—Oh. Sí. Y entonces se da cuenta de que las mujeres siempre serán prisioneras de las imágenes que tienen los hombres de ellas y, para demostrarle su amor, cuando la policía viene a arrestarles a los dos, les prende fuego a todas las fotografías y muere en el incendio. Lo primero que se quema es su ropa. ¿Qué te parece?

—Una bobada.

—Eso es lo que pensamos cuando la vimos. Así que despedimos al director y la reeditamos e hicimos un día más de rodaje. Ahora ella lleva puesto un alambre cuando se pegan el lote. Y, cuando ella empieza a enamorarse, descubre que él mató a su hermano. Tiene un sueño en el que se le quema la ropa y después va con los cuerpos especiales para intentar reducirle. Pero entonces la hermana menor de la mujer dispara al fotógrafo, que también se la ha estado *follando*.

—¿Es mejor?

Jacob niega con la cabeza.

—Es basura. Si ella nos dejara utilizar una doble para las secuencias de desnudo, tal vez no lo tendríamos tan mal.

—¿Qué te pareció el tratamiento?

—¿Qué?

—¿Mi tratamiento? ¿El que te envié?

—Claro. Aquel tratamiento. Nos encantó. Nos encantó a todos. Era sensacional. Realmente estupendo. Estamos todos entusiasmados.

—¿Y qué sigue ahora?

—Bueno, en cuanto todo el mundo haya tenido ocasión de revisarlo, nos reuniremos para hablar de él.

Me dio unas palmaditas en la espalda y se marchó, dejándome sin nada que hacer en Hollywood.

Decidí escribir un cuento. Había tenido una idea en Inglaterra antes de marcharme. Algo sobre un pequeño teatro al final de un muelle. Magia escénica mientras llovía. Un público que no notaba la diferencia entre magia e ilusión y al que no le afectaría si todas las ilusiones fueran reales.

Aquella tarde, mientras paseaba, me compré un par de libros sobre magia escénica e ilusiones victorianas en la librería «abierta casi toda la noche». Tenía una historia, o su semilla al menos, en la cabeza y quería explorarla. Me senté en el banco del patio y hojeé los libros. Decidí que andaba tras un ambiente particular.

Estaba leyendo sobre los hombres de los bolsillos, que llevaban los bolsillos llenos de todos los objetos pequeños que uno pudiera imaginarse y que sacaban lo que fuera que se les pidiese. Nada de ilusiones, sólo proezas sorprendentes de organización y memoria. Una sombra cruzó la página. Levanté la vista.

—Hola otra vez —le dije al anciano negro.

—Señor —dijo él.

—Por favor, no me llame así. Hace que me sienta como si tuviera que llevar un traje o algo parecido —le dije mi nombre.

Él me dijo el suyo: Pío Dundas.

—¿Pío? —no estaba seguro de haberle oído correctamente. Asintió con orgullo.

—A veces lo soy y a veces no. Así es como me llamó mi mamá y es un buen nombre.

—Sí.

—¿Y qué está haciendo aquí, señor?

—No estoy seguro. Tendría que estar escribiendo una película, creo. O, al menos, estoy esperando a que me digan que empiece a escribirla.

Se rascó la nariz.

—Toda la gente del cine que se alojó aquí, si se los empezara a enumerar ahora, podría hablar una semana hasta el próximo miércoles y no le habría dicho ni la mitad.

—¿Quiénes eran sus favoritos?

—Harry Langdon. Era un caballero. George Sanders. Era inglés, como usted. Solía decir, «Ah, Pío. Tienes que rezar por mi alma». Y yo decía, «Su alma es asunto suyo, Señor Sanders», pero rezaba por él de todas formas. Y June Lincoln.

—¿June Lincoln?

Le brillaron los ojos y sonrió.

—Era la reina del celuloide. Era mejor que cualquiera de ellas: Mary Pickford o Lillian Gish o Theda Bara o Louise Brooks... Era la mejor. Tenía «aquello». ¿Sabe lo que es «aquello»?

—Sex appeal.

—Más que eso. Era todo con lo que uno haya soñado jamás. En cuanto veías una película de June Lincoln, querías... —se calló, hizo unos circulitos con la mano, como si estuviera intentando atrapar las palabras que le faltaban—. No sé. Hincar la rodilla, tal vez, como un caballero de armadura reluciente ante la reina. June Lincoln era la mejor de todas. Le hablé a mi nieto de ella, intentó encontrar algo en vídeo, pero fue imposible. Ya no queda nada. June Lincoln sólo vive en la cabeza de viejos

como yo —se dio un toque en la frente.

—Debió ser toda una mujer.

Él asintió.

—¿Qué le pasó?

—Se ahorcó. Hubo gente que dijo que fue porque no habría podido estar a la altura de las circunstancias en el cine sonoro, pero eso no es verdad: tenía una voz que recordaría aunque sólo la hubieras oído una vez. Suave y oscura, así era su voz, como un café irlandés. Algunos dicen que un hombre le rompió el corazón, o que fue una mujer, o que fue culpa del juego o de los gánsters o la bebida. ¿Quién sabe? Eran días de locura.

—Me imagino que usted debió oírla hablar.

Sonrió.

—Me dijo, «Chico, ¿puedes enterarte de lo que han hecho con mi bata?» y, cuando volví con ella, entonces me dijo, «Eres un chico estupendo». Y el hombre que estaba con ella dijo, «June, no provoques al personal», y ella me sonrió y me dio cinco dólares y dijo «No le importa, ¿a que no, chico?», y yo sólo negué con la cabeza. Luego hizo aquella cosa con los labios, ¿sabe?

—¿Un *moue*?

—Algo parecido. Lo sentí aquí —se dio una palmadita en el pecho—. Aquellos labios. Podían hacer pedazos a un hombre.

Se mordió el labio inferior un momento y se quedó concentrado una eternidad. Me pregunté dónde estaría y en qué época. Entonces me miró otra vez.

—¿Quiere ver sus labios?

—¿Qué quiere decir?

—Venga conmigo. Sígame.

—¿Qué vamos a...? —ya me imaginaba la huella de unos labios en cemento, como las huellas de las manos que hay frente a la entrada del Teatro Chino de Grauman.

Negó con la cabeza y se llevó un dedo viejo a los labios. *Silencio*.

Cerré los libros. Cruzamos el patio. Cuando llegó al pequeño estanque de los peces, se detuvo.

—Fíjese en la Princesa —me dijo.

—La que tiene la mancha roja, ¿no?

Asintió con la cabeza. El pez me recordaba a un dragón chino: sabio y pálido. Un pez fantasma, blanco como el hueso viejo, excepto por la mancha escarlata del lomo con forma de un arco doble de una pulgada. Flotaba en el estanque, moviéndose empujado por la corriente, pensando.

—Ahí está —dijo él—. En el lomo. ¿Ve?

—No le acabo de entender.

Hizo una pausa y se quedó mirando el pez.

—¿Quiere sentarse? —me vi muy consciente de la edad del Sr. Dundas.

—No me pagan para que me sienta —dijo, muy serio. Entonces dijo, como si le estuviera explicando algo a un niño—: Era como si fuesen dioses en aquellos tiempos. Hoy, todo es televisión: héroes pequeños. Gentecita en las cajas. Algunos de ellos vienen aquí. Gentecita.

»Las estrellas de los viejos tiempos eran gigantes, teñidas de luz plateada, grandes como casas... y, cuando las conocías, seguían siendo enormes. La gente creía en ellas.

»Solían hacer fiestas aquí. Si trabajabas aquí, veías lo que sucedía. Había alcohol y hierba y tejemanajes a los que apenas se podía dar crédito. Hubo una fiesta... la película se llamaba *Corazones del desierto*. ¿Ha oído hablar de ella?

Dije que no con la cabeza.

—Una de las películas más famosas de 1926, junto a *El precio de la gloria* con Victor McLaglen y Dolores del Río y *Ella Cinders* con Colleen Moore de protagonista. ¿Ha oído hablar de ellos?

Volví a decir que no con la cabeza.

—¿Ha oído hablar de Warner Baxter? ¿Belle Bennett?

—¿Quiénes eran?

—Estrellas muy, muy famosas en 1926 —hizo una pausa—. *Corazones del desierto*. Cuando la acabaron, para celebrarlo, dieron una fiesta aquí, en el hotel. Había vino y cerveza y whisky y ginebra. Era la época de la Ley Seca, pero podría decirse que los estudios eran los dueños de la policía, así que ésta hizo la vista gorda; y había comida y mucha tontería; estaban Ronald Colman y Douglas Fairbanks —el padre, no el hijo—, y todo el reparto y el equipo de rodaje; y una banda de jazz tocaba allá donde ahora están aquellos bungalows.

»Todo el mundo en Hollywood aclamaba a June Lincoln aquella noche. Ella era la princesa árabe de la película. En aquella época, los árabes significaban pasión y lujuria. Hoy en día... bueno, las cosas cambian.

»No sé qué fue lo que lo desencadenó todo. Me dijeron que fue un desafío o una apuesta; quizá lo que pasaba era que estaba borracha. Yo pensé que estaba borracha. Bueno, se levantó y la banda tocaba música suave y lenta. Y ella vino aquí, donde estoy ahora mismo, y metió las manos en este estanque. Se reía y se reía y se reía...

»La Srta. Lincoln cogió el pez (metió las manos y lo cogió, con las dos manos lo cogió), y lo sacó del agua y lo sostuvo delante de su cara.

»Ahora bien, yo estaba preocupado, porque acababan de traer estos peces de China y valían doscientos dólares cada uno. Eso era antes de que yo me ocupara de ellos, por supuesto. No era yo el que lo perdería de mi sueldo. Aun así, doscientos dólares era un montón de dinero en aquellos tiempos.

»Entonces ella nos sonrió a todos y se inclinó y lo besó, despacio, en el lomo. El pez no se retorció ni nada, se quedó tendido en su mano, y ella lo besó con sus labios de coral rojo, y la gente de la fiesta se rió y aplaudió.

»Volvió a poner el pez en el estanque y, por un momento, pareció que no quería

abandonarla, se quedó junto a ella, acariciándole los dedos con la boca. Entonces estalló el primero de los fuegos artificiales, y se fue nadando.

»El pintalabios de June Lincoln era rojo, rojo, rojo y había dejado la forma de sus labios en el lomo del pez. Allí. ¿Lo ve?

Princesa, la carpa blanca con la marca rojo coral en el lomo, dio un aletazo y continuó con su serie eterna de viajes de treinta segundos por el estanque. Lo cierto es que la marca roja parecía la huella de unos labios.

El anciano espolvoreó el agua con un puñado de comida para peces y las tres carpas se acercaron a la superficie a comer.

Regresé al bungalow, con mis libros sobre viejas ilusiones bajo el brazo. El teléfono estaba sonando: era alguien del estudio. Querían hablar sobre el tratamiento. Un coche vendría a buscarme en treinta minutos.

—¿Estará Jacob allí?

Pero la comunicación ya se había cortado.

La reunión era con el Alguien australiano y su ayudante, un hombre con gafas y trajeado. Era el primer traje que había visto hasta entonces y sus gafas eran de un azul intenso. Parecía nervioso.

—¿Dónde te alojas? —preguntó el Alguien.

Se lo dije.

—¿No es ahí donde Belushi...?

—Eso me han dicho.

Asintió con la cabeza.

—No estaba solo cuando murió.

—¿No?

Se frotó una aleta de su nariz puntiaguda con el dedo.

—Había un par de personas más en la fiesta. Los dos eran directores, de lo más famoso que se podía ser entonces. No hace falta que te diga sus nombres. Lo descubrí cuando estaba haciendo la última película de Indiana Jones.

Un silencio incómodo. Estábamos sentados alrededor de una mesa redonda inmensa, sólo nosotros tres, y todos teníamos delante una copia del tratamiento que yo había escrito. Al final, dije:

—¿Qué os ha parecido?

Los dos asintieron con la cabeza, más o menos al unísono.

Entonces intentaron, por todos los medios, explicarme que lo odiaban sin decirme nada que pudiera de algún modo disgustarme. Fue una conversación muy extraña.

—Tenemos un problema con el tercer acto —dijeron, dando a entender vagamente que la culpa no era mía ni del tratamiento, ni siquiera del tercer acto, sino de ellos.

Querían que la gente fuera más comprensiva. Querían luces y sombras intensas,

no tonos grises. Querían que la heroína fuera un héroe. Y yo asentí y tomé notas.

Al final de la reunión le di la mano a Alguien, y el ayudante de las gafas de montura azul me llevó por el laberinto de los pasillos en busca del mundo exterior y mi coche y mi chófer.

Mientras andábamos, pregunté si el estudio tenía alguna foto de June Lincoln.

—¿Quién? —resultó que se llamaba Greg. Sacó un bloc de notas pequeño y escribió algo en él con un lápiz.

—Era una estrella del cine mudo. Famosa en 1926.

—¿Estaba en el estudio?

—No tengo ni idea —reconocí—. Pero era famosa. Incluso más famosa que Marie Provost.

—¿Quién?

—«Una triunfadora que acabó siendo la cena de un perrito». Una de las estrellas del cine mudo más conocidas. Murió en la pobreza cuando llegó el cine sonoro y se la comió su perro salchicha. Nick Lowe escribió una canción sobre ella.

—¿Quién?

—*Yo conocía a la novia cuando bailaba el rock and roll.* Bueno, June Lincoln. ¿Alguien puede encontrarme una foto?

Escribió algo más en el bloc. Se lo quedó mirando un momento. Luego escribió otra cosa. Entonces asintió con la cabeza.

Habíamos llegado a la luz del día y el coche me estaba esperando.

—Por cierto —dijo él—, deberías saber que aquel tío es un mentiroso de mierda.

—¿Cómo?

—Un mentiroso de mierda. No eran Spielberg y Lucas los que estaban con Belushi. Eran Bette Midler y Linda Ronstadt. Fue una orgía de coca. Todo el mundo lo sabe. Es un mentiroso de mierda. Y él sólo era un subcontable del estudio, por amor de Dios, en la película de Indiana Jones. Como si fuera su película. Gilipollas.

Nos estrechamos las manos. Subí al coche y regresé al hotel.

Los cambios horarios pudieron más que yo aquella noche y me desperté, total e irrevocablemente, a las cuatro de la madrugada.

Me levanté, meé, luego me puse unos tejanos (duermo con camiseta) y salí.

Quería ver las estrellas, pero las luces de la ciudad brillaban excesivamente y el aire estaba demasiado contaminado. El cielo era de un amarillo sucio y sin estrellas y pensé en todas las constelaciones que podía ver desde la campiña inglesa y sentí, por primera vez, una añoranza profunda y estúpida.

Echaba de menos las estrellas.

Quería trabajar en el cuento o empezar el guión de la película. En cambio, estaba

trabajando en el segundo borrador del tratamiento.

Rebajé el número de hijos de Manson de doce a cinco y dejé claro desde el principio que uno de ellos, que ahora era varón, no era un mal chico y que los otros cuatro lo eran sin lugar a dudas.

Me enviaron un ejemplar de una revista de cine. Olía a papel barato y viejo y tenía un sello violeta con el nombre del estudio y la palabra ARCHIVOS debajo. En la portada salía John Barrymore, en una barca.

El artículo que había dentro era sobre la muerte de June Lincoln. Me costó leerlo y aún me costó más entenderlo: hacía insinuaciones sobre los vicios prohibidos que la llevaron a la muerte, eso sí podía entenderlo, pero era como si hablara en un código para el que los lectores modernos no tenían ninguna clave. O, quizá, pensándolo bien, el que había escrito su nota necrológica no sabía nada y hacía insinuaciones sin fundamento.

Las fotos eran más interesantes o, en todo caso, más comprensibles. Una foto a toda página y con bordes negros de una mujer de ojos enormes y sonrisa dulce, fumando un cigarrillo (habían pintado el humo con aerógrafo, un trabajo muy tosco a mi modo de ver; ¿aquellas falsificaciones tan burdas habían engañado a la gente alguna vez?); otra foto de ella en un abrazo escénico con Douglas Fairbanks; una foto pequeña de ella sobre el estribo de un coche, con un par de perros diminutos en los brazos.

No era, por las fotografías, una belleza contemporánea. Carecía de la trascendencia de una Louise Brooks, el sex appeal de una Marilyn Monroe, la elegancia de putilla de una Rita Hayworth. Era una starlet de los años veinte tan aburrida como cualquier otra starlet de los años veinte. No vi ningún misterio en sus ojos enormes, su pelo cortado a lo paje. Tenía labios de arco de Cupido perfectamente maquillados. Yo no tenía ni idea del aspecto que habría tenido si hubiera estado viva y en activo hoy en día.

Aun así, era real; había vivido. La gente la había idolatrado en las salas de cine. Había besado el pez y se había paseado por los jardines de mi hotel setenta años antes: un instante en Inglaterra, pero una eternidad en Hollywood.

Fui al estudio a hablar del tratamiento. Ninguna de las personas con las que había hablado antes estaba allí. En cambio, me hicieron pasar a una oficina pequeña para ver a un hombre joven, que nunca sonreía y que me dijo lo mucho que le gustaba el tratamiento y lo encantado que estaba de que el estudio tuviera los derechos.

Dijo que pensaba que el personaje de Charles Manson estaba especialmente bien y que, quizá, «en cuanto estuviera dimensionalizado del todo», Manson podría ser el próximo Hannibal Lecter.

—Pero. Uhm. Manson. Es real. Ahora está en la cárcel. Su gente mató a Sharon Tate.

—¿Sharon Tate?

—Era una actriz. Una estrella de cine. Estaba embarazada y la mataron. Estaba casada con Polanski.

—¿*Roman Polanski*?

—El director. Sí.

Frunció el ceño.

—Pero si estamos haciendo un trato con Polanski.

—Eso está bien. Es un buen director.

—¿Él está al corriente?

—¿Al corriente de qué? ¿Del libro? ¿De nuestra película? ¿De la muerte de Sharon Tate?

Negó con la cabeza: nada de lo anterior.

—Es un trato para tres películas. Julia Roberts está semiadscrita al trato. ¿Dices que Polanski no está al corriente de este tratamiento?

—No, lo que he dicho es que...

Se miró el reloj.

—¿Dónde te alojas? —preguntó—. ¿Te hemos buscado un buen hotel?

—Sí, gracias —dije—. Estoy a unos bungalows de la habitación en la que murió Belushi.

Esperaba otro par de estrellas en confianza: que me dijera que John Belushi había estirado la pata en compañía de Julie Andrews y la Cerdita Peggy de los teleñecos. Me equivoqué.

—¿Belushi ha muerto? —dijo, mientras se le fruncía el joven entrecejo—. Belushi no está muerto. Estamos haciendo una película con Belushi.

—Me refiero al hermano —le dije—. El hermano murió, hace años.

Se encogió de hombros.

—Suenan a lugar de mala muerte —dijo—. La próxima vez que vengas, diles que quieres alojarte en el Bel Air. ¿Quieres que te cambiemos allí ahora?

—No, gracias —dije—. Me he acostumbrado al sitio donde estoy.

—¿Qué hay del tratamiento? —pregunté.

—Déjanoslo.

Me di cuenta de que me estaba quedando fascinado con dos viejas ilusiones teatrales que encontré en mis libros: «El sueño del artista» y «La ventana encantada». Eran metáforas de algo, de eso estaba seguro; pero el cuento que tendría que haberlas acompañado aún no estaba allí. Escribía primeras frases que no llegaban a primeros párrafos, primeros párrafos que nunca llegaban a primeras páginas. Las escribía en el ordenador, luego salía sin guardar nada.

Me senté fuera en el patio y miré las dos carpas blancas y la carpa escarlata y blanca. Parecían, decidí, dibujos de peces de Escher, lo que me sorprendió, porque

nunca se me había ocurrido que hubiese siquiera un poco de realismo en los dibujos de Escher.

Pío Dundas le estaba sacando brillo a las hojas de las plantas. Tenía un frasco de abrillantador y un trapo.

—Hola, Pío.

—Señor.

—Un día precioso.

Asintió con la cabeza y tosió y se golpeó en el pecho con el puño y asintió otro poco.

Dejé los peces, me senté en el banco.

—¿Por qué no han hecho que se retire? —pregunté—. ¿No debería haberse retirado hace quince años?

Siguió limpiando.

—Ni hablar, yo soy un monumento histórico. Ellos pueden *decir* que todas las estrellas del cielo se alojaron aquí, pero yo le digo a la gente lo que Cary Grant tomaba para desayunar.

—¿Se acuerda?

—Qué va. Pero *ellos* no lo saben —tosió otra vez—. ¿Qué está escribiendo?

—Bueno, la semana pasada escribí un tratamiento para una película. Después escribí otro tratamiento. Y ahora estoy esperando... algo.

—Entonces, ¿qué *está* escribiendo?

—Un cuento que no quiere salir. Va de un truco de magia victoriano llamado «El sueño del artista». Un artista sale al escenario, con un lienzo grande que pone en un caballete. Hay una mujer pintada en el lienzo. Él mira el cuadro y pierde las esperanzas de convertirse en un pintor de verdad. Entonces se sienta y se queda dormido y la mujer del cuadro cobra vida, baja del marco y le dice que no se rinda. Que siga luchando. Algún día será un gran pintor. Vuelve a subir al marco. Las luces se van atenuando. Entonces él se despierta y la mujer ya vuelve a ser un cuadro...

—...y la otra ilusión —le dije a la mujer del estudio, que había cometido el error de fingir interés al principio de la reunión—, se llamaba «La ventana encantada». Una ventana flota en el aire y en ella aparecen caras, pero allí no hay nadie. Creo que puedo establecer una especie de paralelismo extraño entre la ventana encantada y probablemente la televisión: parece una candidata natural, al fin y al cabo.

—A mí me gusta *Seinfeld* —dijo ella—. ¿Tú ves esa serie? No va de nada. Es decir, tienen episodios enteros que no van de nada. Y me gustaba Garry Shandling antes de que hiciera la nueva serie y se volviera malo.

—Las ilusiones —continué—, como todas las grandes ilusiones, hacen que pongamos en duda la naturaleza de la realidad. Pero también enmarcan, un juego de palabras, supongo, intencionadillo, la cuestión de en qué se convertirá el espectáculo.

Películas antes de que existieran las películas, tele antes de que existiera la TV.

Frunció el ceño.

—¿Es una película?

—Espero que no. Es un cuento, si consigo que funcione.

—Entonces hablemos de la película —leyó por encima un montón de notas. Tenía alrededor de veinticinco años y parecía tanto atractiva como estéril. Me pregunté si era una de las mujeres que habían venido al desayuno de mi primer día, una tal Deanna o una tal Tina.

Miró algo, desconcertada, y leyó:

—¿Yo conocía a la novia cuando bailaba el rock and roll?

—¿Apuntó eso? No es esta película.

Asintió con la cabeza.

—Bueno, he de decir que parte de tu tratamiento es bastante... polémico. El asunto de Manson... bien, no estamos seguros de que vaya a funcionar. ¿Podríamos eliminarlo?

—Pero si la película trata precisamente de eso. Quiero decir, el libro se llama *Hijos del hombre*; va de los hijos de Manson. Si le elimináis, no tenéis gran cosa, ¿no? Es decir, éste es el libro que comprasteis —lo alcé para que lo viera: mi talismán—. Sacar a Manson es como, no sé, es como pedir una pizza y después quejarse cuando llega porque es plana, redonda y está cubierta de queso y salsa de tomate.

No dio ningún indicio de haber oído nada de lo que yo había dicho. Preguntó:

—¿Qué opinas de *Cuando éramos malos* como título? Dos eses en malos.

—No sé. ¿Para ésta?

—No queremos que la gente crea que es religiosa. *Hijos del hombre*. Suena como si pudiera ser algo anticristiana.

—Bueno, en cierto modo sí que insinuó que el poder que posee a los hijos de Manson es de alguna forma una especie de poder demoníaco.

—¿Ah, sí?

—En el libro.

Me contempló con una mirada de lástima, de ésas que sólo la gente que sabe que los libros son, como mucho, accesorios en los que las películas se basan libremente pueden otorgarnos a todos los demás.

—Bueno, no creo que el estudio lo considere apropiado —dijo.

—¿Sabes quién fue June Lincoln? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿David Gambol? ¿Jacob Klein?

Negó con la cabeza otra vez, un poco impaciente. Entonces me dio una lista escrita a máquina de las cosas que ella creía que había que arreglar, que venía a ser más o menos todo. La lista era PARA: mí y otras cuantas personas, cuyos nombres no reconocí, y era DE: Donna Leary.

Dije, Gracias, Donna, y regresé al hotel.

Estuve bajo de moral durante un día. Entonces se me ocurrió una manera de reescribir el tratamiento que resolvería, pensé, toda la lista de quejas de Donna.

Otro día de reflexión, unos días escribiendo, y envié por fax al estudio el tercer tratamiento.

Pío Dundas trajo su álbum de recortes para que lo viera, una vez que tuvo la certeza de que yo estaba sinceramente interesado en June Lincoln —así llamada, descubrí, por el mes y el presidente—, cuyo verdadero nombre era Ruth Baumgarten y que nació en 1903. Era un álbum de recortes viejo y encuadernado en piel, del tamaño y el peso de una Biblia familiar.

Ella tenía veinticuatro años cuando murió.

—Ojalá la hubiera visto —dijo Pío Dundas—. Ojalá algunas de sus películas hubieran sobrevivido. Era tan famosa. Era la mejor de todas las estrellas.

—¿Era buena actriz?

Negó con la cabeza, categóricamente.

—No.

—¿Era una gran belleza? Si lo era, me cuesta verlo.

Volvió a negar con la cabeza.

—A la cámara le gustaba, seguro. Pero no se trataba de eso. En la última fila del coro había una docena de chicas más guapas que ella.

—¿Entonces de qué se trataba?

—Era una estrella —se encogió de hombros—. Eso es lo que significa ser una estrella.

Giré las páginas: recortes de periódicos en los que se reseñaban películas de las que nunca había oído hablar, películas de las que los únicos negativos y copias hacía tiempo que se habían perdido, extraviado o que el cuerpo de bomberos había destruido, ya que era bien sabido que los negativos de nitrato podían causar un incendio; otros recortes de revistas de cine: June Lincoln actuando, June Lincoln descansando, June Lincoln en el plató de *La camisa del prestamista*, June Lincoln con un abrigo de piel enorme, lo que curiosamente evidenciaba la fecha en que se hizo la fotografía mucho más que el extraño pelo cortado a lo paje o los cigarrillos omnipresentes.

—¿La amaba?

Él negó con la cabeza.

—No como amarías a una mujer... —dijo.

Hubo una pausa. Alargó la mano para girar las páginas.

—Y mi mujer me habría matado si me hubiera oído decir esto...

Otra pausa.

—Pero sí. Esa mujer flacucha y blanquísima. Supongo que la amaba —cerró el libro.

—¿No ha muerto para usted, verdad?

Negó con la cabeza. Luego se fue. Pero me dejó el libro para que lo mirase.

El secreto de la ilusión de «El sueño del artista» era éste: se hacía llevando a la chica al escenario, que se aguantaba con fuerza a la parte de atrás del lienzo. Sostenían el lienzo con alambres escondidos, así que, mientras el artista sacaba el lienzo con facilidad e indiferencia y lo colocaba en el caballete, también estaba sacando a la chica. El cuadro de la chica en el caballete estaba puesto como si fuese una persiana y se enrollaba o desenrollaba.

«La ventana encantada», por otro lado, estaba, literalmente, hecho con espejos: se orientaba un espejo para que reflejase las caras de gente que nadie veía y que estaba en los bastidores.

Incluso hoy en día muchos magos utilizan espejos en sus actuaciones para hacernos creer que estamos viendo algo que no vemos.

Era fácil, cuando sabías cómo se hacía.

—Antes de empezar —dijo el hombre—, debería decirte que no leo tratamientos. Tiendo a creer que inhibe mi creatividad. No te preocupes, le pedí a una secretaria que me hiciera un resumen, así que podemos ir al grano.

Tenía barba y el pelo largo y se parecía un poco a Jesucristo, aunque dudaba que Jesús tuviera unos dientes tan perfectos. Era, al parecer, la persona más importante con la que había hablado hasta entonces. Se llamaba John Ray e incluso yo había oído hablar de él, aunque no estaba del todo seguro de lo que hacía: su nombre solía aparecer al principio de las películas, junto a palabras como PRODUCTOR EJECUTIVO. La voz del estudio que había convocado la reunión me dijo que ellos, el estudio, estaban muy entusiasmados por el hecho de que él se hubiese «adscrito al proyecto».

—¿Y el resumen no inhibe tu creatividad también?

Sonrió.

—Bien, todos pensamos que has hecho un trabajo alucinante. Realmente sensacional. Hay sólo unas cosas con las que tenemos un problema.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, el asunto de Manson. Y la idea de esos críos que se hacen mayores. Así que hemos estado barajando varios guiones en la oficina: a ver qué te parece éste. Hay un tipo llamado, digamos, Jack Maloss, con dos eses, eso fue idea de Donna.

Donna inclinó la cabeza modestamente.

—Le encerraron por abusos satánicos, le frieron en la silla y cuando se está muriendo jura que volverá y que los destruirá a todos.

»Bueno, es el presente y vemos a unos chicos que están enganchados a un videojuego llamado *Sed Maloss*. La cara del hombre en el videojuego. Y, mientras juegan, él empieza a poseerles. Quizá su cara podría tener algo raro, al estilo de Jason o de Freddy.

Se detuvo, como si tratara de obtener mi aprobación.

Así que dije:

—¿Y quién hará esos videojuegos?

Me señaló con el dedo y dijo:

—Tú eres el escritor, querido. ¿Quieres que te hagamos todo el trabajo?

No dije nada. No sabía qué decir.

Razona como un cineasta, pensé. Ellos entienden de películas. Dije:

—Pero lo que me proponéis es como hacer *Los niños del Brasil* sin Hitler.

Parecía confundido.

—Era una película de Ira Levin —dijo. En sus ojos no vi la más mínima señal de reconocimiento—. *La semilla del diablo* —él continuó perplejo—. *Acosada*.

Asintió con la cabeza; al final se había dado cuenta.

—De acuerdo —dijo—. Tú escribe el papel de Sharon Stone y nosotros removeremos el cielo y la tierra para traértela. Tengo un enchufe con su gente.

Así que me fui.

Aquella noche hacía frío y no debería haber hecho frío en Los Ángeles, y el aire olía más que nunca a jarabe para la tos.

Tenía una antigua novia que vivía en la zona de Los Ángeles y decidí dar con ella. Telefoneé al número que tenía para llamarla y emprendí una búsqueda que me llevó casi todo el resto de la tarde. Una gente me daba números y yo los llamaba y otra gente me daba números y también los llamaba.

Al final, llamé a un número y reconocí su voz.

—¿Sabes dónde estoy? —me dijo.

—No —dijo—. Alguien me ha dado este número.

—Esto es una habitación de hospital —dijo—. De mi madre. Tuvo una hemorragia cerebral.

—Lo siento. ¿Está bien?

—No.

—Lo siento.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Bastante mal —dijo.

Le conté todo lo que me había pasado hasta entonces. Le conté cómo me sentía.

—¿Por qué pasa esto? —le pregunté.

—Porque están asustados.

—¿Por qué están asustados? ¿Qué es lo que les asusta?

—Porque sólo vales lo que valen los últimos éxitos a los que puedas unir tu nombre.

—¿Eh?

—Si dices que sí a algo, puede que el estudio haga una película y costará veinte o treinta millones de dólares y, si es un fracaso, tu nombre estará unido a ella y perderás

estatus.

—¿Ah, sí?

—Más o menos.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre todo esto? Eres músico, no estás metida en el cine.

Se rió, cansada:

—Vivo aquí. Todos los que viven aquí lo saben. ¿Has probado a preguntarle a la gente por sus guiones?

—No.

—Pruébalo algún día. Pregúntale a cualquiera. El tío de la gasolinera. A cualquiera. Todos tienen uno—. Entonces alguien le dijo algo y ella contestó y dijo—. Mira, he de irme —y colgó el teléfono.

No encontré la estufa, si es que había una, y me estaba congelando en mi pequeña habitación de bungalow, una habitación igual que aquella donde murió Belushi, el mismo grabado enmarcado y poco inspirado en la pared, no tenía la menor duda, y la misma humedad fría en el aire.

Preparé un baño para calentarme, pero tenía aún más frío cuando salí.

Peces blancos deslizándose de un lado para otro en el agua, escondiéndose entre las hojas de los nenúfares. Uno de los peces de colores tenía una marca carmesí en el lomo que no era inconcebible que hubiese tenido la forma perfecta de unos labios: los estigmas milagrosos de una diosa casi olvidada. El cielo gris de las primeras horas de la mañana se reflejaba en el estanque.

Lo estaba mirando tristemente.

—¿Se encuentra bien?

Me giré. Pío Dundas estaba junto a mí.

—Se ha levantado pronto.

—He dormido mal. Demasiado frío.

—Debería haber llamado a recepción. Le habrían enviado una estufa y más mantas.

—No se me ocurrió.

Parecía respirar con dificultad, con fatiga.

—¿Se encuentra bien?

—Qué va. Soy viejo. Cuando llegue a mi edad, joven, tampoco se encontrará bien. Pero estaré aquí cuando se haya ido. ¿Qué tal va el trabajo?

—No lo sé. He dejado de trabajar en el tratamiento y me he quedado atascado con «El sueño del artista», ese cuento que estoy escribiendo sobre magia escénica victoriana. Está ambientado en un centro de veraneo costero inglés en un día de lluvia. Con un mago que hace magia en el escenario, que de algún modo cambia al público. Les llega al corazón.

Asintió con la cabeza, lentamente.

—«El sueño del artista»... —dijo—. Y dígame, ¿se ve usted como el artista o el mago?

—No lo sé —dije—. Creo que no soy ninguno de los dos.

Me di la vuelta para irme y entonces se me ocurrió algo.

—Señor Dundas —dije—. ¿Tiene usted un guión? ¿Uno que haya escrito usted?

Negó con la cabeza.

—¿*Nunca* ha escrito un guión?

—Yo no —dijo.

—¿Me lo promete?

Sonrió.

—Se lo prometo —dijo.

Regresé a mi habitación. Hojeé el ejemplar inglés de tapa dura de *Hijos del hombre* y me sorprendió que algo escrito con tan poca fluidez se hubiera publicado, me pregunté por qué Hollywood lo había comprado en un principio y por qué no lo querían, ahora que lo habían comprado.

Intenté seguir escribiendo «El sueño del artista» y fracasé de manera lamentable. Los personajes estaban petrificados. Parecía que fueran incapaces de respirar o moverse o hablar.

Fui al lavabo, meé un chorro amarillo intenso contra la porcelana. Una cucaracha cruzó el azogue del espejo corriendo.

Volví a la sala, abrí un nuevo documento y escribí:

Pienso en Inglaterra bajo la lluvia,
un teatro extraño en el muelle: un rastro

de temor y magia, recuerdos y dolor.
El temor, tal vez, de una demencia funesta,
la magia, tal vez, como un cuento de hadas.

Pienso en Inglaterra bajo la lluvia.
La soledad es más difícil de explicar,
un lugar vacío en mi interior donde fracaso,

de temor y magia, recuerdos y dolor.
Pienso en un mago y una madeja
de verdad disfrazada de mentiras. Llevas un velo.
Pienso en Inglaterra bajo la lluvia...
Las formas se repiten como un refrán insólito
y aquí hay una espada, una mano y un grial
de temor y magia, recuerdos y dolor.
El brujo alza la mano y palidecemos,

nos cuenta tristes verdades, todo es en vano.
Pienso en Inglaterra bajo la lluvia
de temor y magia, recuerdos y dolor.

No sabía si era bueno o no, pero eso no importaba. Era algo nuevo y fresco que no había escrito antes y era maravilloso.

Encargué el desayuno al servicio de habitaciones y pedí una estufa y un par de mantas de más.

Al día siguiente escribí un tratamiento de seis páginas para una película llamada *Cuando éramos malos*, en la que ejecutaban en la silla eléctrica a Jack Maloss, un asesino en serie con una cruz enorme grabada en la frente, y éste regresaba en un videojuego y poseía a cuatro jóvenes. El quinto joven vencía a Maloss al quemar la silla eléctrica original, que en aquellos momentos estaba expuesta, decidí, en el museo de cera donde la novia del quinto joven trabajaba durante el día. Por la noche era una bailarina exótica.

El hotel lo envió por fax al estudio y yo me acosté.

Me dormí, esperando que el estudio lo rechazaría formalmente y yo me podría ir a casa.

En el teatro de mis sueños, un hombre con barba y una gorra de béisbol aparecía llevando una pantalla de cine y luego se iba del escenario. La pantalla se quedó flotando en el aire, sin apoyo alguno.

Una película muda parpadeante empezó a emitirse: una mujer que salía y me miraba. Era June Lincoln la que parpadeaba en la pantalla y era June Lincoln la que bajaba de la pantalla y se sentaba en el borde de mi cama.

—¿Vas a decirme que no me rinda? —le pregunté.

Hasta cierto punto sabía que era un sueño. Recuerdo, vagamente, que comprendía por qué esta mujer era una estrella, recuerdo que lamentaba que ninguna de sus películas hubiera sobrevivido.

Era realmente hermosa en mi sueño, a pesar de la marca lívida que le recorría todo el cuello.

—¿Por qué demonios había de hacerlo? —preguntó. En mi sueño olía a ginebra y a celuloide viejo, aunque no recuerdo el último sueño que tuve en el que alguien oliera a algo. Sonrió, una sonrisa perfecta en blanco y negro—. Yo me fui, ¿no?

Entonces se levantó y paseó por la habitación.

—No me puedo creer que este hotel siga en pie —dijo—. Yo solía follar aquí —su voz estaba llena de crujidos y silbidos. Volvió a la cama y se quedó mirándome, como un gato mira un agujero.

—¿Me adoras? —preguntó.

Negué con la cabeza. Se acercó y me cogió la mano de carne con su mano plateada.

—Ya nadie recuerda nada —dijo—. Es una ciudad de treinta minutos.

Había algo que tenía que preguntarle.

—¿Dónde están las estrellas? —pregunté.— No dejo de mirar al cielo, pero no están allí.

Ella señaló el suelo del bungalow.

—Has estado buscando en los sitios equivocados —dijo. Nunca me había fijado en que el suelo del bungalow era una acera y que cada losa contenía una estrella y un nombre, nombres que yo no conocía: Clara Kimball Young, Linda Arvidson, Vivian Martin, Norma Talmadge, Olive Thomas, Mary Miles Minter, Seena Owen...

June Lincoln señaló la ventana del bungalow.

—Y ahí fuera.

La ventana estaba abierta y, a través de ella, veía todo Hollywood extendido debajo de mí, la vista desde las colinas: una extensión infinita de luces multicolores que centelleaban.

—Dime, ¿no son mejores que las estrellas? —preguntó.

Y lo eran. Me di cuenta de que veía constelaciones en las farolas y los coches.

Asentí con la cabeza.

Sus labios rozaron los míos.

—No me olvides —susurró, pero fue un susurro triste, como si supiera que lo haría.

Me desperté con el teléfono sonando. Lo contesté, balbuceé algo por el auricular.

—Soy Gerry Quoint, del estudio. Te necesitamos para una reunión a la hora de comer.

Balbuceo algo balbuceo.

—Enviaremos un coche —dijo—. El restaurante está a una media hora de camino.

El restaurante era espacioso, aireado y verde, y me estaban esperando allí.

En esos momentos, me habría sorprendido si *hubiese* reconocido a alguien. John Ray, me dijeron durante los entremeses, se había «largado por desacuerdos con el contrato» y Donna se había ido con él, «obviamente».

Los dos hombres tenían barba; uno tenía muy mal cutis. La mujer era delgada y parecía agradable.

Me preguntaron dónde me alojaba y, cuando lo dije, una de las barbas nos contó (no sin antes hacernos asegurar que aquello no saldría de allí) que un político llamado Gary Hart y uno de los Eagles estaban drogándose con Belushi cuando murió.

Después, me dijeron que la historia les hacía mucha ilusión.

Les hice la pregunta.

—¿Os referís a *Hijos del hombre* o a *Cuando éramos malos*? Porque —les dije — tengo un problema con el último.

Parecían desconcertados.

Se referían, me dijeron, a *Yo conocía a la novia cuando bailaba el rock and roll*. Que era, me dijeron, tanto Alto Concepto como Buenas Vibraciones. También era, añadieron. Muy del Momento, lo que era importante en una ciudad en la que una hora antes era Historia Antigua.

Me dijeron que pensaban que estaría bien que el héroe rescatase a la joven dama de su matrimonio sin amor, y que bailasen el rock and roll juntos al final.

Les señalé que tenían que comprar los derechos de filmación de Nick Lowe, que escribió la canción, y luego dije que no, no sabía quién era su agente.

Sonrieron y me aseguraron que eso no sería un problema.

Me sugirieron que le diese vueltas al proyecto en la cabeza antes de empezar con el tratamiento y cada uno de ellos mencionó a un par de estrellas jóvenes a tener presentes cuando estuviese preparando la historia.

Les estreché las manos a todos ellos y les dije que por supuesto que lo haría.

Mencioné que creía que podría trabajar mejor de vuelta en Inglaterra.

Y dijeron que no había ningún problema.

Algunos días antes, le había preguntado a Pío Dundas si había alguien con Belushi en el bungalow la noche en que murió.

Si alguien lo sabía, me figuré que sería él.

—Se murió solo —dijo Pío Dundas, viejo como Matusalén, sin pestañear—. No importa un carajo que hubiera alguien con él o no. Murió solo.

Me sentía algo extraño al dejar el hotel.

Fui a la recepción.

—Dejaré la habitación esta tarde.

—Muy bien, señor.

—¿Le sería posible... el, eh, el encargado del jardín? El señor Dundas. Un señor mayor. No sé. Hace unos días que no le veo por aquí. Quería despedirme.

—¿De uno de los encargados?

—Sí.

Se quedó mirándome, perpleja. Era muy hermosa y su pintalabios era del color de una mancha de mora. Me pregunté si estaba esperando que alguien la descubriese.

Cogió el teléfono y habló, en voz baja.

Entonces dijo:

—Lo siento, señor. El señor Dundas no ha venido estos últimos días.

—¿Podría darme su número de teléfono?

—Lo siento, señor. Nuestras normas no lo permiten —me miró mientras lo decía, haciéndome saber que *realmente* lo sentía *muchísimo*...

—¿Qué tal va su guión? —le pregunté.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó ella.

—Pues...

—Está en el escritorio de Joel Silver —dijo—. Mi amigo Arnie, que lo ha escrito conmigo, es mensajero. Lo dejó en la oficina de Joel Silver, como si llegara de un agente profesional o algo así.

—Mucha suerte —le dije.

—Gracias —dijo ella y sonrió con sus labios de mora.

En la lista de información figuraban dos Dundas, P., lo que me pareció tanto insólito como revelador acerca de América, o al menos de Los Ángeles. Resultó que el primero era una tal Sra. Perséfone Dundas. En el segundo número, cuando pregunté por Pío Dundas, la voz de un hombre preguntó:

—¿Quién habla?

Le dije mi nombre, que me alojaba en el hotel y que tenía algo que le pertenecía al Sr. Dundas.

—Señor. Mi abuelo ha muerto. Murió anoche.

Una conmoción hace que los clichés se hagan realidad: sentí cómo perdía el color de la cara; me quedé sin respiración.

—Lo siento. Me caía bien.

—Sí.

—Debe de haber sido bastante repentino.

—Era viejo. Tenía tos —alguien le preguntó con quién estaba hablando y él contestó que con nadie, y siguió hablando—. Gracias por llamar.

Me sentía anonadado.

—Mire, tengo su álbum de recortes. Me lo dejó.

—¿Lo de las películas viejas?

—Sí.

Una pausa.

—Quédese. Eso no le sirve a nadie. Oiga, he de marcharme.

Un clic y la línea se quedó en silencio.

Fui a guardar el álbum de recortes en la maleta y me sobresalté, cuando una lágrima salpicó la tapa de piel desvaída, al descubrir que estaba llorando.

Me detuve junto al estanque por última vez, para decirle adiós a Pío Dundas y a Hollywood.

Tres carpas fantasmas blancas se movían empujadas por la corriente, dando mínimos aletazos, por el eterno presente del estanque.

Recordaba sus nombres: Buster, Fantasma y Princesa; pero ya no había modo de que alguien las distinguiese.

El coche me estaba esperando frente al vestíbulo del hotel. El aeropuerto estaba a treinta minutos y yo ya estaba empezando a olvidar.

EL CAMINO BLANCO

—... Me gustaría que viniera a verme algún día,
a mi casa.

Hay cosas tan interesantes que le mostraría.

Mi futura esposa baja la mirada y, sí, se estremece.
Su padre y los amigos de éste abuchean y gritan entusiasmados.

—*Eso nunca es un cuento, Señor Zorro* —me reprende una mujer pálida
en un rincón de la habitación, el pelo rubio como el maíz,
los ojos del gris de las nubes, carne en sus huesos,
se encorva y sonrío, divertida, torciendo la boca.

—Señora, yo no soy un narrador —y me inclino y pregunto—,
¿quizá usted tenga un cuento para nosotros? —enarco una ceja.
Su sonrisa permanece.

Asiente, luego se levanta, sus labios se mueven:

—A una chica de la ciudad, una chica sencilla, la traicionó su amante,
un erudito. Así que cuando la sangre le dejó de manar
y se le hinchó tanto el vientre que ya no lo podía disimular,
fue a él y lloró lágrimas calientes. Él le acarició el pelo,
juró que se casarían, que correrían,
por la noche,
juntos,
a casa de su tía. Ella le creyó;
aunque había visto las miradas en la sala
que le lanzaba a la hija de su amo,
que era bella y rica, le creyó.
O creyó que le creía.

»Había algo artero en su sonrisa,

en los ojos tan negros y penetrantes, el pelo pardo rojizo. Algo que la llevó temprano a su lugar de encuentro, bajo el roble, junto al espino, algo que la hizo trepar al árbol y esperar. Trepar a un árbol, y en su estado. Su amor llegó al anochecer, deslizándose a la luz de los búhos, llevaba una bolsa, de la que sacó azadón, pala, cuchillo. Trabajó con empeño, junto al espino, bajo el árbol de roble, silbaba suavemente y cantaba, mientras cavaba su tumba, aquella vieja canción... ¿Quieren que se la cante, ahora, buena gente?

Hace una pausa y todos a una aplaudimos y gritamos, o casi todos a una: mi futura, el pelo tan oscuro, las mejillas tan rosadas, los labios tan rojos, parece enajenada.

La chica hermosa (¿Quién es? Una huésped de la posada, aventuro) canta:

*—¡Un zorro salió una noche brillante
y rogó para que la luna le diera luz
porque tenía muchas millas que recorrer aquella noche
antes de llegar a su raposera!
¡Raposera! ¡Raposera!
¡Porque tenía muchas millas que recorrer aquella noche antes de llegar a su
raposera!*

Su voz es dulce y exquisita, pero la voz de mi futura es aún más exquisita.

—Y cuando su tumba estuvo cavada (era un agujero pequeño, porque ella era una cosita, incluso encinta era pequeñita), caminó debajo de ella, de acá para allá, ensayando así su sepultura:

*—Buenas noches, mi pichoncito, mi amor,
Caramba, estás deliciosa a la luz de la luna,
madre de mi futuro hijo. Ven, deja que te abrace.*

Y estrechaba el aire de la medianoche con una mano
y, con la otra, que sujetaba el cuchillo corto pero malvado,
apuñalaba y apuñalaba la oscuridad.

»Ella tembló en su roble encima de él. Respiró bajito,
pero aun así tembló. Y una vez él alzó la mirada y dijo,
—Búhos, apuesto a que sí, y otra vez, ¡Vergüenza debería darme!, ¿Hay un gato

ahí arriba? Ven, minino... Pero ella no se movía.
Pensó en una rama, una hoja, un brote. Al alba
él cogió azadón, pala, cuchillo y se marchó
rezongando porque su presa le había burlado.

»La encontraron más tarde deambulando, había perdido
el juicio. Tenía hojas de roble en el pelo
y cantaba:

*La rama se dobló
la rama se rompió
vi el hoyo
que hizo el zorro
Juramos amarnos
juramos casarnos
vi el acero
que llevaba el zorro*

»Dicen que su bebé, cuando nació,
tenía una pata de zorro y no una mano.
El miedo es el escultor, afirman las parteras. El erudito huyó.

Y se sienta, entre el aplauso general.
La sonrisa oscila, se esconde entre sus labios: sé que está ahí,
aguarda en sus ojos grises. Ella me mira, divertida.

—He leído que en Oriente los zorros siguen a sacerdotes y eruditos,
disfrazados de mujeres, casas, montañas, dioses, procesiones,
siempre descubiertos por sus colas, eso cuentan —así empiezo,
pero el padre de mi futura intercede.

—Hablando de contar, querida, ¿decías que tenías un cuento?

Mi futura se sonroja. No existen los pétalos de rosa,
salvo en sus mejillas. Asiente y dice:

—¿Mi cuento, padre? Mi cuento es el cuento de un sueño que soñé.

Su voz es tan baja y suave que nos hacemos callar para escuchar, fuera de la posada sólo los sonidos nocturnos: un búho ulula, pero, como dicen los viejos, vivo demasiado cerca de un bosque para que me asuste un búho.

Me mira.

—Usted, señor. En mi sueño llegó cabalgando y me llamó,
«Venga a verme a mi casa, junto al camino blanco,

Hay cosas tan interesantes que le mostraría.»

Pregunté cómo había de encontrar su casa, en el camino de caliza blanca, porque es un camino largo, oscuro, bajo los árboles que tiñen la luz de verde y oro cuando el sol está alto, pero que dan sombra al camino a otras horas. Por la noche está oscuro como boca de lobo; no hay luz de luna en el camino blanco...

»Y usted dijo, Señor Zorro —y esto es de lo más curioso, pero los sueños son traicioneros y curiosos y oscuros—
que degollaría a una cerda
y que la haría caminar hasta casa detrás de su magnífico corcel negro.
Sonrió,
sonrió, Señor Zorro, con sus labios rojos y sus ojos verdes,
ojos que podrían cazar el alma de una doncella, y sus dientes amarillos,
que podrían comérsele el corazón.

—Dios no lo quiera —sonreí. Todos tenían los ojos puestos en mí, no en ella, aunque suyo era el cuento. Ojos, qué ojos.

»Así que, en mi sueño, se me antojó visitar su gran casa, como tan a menudo me había rogado que hiciera, pasear por los claros y los senderos, ver los estanques, las estatuas que había traído de Grecia, los tejos, la alameda, la gruta y la enramada.
Y como esto no era más que un sueño, no deseaba llevarme a una acompañante, alguna lila mustia y sin jugo que no habría apreciado su casa, Señor Zorro; que no habría apreciado su piel pálida,

ni sus ojos verdes,
ni su encanto.

»Y cabalgué por el camino de caliza blanca, siguiendo el reguero de sangre roja, en Betsy, mi potra. Las copas de los árboles eran verdes.

Unas doce millas en línea recta y entonces la sangre me guió a través de praderas, por encima de zanjas, por un sendero de grava (pero luego tuve que aguzar la vista para captar la sangre, una gota aquí, una gota allá: la cerda debía estar requetemuerta), y detuve a mi potra frente a una casa.

Y qué casa. Una delicia palladiana, inmensa, un paisaje muy particular, ventanas, columnas, un monumento de piedra blanca a la verticalidad, expansiva.

»Había una escultura en el jardín, delante de la casa, un niño espartano, un zorro furtivo medio escondido en su toga, el zorro mordiéndole el vientre al niño, royéndole los órganos vitales, el niño estoico sin decir nada, valiente, ¿qué podía decir, mármol frío que era?

Había dolor en sus ojos, y se erguía sobre un pedestal en el que había siete palabras grabadas. di la vuelta a su alrededor y leí:

*Sé osado,
sé osado,
pero no demasiado.*

»Até a la pequeña Betsy en los establos, entre una docena de sementales negros como la noche, todos ellos con sangre y locura en los ojos.

No vi a nadie.

Caminé hasta la parte delantera de la casa y subí las grandes escaleras.

Las puertas enormes estaban cerradas con llave, ningún criado vino a saludarme cuando llamé.

En mi sueño (porque no olvide, Señor Zorro, que esto era mi sueño. Se le ve tan pálido), la casa me fascinaba, el tipo de curiosidad (usted ya sabe, Señor Zorro, se lo veo en los ojos) que mata a los gatos.

»Encontré una puerta, pequeña, sin el pestillo corrido, y la empujé para entrar.

Recorrí pasillos, cubiertos de roble, de estanterías,
de bustos, de baratijas,
caminé, los pies silenciosos sobre la alfombra escarlata,
hasta que llegué al gran salón.

Ahí estaba otra vez, en piedras rojas que relucían,
engarzadas en el mármol blanco del suelo,
decía:

*Sé osado,
sé osado,
pero no demasiado.
O la sangre en tus venas
pronto se habrá helado.*

»Había escaleras, anchas, alfombradas de escarlata,
que salían del gran salón,
y las subí, muy, muy silenciosamente.
Puertas de roble: y entonces
estaba en el comedor, o eso es lo que creo,
ya que los restos de una cena espeluznante
estaban ahí abandonados, fríos e hirviendo en moscas.
Aquí había una mano a medio masticar, allí, crujiente y picoteado,
un rostro, de mujer, que debió en vida, me temo,
haberse parecido a mí.

—Que los cielos nos protejan de sueños tan oscuros —gritó su padre—.
¿Tales cosas suceden?

—No es así —le aseguré. La sonrisa de la hermosa mujer
le brilló tras los ojos grises. La gente
necesita convicciones.

—Más allá de la habitación de la cena había una habitación,
inmensa, esta posada habría cabido en aquella habitación,
repleta de una miscelánea de anillos y pulseras,
collares, pendientes de perlas, vestidos de baile, pañoletas de piel,
enaguas de encaje, sedas y satenes. Botas de señora,
y manguitos y sombreros: una cueva del tesoro y vestidor,
diamantes y rubíes bajo mis pies.

»Más allá de aquella habitación me sabía en el Infierno.
En mi sueño...

Vi muchas cabezas. Las cabezas de mujeres jóvenes. Vi una pared en la que estaban clavadas extremidades desmembradas.

Una pila de pechos. Los montones de tripas, hígados, pulmones, los ojos, los...

No. No puedo decirlo. Y alrededor de todo las moscas estaban zumbando, un zumbido bajo y monótono.

—Beelzebubzebubzebub, zumbaban. No podía respirar, me fui corriendo de allí y sollocé contra una pared.

—La guarida de un zorro, sin duda —dice la mujer hermosa—.

(—No fue así —digo entre dientes.)

Son animales desordenados, pues tiran por sus raposeras los huesos y pieles y plumas de sus presas. Los franceses lo llaman *Renard*, los escoceses, *Tod*.

—No se puede culpar a nadie por su nombre —dice el padre de mi futura.

Está casi jadeando, todos lo están:

a la luz de la lumbre, al calor del fuego, bebiendo la cerveza a lengüetazos.

En la pared de la posada cuelgan grabados de caza.

Ella continúa:

—Afuera oí estrépito y alboroto.

Regresé corriendo por donde había venido, por la alfombra roja,

bajé las escaleras anchas, ¡demasiado tarde, la puerta principal se estaba abriendo!

me lancé escaleras abajo, rodé, caí,

acabé, desesperada, bajo una mesa,

donde esperé, temblé, recé.

Me señala. «Sí, usted, señor. Usted entró,

abrió la puerta estrellándose contra ella, entró tambaleándose, usted, señor,

arrastrando a una mujer joven

por el cabello pelirrojo y por la garganta.

Ella tenía el pelo largo y suelto, gritaba y luchaba

por liberarse. Usted se rió, en lo más hondo de la garganta,

estaba bañado en sudor y sonreía de oreja a oreja.»

Me fulmina con la mirada. Tiene color en las mejillas.

—Sacó un sable corto y viejo, Señor Zorro,

y, mientras ella gritaba.

la degolló, otra vez de oreja a oreja,

escuché cómo borboteaba, suspiraba, chillaba,

y cerré los ojos y recé hasta que paró.

Y tras largo, largo, demasiado largo tiempo, paró.

»Y miré fuera. Usted sonrió, levantó la espada,
las manos ensangrentadas...

—En su sueño —le digo.

—En mi sueño.

Ella estaba allí tendida sobre el mármol, mientras usted cortaba,
despedazaba, desgarraba, jadeaba y apuñalaba.

Le cogió la cabeza de entre los hombros,

le metió la lengua entre los labios rojos y húmedos.

Le cortó las manos. Las manos blanco pálido.

Le abrió el corpiño de un tajo, le extirpó los pechos.

Entonces empezó a sollozar y a aullar.

De súbito,

con la cabeza en la mano, que llevaba cogida por el pelo,

el pelo rojo fuego,

subió corriendo por las escaleras.

»En cuanto dejé de verle,

huí por la puerta abierta.

Monté a Betsy hasta casa, siguiendo el camino blanco.

Todos los ojos puestos en mí. Dejo la cerveza
sobre la madera vieja de la mesa.

—No es así

—le dije,

les dije a todos—.

No fue así y

Dios quiera

que no sea así. Fue

un sueño perverso. No le deseo tales sueños

a nadie.

—Antes de huir del osario,

antes de montar a la pobre Betsy y dejarla cubierta de sudor,

antes de que huyéramos por el camino blanco,

la sangre aún roja.

(¿Y fue una cerda lo que degolló, Señor Zorro?)

antes de llegar a la posada de mi padre,

antes de caer ante ellos enmudecida,

mi padre, mis hermanos, mis amigos...

Todos granjeros honrados, hombres a la caza del zorro.
Están pateando el suelo con sus botas, sus botas negras.

—...antes de eso, Señor Zorro,
agarré, del suelo, del suelo ensangrentado,
la mano de la joven, Señor Zorro. La mano de la mujer
que usted había cortado de un tajo ante mis propios ojos.

—No es así...

—No fue un sueño. Alimaña. Es usted un barbazul.

—No fue así...

—Un Gilles-de-Rais. Un monstruo.

—¡Y Dios quiera que no sea así!

Ella sonrío entonces, sin alborozo ni calor.

El pelo castaño se le riza alrededor de la cara,
rosas que se enroscan alrededor de una enramada.

Dos manchas rojas le arden en las mejillas.

—¡Mire, Señor Zorro! ¡La mano! ¡La pobre mano pálida!

La saca de entre los pechos (ligeramente pecosos,
yo había soñado con esos pechos),
la lanza sobre la mesa.

Está delante de mí.

Su padre, sus hermanos, sus amigos,
me miran con avidez
y yo cojo aquella cosa pequeña.

El pelo era rojísimo y apestaba. Tenía las almohadillas y las uñas
ásperas. Un lado estaba ensangrentado,
pero la sangre se había secado.

—Esto no es una mano —les digo. Pero el primer
puñetazo me deja sin aliento,
un garrote de roble me golpea el hombro,
y cuando me tambaleo,
la primera bota negra me tira al suelo de una patada.
Entonces una lluvia de golpes me derriba,
me acurruco y maúllo y rezo y agarro la pata
con tanta fuerza.

Tal vez lloro.

La veo entonces,
la chica hermosa y pálida, la sonrisa le ha llegado a los labios,
las faldas tan largas mientras se escabulle, los ojos grises,
divertida hasta lo intolerable, de la habitación.
Tenía muchas millas que recorrer aquella noche.
Y cuando se marcha,
desde mi posición estratégica en el suelo,
le veo la cola, el rabo entre las piernas;
hubiera gritado,
pero ya no podía hablar. Esta noche ella estará corriendo
a cuatro patas, a pie firme, por el camino blanco.

¿Y qué pasará si vienen los cazadores?
¿Qué pasará si vienen?

Sé osado, susurro una vez, antes de morir. Pero no demasiado...

Y entonces mi cuento se ha acabado.

REINA DE CUCHILLOS

La reaparición de la dama es cuestión del gusto de cada uno.

—Will Goldston, *TRICKS AND ILLUSIONS*^[6].

Cuando yo era pequeño, de vez en cuando,
pasaba unos días en casa de mis abuelos
(ancianos: yo sabía que eran viejos,
pues nadie se comía los bombones hasta que yo llegaba,
y eso, entonces, era envejecer).
Mi abuelo siempre preparaba el desayuno al alba:
té para tres, ella, él y yo,
unas tostadas con mermelada
(hebras de plata sobre oro). La comida y la cena
eran tareas de mi abuela, la cocina
volvía a ser su dominio, todos los cacharros y las cucharas,
la picadora, todos los batidores y cuchillos, sus súbditos leales.
Solía preparar la comida con ellos, cantando sus cancioncillas:
Daisy, Daisy, contéstame, por favor,
o a veces,
Me hiciste amarte, yo no quería,
yo no quería.
No tenía mucha voz, que digamos.

El negocio iba muy flojo.
Mi abuelo pasaba los días en la parte de arriba de la casa,
en el cuarto oscuro diminuto donde no se me permitía ir,
sacando rostros de papel de la oscuridad,
las sonrisas tristes de las vacaciones de otra gente.
Mi abuela me llevaba a dar paseos grises por la rambla.
Principalmente, me entretenía explorando
el pequeño espacio cubierto de hierba húmeda de detrás de la casa,
las zarzamoras y el cobertizo.

Fue una semana difícil para mis abuelos,
obligados a entretener a un niño ingenuo, así que
una noche me llevaron al Teatro del Rey. El Teatro de...

¡Variedades!

Bajaron las luces, el telón rojo subió.
Un cómico popular en aquellos tiempos
apareció, dijo su nombre tartamudeando (su frase típica),
sacó una lámina de cristal y colocó medio cuerpo detrás,
para alzar el brazo y la pierna que podíamos ver;
al reflejarse,
parecía volar, era su sello característico,
así que todos nos reímos y aplaudimos. Contó un chiste o dos,
bastante mal. Su infortunio, su torpeza,
eso era lo que habíamos venido a ver.
Desconcertado, casi calvo y con gafas,
me recordaba un poco a mi abuelo.
Y entonces el cómico había terminado.
Algunas señoritas bailaron todo piernas por el escenario.
Un cantante cantó una canción que yo no conocía.
Los espectadores eran ancianos,
como mis abuelos, cansados y jubilados,
todos se reían y aplaudían.
En el entreacto mi abuelo
hizo cola para un helado de chocolate y unos recipientes.
Nos comimos el helado mientras bajaban las luces.
El TELÓN DE SEGURIDAD subió y luego el telón de verdad.

Las señoritas bailaron por el escenario otra vez,
y entonces retumbó un trueno, el humo hizo puff,
un mago apareció e hizo una reverencia. Aplaudimos.

La dama salió a escena, sonriendo desde los bastidores:
Relucía. Brillaba. Sonreía.
La miramos y, en aquel momento, a él le crecieron flores,
y le cayeron sedas y banderines de las puntas de los dedos.

Las banderas de todas las naciones, dijo mi abuelo, dándome un codazo.
Las tenía en la manga.
Desde que era joven
(no me lo imaginaba de niño),

mi abuelo reconocía haber sido
uno de éstos que saben cómo funcionan las cosas.
Se había construido su televisor,
me contó mi abuela, cuando se casaron;
era enorme, aunque la pantalla era pequeña.
Aquello fue en la época anterior a los programas de televisión;
aun así, la veían,
no muy seguros de si eran personas o fantasmas lo que estaban viendo.
Tenía también una patente de algo que había inventado,
pero que nunca se fabricó.
Se presentó a las elecciones locales, pero quedó tercero.
Podía arreglar una maquinilla de afeitar o una radio,
revelar un carrete o construir una casa de muñecas.
(La casa de muñecas era de mi madre. Aún la teníamos en mi casa;
vieja y destartada, estaba fuera en el césped, mojada por la lluvia y olvidada.)

La dama de los destellos trajo una caja con ruedas.
La caja era alta, del tamaño de un adulto, y negra.
Abrió la parte delantera.
Le dieron la vuelta y golpearon la parte de atrás.
La dama entró, sonriendo todavía.
El mago le cerró la puerta.
Cuando la abrió, ella había desaparecido.
Él hizo una reverencia.

Espejos, explicó mi abuelo. En realidad aún está dentro.
Tras un gesto, la caja se desmoronó, hecha trizas.
Una trampilla, aseguró mi abuelo;
La abuela le siseó para que se callase.

El mago sonrió, tenía los dientes pequeños y muy apretados;
caminó, despacio, entre el público.
Señaló a mi abuela, hizo una reverencia,
una reverencia centroeuropea,
y la invitó a subir con él al escenario.
La otra gente aplaudió y gritó entusiasmada.
Mi abuela puso reparos. Yo estaba tan cerca
del mago que podía olerle la loción para después del afeitado
y susurré, «caray, caray...» Aun así,
trató de coger con sus dedos largos a mi abuela.
Pearl, vamos, sube, dijo mi abuelo. Ve con el hombre.

Mi abuela debía de tener entonces, ¿cuántos? ¿Sesenta años?
Acababa de dejar de fumar,
estaba intentado perder un poco de peso. Estaba de lo más orgullosa
de sus dientes, que, aunque con manchas de tabaco, eran todos suyos.
Mi abuelo los había perdido, de joven,
montando en bicicleta; tuvo la idea brillante
de agarrarse a un autobús para coger velocidad.
El autobús había girado
y el abuelo besó la calle.
Ella masticaba regaliz duro, cuando miraba la TV por la noche,
o chupaba barras de caramelo, quizá para fastidiarle.

Se puso en pie, entonces, lentamente.
Dejó el recipiente de papel medio lleno de helado,
con la cucharita de madera,
caminó por el pasillo y subió los escalones.
Y al escenario.

El mago la aplaudió otra vez.
Ella era complaciente. Eso es lo que era. Complaciente.
Otra mujer relumbrante salió de los bastidores,
traía otra caja.
Ésta era roja.

*Es ella, afirmó mi abuelo, la que
desapareció antes. ¿Lo ves? Es ella.*
Quizá lo fuera. Lo único que veía
era una mujer que brillaba, de pie junto a mi abuela
(que jugaba con sus perlas y parecía turbada).
La señorita sonrió y se volvió hacia nosotros, entonces se quedó inmóvil,
una estatua o un maniquí de escaparate.
El mago tiró de la caja,
con facilidad,
hasta la parte de delante del escenario, donde mi abuela esperaba.
Un momento más o menos de cháchara:
de dónde era, cómo se llamaba, ese tipo de cosas.
¿No se habían visto antes? Ella negó con la cabeza.
El mago abrió la puerta,
mi abuela entró.

Quizá no sea la misma, admitió mi abuelo,

pensándolo bien,
creo que tenía el pelo más oscuro, la otra chica.

Yo no lo sabía.

Me sentía orgulloso de mi abuela, pero también avergonzado,
esperaba que no hiciese nada que me sacara los colores,
que no cantase una de sus canciones.

Entró en la caja. Cerraron la puerta.

El mago abrió un compartimento de arriba, una puertecita. Vimos
la cara de mi abuela. *¿Pearl? ¿Estás bien, Pearl?*

Mi abuela sonrió y asintió con la cabeza.

El mago cerró la puerta.

La señorita le dio un estuche largo y delgado,
así que él lo abrió. Sacó una espada
y atravesó la caja con ella.

Y luego otra y otra,
y mi abuelo se reía y explicaba,
*La hoja entra en la empuñadura y una falsa
sale por el otro lado.*

Entonces sacó una lámina de metal, que
metió por el centro de la caja
y la cortó por la mitad. Los dos,
la mujer y el hombre, levantaron la mitad
de arriba de la caja, la sacaron y la pusieron en el escenario,
con la mitad de mi abuela dentro.

La mitad de arriba.

El mago abrió la puertecita otra vez, un instante,
la cara de mi abuela nos sonrió, confiada.

*Antes, cuando él ha cerrado la puerta,
ella ha bajado por una trampilla,
y ahora sólo le sobresale medio cuerpo del escenario,
mi abuelo me confió.*

La abuela nos explicará cómo se hace cuando se haya acabado.

Yo quería que dejase de hablar: necesitaba la magia.

Entonces dos cuchillos, a través de la media caja,
a la altura del cuello.

¿Estás ahí, Pearl?, preguntó el mago. *Deja que te oigamos,*

¿sabes alguna canción?

Mi abuela cantó *Daisy, Daisy*.
Él levantó esa parte de la caja,
la que tenía la puertecita —la de la cabeza—
y se paseó, mientras ella cantaba
Daisy, Daisy, primero por un lado del escenario,
luego por el otro.

Es él, dijo mi abuelo, y está proyectando su voz.
Parece la abuela, dije.
Por supuesto, dijo él. Por supuesto que sí.
Es bueno, dijo. Es bueno. Es muy bueno.
El mago abrió la caja otra vez,
que ya era del tamaño de una sombrerera. Mi abuela había acabado *Daisy, Daisy*,
y estaba cantando una canción que decía:
Ay, caramba, ya empezamos, el conductor borracho y el caballo no quiere seguir,
estamos volviendo, estamos volviendo,
volviendo, volviendo a la ciudad de Londres.
Mi abuela había nacido en Londres. Me contaba historias inquietantes
muy de vez en cuando
de su infancia. De los niños que entraban corriendo en la tienda de su padre
y gritaban *Judío, judío, estás jodío*, y se escapaban;
ella no dejaba que me pusiera camisas negras porque,
decía, le recordaban las marchas por el barrio de East End.
Los camisas negras a Moseley. A su hermana le pusieron un ojo morado.

El mago sacó un cuchillo de cocina,
con el que atravesó lentamente la sombrerera roja.
Y entonces el canto cesó.

Volvió a montar las cajas,
sacó los cuchillos y las espadas, uno por uno por uno.
Abrió el compartimento de arriba: mi abuela nos sonrió,
turbada, luciendo sus propios dientes viejos.
El mago cerró el compartimento, ocultándola.
Sacó el último cuchillo.
Abrió la puerta principal otra vez
y ella había desaparecido.
Un gesto y la caja roja desapareció también.
La tiene en la manga, mi abuelo explicó, pero no parecía muy seguro.
El mago hizo que dos palomas salieran volando de un plato en llamas.

Una fumarada y él también desapareció.

Ahora la abuela estará debajo del escenario o entre bastidores,
dijo mi abuelo,
Tomándose una taza de té. Volverá con flores,
o con bombones. Yo esperé que fueran bombones.

Las bailarinas otra vez.
El cómico, por última vez.
Y todos salieron juntos al final.
El final espectacular, dijo mi abuelo. *Abre bien los ojos,*
quizá vuelva a salir ahora.

Pero no. Cantaban

cuando sabes que estás
en la cresta de la ola
y el sol está en el cielo.

Bajó el telón, salimos al vestíbulo arrastrando los pies.
Nos demoramos un rato.
Entonces bajamos a la puerta del escenario
y esperamos a que mi abuela saliera.
Apareció el mago con ropa de calle;
la mujer de los destellos estaba tan distinta con impermeable.

Mi abuelo fue a hablar con él. El mago se encogió de hombros,
nos dijo que no hablaba inglés y me sacó
una media corona de detrás de la oreja,
y desapareció en la oscuridad y la lluvia.

Nunca volví a ver a mi abuela.

Regresamos a casa y seguimos adelante.
Ahora mi abuelo tenía que cocinar para nosotros.
Así que para desayunar, cenar, comer y merendar,
tomábamos tostadas doradas con mermelada plateada
y tazas de té.
Hasta que me fui a casa.

Envejeció tanto después de aquella noche
como si los años le hubieran alcanzado a toda prisa.

*Daisy, Daisy, cantaba, contéstame, por favor.
Si tú fueras la única chica del mundo y yo fuera el único chico.
Mi viejo me dijo que siguiera el furgón.*
Mi abuelo era el que tenía la mejor voz de la familia,
decían que habría podido ser un solista del coro,
pero había fotos que revelar,
radios y maquinillas de afeitar que arreglar...
sus hermanos formaban un dúo musical: los Ruiseñores,
habían salido por televisión en los primeros tiempos.

Lo sobrellevó bien. Aunque, bastante tarde una noche,
me desperté y, al recordar las barritas de regaliz de la despensa,
bajé al primer piso.
Mi abuelo estaba allí, descalzo.

Y, en la cocina, completamente solo,
le vi acuchillar una caja.
Me hiciste amarte.
Yo no quería.

CAMBIOS

I.

Más tarde, señalarían la muerte de su hermana, el cáncer que se comió su vida de doce años, con tumores del tamaño de huevos de pato en el cerebro, y él un niño de siete años, mocososo y con el pelo cortado al uno, viendo con ojos marrones muy abiertos cómo ella se moría en un hospital blanco, y dirían, «Eso fue el principio de todo», y quizá lo fue.

En *Recarga* (dir. Robert Zemeckis, 2018), la película biográfica, dan un salto atrás a su adolescencia y él está viendo a su profesor de ciencia morir de SIDA y siguiendo una discusión sobre la disección de una rana grande de estómago pálido.

—¿Por qué hemos de desmembrarla? —dice el joven Rajit, mientras la música sube—. ¿No deberíamos darle vida? —Su profesor, representado por el difunto James Earl Jones, parece avergonzado y después inspirado, y alza la mano desde la cama de hospital hasta el hombro huesudo del niño. «Bueno, si alguien puede hacerlo, Rajit, ése eres tú», dice en un murmullo de bajo profundo.

El niño asiente con la cabeza y nos mira fijamente con una entrega en los ojos que raya en el fanatismo.

Esto nunca ocurrió.

II.

Es un día gris de noviembre y ahora Rajit es un hombre de cuarenta y tantos años, alto y con gafas de montura oscura, que en estos momentos no lleva puestas. La falta de gafas resalta su desnudez. Está sentado en la bañera mientras el agua se enfría, practicando la conclusión de su discurso. Camina un poco encorvado en la vida diaria, aunque ahora no lo está, y considera sus palabras antes de hablar. No es muy buen orador.

El apartamento de Brooklyn, que comparte con otro investigador científico y un bibliotecario, hoy está vacío. Se le ha encogido y arrugado el pene en el agua tibia. «Lo que esto significa», dice en voz alta y despacio, «es que hemos ganado la guerra

contra el cáncer».

Entonces hace una pausa, acepta una pregunta de un periodista imaginario que está en el otro lado del cuarto de baño.

—¿Efectos secundarios? —se responde en una voz resonante de cuarto de baño—. Sí, hay algunos efectos secundarios. Pero, por lo que hemos podido determinar, no se trata de nada que cree cambios irreparables.

Sale de la bañera de porcelana desconchada y camina, desnudo, hasta la taza del váter, donde vomita mucho, el miedo a salir a escena atravesándole como un cuchillo para destripar. Cuando ya no le queda nada que vomitar y las náuseas secas han pasado. Rajit se enjuaga la boca con Listerine, se viste y coge el metro hasta el centro de Manhattan.

III.

Es, como señalará la revista *Time*, un descubrimiento que «revolucionaría la naturaleza de la medicina de forma absolutamente tan radical e importante como el descubrimiento de la penicilina».

—¿Y si —dice Jeff Goldblum, en el papel del Rajit adulto en la película biográfica—, y si se pudiera recomponer el código genético del cuerpo? Hay tantas enfermedades que surgen porque el cuerpo ha olvidado lo que debería estar haciendo. El código está revuelto. El programa se ha corrompido. ¿Y si... y si se pudiera arreglar?

—Estás loco —replica su novia preciosa y rubia, en la película. En la vida real no tiene novia; en la vida real la vida sexual de Rajit es una serie irregular de transacciones comerciales entre Rajit y los jóvenes de la Agencia de Acompañantes AAA-Ajax.

—Mira —dice Jeff Goldblum, expresándolo mejor de lo que Rajit lo expresó jamás—, es como un ordenador. En vez de intentar arreglar los problemas técnicos provocados por un programa corrupto uno a uno, síntoma a síntoma, basta con reinstalar el programa. Toda la información está allí desde el primer momento. Sólo tenemos que decirle a nuestros cuerpos que vuelvan a comprobar el ARN y el ADN, que vuelvan a leer el programa, si quieres. Y, luego, que lo vuelvan a cargar.

La actriz rubia sonrío y detiene sus palabras con un beso, divertida e impresionada y apasionada.

IV.

La mujer tiene cáncer de bazo y de ganglios linfáticos y de abdomen: linfoma no hodgkiniano. Además, tiene neumonía. Ha aceptado la petición de Rajit de utilizar un

tratamiento experimental con ella. También sabe que asegurar que uno puede curar el cáncer es ilegal en América. Era una mujer gorda hasta hace poco, pero ha perdido peso y a Rajit le recuerda a un muñeco de nieve al sol: cada día se deshace, cada día está, le parece a él, menos definida.

—No es una droga en el sentido que usted se figura —le dice a la mujer—, es un conjunto de instrucciones químicas —ella parece perpleja. Rajit le inyecta dos ampollas de un líquido transparente en las venas.

Pronto está dormida.

Cuando se despierta, se ha librado del cáncer. La neumonía la mata poco después.

Rajit ha pasado los dos días previos a la muerte de la mujer preguntándose cómo explicará el hecho de que, tal como demuestra la autopsia sin ninguna duda, la paciente ahora tiene un pene y es, en todo sentido, tanto por sus funciones como por sus cromosomas, varón.

V.

Han pasado veinte años y estamos en un apartamento diminuto en Nueva Orleans (aunque también podría ser Moscú o Manchester o París o Berlín). Esta noche va a ser la gran noche y Juan/a estará despampanante.

Tiene que elegir entre un vestido de salón francés del siglo XVIII estilo miriñaque para polonesas (polisón de fibra de vidrio, escote con estructura interior de alambre en corpiño carmesí bordado con encaje), o una reproducción del traje de salón de Sir Phillip Sydney, de terciopelo negro e hilo de plata, con gorguera y bragueta y todo. Al final, después de sopesar las opciones, Juan/a se decide por escote frente a polla. Quedan doce horas: Juan/a abre la botella de las pastillas rojas, cada pastillita roja marcada con una X, y se traga dos. Son las 10 de la mañana y Juan/a se va a la cama, empieza a masturbarse, tiene el pene semiduro, pero se duerme antes de correrse.

La habitación es muy pequeña. Hay ropa colgando de todas las superficies y una caja de pizza vacía en el suelo. Juan/a suele roncar fuerte, pero cuando hace una carga libre no hace ningún ruido en absoluto y podría estar en una especie de coma.

Juan/a se despierta a las 10 de la noche, sintiéndose tierna y como nueva. Cuando empezó con la movida de las fiestas, cada cambio provocaba un autoexamen riguroso, en el que inspeccionaba lunares y pezones, prepucio o clítoris, y descubría qué cicatrices habían desaparecido y cuáles se habían quedado. Sin embargo, Juan/a es ahora un veterano y se pone el polisón, las enaguas, el corpiño y el vestido, con los pechos nuevos (altos y cónicos) muy juntos y las enaguas arrastrando por el suelo, lo que significa que puede ponerse debajo las botas de Doctor Martens de hace cuarenta años (nunca se sabe cuándo habrá que correr o andar o dar patadas y las zapatillas de seda no le hacen ningún favor a nadie).

Una peluca alta y empolvada completa la imagen. Y unas gotas de colonia.

Entonces Juan/a hurga bajo las enaguas, se mete un dedo entre las piernas (no lleva bragas, reivindicando un deseo de autenticidad que las Doc Martens desmienten) y luego se da unos toques detrás de las orejas, para que le den suerte, quizá, o para ayudarle a ligar. El taxi llama a la puerta a las 11:05 y Juan/a baja y va al baile.

Mañana por la noche Juan/a se tomará otra dosis; su identidad laboral durante la semana es estrictamente varón.

VI.

Rajit nunca vio la acción de transformación de sexo de la Recarga como algo más que un efecto secundario. El premio Nobel fue por el trabajo contra el cáncer (se descubrió que la recarga funcionaba para la mayoría de los cánceres, pero no para todos).

Para ser un hombre inteligente, Rajit era sorprendentemente corto de miras. Había algunas cosas que no había previsto. Por ejemplo:

Que habría gente que, muriéndose de cáncer, preferirían morir a experimentar un cambio de sexo.

Que la iglesia católica se declararía en contra del catalizador químico de Rajit, comercializado en esos momentos con el nombre de marca Recarga, principalmente porque el cambio de sexo hacía que un cuerpo de mujer reabsorbiera la carne de un feto cuando se recargaba: los varones no podían estar embarazados. Unas cuantas sectas religiosas más se declararían en contra de Recarga, la mayoría de ellas citando el Génesis, 1:27, «y los creó macho y hembra», como motivo.

Las sectas que se declararon en contra de la Recarga incluían: el islamismo, la ciencia cristiana, la iglesia ortodoxa rusa, la iglesia católica romana (con un número de voces discrepantes), la iglesia de la unificación, los trekkies ortodoxos, el judaísmo ortodoxo y la alianza fundamentalista de los EE.UU.

Entre las sectas que se declararon a favor del uso de la Recarga cuando un médico titulado lo consideraba el tratamiento apropiado se incluían la mayoría de los budistas, la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días, la iglesia ortodoxa griega, la iglesia de la ciencia, la iglesia anglicana (con un número de voces discrepantes), los nuevos trekkies, el judaísmo liberal y reformista y la coalición de la nueva era de América.

Las sectas que al principio se declararon a favor de utilizar la Recarga de forma recreativa: ninguna.

Aunque Rajit se daba cuenta de que la Recarga haría que la operación de cambio de sexo resultara obsoleta, nunca se le ocurrió que alguien quisiera tomarlo por razones de deseo o curiosidad o evasión. Por lo tanto, nunca previó el mercado negro de Recarga y catalizadores químicos similares: ni tampoco que, a los quince años de la puesta en venta de Recarga y de la aprobación de la FDA^[7], las ventas ilegales de

las imitaciones de Recarga de diseño (*carga pirata*, como se las conoció pronto) venderían, gramo a gramo, más de diez veces que la heroína y la cocaína.

VII.

En varios de los Nuevos Estados Comunistas de Europa del Este la posesión de cargas pirata traía aparejada la pena de muerte.

Se denunció que en Tailandia y Mongolia se estaba obligando a recargar a los chicos en chicas para aumentar su valor como prostitutas.

En China las niñas recién nacidas se recargaban en niños: las familias ahorran todo lo que tenían por una única dosis. Los ancianos se morían de cáncer igual que antes. La crisis de la tasa de natalidad subsiguiente no se consideró como un problema hasta que fue demasiado tarde, las soluciones drásticas que se propusieron resultaron difíciles de ejecutar y condujeron, a su modo, a la revolución final.

Amnistía Internacional denunció que en varios de los países panárabes estaban encarcelando y, en muchos casos, violando y asesinando, a los hombres que no podían demostrar fácilmente que habían nacido varones y que no eran, en realidad, mujeres que huían del velo. La mayoría de los líderes árabes negaron que ninguno de esos fenómenos estuviera ocurriendo o hubiera ocurrido jamás.

VIII.

Rajit tiene sesenta y tantos años cuando lee en *The New Yorker* que la palabra cambio está adquiriendo connotaciones de indecencia profunda y de tabú.

Los colegiales se ríen avergonzados cuando se encuentran frases como «Necesitaba un cambio» u «Hora de cambiar» o «Los vientos del cambio» en sus estudios de literatura de antes del siglo XXI. En una clase de inglés en Norwich risitas obscenas y horrorizadas reciben a un chico de catorce años que descubre la frase «Con un cambio se renuevan las energías».

Un representante de la King's English Society escribe una carta a *The Times*, en la que lamenta la pérdida para la lengua inglesa de otra palabra totalmente aceptable.

Varios años después procesan de modo satisfactorio a un joven de Streatham por llevar en público una camiseta con el lema ¡HE CAMBIADO! impreso con toda claridad.

IX.

Jackie trabaja en *Blossoms*, un club nocturno de Hollywood Oeste. Hay docenas, si no cientos, de Jackies en Los Ángeles, miles por todo el país, cientos de miles por todo el mundo.

Algunos de ellos trabajan para el gobierno, otros para organizaciones religiosas o para empresas. En Nueva York, Londres y Los Ángeles, la gente como Jackie está en la puerta de locales muy exclusivos.

Lo que hace Jackie es observar a la gente que va entrando y pensar, *Nacido V ahora M, nacida M ahora V, nacido V ahora V, nacido V ahora M, nacida M ahora M...*

En «Noches naturales» (es decir: sin cambios) Jackie repite, «Lo siento, esta noche no puede entrar» muchas veces. La gente como Jackie tiene un porcentaje de acierto del 97 por ciento. Un artículo del *Scientific American* sugiere que la capacidad para el reconocimiento del sexo de nacimiento podría ser de herencia genética: una habilidad que siempre existió pero que no tuvo ningún valor estricto de supervivencia hasta ahora.

A Jackie le tienden una emboscada en las primeras horas de la madrugada, después del trabajo, al fondo del aparcamiento del *Blossoms*. Y Jackie, cada vez que otra bota le patear la cara y el pecho y la cabeza y la entrepierna, piensa, *Nacido V ahora M, nacida M ahora M, nacida M ahora V, nacido V ahora V...*

Cuando Jackie sale del hospital, visión sólo en un ojo, la cara y el pecho un único cardenal inmenso y verde violáceo, recibe un mensaje, enviado con un ramo enorme de flores exóticas, que dice que su puesto de trabajo sigue vacante.

No obstante. Jackie coge el tren bala a Chicago y, de ahí, coge el tren de escala a Kansas City y se queda allí, trabajando como pintor y electricista, profesiones para las que Jackie se había entrenado hace mucho tiempo, y no regresa.

X.

Rajit tiene ahora setenta y tantos años. Vive en Río de Janeiro. Es lo bastante rico como para satisfacer cualquier capricho; sin embargo, ya no quiere practicar el sexo con nadie. Observa a todo el mundo con recelo desde la ventana de su apartamento, mientras mira fijamente los cuerpos bronceados en la playa de Copacabana, y duda.

La opinión que tiene de él la gente que está en la playa es igual al agradecimiento que sentiría hacia Alexander Fleming un adolescente con clamidia. La mayoría se imagina que Rajit ya debe de estar muerto. A todos les da igual.

Se ha sugerido que ciertos cánceres han evolucionado o mutado para sobrevivir a las recargas. Muchas enfermedades bacteriales o víricas sobreviven a las recargas. Unas cuantas incluso crecen con fuerza después de una recarga y se ha planteado como hipótesis que una variedad de gonorrea utiliza el proceso al ser transportada de un cuerpo a otro, permaneciendo latente en el portador y volviéndose infecciosa sólo

cuando los genitales se han reorganizado en los del sexo opuesto.

Aun así, la esperanza de vida en Occidente está aumentando.

La razón por la cual algunos librecargadores —consumidores de Recarga por diversión— parece que envejecen con normalidad, mientras que otros no dan señales de envejecer en absoluto es algo que tiene intrigados a los científicos. Algunos afirman que el segundo grupo en realidad está envejeciendo a nivel celular. Otros sostienen que es demasiado pronto para percibirlo y que nadie sabe nada con certeza.

Recargarse no invierte el proceso de envejecimiento; no obstante, hay pruebas de que, en algunas personas, puede detenerlo. Muchos miembros de la generación mayor, que hasta ahora se han resistido a recargarse por placer, empiezan a tomarlo a menudo, recargándose, tanto si tienen una condición médica que lo justifica como si no.

XI.

El dinero suelto ahora se conoce como *calderilla* o, en ocasiones, *metálico*.

Al proceso de hacer diferente o de alterar suele llamársele *variar*.

XII.

Rajit se está muriendo de cáncer de próstata en su apartamento de Río. Tiene poco más de noventa años. Nunca ha tomado Recarga; ahora la idea le aterroriza. El cáncer se le ha extendido hasta los huesos de la pelvis y a los testículos.

Toca el timbre. Sigue una espera corta para que el enfermero apague la telenovela de cada día y deje la taza de café. Al final, el enfermero entra.

—Llévame fuera, al aire libre —le dice, con voz ronca. Al principio el enfermero finge no entenderle. Rajit lo repite, en su portugués rudimentario. El enfermero dice que no con la cabeza.

Consigue levantarse de la cama —una figura consumida, tan encorvado que casi es jorobado y tan débil que da la sensación de que una tormenta se lo llevaría volando —, y empieza a andar hacia la puerta del apartamento.

Su enfermero intenta, y no lo consigue, disuadirle. Entonces, le acompaña hasta el pasillo y le sostiene el brazo mientras esperan el ascensor. Rajit lleva dos años sin salir del apartamento; ni siquiera salía antes del cáncer. Está casi ciego.

El enfermero le acompaña hasta el sol abrasador, al otro lado de la calle y abajo, a la arena de Copacabana.

La gente que está en la playa se queda mirando al anciano, calvo y podrido, con un pijama antiguo, que mira a su alrededor con ojos sin color que antes fueron marrones a través de gafas de montura oscura con cristales de culo de vaso.

Él les devuelve la mirada.

Son dorados y hermosos. Algunos duermen sobre la arena. La mayoría están desnudos o llevan el tipo de atuendo de baño que realza su desnudez y la hace destacar.

Rajit les conoce, entonces.

Más tarde, mucho más tarde, hicieron otra película biográfica. En la secuencia final el anciano se cae de rodillas en la playa, como hizo en la vida real, y un hilo de sangre le sale de la bragueta abierta del pantalón del pijama, empapando el algodón desteñido y dejando un charco oscuro en la arena blanda. Los mira a todos, observándoles de uno a otro sobrecogido, como un hombre que al final ha aprendido a mirar el sol.

Dijo sólo una palabra cuando murió, rodeado de la gente dorada, que no eran hombres, que no eran mujeres.

Dijo, «Ángeles».

Entonces la gente que estaba viendo la película biográfica, tan dorados, tan hermosos, tan *cambiados* como la gente de la playa, supo que todo había acabado.

Y, en algún sentido que Rajit habría comprendido, así era.

LA HIJA DE LOS BÚHOS

De *The Remaines of Gentilisme & Judaisme*^[8]
de John Aubrey, R.S.S. (1686-87), (págs. 262-263).

Esta historia me la explicó mi amigo el Sr. Don Edmund Wyld, a quien se la explicó el Sr. Farringdon, que dijo que ya era antigua en su época. En el Pueblo de Dymton un niña recién nacida fue abandonada una noche en las escaleras de la Iglesia, donde el Sacristán la encontró a la mañana siguiente. La niña tenía en la mano una cosa curiosa, *a saber*: 1ª bolita de excremento de un Búho, que al desmenuzarla mostraba la composición de costumbre de la bolita de excremento de un Autillo, es decir: piel y dientes y huesos pequeños.

Las ancianas del Pueblo dijeron lo siguiente: que la niña era hija de Búhos y que debería morir abrasada, porque no había nacido de mujer. No obstante. Cabezas de familia y Ancianos más sabios prevalecieron y llevaron al bebé al Convento (ya que esto ocurría poco después de la época Papista y el Convento había quedado vacío, porque la gente del Pueblo pensaba que era un lugar de Demonios y cosas por el estilo, además de que Autillos y Lechuzas y muchos murciélagos se habían instalado en la torre) y ahí la dejaron y una de las ancianas del Pueblo iba cada día al Convento y daba de comer al bebé &c.

Se pronosticó que el bebé moriría, cosa que no hizo: sino que creció año tras año hasta ser una doncella de xiiii veranos. Era la cosa más bonita que se había visto jamás, una muchacha excelente, que pasaba sus días y noches tras altos muros de piedra sin nadie a quien ver, excepto a una mujer del Pueblo que venía cada mañana. Un día de mercado la buena mujer habló demasiado alto sobre la hermosura de la chica & también dijo que no sabía hablar porque nunca había aprendido la manera de hacerlo.

Los hombres de Dymton, los ancianos y los jóvenes, hablaron entre ellos y dijeron: si la visitásemos, ¿quién se enteraría? (Entendiendo por *visitar* que

pretendían violarla.)

Éste es el rumor que se hizo correr: que todos los hombres irían de caza formando una cofradía, cuando la Luna estuviera llena: la noche que lo estuvo, de uno en uno, salieron sigilosamente de sus casas y se encontraron frente al Convento & el Alguacil de Dymton abrió la puerta & entraron de uno en uno. La encontraron escondida en el sótano, asustada por el ruido.

La doncella era incluso más bonita de lo que les habían dicho: tenía el pelo rojo, lo que era poco frecuente, & no llevaba más que un vestido blanco &, cuando les vio, tuvo mucho miedo porque nunca había visto a un Hombre, sólo a la mujer que le traía sus vituallas: & se quedó mirándoles con ojos enormes & lanzó grititos, como si les estuviera implorando que no le hiciesen daño.

Los habitantes del Pueblo se limitaron a reírse ya que tenían malas intenciones & eran hombres malvados y crueles: & se abalanzaron sobre ella a la luz de la luna.

Entonces la chica empezó a chillar & a llorar, pero eso no les apartó de su propósito. & la ventana grande se oscureció & algo impidió el paso de la luz de la luna: & se oyó el sonido de alas poderosas; pero los hombres no se dieron cuenta porque estaban concentrados en su violación.

La gente de Dymton que estaba en la cama esa noche soñó con ululatos & gritos y aullidos: & con aves grandes: & soñó que se había convertido en ratoncitos & ratas.

Al día siguiente, cuando el sol estaba alto, las buenas mujeres del Pueblo recorrieron Dymton removiendo Cielo & Tierra para encontrar a sus Maridos & a sus Hijos; &, al llegar al Convento, encontraron, en las piedras del Sótano, las bolitas de excremento de búhos: & en las bolitas descubrieron pelo & hebillas & monedas & huesecitos: & también bastante paja en el suelo.

Así que nunca se volvió a ver a ninguno de los hombres de Dymton. Sin embargo, durante algunos años a partir de entonces, hubo quien dijo haber visto a la Doncella en Lugares prominentes, como los Robles más altos & torres, &c.; algo que siempre ocurría al anochecer y por la noche & nadie se atrevía a jurar con seguridad si era ella o no.

(Era una figura blanca: pero el Sr E. Wyld no recordaba bien si la gente dijo si iba vestida o desnuda.)

La verdad no la sé, pero es un relato alegre & uno que escribo aquí.

LA VIEJA PECULIAR DE SHOGGOTH

Benjamin Lassiter estaba llegando a la conclusión inevitable de que la mujer que había escrito *Un viaje a pie por la costa británica*, el libro que llevaba en la mochila, nunca había hecho ningún viaje a pie de ningún tipo y, probablemente, no reconocería la costa británica aunque ésta bailase por su dormitorio a la cabeza de una banda militar, cantando «Soy la costa británica» en voz alta y alegre y acompañándose con el kazoo.

Ya llevaba cinco días siguiendo sus consejos y le habían reportado muy poco, a excepción de ampollas y dolor de espalda. *Todos los centros turísticos costeros británicos contienen varias pensiones, que estarán encantadas de alojarle «fuera de temporada»*, era uno de esos consejos. Ben lo había tachado y había escrito al margen junto a la frase: *Todos los centros turísticos costeros británicos contienen un puñado de pensiones, cuyos dueños se largan a España o a Provenza o a algún sitio el último día de septiembre y cierran las puertas tras ellos al irse.*

Había añadido otras cuantas notas marginales, como *No, repito, bajo ninguna circunstancia, no pedir huevos fritos otra vez en ninguna cafetería junto a la carretera* y *¿Qué es eso del fish and chips^[9]?* y *No, no lo están.* La última estaba escrita junto a un párrafo que aseguraba que si había algo que los habitantes de los pintorescos pueblos de la costa británica estaban encantados de ver era a un joven turista americano haciendo un viaje a pie.

Durante cinco días horribles, Ben había caminado de pueblo en pueblo, había bebido té dulce y café instantáneo en restaurantes y cafeterías donde se había quedado mirando por la ventana las vistas rocosas y grises y el mar de color pizarra, había tiritado bajo sus dos jerséis gruesos, se había mojado y no había visto ninguno de los lugares de interés que le habían prometido.

Sentado en la parada de autobús donde había desenrollado el saco de dormir una noche, había empezado a traducir las palabras descriptivas clave: decidió que *encantador* significaba *sin nada de particular*; *pintoresco* significaba *feo pero con una vista bonita si algún día deja de llover*, *delicioso* probablemente significaba *Nunca hemos estado aquí y no conocemos a nadie que lo haya hecho.* También había llegado a la conclusión de que cuanto más exótico era el nombre del pueblo, más

aburrido resultaba.

Así es como Ben Lassiter llegó, al quinto día, en alguna parte al norte de Bootle, al pueblo de Innsmouth, que en su guía no estaba considerado ni como *encantador* ni *pintoresco* ni *delicioso*. No había descripciones del muelle oxidado ni de los montones de nasas que se estaban pudriendo en la playa de guijarros.

En el paseo marítimo había tres pensiones, una junto a la otra: Vista marina, Mon Repose y Shub Niggurath, todas con un rótulo de neón apagado de HAY HABITACIONES en la ventana del salón de delante, todas con un letrero de CERRADO DURANTE LA TEMPORADA clavado con chinchetas en la puerta de la calle.

No había ninguna cafetería abierta en el paseo marítimo. La única tienda de *fish and chips* tenía puesto un letrero de CERRADO. Ben esperó fuera a que abrieran mientras se iba la luz gris de la tarde y empezaba a anochecer. Por fin, una mujercita con cierta cara de rana vino por la calle y abrió la puerta de la tienda. Ben le preguntó cuándo abrirían al público y ella le miró perpleja y dijo, «Es lunes, querido. Nunca abrimos los lunes». Después entró en la tienda de *fish and chips* y cerró la puerta tras ella, dejando a Ben frío y hambriento en la puerta.

Ben había crecido en un pueblo seco en el norte de Texas: la única agua estaba en las piscinas de los jardines traseros y la única forma de viajar era en una camioneta con aire acondicionado. Así que la idea de andar, junto al mar, en un país donde hablaban inglés, si a eso se le podía llamar inglés, le había atraído. El pueblo natal de Ben era doblemente seco: en él se enorgullecían de haber prohibido el alcohol treinta años antes de que el resto de América se subiera al carro de la Prohibición, y de no haberse vuelto a bajar jamás; por lo tanto, todo lo que Ben sabía de los pubs era que se trataba de lugares pecaminosos, como los bares, pero con nombres más monos. Sin embargo, la autora de *Un viaje a pie por la costa británica* había sugerido que los pubs eran un buen sitio para encontrar color e información locales, que uno siempre debía «invitar a una ronda» y que algunos de ellos servían comida.

El pub de Innsmouth se llamaba *El libro de los nombres muertos* y el letrero que había en la puerta informó a Ben de que el dueño era un tal A. Al-Hazred, con licencia para vender vinos y licores. Ben se preguntó si eso significaba que servirían comida india, que había probado al llegar a Bootle y que le había gustado bastante. Se detuvo frente a los letreros que le dirigían al *Bar público* o al *Bar salón* y se preguntó si los bares públicos británicos eran privados como sus colegios públicos^[10] y, al final, porque sonaba más como algo que uno se encontraría en una película del Oeste, entró en el bar salón.

El bar salón estaba casi vacío. Olía a cerveza derramada la semana anterior y a humo de cigarrillo de hacía dos días. Detrás de la barra había una mujer rellenita con pelo rubio de frasco. Sentados en un rincón había un par de caballeros que llevaban bufandas y gabardinas largas y grises. Estaban jugando al dominó y bebiendo a sorbos de unas jarras de cristal con hoyuelos unas bebidas con pinta de cerveza de

color marrón oscuro y con un dedo de espuma.

Ben se dirigió a la barra.

—¿Aquí sirven comida?

La camarera se rascó la nariz un momento, y luego admitió, de mala gana, que probablemente podría hacerle uno de labrador.

Ben no tenía ni idea de lo que eso significaba y, por centésima vez, deseó que *Un viaje a pie por la costa británica* tuviera un manual de conversación americano-inglés al final de la guía.

—¿Eso es comida? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—Vale. Me tomaré uno.

—¿Y para beber?

—Coca-cola, por favor.

—No tenemos Coca-Cola.

—Entonces una Pepsi.

—No hay Pepsi.

—Bueno, ¿qué tienen? ¿Sprite? ¿7UP? ¿Gatorade?

Parecía aún más perpleja que antes. Entonces dijo:

—Creo que hay una o dos botellas de refresco de cereza en la parte de atrás.

—Vale, tráigame una.

—Serán cinco libras con veinte peniques y le traeré su plato de labrador cuando esté listo.

Ben pensó, mientras esperaba sentado a una mesa de madera pequeña y ligeramente pegajosa, bebiendo algo efervescente que parecía y sabía a un rojo brillante químico, que un plato de labrador sería probablemente un bistec de algún tipo. Había llegado a esta conclusión, sabiéndose influido por sus ilusiones, tras imaginarse a labradores rústicos, puede que incluso bucólicos, dirigiendo sus bueyes gordos por campos recién arados al atardecer y porque podría, para entonces, con serenidad y sólo un poco de ayuda de los demás, haberse comido un buey entero.

—Aquí tiene. Uno de labrador —dijo la camarera, poniéndole un plato delante.

Que un plato de labrador resultara ser un trozo rectangular de queso muy curado, una hoja de lechuga, un tomate más pequeño de lo normal marcado con la huella de un pulgar, un montoncito de algo húmedo y marrón que sabía a mermelada agria y un panecillo pequeño, duro y viejo fue una triste decepción para Ben, que ya había decidido que los británicos trataban la comida como si fuera una especie de castigo. Masticó el queso y la hoja de lechuga y maldijo a todos los labradores de Inglaterra por elegir una bazofia como ésa para cenar.

Los caballeros de las gabardinas grises, que habían estado sentados en el rincón, acabaron la partida de dominó, cogieron sus jarras y fueron a sentarse al lado de Ben.

—¿Qué bebe? —preguntó uno de ellos, con curiosidad.

—Refresco de cereza —les dijo—. Sabe a algo salido de una fábrica química.

—Resulta interesante que diga eso —dijo el más bajo de los dos—. Resulta interesante que diga eso, porque yo tenía un amigo que trabajaba en una fábrica química y *nunca bebía refresco de cereza*.

Hizo una pausa exagerada y luego tomó un sorbo de su bebida marrón. Ben esperó a que siguiese, pero parecía que ya no había más que hablar; la conversación se había acabado.

Haciendo un esfuerzo para parecer educado, Ben preguntó, a su vez:

—Bien, ¿y ustedes qué beben?

El más alto de los dos desconocidos, que hasta entonces había tenido un aspecto lúgubre, se animó.

—Vaya, es usted muy amable. Una pinta de Vieja Peculiar de Shoggoth para mí, por favor.

—Y para mí también —dijo su amigo—. Qué no daría por una Shoggoth. Oye, apuesto a que eso sería un buen eslogan publicitario. «Qué no daría por una Shoggoth». Debería escribir a la compañía y sugerírselo. Apuesto a que se alegrarían mucho de mi sugerencia.

Ben se acercó a la camarera, pensando pedirle dos pintas de Vieja Peculiar de Shoggoth y un vaso de agua para él, y se encontró con que ella ya le había servido tres pintas de la cerveza oscura. *Bueno, pensó, de perdidos, al río*, además, estaba seguro de que no podía ser peor que el refresco de cereza. Tomó un sorbo y sospechó que la cerveza era del tipo que los anunciantes habrían descrito como *con cuerpo*, aunque si les presionasen tendrían que reconocer que el cuerpo en cuestión había sido el de una cabra.

Pagó a la camarera y, con algunas dificultades, volvió hasta sus nuevos amigos.

—Bueno. ¿Qué está haciendo en Innsmouth? —preguntó el más alto de los dos—. Supongo que es usted uno de nuestros primos americanos que ha venido a ver el más famoso de los pueblos ingleses.

—Al de América lo llamaron así por este pueblo, ¿sabe? —dijo el más bajo.

—¿Hay un Innsmouth en los Estados Unidos? —preguntó Ben.

—Diría que sí —dijo el hombre más bajo—. Él escribía sobre ese pueblo constantemente. Aquel cuyo nombre no mencionamos.

—¿Cómo? —dijo Ben.

El hombrecito miró por encima del hombro y luego dijo entre dientes, muy alto:

—¡H. P. Lovecraft!

—Te dije que no mencionaras ese nombre —dijo su amigo, y se tomó un sorbo de la cerveza marrón oscuro—. H. P. Lovecraft. H. P. maldito Lovecraft. H. maldito P. maldito Love maldito craft —hizo una pausa para respirar—. Qué sabía él. ¿Eh? A ver, ¿qué coño sabía?

Ben bebía su cerveza a sorbos. El nombre le sonaba vagamente; recordaba haberlo visto hurgando un día entre la pila de elepés de vinilo antiguos que había en el fondo del garaje de su padre.

—¿No era un grupo de rock?

—No hablaba de ningún grupo de rock. Me refería al escritor.

Ben se encogió de hombros.

—Nunca he oído hablar de él —reconoció—. La verdad es que en general sólo leo novelas del Oeste. Y manuales técnicos.

El hombrecito le dio un golpe con el codo a su vecino.

—¿Ves, Wilf? ¿Has oído eso? Nunca ha oído hablar de él.

—Bueno. Eso no tiene nada de malo. Yo solía leer a Zane Grey —dijo el más alto.

—Sí. Bueno. No es como para estar orgulloso. Este tipo... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Ben. Ben Lassiter. ¿Y ustedes son...?

El hombrecito sonrió; se parecía muchísimo a una rana, pensó Ben.

—Yo soy Seth —dijo—. Y aquí mi amigo se llama Wilf.

—Encantado —dijo Wilf.

—Hola —dijo Ben.

—Con franqueza —dijo el hombrecito—, estoy de acuerdo con usted.

—¿Ah, sí? —dijo Ben, perplejo.

El hombrecito asintió.

—Sí. H. P. Lovecraft. No sé a qué viene tanto alboroto. Si no sabía escribir, coño.

Sorbió la cerveza negra haciendo ruido, luego se lamió la espuma de los labios con una lengua larga y flexible.

—En serio, para empezar, fíjese en las palabras que usaba. *Ominoso*. ¿Sabe lo que significa *ominoso*?

Ben negó con la cabeza. Parecía que estaba hablando de literatura con dos desconocidos en un pub inglés mientras bebía cerveza. Se preguntó por un instante si se habría convertido en otra persona cuando no estaba mirando. La cerveza sabía menos mal cuanto más se acercaba al final del vaso y estaba empezando a borrar el regusto persistente del refresco de cereza.

—*Ominoso*. Significa de mal agüero. Malo. Más malo que la tiña. Eso es lo que significa. Lo busqué. En un diccionario. ¿Y *gibosa*?

Ben volvió a negar con la cabeza.

—*Gibosa* significa que la luna estaba casi llena. ¿Y qué hay de lo que siempre nos llamaba, eh? Aquello. ¿Cómo era? Empieza con una *b*. Lo tengo en la punta de la lengua...

—¿Bastardos? —sugirió Wilf.

—No. Aquello. Ya sabes. *Batracios*. Eso es. Significa que parecían ranas.

—Espera un momento —dijo Wilf—. Yo creía que era, digamos, una especie de camello.

Seth negó rotundamente con la cabeza.

—Eran ranas, segurísimo. No eran camellos, sino ranas.

Wilf sorbió su Shoggoth haciendo ruido. Ben sorbió la suya con cuidado, sin

placer.

—¿Y...? —dijo Ben.

—Tienen dos jorobas — terció Wilf, el alto.

—¿Las ranas? —preguntó Ben.

—No. Los batracios. Mientras que el típico camello *dromedario* tiene sólo una. Es para el largo viaje a través del desierto. Eso es lo que comen.

—¿Ranas? —preguntó Ben.

—Jorobas de camello —Wilf le clavó un ojo saltón y amarillo a Ben—. Escúcheme bien, jovencito campechano. Después de llevar tres o cuatro semanas en un desierto inexplorado, un plato de joroba de camello asada empieza a parecer muy apetitoso.

Seth puso cara de desdén.

—Tú nunca te has comido una joroba de camello.

—Podría haberlo hecho —dijo Wilf.

—Sí, pero no lo has hecho. Ni siquiera has estado en un desierto.

—Bueno, pero suponte que hubiera hecho una peregrinación a la Tumba de Nyarlathotep...

—¿Te refieres al rey negro de los antiguos que vendrá de noche desde el Este y al que no conocerás?

—Por supuesto que me refiero a él.

—Sólo me quería asegurar.

—Una pregunta estúpida, por si quieres saberlo.

—Te podrías haber referido a otra persona con el mismo nombre.

—Bueno, no es que sea precisamente un nombre común, ¿verdad? Nyarlathotep. No va a haber precisamente dos, ¿verdad? «Hola, me llamo Nyarlathotep, qué casualidad encontrarte aquí, quién hubiera dicho que éramos dos», no, creo que no. Bueno, así que estoy recorriendo con gran dificultad esas extensiones inexploradas, pensando para mí mismo, qué no daría por una joroba de camello...

—Pero, ¿a que no lo has hecho? Tú nunca has salido de la bahía de Innsmouth.

—Bueno... no.

—Ves —Seth miró a Ben triunfalmente. Entonces se inclinó y le susurró—, se pone así cuando se ha tomado algunas copas, me temo.

—Lo he oído —dijo Wilf.

—Bien —dijo Seth—. En fin. H. P. Lovecraft. Pues escribía una de sus malditas frases, como, ejem, «La luna gibosa flotaba a poca altura sobre los habitantes ominosos y batracios del escamoso Dulwich». ¿Qué quiere decir, eh? ¿*Qué quiere decir?* Yo os diré lo que quiere decir, joder. Lo que quiere decir, joder, es que la luna estaba casi llena y que todos los que vivían en Dulwich eran malditas ranas extrañas. Eso es lo que quiere decir.

—¿Qué hay de esa otra cosa que ha dicho? —preguntó Wilf.

—¿Qué?

—*Escamoso*. ¿Y eso qué significa?

Seth se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —reconoció—, pero lo usaba muchísimo.

Hubo otra pausa.

—Soy estudiante —dijo Ben—. Voy a ser metalúrgico —de algún modo había logrado acabarse su primera pinta de Vieja Peculiar de Shoggoth, que era, se dio cuenta agradablemente escandalizado, la primera bebida alcohólica de su vida—. ¿Y ustedes a qué se dedican?

—Nosotros —dijo Wilf—, somos acólitos.

—Del Gran Cthulhu —dijo Seth, con orgullo.

—¿Ah, sí? —dijo Ben—. ¿Y eso en qué consiste exactamente?

—Ahora invito yo —dijo Wilf—. Esperad —Wilf fue hasta la camarera y regresó con otras tres pintas—. Bueno —dijo—, ahora, técnicamente, consiste en poca cosa. La verdad es que el acolitar no es lo que se podría llamar un empleo laborioso en plena temporada de mucho trabajo. Eso se debe, por supuesto, a que él está *dormido*. Bueno, no está exactamente dormido. Sino más bien, si se quiere poner un matiz más sutil, *muerto*.

—«En su morada de R'lyeh, Cthulhu muerto sueña» —interpuso Seth—. O, como dice el poeta, «Que no está muerto lo que puede yacer eternamente...»

—«Pero tras incontables eones...» —salmodió Wilf.

—...y por *Incontables* quiere decir *muchísimos*...

—Exacto. No estamos hablando de los típicos evos en absoluto.

—«Pero tras incontables eones, incluso la muerte puede morir.»

Ben se sorprendió un poco al descubrir que parecía estar bebiéndose otra pinta con cuerpo de la Vieja Peculiar de Shoggoth. No sabía por qué, pero el sabor a cabra fétida era menos desagradable en la segunda pinta. También estaba encantado de descubrir que ya no tenía hambre, que los pies ampollados habían dejado de dolerle y que sus compañeros eran hombres encantadores e inteligentes, cuyos nombres le estaba costando mantener separados. No tenía la suficiente experiencia con el alcohol para saber que ése era uno de los síntomas de estar con la segunda pinta de la Vieja Peculiar de Shoggoth.

—Así que ahora mismo —dijo Seth o tal vez Wilf—, el negocio es más bien ligero. Consiste principalmente en esperar.

—Y rezar —dijo Wilf, si no era Seth.

—Y rezar. Pero muy pronto todo eso cambiará.

—¿Sí? —preguntó Ben— ¿Cómo es eso?

—Bueno —le confió el más alto—, cualquier día de éstos, el Gran Cthulhu (actualmente fallecido de forma pasajera), que es nuestro jefe, se despertará en su especie de vivienda submarina.

—Y entonces —dijo el más bajo—, se desperezará y bostezará y se vestirá...

—Probablemente irá al váter, no me sorprendería en absoluto.

—Quizá lea los periódicos.

—... y cuando haya hecho todo eso, saldrá de las profundidades del océano y devorará el mundo entero.

Ben encontró que aquello era inexplicablemente divertido.

—Como un plato de labrador —dijo.

—Exacto. Exacto. Bien dicho, joven caballero americano. El Gran Cthulhu se zampará el mundo como si fuera una comida de labrador y sólo dejará el trozo de encurtido de Branston en el plato.

—¿Eso es la cosa marrón? —preguntó Ben. Le aseguraron que lo era y él fue a la barra y trajo otras tres pintas de la Vieja Peculiar de Shoggoth.

Apenas se acordaba de la conversación que siguió. Recordaba que se había acabado la pinta y que sus nuevos amigos le habían invitado a hacer un recorrido a pie por el pueblo y le habían mostrado los diversos lugares de interés, «ahí es donde alquilamos los vídeos y aquel edificio grande que hay al lado es el Templo sin Nombre de los Dioses Innombrables y los sábados por la mañana hay un mercadillo de beneficencia en la cripta...»

Les explicó su teoría de la guía del viaje a pie y les dijo, emocionado, que Innsmouth era tanto *pintoresco* como *encantador*. Les dijo que eran los mejores amigos que había tenido jamás y que Innsmouth era *delicioso*.

A la luz pálida de la luna casi llena, sus dos nuevos amigos se parecían increíblemente a ranas enormes. O tal vez a camellos.

Los tres caminaron hasta el final del muelle oxidado y Seth y/o Wilf le mostraron a Ben las ruinas de la Hundida R'lyeh en la bahía, visible bajo el mar a la luz de la luna, y a Ben le invadió algo que, según explicó una y otra vez, era un ataque de mareo repentino e imprevisto y vomitó largo y tendido por encima de las rejas metálicas al mar negro de abajo...

Después, todo se volvió un poco raro.

Ben Lassiter se despertó en una ladera fría con la cabeza a punto de estallar y con mal sabor de boca. Tenía la cabeza apoyada en la mochila. Había un páramo rocoso a cada lado y no había ni rastro de una carretera ni de ningún pueblo, pintoresco, encantador, delicioso o siquiera típico.

Caminó a trompicones y cojeando casi una milla hasta la carretera más cercana y la siguió hasta que llegó a una gasolinera.

Le dijeron que no había ningún pueblo en la zona que se llamara Innsmouth. Ningún pueblo con un pub llamado *El libro de los nombres muertos*. Les habló de dos hombres, llamados Wilf y Seth, y de un amigo suyo, llamado Eón Incontable, que estaba profundamente dormido en algún sitio, si no estaba muerto, bajo el mar. Le dijeron que no tenían muy buen concepto de los hippies americanos que vagaban por el campo drogándose y que probablemente se sentiría mejor después de una buena

taza de té y un bocadillo de atún con pepino, pero que si estaba completamente decidido a vagar por el campo drogándose, el joven Ernie, que hacía el turno de tarde, le vendería con mucho gusto una buena bolsita de cannabis de su huerta, si volvía después de comer.

Ben sacó su libro *Un viaje a pie por la costa británica* y trató de encontrar Insmouth para demostrarles que no lo había soñado, pero fue incapaz de localizar la página donde estaba, si es que había estado ahí alguna vez. No obstante, alguien había arrancado, con brusquedad, casi toda una página, a mitad del libro más o menos.

Entonces Ben pidió un taxi por teléfono, que le llevó a la estación de ferrocarril de Bootle, donde cogió un tren, que le llevó a Manchester, donde se subió a un avión, que lo llevó a Chicago, donde cambió de avión y voló a Dallas, donde cogió otro avión que iba al norte y allí alquiló un coche y se fue a casa.

Descubrió que saber que estaba a más de 600 millas del océano era muy reconfortante; aunque, más adelante, se mudó a Nebraska para aumentar la distancia con el mar: había cosas que vio, o creyó haber visto, bajo el viejo muelle aquella noche que nunca conseguiría quitarse de la cabeza. Había cosas que acechaban bajo gabardinas grises que no eran para el conocimiento del hombre. *Escamosas*. No le hacía falta buscar en el diccionario. Lo sabía. Eran *escamosas*.

Un par de semanas después de su regreso a casa, Ben envió un ejemplar anotado de *Un viaje a pie por la costa británica* a la editorial, para entregar a la autora, con una carta extensa que contenía unas cuantas sugerencias útiles para ediciones futuras. También le pedía a la autora si le podía enviar una fotocopia de la página que habían arrancado de su guía, para quedarse tranquilo; pero en el fondo se sintió aliviado, a medida que los días se convertían en meses y los meses se convertían en años y luego en décadas, de que ella nunca le contestara.

VIRUS

Había un juego de ordenador, me lo dieron,
uno de mis amigos me lo dio, él jugaba,
dijo, es genial, deberías jugar,
y lo hice, y lo era.

Lo copié del disquete que me dio
para cualquiera, quería que todo el mundo lo jugara.
Todo el mundo debería pasárselo así de bien.
Lo envié por la red a tablonés de anuncios

pero principalmente se lo envié a todos mis amigos.
(Contacto personal. Así es como me lo habían dado a mí.)

Mis amigos eran como yo: a algunos les daban miedo los virus,
alguien te daba un juego en un disquete y a la semana siguiente o en viernes 13
te reformateaba el disco duro o te corrompía la memoria.
Pero éste nunca lo hizo. Éste era segurísimo. Empezaron a jugar:
cuanto mejor juegas más difícil se vuelve el juego;
quizá no ganes nunca pero puedes llegar a ser bastante bueno.
Yo soy bastante bueno.

Por supuesto que tengo que pasar mucho tiempo jugando.
También lo pasan mis amigos. Y sus amigos.
Y las personas que te encuentras, las ves,
que andan por las autopistas viejas
o hacen cola, lejos de sus ordenadores,
lejos de las salas de juegos que surgieron de la noche a la mañana,
pero que lo están jugando en su cabeza mientras tanto,
combinando formas,
cavilando sobre curvas, poniendo colores junto a colores,
girando señales hacia secciones nuevas de la pantalla,
escuchando la música.

Claro que sí, la gente piensa en él, pero sobre todo lo juega.
Mi récord son dieciocho horas seguidas.
40.012 puntos, 3 fanfarrias.

Juegas a pesar de las lágrimas, el dolor de muñeca, el hambre, después de un rato todo desaparece.

Todo menos el juego, debería decir.

Ya no me queda sitio en la mente; sitio para otras cosas.
Copiamos el juego, se lo dimos a nuestros amigos.
Transciende el lenguaje, ocupa nuestro tiempo,
a veces creo que últimamente me olvido de cosas.

Me pregunto qué le pasó a la TV. Antes había TV.
Me pregunto qué pasará cuando me quede sin comida enlatada.
Me pregunto adónde ha ido toda la gente. Y entonces me doy cuenta de que
si soy lo bastante rápido, puedo poner un cuadrado negro junto a una línea roja,
duplicarlo y hacerlos girar para que ambos desaparezcan,
duplicarlo y hacerlos girar para que ambos desaparezcan,
despejando el bloque izquierdo

para que suba una burbuja blanca...
(Así que ambos desaparecen.)

Y cuando la electricidad se apague para siempre entonces
lo jugaré en la cabeza hasta que me muera.

BUSCANDO A LA CHICA

Tenía diecinueve años en 1965, llevaba pantalones pitillo y el pelo me crecía lentamente hacia el cuello de la camisa. Cada vez que ponías la radio los Beatles estaban cantando *Help!* y yo quería ser John Lennon con todas las chicas persiguiéndome a gritos, siempre con una ocurrencia cínica a punto. Aquel fue el año que compré mi primer ejemplar de *Penthouse* en el pequeño estanco de la calle King. Pagué unos pocos chelines furtivos y me fui a casa con la revista metida bajo el jersey, mirando abajo de vez en cuando para ver si se había quemado el tejido.

Hace mucho tiempo que tiré el ejemplar, pero siempre lo recordaré: salían cartas sobrias sobre la censura; un cuento de H. E. Bates y una entrevista con un novelista americano del que nunca había oído hablar; una página de moda de trajes de *mohair* y corbatas estampadas de cachemir, que se podían comprar en la calle Carnaby. Y salía lo mejor de todo, que eran las chicas, por supuesto; y salía la mejor de todas las chicas, que era Charlotte.

Charlotte también tenía diecinueve años.

Todas las chicas de aquella revista desaparecida hace tanto tiempo parecían idénticas con su carne de plástico perfecta; ni un cabello fuera de sitio (casi se olía la laca); con sonrisas sanas para la cámara y ojos que te miraban entrecerrados a través de pestañas muy pobladas: pintalabios blanco, dientes blancos, pechos blancos, blanqueados por el bikini. Nunca me paré a pensar en las posiciones extrañas en que se habían colocado tímidamente para evitar mostrar el menor rizo o sombra de vello púbico, de todos modos tampoco habría sabido qué estaba mirando. Sólo tenía ojos para sus traseros y pechos pálidos, sus miradas de insinuación castas pero incitantes.

Entonces giré la página y vi a Charlotte. Era distinta a las demás. Charlotte *era* sexo; llevaba puesta la sexualidad como un velo transparente, como un perfume embriagador.

Había palabras junto a las fotos y las leí aturdido. «La fascinante Charlotte tiene diecinueve años... una individualista renaciente y una poetisa *beatnik*, colaboradora de la revista *FAB*...» Se me quedaban las frases grabadas mientras me volcaba sobre las fotos sin contraste: ella posaba y hacía mohines en un piso de Chelsea —el del fotógrafo, imaginé—, y supe que la necesitaba.

Tenía mi edad. Era el destino.

Charlotte.

Charlotte tenía diecinueve años.

Después de aquello, compré *Penthouse* con regularidad, esperando que ella volviera a aparecer. Pero no lo hizo. No entonces.

Seis meses después, mi madre encontró una caja de zapatos debajo de mi cama y miró dentro. Primero montó una escena, luego tiró todas las revistas, por último me echó de casa. Al día siguiente encontré un trabajo y una habitación en Earl's Court, sin, bien mirado, demasiados problemas.

Mi empleo, el primero que tenía, era con un electricista junto a la calle Edgware. Lo único que sabía hacer era cambiar un enchufe, pero en aquellos tiempos la gente podía permitirse el lujo de llamar a un electricista para hacer sólo eso. Mi jefe me dijo que aprendería trabajando.

Duré tres semanas. Mi primer trabajo fue de lo más emocionante: cambiar el enchufe de una lámpara junto a la cama de una estrella de cine inglesa, que había obtenido la fama con su interpretación de un casanova londinense vulgar y lacónico. Cuando llegué allí estaba en la cama con dos bombones como Dios manda. Cambié el enchufe y me marché, todo fue muy correcto. Ni siquiera conseguí verles un pezón y mucho menos que me invitaran a unirlos.

Tres semanas después me despidieron y perdí la virginidad en el mismo día. Era una casa elegante en Hampstead, vacía de no ser por la criada, una mujercita morena unos años mayor que yo. Me puse de rodillas para cambiar el enchufe y ella se subió a una silla a mi lado para quitar el polvo de la parte de arriba de una puerta. Miré arriba: debajo de la falda llevaba medias y ligas y, que Dios me ayude, nada más. Descubrí lo que sucedía en las partes que las películas no te enseñaban.

Así que perdí la virginidad debajo de una mesa de comedor en Hampstead. Hoy en día ya no se ven criadas. Se han ido al mismo sitio que el coche huevo y el dinosaurio.

Fue después cuando perdí el empleo. Ni siquiera mi jefe, a pesar de que estaba convencido de mi ineptitud absoluta, creyó que podía haber tardado tres horas en cambiar un enchufe, y yo no iba a decirle que había pasado dos de las horas que había estado fuera escondido debajo de la mesa del comedor porque los dueños de la casa habían llegado a casa sin previo aviso, ¿verdad?

Después de aquello, conseguí una serie de empleos fugaces: primero de tipógrafo, luego de cajista, antes de acabar en una pequeña agencia de publicidad que había encima de una sandwichería en la calle Old Compton.

Seguí comprando *Penthouse*. Todos parecían extras de «Los vengadores», pero también lo parecían en la vida real. Había artículos sobre Woody Allen y la isla de Safo, Batman y Vietnam, chicas que hacían striptease y blandían látigos, moda y ficción y sexo.

A los trajes les pusieron cuello de terciopelo y las chicas se despeinaron. Los

fetiches estaban de moda. Londres estaba dando un viraje, las portadas de las revistas eran psicodélicas y si no había ácido en el agua potable, actuábamos como si debiera haberlo habido.

Volví a ver a Charlotte en 1969, mucho después de que hubiese renunciado a ella. Pensé que había olvidado su aspecto. Entonces un día, el director de la agencia dejó caer en mi mesa un *Penthouse* en el que habíamos puesto un anuncio de cigarrillos del que estaba especialmente satisfecho. Yo tenía veintitrés años, era una nueva promesa y llevaba la sección artística como si supiera lo que hacía, y a veces lo sabía.

No recuerdo mucho sobre el número en sí; todo lo que recuerdo es Charlotte. El cabello salvaje y pardo rojizo, los ojos provocativos, sonreía como si conociera todos los secretos de la vida y los guardara muy cerca de su pecho desnudo. Su nombre ya no era Charlotte, era Melanie o algo parecido. El texto decía que tenía diecinueve años.

Yo vivía con una bailarina llamada Rachel en aquella época, en un piso de Camden Town. Rachel era la mujer más guapa, más deliciosa que había conocido jamás. Me fui a casa pronto con aquellas fotos de Charlotte en la cartera y me encerré en el cuarto de baño y me hice pajas hasta marearme.

Nos separamos poco después de aquello, Rachel y yo.

La agencia de publicidad vivía un boom —todo vivía un boom en los años sesenta— y en 1971 me asignaron la tarea de encontrar «El Rostro» para una marca de prendas de vestir. Querían una chica que fuera la personificación de todo lo sexual; que llevara la ropa de su marca como si estuviera a punto de arrancársela, si algún hombre no llegaba antes. Yo conocía a la chica perfecta: Charlotte.

Llamé a *Penthouse*, que no supieron de qué les hablaba, pero que, de mala gana, me pusieron en contacto con los dos fotógrafos que la habían fotografiado anteriormente. El hombre de *Penthouse* no sonaba muy convencido cuando le dije que se había tratado de la misma chica las dos veces.

Localicé a los fotógrafos cuando intentaba encontrar su agencia.

Dijeron que ella no existía.

Al menos no de una forma en que se pudiera definir. Por supuesto, ambos sabían a qué chica me refería. No obstante, como me dijo uno de ellos, «Raro, ¿no?», era ella la que había ido a verles. Le habían pagado una suma por hacer de modelo y habían vendido las fotos. No, no tenían ninguna dirección suya.

Yo tenía veintiséis años y era un idiota. De inmediato vi lo que estaba ocurriendo: estaban jugando conmigo. Alguna otra agencia de publicidad la había contratado antes, estaba planeando una gran campaña en torno a ella y había pagado a los fotógrafos para que no hablasen. Les maldije y les grité por teléfono. Les hice ofertas financieras escandalosas.

Me dijeron que me fuera a la mierda.

Entonces, al mes siguiente, ella salió en *Penthouse*. Ya no era una revista provocativa y psicodélica, tenía más clase: a las chicas les había crecido el vello

púbico, tenían un brillo de devoradoras de hombres en los ojos. Hombres y mujeres retozaban enfocados suavemente en campos de maíz, rosa contra oro.

Su nombre, decía el texto, era Belinda. Era anticuaria. Era Charlotte, seguro, aunque tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido en alto con tirabuzones abundantes. El texto también decía su edad: diecinueve años.

Llamé a mi contacto de *Penthouse* y conseguí el nombre del fotógrafo, John Felbridge. Le telefoneé. Igual que los otros, afirmaba no saber nada sobre ella, pero para entonces yo ya había aprendido la lección. En vez de gritarle por teléfono, le di el trabajo, de una importancia bastante considerable, de fotografiar a un niño comiéndose un helado. Felbridge tenía el pelo largo, tenía cerca de cuarenta años y llevaba un abrigo de piel raída y playeras sin cordones y abiertas, pero era un buen fotógrafo. Después de la sesión, le invité a tomar una copa y hablamos del tiempo asqueroso y de fotografía y de la moneda decimal y de su trabajo anterior y de Charlotte.

—¿Así que decías que habías visto las fotos de *Penthouse*? —dijo Felbridge.

Asentí con la cabeza. Ambos estábamos un poco borrachos.

—Te hablaré de esa chica. ¿Sabes?, ella es el motivo por el cual quiero dejar el trabajo sexy y hacer algo legal. Dijo que se llamaba Belinda.

—¿Cómo la conociste?

—A eso voy, ¿no? Pensé que venía de una agencia, ¿no? Llama a la puerta y pienso ¡por Dios! y la invito a pasar. Dijo que no venía de una agencia, que estaba vendiendo... —frunció el ceño, confuso—, ¿A que es extraño? He olvidado lo que vendía. Quizá no vendía nada. No lo sé. Pronto no me acordaré ni de mi nombre.

»Sabía que ella era algo especial. Le pregunté si posaría, le dije que era legal, que no estaba intentando tirármela, y aceptó. ¡Click, flash! Cinco carretes, así sin más. En cuanto acabamos, se vuelve a poner la ropa, se va hacia la puerta, como quien no quiere la cosa. «¿Qué hay del dinero?», le digo. «Envíamelo», dice, y ya ha bajado las escaleras y está en la calle.

—¿O sea que tienes su dirección? —pregunté, tratando de mantener el interés fuera de la voz.

—No. Qué coño. Acabé guardando sus honorarios por si vuelve.

Recuerdo que, además de la decepción, me pregunté si su acento *cockney* era real o sólo estaba de moda.

—Pero a lo que iba es esto. Cuando me llegaron las fotos, supe que... bueno, en lo tocante a tetas y chichis, no, en lo tocante al asunto entero de fotografiar a mujeres, lo había hecho todo. Ella *era* las mujeres, ¿sabes? Lo *había* hecho. No, no, deja que te invite yo. Me toca a mí. Un *bloody mary*, ¿no? La verdad es que ya tengo ganas de empezar nuestro próximo trabajo juntos...

No habría ningún próximo trabajo.

La agencia fue absorbida por otra empresa mayor y más antigua, que quería nuestros contratos. Incorporaron las iniciales de la empresa a las suyas y se quedaron

con algunos de los mejores redactores publicitarios, pero a los demás nos despidieron.

Regresé a mi piso y esperé a que llovieran las ofertas de trabajo, cosa que no pasó, pero el amigo de la novia de un amigo empezó a charlar conmigo bien entrada la noche en un club (con música de un tío del que no había oído hablar jamás, llamado David Bowie. Iba vestido de astronauta, el resto de su grupo llevaba disfraces de cowboy plateados. Ni siquiera escuché las canciones) y, cuando me di cuenta, estaba haciendo de representante de mi propio grupo de rock, los Diamonds of Flame. A menos que os movierais por el ambiente de los clubs de Londres a principios de los años setenta, nunca habréis oído hablar de ellos, aunque eran un grupo muy bueno. Concisos, llenos de lirismo. Cinco tíos. Dos de ellos están actualmente en supergrupos de nivel mundial. Uno de ellos es un fontanero en Walsall; aún me envía tarjetas de Navidad. Los otros dos llevan quince años muertos: sobredosis anónimas. Desaparecieron con menos de una semana de diferencia, y eso separó al grupo.

También terminó conmigo. Después de aquello abandoné, quería alejarme todo lo posible de la ciudad y de aquel estilo de vida. Me compré una granja pequeña en Gales y fui feliz allí, con las ovejas y las cabras y las coles. Probablemente hoy seguiría allí si no hubiera sido por ella y *Penthouse*.

No sé de dónde llegó; una mañana salí y me encontré la revista en el jardín, en el barro, boca abajo. Era de hacía casi un año. Ella no iba maquillada y posaba en lo que parecía un piso de lujo. Por primera vez, podía verle el vello púbico, o podría habérselo visto si no hubieran hecho que la foto fuera artísticamente borrosa y estuviera sólo ligeramente desenfocada. Daba la sensación de que ella estaba surgiendo de la niebla.

Se llamaba, decía la revista, Lesley. Tenía diecinueve años.

Después de aquello ya no podía seguir lejos de ella. Vendí la granja por una miseria y volví a Londres en los últimos días de 1976.

Me apunté al paro, vivía en un piso de protección oficial en Victoria, me despertaba a la hora de comer, iba a los pubs hasta que cerraban por la tarde, leía los periódicos en la biblioteca hasta que volvían a abrir y, entonces, iba de bar en bar hasta la hora de cierre. Vivía del dinero del paro y bebía de mi cuenta corriente.

Tenía treinta años y me sentía mucho más viejo. Empecé a vivir con una punki rubia anónima de Canadá que conocí en un bar de la calle Greek. Era la camarera y, una noche, después de cerrar, me dijo que acababa de perder la habitación donde vivía, así que le ofrecí el sofá de mi casa. Resultó que sólo tenía dieciséis años y nunca llegó a dormir en el sofá. Tenía pechos pequeños y como melocotones, un cráneo tatuado en la espalda y un peinado de Novia de Frankenstein juvenil. Decía que lo había hecho todo y que no creía en nada. Solía hablar durante horas sobre la forma en que el mundo se dirigía hacia una condición de anarquía, afirmaba que no había esperanza ni futuro; pero follaba como si ella hubiera acabado de inventar

aquello. Y yo me imaginaba que eso era bueno.

Solía venir a la cama llevando nada más que un collar de perro de cuero negro y con púas, y con los ojos maquilladísimos de un negro sucio. A veces escupía, lanzaba escupitajos en la acera cuando estábamos paseando, lo que yo odiaba, y hacía que la llevase a clubs punkis, a verla escupir y soltar tacos y brincar. Entonces me sentía muy viejo. Aunque me gustaba parte de la música: *Peaches*, cosas así. Además, vi a los Sex Pistols tocar en directo. Eran pésimos.

Entonces la punki me dejó, tras asegurarme que yo era un pesado de mierda, y empezó a salir con un principito árabe sumamente gordo.

—Pensaba que no creías en nada —le grité mientras se subía al Rolls que él envió a recogerla.

—Creo en mamadas de cien libras y en sábanas de visón —me contestó gritando, mientras se enroscaba en el dedo un pelo de su peinado de Novia de Frankenstein—. Y en un vibrador de oro. Creo en eso.

Así que se marchó hacia una fortuna petrolera y un vestuario nuevo, y yo comprobé cuántos ahorros me quedaban y descubrí que estaba en la ruina, casi sin un céntimo. Seguía comprando *Penthouse* esporádicamente. Mi alma de los años sesenta estaba tanto escandalizada como contentísima por la cantidad de carne que se mostraba. No quedaba nada para la imaginación, lo que, al mismo tiempo, me atraía y repelía.

Entonces, a finales de 1977, *ella* volvió a salir.

Tenía el pelo multicolor, mi Charlotte, y la boca tan carmesí como si hubiese estado comiendo frambuesas. Estaba echada sobre sábanas de satén, llevaba un antifaz enjoyado y tenía una mano entre las piernas, extática, orgásmica, todo lo que siempre quise: Charlotte.

Aparecía bajo el nombre de Titania e iba cubierta de plumas de pavo real. Trabajaba, me informaron las palabras negras de trazos delgados que reptaban alrededor de sus fotos, en una agencia inmobiliaria del sur. Le gustaban los hombres sensibles y honestos. Tenía diecinueve años.

Y, maldita sea, *parecía* tener diecinueve años. Yo, en cambio, estaba pelado, en el paro junto a algo más de un millón de personas, y sin nada a la vista.

Vendí mi colección de discos, todos los libros, menos cuatro ejemplares de *Penthouse*, y gran parte de los muebles, y me compré una cámara bastante buena. Entonces llamé a todos los fotógrafos que había conocido cuando estaba en publicidad hacía casi una década.

La mayoría no me recordaba o eso decía. Y los que sí me recordaban, no querían un joven y entusiasta ayudante que ya no era joven y que no tenía ninguna experiencia. Aun así, seguí intentándolo y, al final, localicé a Harry Bleak, un viejo de cabello plateado que tenía su propio estudio en Crouch End y un grupo numeroso de novietes caros.

Le dije lo que quería. Ni siquiera se paró a pensar en ello.

—Ven dentro de dos horas.

—¿Sin trucos?

—Dos horas. No más.

Fui.

Durante el primer año limpié el estudio, pinté telones de fondo y salí a las tiendas y a las calles del barrio a mendigar, comprar o pedir prestados los accesorios apropiados. Al año siguiente me dejó ayudarlo con las luces, montar las fotos, ocuparme de las pastillas de humo y el hielo seco y preparar el té. Estoy exagerando, sólo lo preparé una vez; el té me sale fatal. No obstante, aprendí una barbaridad sobre fotografía.

Y, de repente, era 1981 y el mundo era romántico otra vez y yo tenía treinta y cinco años y sentía cada minuto de mi vida. Bleak me pidió que me ocupara del estudio unas semanas mientras él se iba a Marruecos a pasar un mes de disipación bien merecido.

Ella salió en *Penthouse* aquel mes. Más tímida y formal que antes, esperándome muy bien puesta entre anuncios de estéreos y whisky. Se llamaba Dawn, pero seguía siendo mi Charlotte, con pezones como gotas de sangre en los pechos morenos, una mata oscura y muy rizada entre piernas eternas, fotografiada en el exterior en alguna playa. Sólo tenía diecinueve años, decía el texto. Charlotte. Dawn.

Harry Bleak murió en el viaje de vuelta de Marruecos: le cayó un autobús encima.

No hace gracia, en serio, iba en el transbordador de coches que volvía de Calais y bajó a escondidas a la cubierta para automóviles a buscar los puros, que se había dejado en la guantera del Mercedes.

Hacía un tiempo tormentoso y había un autobús turístico (que pertenecía, según leí en los periódicos y me explicó con todo detalle un novio lloroso, a una cooperativa comercial de Wigan) que estaba mal encadenado. Harry quedó aplastado contra el lado de su Mercedes plateado.

Siempre había mantenido el coche impecable.

Cuando se leyó el testamento, descubrí que el cabronazo me había dejado el estudio. Lloré hasta quedarme dormido aquella noche, me pasé una semana borracho como una cuba y luego abrí al público.

Pasaron cosas entre entonces y ahora. Me casé. Duró tres semanas, después lo dejamos. Supongo que no soy el tipo de hombre que se casa. Tarde una noche, un borracho de Glasgow me dio una paliza en un tren, y los demás pasajeros fingieron que no estaba ocurriendo. Me compré un par de tortugas de agua dulce y una pecera, las puse en el piso que tenía encima del estudio y las llamé Rodney y Kevin. Llegué a ser un fotógrafo bastante bueno. Hacía calendarios, publicidad, moda y fotos sexys, niños pequeños y grandes estrellas: toda la historia.

Y un día de primavera de 1985, conocí a Charlotte.

Estaba solo en el estudio un jueves por la mañana, sin afeitarse y descalzo. Era un día libre y lo iba a pasar limpiando el local y leyendo periódicos. Había dejado las

puertas del estudio abiertas, para que entrase el aire fresco y sustituyese el mal olor de los cigarrillos y el vino derramado de la sesión de fotografía de la noche anterior, cuando la voz de una mujer dijo:

—¿Fotografía Bleak?

—Así es —dije, sin darme la vuelta—, pero Bleak ha muerto. Ahora llevo yo el negocio.

—Quiero hacer de modelo para ti —dijo.

Me di la vuelta. Medía cerca de uno setenta, tenía el cabello de color miel, ojos verde aceituna, una sonrisa como agua fría en el desierto.

—¿Charlotte?

Ladeó la cabeza.

—Si quieres. ¿Me vas a fotografiar?

Asentí en silencio. Enchufé los parasoles, la puse contra una pared desnuda de ladrillos y saqué un par de polaroids de prueba. Ningún maquillaje especial, ningún decorado, sólo unas pocas luces, una Hasselblad y la chica más hermosa de mi mundo.

Después de un rato, empezó a quitarse la ropa. Yo no le pedí que lo hiciera. No recuerdo haberle dicho *nada*. Se desvistió y yo seguí haciendo fotos.

Ella lo sabía todo. Cómo posar, acicalarse, mirar. Flirteaba silenciosamente con la cámara y yo estaba detrás, moviéndome a su alrededor, sin parar de apretar el botón. No recuerdo haberme detenido para nada, pero tuve que haber cambiado los carretes, porque acabé con una docena al final del día.

Supongo que pensáis que después de sacar las fotos, hice el amor con ella. Bueno, mentiría si dijese que nunca me tiré a las modelos en mi época y, si queréis, algunas de ellas se me habían tirado a mí. Sin embargo, no la toqué. Ella era mi sueño; y si tocas un sueño desaparece, como una pompa de jabón.

Además, me fue imposible tocarla.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté justo antes de que se marchara, cuando se estaba poniendo el abrigo y recogiendo el bolso.

—Diecinueve —me dijo sin darse la vuelta, y luego se fue.

No se despidió.

Envié las fotos a *Penthouse*. No se me ocurría ningún otro sitio adonde enviarlas. Dos días después, recibí una llamada del director artístico.

—¡Me ha encantado la chica! Es un auténtico rostro de los ochenta. ¿Cuáles son sus datos?

—Se llama Charlotte —le dije—. Tiene diecinueve años.

Ahora tengo treinta y nueve años y un día tendré cincuenta y ella seguirá teniendo diecinueve años. Pero otra persona estará haciendo las fotografías.

Rachel, mi bailarina, se casó con un arquitecto.

La punki rubia de Canadá dirige una cadena multinacional de moda. De vez en cuando trabajo haciendo fotos para ella. Lleva el pelo muy corto y con alguna

mancha gris y hoy en día es lesbiana. Me dijo que aún tenía las sábanas de visón, pero que se había inventado lo del vibrador de oro.

Mi ex mujer se casó con un tipo simpático que tiene dos videoclubs y se mudaron a Slough. Tienen gemelos.

No sé qué fue de la criada.

¿Y Charlotte?

En Grecia, los filósofos están debatiendo, Sócrates está bebiendo cicuta y ella está posando para una escultura de Erato, musa de la poesía ligera y de los amantes, y tiene diecinueve años.

En Creta, se está untando los pechos de aceite y está saltando con toros en el ruedo, mientras el rey Minos aplaude y alguien pinta su retrato en una jarra de vino, y ella tiene diecinueve años.

En el 2065, está estirada en el suelo giratorio de un fotógrafo de holografías, que la graba como un sueño erótico en Amor Vivo de los Sentidos y encierra la vista y el sonido y su olor preciso en una matriz diminuta de diamante. Ella sólo tiene diecinueve años.

Y un hombre de las cavernas esboza a Charlotte con un palo quemado en la pared de la cueva-templo, llenando su forma y su textura con tierras y tintes de bayas. Diecinueve años.

Charlotte está aquí, en todas partes, en todas las épocas, deslizándose por nuestras fantasías, una chica para siempre.

La quiero tanto que a veces me duele. Entonces es cuando bajo sus fotografías y simplemente las miro un rato, preguntándome por qué no intenté tocarla, por qué ni siquiera hablé con ella cuando estuvo aquí, y nunca se me ocurre una respuesta que pudiera entender.

Ésa es la razón por la cual he escrito todo esto, supongo.

Esta mañana me fijé en que tenía otro pelo gris en la sien. Charlotte tiene diecinueve años. En algún lugar.

SÓLO EL FIN DEL MUNDO OTRA VEZ

Éra un mal día: me desperté desnudo en la cama con retortijones en el estómago, sintiéndome más o menos como mil demonios. Algo en la calidad de la luz, alargada y metálica, como el color de una migraña, me dijo que era por la tarde.

La habitación se estaba helando, en el sentido literal: había una capa delgada de hielo en el interior de las ventanas. Las sábanas que me rodeaban estaban desgarradas y destrozadas por las uñas, y había pelo de animal en la cama. Picaba.

Estaba pensando en quedarme en la cama toda la semana siguiente —siempre estoy cansado después de un cambio—, pero las náuseas me obligaron a desenredarme de la ropa de cama y a correr a trompicones al cuarto de baño diminuto de la habitación.

Los retortijones volvieron a atacarme cuando llegaba a la puerta del cuarto de baño. Me agarré al marco de la puerta y empecé a sudar. Quizá era fiebre; esperé que no estuviese cogiendo algo.

Tenía retortijones fuertes en las tripas. La cabeza me daba vueltas. Me encogí en el suelo y, antes de que lograra alzar la cabeza lo suficiente para encontrar la taza del váter, empecé a vomitar.

Vomitó un líquido amarillo poco espeso y nauseabundo; en él había una pata de perro, me imaginé que sería de un dobermann, pero la verdad es que no soy aficionado a los perros; una piel de tomate; algunas zanahorias cortadas a dados y maíz tierno; algunos trozos de carne a medio masticar, cruda; y algunos dedos. Eran dedos pálidos y bastante pequeños, de un niño obviamente.

—Mierda.

Los retortijones se calmaron y las náuseas pasaron. Me quedé echado en el suelo, con babas apestosas que me salían de la boca y de la nariz y con las lágrimas que se lloran al vomitar secándoseme en las mejillas.

Cuando me sentí un poco mejor, cogí la pata y los dedos del charco de vómito, los arrojé a la taza del váter y tiré de la cadena.

Abrí el grifo, me enjuagué la boca con el agua salobre de Innsmouth y la escupí en el lavabo. Limpié el resto del vómito lo mejor que pude con una toallita y papel de váter. Luego abrí el grifo de la ducha y me quedé de pie en la bañera como un zombi

mientras el agua caliente caía sobre mí.

Me enjaboné el cuerpo y el pelo. La escasa espuma se volvió gris; debía de haber estado sucísimo. Tenía el pelo enmarañado con algo que parecía sangre seca y lo lavé con empeño con la pastilla de jabón hasta que desapareció. Entonces, me quedé bajo la ducha hasta que el agua se volvió helada.

Había una nota debajo de la puerta de parte de mi casera. Decía que le debía dos semanas de alquiler. Decía que todas las respuestas estaban en el Apocalipsis. Decía que había hecho mucho ruido al volver a casa de madrugada y que me agradecería que fuera más silencioso en adelante. Decía que cuando los Primigenios surgieran del océano, arrasaría con toda la escoria de la Tierra, todos los no creyentes, toda la basura humana y los gandules y los gorriones, y el hielo y el agua profunda limpiarían el mundo. Decía que le parecía que debía recordarme que me había asignado un estante de la nevera cuando llegué y que me agradecería que en adelante me ciñera a él.

Estrujé la nota, la dejé caer al suelo, donde se quedó al lado de los envases de Big Mac y las cajas de cartón de pizza vacías y las porciones de pizza sequísimas desde hacía mucho tiempo.

Era hora de ir a trabajar.

Llevaba dos semanas en Innsmouth y no me gustaba. Olía a pescado. Era un pueblecito claustrofóbico: pantanos al este, acantilados al oeste y, en el centro, una bahía con unas cuantas barcas de pesca que estaban pudriéndose y que ni siquiera era vistosa al atardecer. Aun así, los yuppies habían venido a Innsmouth en los años ochenta, y habían comprado sus pintorescas casitas de pescadores con vista a la bahía. Ya hacía algunos años que los yuppies se habían marchado y las casitas junto a la bahía se estaban viniendo abajo, abandonadas.

Los habitantes de Innsmouth vivían aquí y allí, dentro y alrededor del pueblo y en los campings que lo rodeaban, llenos de casas rodantes y húmedas que nunca iban a ningún sitio.

Me vestí, me calcé las botas, me puse el abrigo y salí de la habitación. No se veía a mi casera por ninguna parte. Era una mujer baja de ojos saltones que hablaba poco, aunque me dejaba notas extensas enganchadas en las puertas y colocadas en sitios donde yo pudiera verlas; mantenía la casa llena de olor a marisco hervido: siempre había ollas enormes hirviendo a fuego lento en la cocina, rebosantes de cosas con demasiadas patas y de otras cosas sin una sola pata.

Había otras habitaciones en la casa, pero nadie más las alquilaba. Nadie en su sano juicio vendría a Innsmouth en invierno.

Fuera de la casa no olía mucho mejor, pero hacía más frío y mi aliento echaba vapor al aire del mar. La nieve de las calles estaba crujiente y asquerosa; las nubes prometían más nieve.

Un viento frío y salado llegó de la bahía. Las gaviotas chillaban, abatidas. Estaba muy jodido. Además, mi oficina estaría helada. En la esquina de la calle Marsh y la

avenida Leng había un bar, *El que abre*, un edificio achaparrado con ventanitas oscuras junto al que había pasado montones de veces en las últimas semanas. Aún no había entrado, pero la verdad era que necesitaba una copa y, además, tal vez hiciera más calor allí dentro. Abrí la puerta de un empujón.

Efectivamente, en el bar hacía calor. Di patadas en el suelo para quitarme la nieve de las botas y entré. Estaba casi vacío y olía a ceniceros viejos y cerveza pasada. Una pareja de ancianos jugaba al ajedrez junto a la barra. El camarero estaba leyendo una vieja edición ajada de piel dorada y verde de la obra poética de Alfred Tennyson.

—Oiga, ¿me pone un Jack Daniel's, solo?

—Claro. Lleva usted poco tiempo en el pueblo —me dijo, poniendo el libro boca abajo y echando la bebida en un vaso.

—¿Se nota?

Sonrió, me pasó el Jack Daniel's. El vaso estaba sucísimo, con una huella dactilar grasienta en el lado, pero me encogí de hombros y me lo bebí de todos modos. Apenas le encontré el sabor.

—¿Es una cura? —preguntó.

—En cierto modo.

—Se cree —dijo el camarero, que llevaba el pelo de color rojo zorro peinado hacia atrás con mucha gomina— que se puede hacer que los *licántropos* recuperen su forma natural dándoles las gracias, mientras están transformados en lobos, o llamándoles por sus nombres de pila.

—¿Sí? Vaya, gracias.

Me sirvió otra copa, sin que nadie se lo pidiera. Se parecía un poco a Peter Lorre, pero la mayoría de la gente de Innsmouth se parece un poco a Peter Lorre, incluyendo a mi casera.

Me tragué el Jack Daniel's y esta vez sentí cómo me ardía en el estómago, tal como debería hacerlo.

—Es lo que dicen. Nunca he dicho que lo creyera.

—¿Y usted en qué cree?

—Queme el cinturón.

—¿Cómo?

—Los *licántropos* tienen cinturones de piel humana que sus amos del infierno les dieron en su primera transformación. Queme el cinturón.

Entonces, uno de los viejos jugadores de ajedrez se giró hacia mí; tenía los ojos enormes y ciegos y saltones.

—Si bebes agua de lluvia de la huella de la pata de un hombre lobo, eso te hará lobo, cuando la luna esté llena —dijo—. La única cura es darle caza al lobo que dejó la huella en primer lugar y cortarle la cabeza con un cuchillo forjado de plata virgen.

—¿Virgen, eh? —sonreí.

Su compañero de ajedrez, calvo y arrugado, negó con la cabeza e hizo un único sonido triste con voz ronca. Entonces movió la reina y repitió el sonido ronco.

Hay gente como él por todo Innsmouth.

Pagué las copas y dejé un dólar de propina en la barra. El camarero estaba leyendo su libro otra vez y la ignoró.

Fuera del bar habían empezado a caer copos de nieve grandes y húmedos, que me iban rozando y que cuajaban en mi pelo y en mis pestañas. Odio la nieve. Odio Nueva Inglaterra. Odio Innsmouth: no es un sitio para estar solo, pero si existe algún sitio para estar solo, aún no lo he encontrado. Aun así, el trabajo me ha hecho ir de un lado para otro durante más lunas de las que me gusta pensar. El trabajo y otras cosas.

Caminé un par de manzanas por la calle Marsh —como la mayor parte de Innsmouth, una mezcla poco atractiva de casas del gótico americano del siglo XVIII, casas atrofiadas de piedra rojiza de finales del siglo XIX y cajas de cerillas de ladrillo gris prefabricadas de finales del siglo XX— hasta que llegué a un local de pollo frito cerrado con tablas y subí las escaleras de piedra que había junto a la tienda y abrí la puerta de seguridad de metal oxidado.

Había una tienda de vinos y licores al otro lado de la calle; una quiromántica trabajaba en el segundo piso.

Alguien había garabateado una pintada con un rotulador negro en el metal: MUÉRETE, ponía. Como si fuera tan fácil.

Las escaleras eran de madera sin alfombrar; el revoque estaba manchado y se estaba desconchando. Mi oficina de una habitación estaba en lo alto de las escaleras.

Nunca me quedaba en ningún sitio el tiempo suficiente como para molestarme en poner mi nombre en letras doradas en el cristal. Estaba escrito a mano en mayúsculas en un trozo de cartón rasgado que había clavado con chinchetas en la puerta.

LAWRENCE TALBOT AJUSTADOR

Abrí la puerta y entré.

Inspeccioné la oficina, mientras adjetivos como *sórdida* y *rancia* y *miserable* me pasaron por la cabeza, y entonces me rendí, superado. Era muy poco atractiva: una mesa, una silla de oficina, un archivador vacío; una ventana, que te daba una vista estupenda de la tienda de vinos y licores y del local vacío de la quiromántica. El olor de grasa vieja para cocinar se filtraba desde la tienda de abajo. Me pregunté cuánto tiempo llevaba cerrado el local de pollo frito; me imaginé una multitud de cucarachas negras pululando por todas las superficies en la oscuridad que había debajo de mí.

—Lo que estás pensando es la forma del mundo —dijo una voz profunda y sombría, lo bastante profunda como para que la sintiera en la boca del estómago.

Había un sillón viejo en un rincón de la oficina. Se veían los restos de un estampado a través de la pátina del tiempo y de la grasa que los años le habían dado. Era del color del polvo.

El hombre gordo que estaba sentado en el sillón, con los ojos aún bien cerrados,

continuó:

—Miramos a nuestro alrededor desconcertados por nuestro mundo, con una sensación de inquietud y desazón. Pensamos en nosotros como si fuéramos eruditos en liturgias arcanas, hombres solos atrapados en mundos que nosotros no sabríamos concebir. La verdad es mucho más sencilla: hay cosas en la oscuridad debajo de nosotros que quieren que nos ocurra algo malo.

Tenía la cabeza apoyada en el sillón y la punta de la lengua le salía por la comisura de la boca.

—¿Me ha leído la mente?

El hombre del sillón respiró honda y lentamente y el aire le vibró en el fondo de la garganta. La verdad es que estaba inmensamente gordo, con dedos regordetes como salchichas amarillentas. Llevaba un abrigo viejo y grueso, que había sido negro y en esos momentos era de un gris indeterminado. La nieve de sus botas no se había derretido del todo.

—Quizá. El fin del mundo es un concepto extraño. El mundo siempre se está acabando y el final siempre se evita, por medio del amor o de la estupidez o simplemente por pura suerte.

—Bueno... Ahora es demasiado tarde: los Primigenios han elegido sus naves. Cuando salga la luna...

Un hilillo de baba le salía por la comisura de la boca, bajaba formando un hilo de plata hasta el cuello. Algo se escabulló de su cuello de la camisa y se metió en las sombras de su abrigo.

—¿Sí? ¿Qué pasa cuando sale la luna?

El hombre del sillón se movió, abrió dos ojitos, rojos e hinchados, y parpadeó al despertarse.

—He soñado que tenía muchas bocas —dijo, y su nueva voz era extrañamente queda y entrecortada para un hombre tan enorme—. He soñado que todas las bocas se abrían y cerraban por separado. Algunas bocas hablaban, algunas susurraban, algunas comían y otras esperaban en silencio.

Miró a su alrededor, se limpió la baba de la comisura de la boca, se recostó en el sillón y pestañeó desconcertado.

—¿Quién es usted?

—Soy el tipo que alquila esta oficina —le dije.

Eructó de repente, con fuerza.

—Lo siento —dijo en su voz entrecortada, y se levantó pesadamente del sillón. Era más bajo que yo, cuando estaba de pie. Me miró de arriba abajo adormilado.

—Balas de plata —pronunció tras una pausa corta—. Un remedio tradicional.

—Sí —le dije—. Es tan obvio, será por eso que nunca se me ocurrió. Vaya, me daría de patadas. De verdad que lo haría.

—Se está usted burlando de un anciano —me dijo.

—No mucho. Lo siento. Ahora, fuera de aquí. Los hay que tienen que trabajar.

Se fue arrastrando los pies. Me senté en la silla giratoria a la mesa junto a la ventana y descubrí, unos minutos después, por ensayo y error, que si giraba la silla hacia la izquierda, se caía de la base.

Así que me quedé quieto y esperé a que sonase el teléfono negro y polvoriento de la mesa, mientras la luz se iba escapando lentamente del cielo de invierno.

Ring.

La voz de un hombre: *¿Había pensado en un revestimiento exterior de aluminio?* Colgué el teléfono.

No había calefacción en la oficina. Me pregunté cuánto tiempo había estado dormido el hombre gordo en el sillón.

Veinte minutos después, el teléfono sonó otra vez. Una mujer me imploró llorando que la ayudase a encontrar a su hija de cinco años, desaparecida desde la noche anterior, arrancada de su cama. El perro de la familia también había desaparecido.

No me ocupo de niños desaparecidos, le dije. Lo siento: demasiados malos recuerdos. Colgué el teléfono, volvía a tener ganas de vomitar.

Ya estaba oscureciendo y, por primera vez desde que había llegado a Innsmouth, el rótulo de neón que había al otro lado de la calle se encendió. Me dijo que MADAME EZEKIEL realizaba LECTURAS DE TAROT Y QUIROMANCIA.

El neón rojo manchó del color de la sangre nueva la nieve que caía.

El Apocalipsis se evita por medio de acciones pequeñas. Así es como era. Así es como siempre tiene que ser.

El teléfono sonó por tercera vez. Reconocí la voz; volvía a ser el hombre del revestimiento exterior de aluminio.

—Sabe —dijo, con ganas de charla—, como la transformación de hombre en animal y de nuevo en hombre es, por definición, imposible, hemos de buscar otras soluciones. La despersonalización, obviamente, y, asimismo, alguna forma de proyección. ¿Lesiones cerebrales? Quizá. ¿Esquizofrenia pseudoneurótica? Resulta irrisorio, pero sí. Algunos casos se han tratado con ácido clorhídrico de tioridazina intravenoso.

—¿Con éxito?

Se rió.

—Eso es lo que me gusta. Un hombre con sentido del humor. Estoy seguro de que podemos trabajar juntos.

—Ya se lo he dicho. No necesito revestimientos exteriores de aluminio.

—Nuestro negocio es más sorprendente que eso y de mucha más importancia. Lleva poco en el pueblo, Sr. Talbot. Sería una pena que nos encontrásemos en, digamos, ¿desacuerdo?

—Di lo que quieras, amigo. En mi libro no eres más que otro ajuste en la lista de espera.

—Estamos acabando con el mundo, Sr. Talbot. Los Profundos se alzarán de sus

tumbas oceánicas y se comerán la luna como si fuera una ciruela madura.

—Entonces ya no tendré que volver a preocuparme de las lunas llenas, ¿verdad?

—No intente contrariarnos... —empezó, pero le gruñí y se calló.

Fuera de la ventana seguía nevando.

Al otro lado de la calle Marsh, en la ventana que estaba justo enfrente de la mía, la mujer más hermosa que había visto jamás estaba parada bajo el resplandor rubí de su rótulo de neón y me miraba.

Hizo una seña con un dedo.

Le colgué el teléfono al hombre del revestimiento exterior de aluminio por segunda vez aquella tarde y bajé las escaleras y crucé la calle casi a la carrera; pero miré a ambos lados antes de cruzar.

Iba vestida de seda. La habitación estaba iluminada sólo con velas yapestaba a incienso y aceite de pachulí.

Me sonrió cuando entré, me hizo señas para que me acercara a su asiento junto a la ventana. Estaba jugando a un juego de cartas con la baraja del tarot, un solitario. Cuando llegué junto a ella, una mano elegante recogió las cartas, las envolvió en un pañuelo de seda, las colocó con cuidado en una caja de madera.

Las fragancias de la habitación hacían que la cabeza me estuviera a punto de estallar. Me di cuenta de que no había comido nada en todo el día; quizás era eso lo que me estaba mareando. Me senté al otro lado de la mesa, frente a ella, a la luz de las velas.

Ella extendió la mano y me cogió la mía.

Me miró la palma, la tocó, suavemente, con el dedo índice.

—¿Pelo? —estaba desconcertada.

—Sí, bueno. Estoy solo muy a menudo —sonreí burlonamente. Había esperado que fuera una sonrisa amable, pero ella arqueó las cejas de todos modos.

—Cuando te miro —dijo Madame Ezekiel—, esto es lo que veo. Veo el ojo de un hombre. También veo el ojo de un lobo. En el ojo del hombre veo honestidad, decencia, inocencia. Veo un hombre recto que anda por la plaza. Y en el ojo del lobo veo gemidos y gruñidos, aullidos nocturnos y gritos, veo un monstruo que corre con babas salpicadas de sangre en la oscuridad de los límites del pueblo.

—¿Cómo puedes ver un gruñido o un grito?

Sonrió.

—No es difícil —dijo. Su acento no era americano. Era ruso o maltés o egipcio quizá—. En el ojo de la mente vemos muchas cosas.

Madame Ezekiel cerró sus ojos verdes. Tenía las pestañas increíblemente largas; tenía la piel pálida y su cabello negro nunca estaba quieto: se movía suavemente alrededor de su cabeza, entre la seda, como si estuviera flotando en mareas lejanas.

—Hay un modo tradicional —me dijo—. Un modo de quitarse una forma mala. Te quedas parado con los pies en agua corriente, agua clara de un manantial, mientras comes pétalos de rosa blanca.

—¿Y luego?

—El agua te quitará la forma de la oscuridad.

—Volverá —le dije—, con la próxima luna llena.

—Entonces —dijo Madame Ezekiel—, una vez que el agua se ha llevado la forma, te abres las venas en el agua corriente. Te escocerá terriblemente, por supuesto. Pero el río se llevará la sangre.

Iba vestida de seda, con pañuelos y telas de cien colores diferentes, todos brillantes e intensos, incluso a la luz débil de las velas.

Abrió los ojos.

—Ahora, —dijo— el tarot. —Sacó la baraja del pañuelo de seda negra en que estaba envuelta, me pasó las cartas para que las barajara. Las abrí en abanico, las barajé e hice un puente con ellas.

—Más despacio, más despacio —dijo—. Deja que te vayan conociendo. Deja que te amen, como... como te amaría una mujer.

Las sujeté con fuerza, luego se las pasé otra vez a ella.

Descubrió la primera carta. Se llamaba *El Guerrero Lobo*. Mostraba oscuridad y ojos ambarinos, una sonrisa en blanco y rojo.

Los ojos verdes de Madame Ezekiel dejaron ver su confusión. Eran del verde de las esmeraldas.

—Ésta no es una carta de mi baraja —dijo, y giró la carta siguiente—. ¿Qué le has hecho a mis cartas?

—Nada, señora. Sólo las he sostenido. Nada más.

La carta que había descubierto era *El Profundo*. Mostraba algo verde y parecido a un pulpo. Las bocas de la cosa —¡avísame!— empezaron a retorcerse en la carta mientras la miraba.

La cubrió con otra carta y luego con otra y con otra. Las demás cartas eran cartones en blanco.

—¿Lo has hecho tú? —sonaba como si estuviese al borde de las lágrimas.

—No.

—Ahora vete —dijo.

—Pero...

—Vete —bajó la mirada, como si intentara convencerse de que yo ya no existía.

Me levanté, en la habitación que olía a incienso y a cera de velas, y miré por la ventana, al otro lado de la calle. Una luz brilló un instante en la ventana de mi oficina. Dos hombres con linternas se estaban paseando por ella. Abrieron el archivador vacío, inspeccionaron a su alrededor, entonces tomaron sus posiciones, uno en el sillón, el otro detrás de la puerta, y esperaron a que yo regresase. Sonreí para mí mismo. Mi oficina era fría e inhóspita y, con un poco de suerte, esperarían allí durante horas hasta que por fin decidiesen que yo no iba a volver.

Así que dejé a Madame Ezekiel girando sus cartas, una a una, mirándolas como si eso pudiera devolverles los dibujos; y bajé las escaleras y volví a recorrer la calle

Marsh hasta llegar al bar.

El local estaba vacío; el camarero estaba fumándose un cigarrillo, que apagó cuando entré.

—¿Dónde están los fanáticos del ajedrez?

—Esta noche es una gran noche para ellos. Habrán bajado a la bahía. Veamos. Un Jack Daniel's, ¿no?

—Me parece bien.

Me lo sirvió. Reconocí la huella dactilar de la última vez que tuve el vaso. Cogí el volumen de los poemas de Tennyson de la barra.

—¿Es bueno?

El camarero de pelo de zorro cogió el libro de mis manos, lo abrió y leyó:

«Bajo los truenos de la profundidad superior;

muy, muy abajo en el mar abismal,

el Kraken duerme su sueño antiguo,

sin sueños ni intrusos...»

Me acabé la copa.

—¿Y qué? ¿Qué intenta decir?

Dio la vuelta a la barra, me llevó a la ventana.

—¿Ve? ¿Ahí fuera? —Señaló hacia el oeste del pueblo, hacia los acantilados. Mientras miraba, encendieron una hoguera en lo alto de los acantilados; flameó y empezó a arder con una llama verde cobre.

—Van a despertar a los Profundos —dijo el camarero—. Las estrellas y los planetas y la luna están todos en los lugares correctos. Es la hora. Las tierras secas se hundirán y los mares subirán...

—«Porque el hielo y las inundaciones limpiarán el mundo y le agradeceré que se ciña a su propio estante de la nevera» —dije.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Cuál es el camino más corto para llegar a esos acantilados?

—Subiendo por la calle Marsh. Gire a la izquierda en la Iglesia de Dagón y vaya hasta la Vía Manuxet, luego siga andando —cogió un abrigo de detrás de la puerta y se lo puso—. Vamos. Le acompañaré hasta allí. Odiaría perderme la diversión.

—¿Está seguro?

—Nadie del pueblo va a beber esta noche —salimos, y cerró con llave la puerta del bar detrás de nosotros.

Fuera hacía frío y la nieve que había caído volaba por el suelo como si fuera niebla blanca. Desde la calle ya no veía si Madame Ezekiel seguía en el antro que estaba encima de su rótulo de neón o si mis invitados continuaban esperándome en la oficina.

Inclinamos las cabezas contra el viento y caminamos.

Por encima del ruido del viento oí al camarero hablando consigo mismo:

—Avienta con brazos gigantes el verde dormido —decía.

»Llevaba siglos yaciendo allí y yacerá
cebándose de gusanos marinos inmensos mientras duerme,
luego, para que hombres y ángeles le vean una vez,
se alzaré entre olas rugientes...

Se detuvo allí y seguimos caminando juntos en silencio, las caras doloridas por la nieve que el viento lanzaba contra nosotros.

Y en la superficie morirá, pensé, pero no dije nada en voz alta.

Veinte minutos de camino y habíamos salido de Innsmouth. La Vía Manuxet se acabó cuando dejamos el pueblo y se convirtió en un camino de tierra estrecho, cubierto parcialmente por la nieve y el hielo, que subimos resbalando y deslizándonos en la oscuridad.

La luna no había salido todavía, pero ya se empezaban a ver las estrellas. Había tantas. Habían salpicado el cielo nocturno como polvo de diamantes y zafiros triturados. Se ven tantas estrellas desde la orilla del mar, más de las que nunca se verían de vuelta en la ciudad.

En lo alto del acantilado, detrás de la hoguera, dos personas esperaban, una enorme y gorda, otra mucho más pequeña. El camarero se apartó de mi lado y se acercó a ellas para quedarse allí, frente a mí.

—Contemplad —dijo— al lobo expiatorio —ahora su voz tenía una cualidad curiosamente familiar.

Yo no dije nada. El fuego ardía con llamas verdes y les iluminaba a los tres desde abajo: iluminación espectral clásica.

—¿Sabes por qué te he traído aquí? —preguntó el camarero, y entonces supe por qué su voz me resultaba familiar: era la voz del hombre que había intentado venderme un revestimiento exterior de aluminio.

—¿Para que el mundo no se acabe?

Se rió de mí, entonces.

La segunda figura era el hombre gordo que me había encontrado dormido en la silla de mi oficina.

—Bueno, si te vas a poner escatológico por eso... —murmuró en una voz lo bastante profunda como para hacer que las paredes se estremeciesen. Tenía los ojos cerrados. Estaba completamente dormido.

La tercera figura estaba envuelta en sedas oscuras y olía a aceite de pachulí. Tenía un cuchillo en la mano. No dijo nada.

—Esta noche —dijo el camarero—, la luna es la luna de los Profundos. Esta noche las estrellas están configuradas en las formas y los dibujos de los tiempos antiguos y oscuros. Esta noche, si les llamamos, vendrán. Si nuestro sacrificio es digno. Si oyen nuestros gritos.

La luna salió, enorme y ámbar y pesada, al otro lado de la bahía, y un coro bajo de cantos croados subió con ella desde el océano, que estaba a nuestros pies, muy abajo.

La luz de la luna en la nieve y el hielo no es igual que la del día, pero sirve. Además, mi vista se estaba volviendo más aguda con la luna: en las aguas frías, hombres como ranas emergían y se sumergían en una danza acuática lenta. Hombres como ranas y también mujeres: me pareció ver a mi casera allá abajo, retorciéndose y croando en la bahía con los demás.

Era demasiado pronto para otro cambio; aún estaba exhausto por la noche anterior; pero me sentía extraño bajo aquella luna ámbar.

—Pobre hombre lobo —llegó un susurro de las sedas—. Todos sus sueños han llegado a esto: una muerte solitaria en un acantilado lejano.

Soñaré si quiero, dije, *y mi muerte es asunto mío*. Pero no estaba seguro de haberlo dicho en voz alta.

Los sentidos se agudizan a la luz de la luna; aún oía el rugido del océano, pero además, por encima de ese sonido, oía como se alzaba y se rompía cada ola; oía el chapoteo de la gente rana; oía los susurros ahogados de los muertos de la bahía; oía el crujido de los restos verdes de naufragios bajo el océano, muy lejos.

El olfato también mejora. El hombre de los revestimientos exteriores de aluminio era humano, mientras que el hombre gordo tenía otra sangre en sus venas.

Y la figura de las sedas...

Había olido su perfume cuando todavía conservaba mi forma humana. En aquel momento olía otra cosa, menos embriagadora, debajo de ese perfume. Un olor a descomposición, a carne putrefacta.

Las sedas se agitaron. Ella venía hacia mí. Tenía el cuchillo en la mano.

—¿Madame Ezekiel? —mi voz se estaba volviendo ronca y áspera.

—Mereces morir —dijo ella, en una voz fría y baja—. Aunque sólo sea por lo que le hiciste a mis cartas. Eran antiguas.

—Yo no muero —le dije—. «Incluso un hombre de corazón puro y que reza por la noche». ¿Recuerdas?

—Sandeces —dijo ella—. ¿Sabes cuál es la forma más antigua para acabar con la maldición del hombre lobo?

—No.

En aquel momento, la hoguera ardía con más fuerza; ardía con el verde del mundo bajo el mar, el verde de las algas que se alejaban lentamente, movidas por la corriente; ardía con el color de las esmeraldas.

—No tienes más que esperar a que tengan forma humana, a un mes entero del próximo cambio; entonces coges el cuchillo del sacrificio y los matas. Ya está.

Di la vuelta para escapar, pero el camarero estaba detrás de mí, estirándome de los brazos, torciéndome las muñecas hacia arriba y hacia la parte baja de la espalda. El cuchillo despedía destellos de plata pálida a la luz de la luna. Madame Ezekiel sonrió.

Me cortó la garganta.

La sangre empezó a salir a borbotones y luego a manar. Después salió más despacio y se detuvo...

—El martilleo que sentía en la parte de delante de la cabeza, la presión en la parte de atrás. Todo un cambio irritante un cambio argh-auh-uauh-raudo una pared roja que viene hacia mí desde la noche

—probé las estrellas disueltas en salmuera, efervescentes y lejanas y saladas

—me había pinchado los dedos con alfileres y me habían azotado la piel con lenguas de fuego mis ojos eran de color topacio notaba el gusto de la noche

Mi aliento echaba nubes de vapor al aire helado.

Gruñí de manera involuntaria, en la parte baja de la garganta. Tocaba la nieve con las patas delanteras.

Me eché atrás, me puse tenso y me abalancé sobre ella.

Había una sensación de corrupción que flotaba en el aire, como una niebla, rodeándome. Al saltar, cuando estaba en lo alto, me dio la impresión de que hacía una pausa y algo estalló como una pompa de jabón...

Me hallaba en lo más profundo de la oscuridad bajo el mar, a cuatro patas en un suelo rocoso y resbaladizo a la entrada de una especie de ciudadela construida de piedras enormes toscamente labradas. Las piedras despedían una luz pálida que resplandecía en la oscuridad; una luminiscencia fantasmal, como las agujas de un reloj de pulsera.

Me salía una nube de sangre negra del cuello.

Ella estaba de pie en la entrada delante de mí. Ahora medía un metro ochenta, tal vez dos. Tenía carne en los huesos esqueléticos, picada y roída, pero las sedas eran algas, movidas por la corriente en el agua fría, ahí abajo en las profundidades sin sueños. Le escondían la cara como un velo verde y lento.

Le crecían lapas en las superficies altas de los brazos y en la carne que le colgaba de la caja torácica.

Me sentía como si me estuviesen aplastando. Ya no podía pensar.

Ella se dirigió hacia mí. El alga que le rodeaba la cabeza se movió. Su cara era como algo que no querrías comerte en un restaurante de sushi, todo ventosas y púas y tentáculos de anémonas a la deriva; y ahí, en alguna parte, supe que estaba sonriendo.

Empujé con las patas traseras. Nos enfrentamos allí, en las profundidades, y luchamos. Hacía tanto frío, estaba tan oscuro. Cerré las fauces en su cara y sentí como algo se desgarraba y se despedazaba. Fue casi un beso, ahí abajo en las profundidades abismales...

Aterricé suavemente en la nieve, con un pañuelo de seda entre las fauces. Los demás pañuelos caían revoloteando al suelo. No se veía a Madame Ezekiel por ninguna parte.

El cuchillo de plata estaba en la nieve. Esperé a cuatro patas a la luz de la luna, completamente empapado. Me sacudí, salpicando agua de mar a mi alrededor que silbó y chisporroteó al tocar el fuego.

Estaba mareado y débil. Me llené los pulmones de aire.

Abajo, muy abajo, en la bahía, veía a la gente rana flotando en la superficie del mar como cosas muertas; se mecieron por la marea durante unos segundos, después se dieron la vuelta y saltaron y, con un *plof*, fueron cayendo de uno en uno en la bahía y desaparecieron bajo el mar.

Se oyó un grito. Era el camarero de pelo de zorro y ojos saltones, el vendedor de revestimientos exteriores de aluminio, que estaba mirando el cielo nocturno, las nubes que traía el viento y que tapaban las estrellas, y estaba gritando. Había furia y frustración en aquel grito, y me asustó.

Cogió el cuchillo del suelo, quitó la nieve del mango con los dedos, limpió la sangre de la hoja con su abrigo. Entonces me miró. Estaba llorando.

—Cabrón —dijo—. ¿Qué le has hecho a Madame Ezekiel?

Le habría dicho que no le había hecho nada, que aún seguía de guardia muy lejos bajo el océano, pero ya no podía hablar, sólo gruñir y gañir y aullar.

Él estaba llorando. Apeataba a demencia y a decepción. Alzó el cuchillo y corrió hacia mí, y yo me aparté.

Algunas personas no saben adaptarse, ni siquiera a cambios diminutos. El camarero pasó a trompicones por delante de mí y saltó del acantilado, a la nada.

A la luz de la luna la sangre es negra, no es roja, y las marcas que dejó en la pared del acantilado mientras caía y rebotaba y caía eran manchas negras y gris oscuro. Entonces, por fin, se quedó inmóvil en las rocas heladas del pie del acantilado hasta que un brazo salió del mar y le arrastró, con una lentitud que era casi dolorosa de ver, hacia el agua oscura.

Una mano me rascó la parte de atrás de la cabeza. Me gustaba.

—¿Qué era ella? Sólo una encarnación de los Profundos, señor. Un espectro, una aparición, si quiere, que nos habían enviado de los confines más profundos para provocar el fin del mundo.

Me ericé.

—No, se ha acabado, de momento. Tú le trastocaste los planes. Y el ritual era de lo más preciso: tres de nosotros deben estar uno junto al otro y pronunciar los nombres sagrados mientras sangre inocente se encharca y late a nuestros pies.

Miré hacia arriba al hombre gordo y aullé una pregunta. Me dio unas palmaditas en la nuca, medio dormido.

—Claro que no te quiere. Apenas existe siquiera a este nivel en un sentido material.

Empezó a nevar otra vez. La hoguera se estaba apagando.

—En cuanto a tu cambio de esta noche, por cierto, opinaría que es un resultado directo de las mismísimas configuraciones celestiales y fuerzas lunares que hacían

que ésta fuera la noche perfecta para conseguir que regresaran mis viejos amigos de Abajo...

Continuó hablando en su voz profunda y quizá me estaba diciendo cosas importantes. Nunca lo sabré, porque el apetito crecía en mi interior y sus palabras habían perdido casi toda sombra de significado; ya no me interesaba el mar ni la cima del acantilado ni el hombre gordo.

Había ciervos corriendo por los bosques más allá de la pradera: los oía en el aire de la noche de invierno.

Y yo estaba, ante todo, hambriento.

Estaba desnudo cuando volví a ser yo mismo, por la mañana siguiente temprano, con un ciervo a medio comer a mi lado en la nieve. Una mosca se le paseaba por el ojo y le colgaba la lengua de la boca muerta, haciendo que pareciera cómico y patético, como un animal de una tira cómica de un periódico.

La nieve estaba manchada de un carmesí fluorescente donde al ciervo le habían arrancado el vientre.

Yo tenía la cara y el pecho pegajosos y rojos por esa cosa. Tenía una costra y una cicatriz en la garganta, y me escocía; antes de la próxima luna llena, estaría perfecta otra vez.

El sol estaba muy lejos, pequeño y amarillo, pero el cielo estaba azul y sin una nube y no había ninguna brisa. Oía el rugido del mar a cierta distancia.

Yo estaba frío y desnudo y ensangrentado y solo. *Bueno, pensé, nos pasa a todos al principio. Sólo me viene una vez al mes.*

Me sentía tan agotado que daba pena, pero aguantaría hasta encontrar un granero desierto o una cueva; y entonces pensaba dormir un par de semanas.

Un halcón voló bajo sobre la nieve hacia mí con algo colgándole de las garras. Se cernió sobre mí por un instante, luego dejó caer un calamar pequeño y gris en la nieve a mis pies y voló hacia arriba. La cosa flácida se quedó ahí tirada, quieta y silenciosa y con los tentáculos hundidos en la nieve ensangrentada.

Me lo tomé como un presagio, pero no sabía decir si era bueno o malo y la verdad es que ya no me importaba; le di la espalda al mar y al pueblo oscuro de Innsmouth y empecé a caminar hacia la ciudad.

LOBO DE BAHÍA

*Escucha, Talbot. Alguien está matando a mi gente,
dijo Roth, gruñendo por el teléfono como el mar en una caracola.*

Descubre quién y por qué y detenles.

*¿Que les detenga cómo?, pregunté.
Haz lo que sea necesario, dijo. Pero, cuando les hayas detenido,
no quiero que se escapen, si me entiendes.
Y le entendí. Y me contrató.*

Ahora escuchad vosotros: esto ocurrió en los años dos mil veinte
en Los Ángeles, en Venice Beach.

Gar Roth era el dueño del negocio en aquella parte del mundo,
se dedicaba a los estimulantes y las bombas neumáticas y los esteroides,
a los recreativos, y había conseguido muchos seguidores.
Todos los chavales aficionados, chicos con chancletas reventando bombas,
chicas mostrando curvas y gemidos de miedo y gemidos de puta,
todos querían a Roth. Tenía la mierda.
La policía aceptaba sus sobornos para hacer la vista gorda;
el mundo de la playa era suyo, desde Laguna Beach hasta Malibú en el norte,
había construido un recinto playero donde los aficionados y los curvilíneos
pasaban el tiempo y chupaban y se exhibían.

Oh, pero aquella ciudad veneraba la carne; y suya era la carne.
Hacían fiestas. Todo el mundo hacía fiestas,
esnifaba, se pinchaba, se metía speed,
la música estaba tan alta que la podías oír con los huesos,
y era entonces cuando algo se los llevaba, silenciosamente,
fuera lo que fuese. Les partía la cabeza. Los desgarraba y convertía en despojos.
Nadie oía los gritos por encima del estruendo de los viejos éxitos y las olas.
Era el año del renacimiento del death metal.
Se llevó quizá a unos doce, los arrastró hasta el mar,

muerte por la mañana temprano.

Roth dijo que creía que era un cártel de la droga rival, apostó más guardias, hizo volar en círculos a helicópteros y colocó flotadores para cuando volviera. Como hizo, una y otra vez.

Pero en las cámaras y los vídeos no se veía nada en absoluto.

No tenían ni idea de lo que era, y aun así, les arrancaba los miembros y la cabeza, desgarraba bolsas salinas de pechos hinchados, dejaba testículos reducidos por los esteroides en la playa como criaturas diminutas con forma de mundo en la arena. A Roth le había dolido: la playa ya no era la misma, y fue entonces cuando me llamó por teléfono.

Pasé por encima de varias monadas dormidas de todos los sexos, le di un toque a Roth en el hombro. Antes de que pudiera pestañear, un montón de pistolas grandes me apuntaban al pecho y a la cabeza, así que dije, *Eh, no soy un monstruo. Bueno, al menos no soy vuestro monstruo.*

Aún no.

Le di mi tarjeta. *Talbot*, dijo.

¿Eres el ajustador con el que hablé?

Así es, le dije, hablando sin rodeos por la tarde,

y tú tienes algo que necesita un ajuste.

Éste es el trato, dije.

Yo te quito el problema. Tú pagas y pagas y no dejas de pagar.

Roth dijo, *Claro, como quedamos. Lo que sea. Un trato.*

¿Yo? Creo que es la mafia eurisraelí

o los chinos. ¿Les tienes miedo?

No, le dije. *Miedo no.*

En cierta manera deseé haber estado allí en los días de gloria: ahora a la gente guapa de Roth se la veía algo delgada en el suelo, ninguno de ellos, en primer plano, era tan regordete y curvilíneo como habían parecido desde más lejos.

Al atardecer la fiesta empieza.

Le digo a Roth que odié el death metal la primera vez que salió.

Dice que debo de ser mayor de lo que parezco.
Lo ponen muy alto. Los altavoces hacen que la orilla del mar bombee y lata con fuerza.

Entonces me desnudo para la acción y espero
a cuatro patas en el hueco de una duna.

Días y noches espero. Y espero. Y espero.

¿Dónde coño estáis tú y tu gente?

preguntó Roth al tercer día. *¿Para qué coño te estoy pagando?*

Nada en la playa anoche salvo un perro grande.

Pero yo me limité a sonreír. *Ni rastro del problema hasta ahora, sea lo que sea,*
dije.

Y he estado allí todo el tiempo.

Te digo que es la mafia israelí, dijo él.

Nunca me fié de esos europeos.

Llega la tercera noche.

La luna es inmensa y de un rojo químico.

Dos de ellos están jugando entre las olas.

Chico y chica juegan,

las hormonas aún por delante de las drogas. Ella se está riendo tontamente,
y las olas rompen despacio.

Sería un suicidio si el enemigo viniese todas las noches.

Pero el enemigo no viene todas las noches,

así que corren entre las olas,

chapoteando, gritando con placer. Tengo el oído fino

(para oírles mejor) y la vista buena

(para verles mejor)

y son tan jodidamente jóvenes y están tan felices jodiendo que podría escupir.

Lo más difícil, para alguien como yo:

que el don de la muerte tenga que ser para alguien como ellos.

Ella gritó primero. La luna roja estaba alta

y sólo un día después de llena.

La vi caer entre las olas, como si

hubiera seis metros de profundidad y no medio,

como si el mar se la estuviese tragando. El chico corrió,

un chorro de orina clara salpicando desde su tanga,

tropezando y gimiendo y huyendo.

Salió del agua lentamente, como un hombre maquillado de monstruo malo para una película.

Llevaba a la chica bronceada en los brazos. Bostecé,
como bostezan los perros grandes, y me lamí las ijadas.

La criatura le arrancó la cara a la chica de un mordisco, dejó caer lo que quedaba en
la arena,

y yo pensé: *carne y sustancias químicas, qué deprisa se convierten
en carne y sustancias químicas, un solo mordisco y ya son
carne y sustancias químicas...*

Los hombres de Roth bajaron entonces con miedo en los ojos,
armas automáticas en las manos. Los cogió,
los abrió desgarrándolos y los dejó caer en la arena iluminada por la luna.
La cosa subía rígida por la playa, la arena blanca adhiriéndose
a sus pies gris verdoso, palmeados y con garras.

Estoy como unas pascuas, mami, aullaba.

¿Qué clase de madre, pensé, da a luz a algo así?

Y desde lo alto de la playa oí a Roth que gritaba, *Talbot,*

Talbot, gilipollas. ¿Dónde estás?

Me levanté y me desesperé y bajé trotando desnudo por la playa.

Vaya, hola, dije.

Eh, chucho, dijo él.

Te arrancaré la pata peluda y te la meteré por la garganta.

Ésa no es forma de decir hola, le dije.

Yo soy el Gran Al, dijo.

¿Y quién eres tú? ¿Jojo, el chico de la cara de perrito ladrador?

Voy a darte una paliza y a destrozarte y a hacerte mierda.

Largo, bestia inmunda, dije.

Se me quedó mirando con ojos que relucían como dos pipas de crack.

¿Que me largue? Mierda, tío. ¿Quién me va a echar?

Yo, bromeé. Yo lo haré.

Soy guardia para largo.

Se le veía perplejo y herido y un poco confuso, y
por un momento casi me dio lástima.

Entonces la luna salió de detrás de una nube
y yo empecé a aullar.

Él tenía la piel pálida como la de un pez,
los dientes afilados como los de un tiburón,
los dedos palmeados y con garras,

y, gruñendo, se lanzó contra mi garganta.

Y dijo, *¿Qué eres?*

Dijo, *Auh, no, auh.*

Dijo, *Eh, mierda, esto no es justo.*

Luego no dijo nada en absoluto, nada,

ninguna palabra más,

porque le había arrancado el brazo

y lo había dejado,

con los dedos agarrando el vacío espasmódicamente,

en la playa.

El Gran Al corrió hacia las olas y yo troté tras él.

Las olas eran saladas: su sangre apestaba.

Notaba su sabor, negro en mi boca.

Nadó y yo le seguí, más y más abajo,

y cuando sentí que me iban a estallar los pulmones,

que el mundo me aplastaba la garganta y la cabeza y la mente y el pecho,

que los monstruos venían para asfixiarme.

llegamos a los restos de una plataforma petrolífera costera que se había venido
abajo,

y ahí era donde el Gran Al había ido a morir.

Ése debía de haber sido el lugar donde fue desovado,
esa plataforma oxidada abandonada en el mar.

Estaba muerto tres cuartas partes cuando llegué.

Le dejé morir: habría sido comida con gusto a pescado raro,

un plato de priones perdidos. Carne peligrosa. Aun así,

le di una patada en la mandíbula, le robé un diente como de tiburón

que le había dejado flojo de un golpe, para que me trajera suerte.

Fue entonces cuando ella cayó sobre mí, todo colmillos y garras.

¿Por qué habría de ser tan extraño que la bestia tuviera una madre?

Somos tantos los que tenemos madre.

Retrocede cincuenta años y todo el mundo tenía una madre.

Lloraba por su hijo, lloraba y se lamentaba.

Me preguntó cómo podía ser tan cruel.

Se agachó, le acarició la cara y luego gimió.

Después hablamos, buscando puntos en común.

Lo que hicimos no es asunto vuestro.
No fue más de lo que vosotros o yo hemos hecho antes,
y tanto si la amé como si la maté, su hijo estaba más muerto que la bahía.

Revoleándonos, piel contra escamas,
su cuello entre mis dientes,
mis garras arañándole la espalda...

Lalalalalala. Ésta es la canción más antigua.
Más tarde, salí de entre las olas.
Roth esperaba al amanecer.
Dejé caer la cabeza del Gran Al en la playa,
la arena blanca y fina se pegó en terrones a los ojos mojados.

Éste era tu problema, le dije.
Sí, está muerto, dije.
¿Y ahora?, preguntó.

El tributo, le contesté.
¿Crees que trabajaba para los chinos?, preguntó.
¿O para la mafia eurisraelí? ¿O para quién?
Era un vecino, dije. *Quería que no hicieras tanto ruido.*
¿Tú crees?, preguntó.
Lo sé, le dije, mirando la cabeza.
¿De dónde venía?, preguntó Roth.
Me puse la ropa, cansado por el cambio.

Carne y sustancias químicas, susurré.
Él sabía que mentía, pero los lobos han nacido para mentir.
Me senté en la playa para ver la bahía,
me quedé mirando el cielo mientras el amanecer se convertía en día
y soñé despierto con un día en que al fin podría morir.

SE LO PODEMOS HACER AL POR MAYOR

Peter Pinter no había oído hablar nunca de Arístipo de los cirenaicos, un discípulo de Sócrates no muy conocido que sostenía que el evitar problemas era el bien más alto que se podía alcanzar; sin embargo, había vivido su vida sin acontecimientos notorios según este precepto. En todos los sentidos excepto uno (su incapacidad para dejar escapar una ganga, ¿y quién de nosotros está completamente libre de eso?), era un hombre muy moderado. No llegaba a ningún extremo. Su forma de hablar era correcta y reservada; casi nunca comía demasiado; bebía lo suficiente para ser sociable y no más; no era rico ni mucho menos y en modo alguno era pobre. Le gustaba la gente y a la gente le gustaba él. Teniendo todo eso en cuenta, ¿esperaríais encontrarle en un bar de dudosa reputación en el lado más sórdido del East End de Londres, poniendo lo que se conoce coloquialmente como un «precio» a la cabeza de alguien al que apenas conocía? No. Ni siquiera os esperaríais encontrarle en el bar.

Y, hasta un cierto viernes por la tarde, habríais tenido razón. No obstante, el amor de una mujer puede hacerle cosas extrañas a un hombre, incluso a uno tan anodino como Peter Pinter, y el descubrimiento de que la Srta. Gwendolyn Thorpe, de veintitrés años de edad, y de Oaktree Terrace, nº 9, Purley, estaba teniendo un lío (como dirían los ordinarios) con un caballero joven y agradable de la sección de contabilidad —*después*, tenedlo en cuenta, de que ella hubiera consentido en llevar el anillo de compromiso, compuesto de esquilas de rubí auténtico, oro de nueve quilates y algo que podría muy bien haber sido un diamante (de 37,50 libras) y que Peter había tardado casi toda la hora de la comida en elegir— puede hacerle cosas extrañísimas a un hombre.

Tras hacer aquel descubrimiento horrible, Peter pasó la noche del viernes en blanco, dando vueltas en la cama con visiones de Gwendolyn y Archie Gibbons (el Don Juan de la sección de contabilidad de Clamages), bailando y nadando ante sus propios ojos, haciendo actos que incluso Peter, si le presionaran, tendría que admitir que eran de lo más improbable. No obstante, la bilis de los celos había crecido en su interior y, por la mañana, Peter había decidido que había que eliminar a su rival.

La mañana del sábado la pasó preguntándose cómo se contactaba con un asesino, porque, según tenía entendido, no había ninguno en Clamages (los grandes almacenes

que empleaban a los tres integrantes de nuestro eterno triángulo y que, por cierto, proporcionaron el anillo), y se resistía a preguntarle directamente a alguien por miedo a llamar la atención.

Así fue como el sábado por la tarde se encontró buscando en las Páginas Amarillas.

Descubrió que ASESINOS no estaba entre ASERRADEROS DE PIEDRA y ASESORÍAS CONTABLES; CRIMINALES no estaba entre CRIANZA DE VINOS y CRISOLES; HOMICIDAS no estaba entre HOMEOPATÍA y HORCHATAS. FUMIGACIÓN parecía prometedor; sin embargo, un examen más detenido de los anuncios de fumigación demostró que casi sólo se ocupaban de «ratas, ratones, pulgas, cucarachas, conejos, topos y ratas» (por citar uno que a Peter le dio la sensación de que era bastante duro con las ratas) y no eran exactamente lo que él buscaba. Aun así, como era de naturaleza meticulosa, revisó diligentemente las entradas de aquella categoría y, al final de la segunda página, en letra pequeña, encontró una empresa que parecía prometedora.

«Eliminación completa y discreta de mamíferos fastidiosos y no deseados, etc.», decía la entrada, «Ketch, Hare, Burke y Ketch. La Vieja Empresa». A continuación no daba ninguna dirección, sino sólo un número de teléfono.

Peter marcó el número, sorprendiéndose a sí mismo al hacerlo. El corazón le latía con fuerza e intentó parecer despreocupado. El teléfono sonó una, dos, tres veces. Peter ya empezaba a esperar que no contestarían y que podría olvidarse de todo el asunto, cuando se oyó un chasquido y una voz de mujer joven y enérgica dijo, «Ketch Hare Burke Ketch. ¿Qué desea?»

Cuidándose mucho de dar su nombre, Peter dijo:

—Esto, ¿cómo de grandes, quiero decir, hasta qué tamaño de mamíferos llegan? ¿Para, eh, eliminar?

—Bueno, eso dependería del tamaño que necesite el señor.

Peter se armó de todo su valor.

—¿Una persona?

La voz de la mujer continuó enérgica y serena.

—Por supuesto. ¿Tiene usted un bolígrafo y un papel a mano? Bien. Vaya al bar Burro Sucio, frente a la calle Little Courtney, E3, esta noche a las ocho. Lleve un ejemplar enrollado del *Financial Times* (es el de color rosa, señor), y nuestro agente le abordará allí.

Entonces, la mujer colgó el teléfono.

Peter estaba eufórico. Había sido mucho más fácil de lo que había imaginado. Bajó al quiosco y compró un ejemplar del *Financial Times*, encontró la calle Little Courtney en su *Londres de la A a la Z* y pasó el resto de la tarde viendo fútbol por la televisión e imaginando el funeral del caballero joven y agradable de contabilidad.

Peter tardó un rato en encontrar el bar. Al final, vio el letrero del bar, en el que había un burro y que estaba increíblemente sucio.

El Burro Sucio era un bar pequeño, más o menos mugriento, mal iluminado y en el que un puñado de personas sin afeitarse que llevaban chaquetones de trabajo cubiertos de polvo se observaban unos a otros con desconfianza, mientras comían patatas fritas y bebían pintas de Guinness, una bebida que a Peter nunca le había gustado. Peter llevaba el *Financial Times* bajo el brazo de la forma más visible que podía, pero nadie le abordó, así que pidió media pinta de clara y se retiró a una mesa del rincón. Incapaz de pensar en otra cosa que hacer mientras esperaba, intentó leer el periódico, pero, perdido y confundido por un laberinto de futuros de grano y una compañía de caucho que vendía algo al descubierto (no sabría decir exactamente qué eran las cosas al descubierto), lo dejó y se quedó mirando la puerta.

Había esperado casi diez minutos cuando un hombrecito ocupado entró con prisas, miró rápidamente a su alrededor y entonces fue directo a la mesa de Peter y se sentó.

El hombre extendió la mano.

—Kemble. Burton Kemble de Ketch Hare Burke Ketch. Me han dicho que tiene un trabajo para nosotros.

No tenía aspecto de asesino y Peter se lo dijo.

—Válgame Dios, claro que no. En realidad no soy parte de la plantilla. Estoy en ventas.

Peter asintió con la cabeza. Eso tenía sentido, desde luego.

—¿Podemos, esto, hablar con libertad aquí?

—Por supuesto. Nadie está interesado. Veamos, pues, ¿de cuántas personas querría deshacerse?

—Sólo una. Se llama Archibald Gibbons y trabaja en la sección de contabilidad de Clamages. Su dirección es...

Kemble le interrumpió.

—Entraremos en ese tema más tarde, señor, si no le importa. De momento, revisemos rápidamente el lado financiero. En primer lugar, el contrato le costará quinientas libras...

Peter asintió. Podía permitírselo y, de hecho, había calculado que le iba a costar un poco más.

—... aunque siempre está la oferta especial —concluyó Kemble con mucha labia.

A Peter le brillaron los ojos. Como he mencionado anteriormente, le encantaban las gangas y a menudo compraba cosas sin ninguna utilidad imaginable en rebajas o en ofertas especiales. Aparte de este único defecto (uno que tantos compartimos), era un joven de lo más moderado.

—¿Oferta especial?

—Dos por el precio de uno, señor.

Mmm. Peter se lo pensó. Eso salía a sólo 250 libras cada uno, lo que no estaba

mal te lo mirases como te lo mirases. Había un único inconveniente.

—Me temo que no hay nadie más a quien quiera que maten.

Kemble parecía decepcionado.

—Es una lástima. Por dos es probable que hasta le hubiésemos podido rebajar el precio a, bueno, digamos, cuatrocientas cincuenta libras por los dos.

—¿En serio?

—Bueno, les da algo que hacer a nuestros operarios. Por si quiere saberlo —y entonces bajó la voz—, lo cierto es que no hay bastante trabajo en esta línea en concreto para tenerlos ocupados. No es como en los viejos tiempos. ¿No hay sólo *una* persona más a la que le gustaría ver muerta?

Peter reflexionó. Odiaba desperdiciar una ganga, pero por nada del mundo se le ocurría nadie más. Le gustaba la gente. Aun así, una ganga era una ganga...

—Mire —dijo Peter—. ¿Podría pensármelo y verle aquí mañana por la noche?

El vendedor parecía satisfecho.

—Por supuesto —dijo—. Estoy seguro de que se le ocurrirá alguien.

La respuesta, la respuesta obvia, le llegó a Peter cuando empezaba a quedarse dormido aquella noche. Se enderezó en la cama, buscó a tientas la luz de la mesa de noche y la encendió y escribió un nombre en el reverso de un sobre, por si lo olvidaba. A decir verdad, no creía que pudiera olvidarlo, porque era demasiado obvio, pero con las ideas de medianoche nunca se sabe.

El nombre que había escrito en el reverso del sobre era éste: *Gwendolyn Thorpe*.

Apagó la luz, se puso de lado y no tardó en estar dormido y soñando sueños tranquilos y sorprendentemente nada criminales.

Kemble le estaba esperando cuando llegó al Burro Sucio el domingo por la noche. Peter pidió algo para beber y se sentó junto a él.

—Acepto la oferta especial —dijo, a modo de saludo.

Kemble asintió enérgicamente con la cabeza.

—Una decisión muy sabia, si no le importa que se lo diga, señor.

Peter Pinter sonrió modestamente, del modo en que lo haría alguien que leyese el *Financial Times* y tomase decisiones sabias.

—Tengo entendido que eso costará cuatrocientas cincuenta libras.

—¿Dije cuatrocientas cincuenta libras? Dios santo, le pido disculpas. Le ruego que me perdone, estaba pensando en nuestra tarifa por grandes cantidades. Dos personas costarían cuatrocientas setenta y cinco libras.

Una mezcla de decepción y codicia apareció en el rostro insulso de Peter. Eso eran 25 libras de más. Sin embargo, algo que Kemble había dicho le había llamado la atención.

—¿Precio por grandes cantidades?

—Por supuesto, pero dudo que a usted le interese.

—No, no, me interesa. Hábleme de ello.

—Muy bien, señor. El precio por grandes cantidades, cuatrocientas cincuenta libras, sería por un trabajo grande. Diez personas.

Peter se preguntó si le había oído bien.

—¿Diez personas? Pero eso sólo son cuarenta y cinco libras por persona.

—Así es. Es el pedido grande lo que lo hace rentable.

—Ya veo —dijo Peter, y— hmm —dijo Peter, y— ¿podría volver a la misma hora mañana por la noche?

—Por supuesto.

Al llegar a casa, Peter sacó un trozo de papel y un bolígrafo. Escribió los números del uno al diez en un lado y luego lo llenó como sigue:

1. ... *Archie G.*

2. ... *Gwennie.*

3. ...

etcétera.

Tras llenar los dos primeros, se quedó sentado chupando el bolígrafo, buscando injusticias que le hubieran hecho y gente sin la que el mundo estaría mucho mejor.

Se fumó un cigarrillo. Se paseó por la habitación.

¡Ajá! Había un profesor de física en un colegio al que había ido que se había deleitado amargándole la vida. ¿Cómo se llamaba el hombre? Y, a propósito, ¿seguía vivo? Peter no estaba seguro, pero escribió *El profesor de física, Instituto de la calle Abbot* junto al número tres. El siguiente se le ocurrió más fácilmente: su jefe de sección se había negado a subirle el sueldo hacía un par de meses; que al final el aumento hubiese llegado era irrelevante. *Sr. Hunterson* fue el número cuatro.

Cuando tenía cinco años, un niño llamado Simon Ellis le había vertido pintura sobre la cabeza mientras otro niño llamado James no sé cuántos le había sujetado y una niña llamada Sharon Hartsharpe se había reído. Fueron los números del cinco al siete, respectivamente.

¿Quién más?

Estaba el hombre de la televisión, el de la risita molesta que daba las noticias. Lo puso en la lista. ¿Y qué había de la mujer del piso de al lado y su perrito ladrador que se cagaba en el vestíbulo? Los puso a ella y a su perro en el nueve. El diez fue el más difícil. Se rascó la cabeza y fue a la cocina para prepararse una taza de café, entonces volvió corriendo y escribió *Mi tío abuelo Mervyn* en décimo lugar. Se rumoreaba que el anciano era bastante rico y había una posibilidad (aunque algo escasa) de que le dejara algún dinero a Peter.

Con la satisfacción de haber aprovechado bien la noche, se fue a la cama.

El lunes en Clamages fue rutinario; Peter era dependiente superior en la sección de libros, un trabajo que en realidad implicaba muy poco. Llevaba la lista firmemente agarrada en la mano, dentro del bolsillo, y se regocijaba por la sensación de poder que le daba. Pasó una hora de comer muy agradable en la cantina con la joven

Gwendolyn (que no sabía que él les había visto a ella y a Archie cuando entraron juntos en el almacén) e incluso le había sonreído al joven refinado de la sección de contabilidad cuando se cruzó con él en el pasillo.

Le expuso su lista con orgullo a Kemble aquella noche.

El pequeño vendedor puso cara larga.

—Me temo que esto no son diez personas, Sr. Pinter —explicó—. Ha contado a la mujer del piso de al lado y a su perro como una persona, lo que lo sube a once, y eso costaría —hizo uso rápidamente de su calculadora de bolsillo—, setenta libras más. ¿Y si nos olvidamos del perro?

Peter negó con la cabeza.

—El perro es tan malo como la mujer. O peor.

—Entonces, me temo que tenemos un pequeño problema. A menos que...

—¿Qué?

—A menos que quisiera usted aprovechar nuestra tarifa al por mayor. Pero, claro, el señor no estaría...

Hay palabras que le hacen cosas a la gente; palabras que hacen que los rostros de la gente enrojezcan por la felicidad, la emoción o la pasión. *Medioambiental* puede ser una de ellas; *ocultismo* es otra. *Al por mayor* era la de Peter. Se reclinó en la silla.

—Hábleme de ello —dijo con la seguridad en sí mismo de un comprador con experiencia.

—Bien, señor —dijo Kemble, permitiéndose una risita—, se lo podemos, eh, *hacer* al por mayor, a diecisiete libras con cincuenta por persona por cada presa después de las primeras cincuenta o a un billete de diez libras por cada una a partir de las doscientas.

—¿Supongo que bajarían a un billete de cinco si quisiera que liquidasen a mil personas?

—Oh, no, señor —Kemble puso cara de asombro—. Si hablamos de cifras así, podemos hacerlo a una libra por persona.

—¿Una *libra*?

—Exacto. No hay un margen de beneficios muy grande, pero la alta facturación y productividad lo justifican de sobra.

Kemble se levantó.

—¿Mañana a la misma hora, señor?

Peter asintió con la cabeza.

Mil libras. Mil personas. Peter Pinter ni siquiera *conocía* a mil personas. Aun así... estaba el Parlamento. No le gustaban los políticos; se peleaban y discutían y reñían tanto.

Y en realidad...

Tuvo una idea, escandalosa por su descarado. Atrevida. Audaz. Aun así, la idea estaba allí y no quería irse. Una prima lejana suya se había casado con el hermano menor de un conde o un barón o algo parecido...

De camino a casa del trabajo aquella tarde, pasó por una tiendecita junto a la que había pasado mil veces sin entrar. Tenía un letrero grande en el escaparate —que te garantizaba que averiguaban tu linaje e incluso te dibujaban un escudo de armas si daba la casualidad de que habías perdido el tuyo—, y un mapa heráldico digno de admiración.

Fueron muy amables y le telefonearon justo después de las siete para darle la información.

Si aproximadamente catorce millones setenta y dos mil ochocientos once personas morían, él, Peter Pinter, sería *Rey de Inglaterra*.

No tenía catorce millones setenta y dos mil ochocientos once libras: pero sospechaba que cuando se hablaba de cifras así, el Sr. Kemble tendría uno de sus descuentos especiales.

El Sr. Kemble lo tenía.

Ni siquiera enarcó las cejas.

—La verdad —explicó—, es que sale bastante barato; verá, no tendríamos que hacerlos a todos individualmente. Armas nucleares a pequeña escala, unos bombardeos acertados, asfixia con gas, la peste, dejar caer radios en piscinas y, luego, reducir a los rezagados. Digamos cuatro mil libras.

—¿Cuatro mi...? ¡Eso es increíble!

El vendedor parecía satisfecho consigo mismo.

—Nuestros operarios se alegrarán del trabajo, señor —sonrió—. Nos preciamos del servicio que ofrecemos a nuestros clientes al por mayor.

El viento sopló frío cuando Peter salió del bar e hizo que el viejo letrero se balancease. No se parecía mucho a un burro sucio, pensó Peter. Se parecía más a un caballo pálido.

Peter se estaba quedando dormido aquella noche, ensayando mentalmente su discurso de coronación, cuando un pensamiento entró en su cabeza y se quedó allí. No quería irse. ¿Podría... podría estar dejando pasar un ahorro aún más grande que el que ya iba a conseguir? ¿Podría estar desperdiciando una ganga?

Peter salió de la cama y caminó hasta el teléfono. Eran casi las tres de la madrugada, pero aun así...

Sus Páginas Amarillas estaban abiertas por donde las había dejado el sábado anterior, y marcó el número.

Pareció que el teléfono sonaba una eternidad. Hubo un chasquido y una voz aburrida dijo:

—Burke Hare Ketch. ¿Qué desea?

—Espero que no esté llamando demasiado tarde... —empezó Peter.

—Por supuesto que no, señor.

—Me preguntaba si podría hablar con el Sr. Kemble.

—No cuelgue, por favor. Veré si está libre.

Peter esperó un par de minutos, escuchando los ruidos y susurros fantasmales que siempre resuenan por las líneas telefónicas vacías.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Ahora le pongo —hubo un zumbido y, después—, Kemble al habla.

—Ah, Sr. Kemble. Hola. Perdona si le he hecho salir de la cama o si le he molestado. Soy, hum, Peter Pinter.

—¿Sí, Sr. Pinter?

—Bueno, siento que sea tan tarde, es sólo que me estaba preguntando... ¿Cuánto costaría matar a todo el mundo? ¿A toda la gente del mundo?

—¿A todo el mundo? ¿A toda la gente?

—Sí. ¿Cuánto? Es decir, por un pedido como éste, seguro que tendrían algún tipo de descuento grande. ¿Cuánto costaría? ¿Por todo el mundo?

—Nada en absoluto, Sr. Pinter.

—¿Quiere decir que no lo harían?

—Quiero decir que lo haríamos por nada, Sr. Pinter. Sólo tienen que pedirnoslo, sabe. Siempre tienen que pedirnoslo.

Peter estaba perplejo.

—Pero... ¿cuándo empezarían?

—¿Empezar? Enseguida. Ahora. Hace mucho tiempo que estamos preparados, pero nos lo tenían que pedir, Sr. Pinter. Buenas noches. Ha sido un *placer* trabajar con usted.

Se cortó la comunicación.

Peter se sentía extraño. Todo parecía muy lejano. Quería sentarse. ¿Qué demonios había querido decir el hombre? «Siempre tienen que pedirnoslo». En efecto, era muy extraño. Nadie hace nada por nada en este mundo; tenía ganas de volver a llamar a Kemble y olvidarse de todo el asunto. Quizá había reaccionado de forma exagerada, quizá había una razón totalmente inocente por la que Archie y Gwendolyn habían entrado juntos en el almacén. Hablaría con ella; eso es lo que haría. Hablaría con Gwennie por la mañana a primera hora...

Fue entonces cuando empezaron los ruidos.

Gritos raros al otro lado de la calle. ¿Una pelea de gatos? Zorros, probablemente. Esperaba que alguien les tirara un zapato. Entonces, desde el pasillo fuera de su piso, oyó un ruido apagado de pisadas fuertes, como si alguien estuviese arrastrando algo muy pesado por el suelo. Se detuvo. Alguien llamó a su puerta, dos veces, muy bajo.

Fuera de la ventana los gritos eran cada vez más fuertes. Peter se quedó sentado en la silla, sabiendo que de algún modo, en algún sitio, se había perdido algo. Algo importante. Los golpes aumentaron. Dio gracias a Dios porque siempre cerraba la puerta con llave y cadena por la noche.

Hacía mucho tiempo que estaban preparados, pero tenían que pedirselo...

Cuando la cosa pasó por la puerta. Peter empezó a gritar, pero la verdad es que no gritó mucho tiempo.

UNA VIDA, AMUEBLADA CON MOORCOCK DE LA PRIMERA ÉPOCA

El príncipe pálido y albino alzó su gran espada negra.

—Ésta es Tormentosa —dijo—, y se beberá tu alma.

La princesa suspiró.

—¡Muy bien! —dijo—. Si eso es lo que necesitas para conseguir la energía para luchar contra los Guerreros Dragones, entonces debes matarme y dejar que tu ancha espada se alimente de mi alma.

—No quiero hacerlo —le dijo él.

—No importa —dijo la princesa, y entonces se rasgó el vestido ligero que llevaba y le ofreció su pecho—. Aquí está mi corazón —dijo, señalando con el dedo—, y aquí es donde debes clavarla.

Nunca había pasado de aquel punto. Lo había escrito el día en que le habían dicho que le iban a poner en un curso más alto y, después de eso, ya no tenía mucho sentido. Había aprendido a no intentar continuar las historias de un año para otro. Ya tenía doce años.

Sin embargo, era una lástima.

El título del trabajo había sido «Un encuentro con mi personaje literario favorito», y él había escogido a Elric. Había pensado en Corum o Jerry Cornelius o incluso Conan el Bárbaro, pero Elric de Melniboné ganó claramente, como siempre hacía.

Richard había leído *Portadora de tormentas* por primera vez hacía tres años, a la edad de nueve años. Había ahorrado para comprarse un ejemplar de *La ciudadela cantora* (al acabarlo, decidió que era una especie de estafa: sólo había una historia de Elric), y luego le pidió dinero prestado a su padre para comprar *La hechicera dormida*, que había encontrado en un expositor giratorio cuando estaban de vacaciones en Escocia el verano anterior. En *La hechicera dormida*, Elric se encontraba con Erekosë y Corum, dos aspectos más del Campeón Eterno, y los tres se unían.

Al acabar el libro, Richard se dio cuenta de que eso significaba que los libros de Corum y los libros de Erekosë e incluso los libros de Dorian Hawkmoon eran en realidad libros de Elric, así que empezó a comprarlos y a disfrutar con ellos.

No obstante, no eran tan buenos como Elric. Él era el mejor.

A veces se sentaba y dibujaba al príncipe albino, intentando que le saliera bien. Ninguno de los dibujos de Elric de las portadas de los libros se parecía al que vivía en su cabeza. Dibujaba a los Elrics con una pluma estilográfica en los cuadernos escolares nuevos que había conseguido mediante engaños. En la portada escribía su nombre: RICHARD GREY. NO ROBAR.

A veces pensaba que debería acabar de escribir su historia de Elric. Tal vez podría incluso venderla a una revista. Pero, ¿y si Moorcock lo descubría? ¿Y si se metía en un lío?

La clase era grande y estaba llena de pupitres de madera. Cada pupitre estaba grabado y marcado y manchado de tinta por su ocupante, un proceso importante. Había una pizarra en la pared y en ella había un dibujo a tiza: una representación bastante exacta de un pene que apuntaba a un dibujo con forma de Y, que pretendía representar los genitales femeninos.

La puerta de abajo se cerró de un golpe y alguien subió las escaleras corriendo.

—Grey, tarado, ¿qué haces aquí arriba? Teníamos que estar en el Acre Bajo. Hoy te toca jugar a fútbol.

—¿Ah, sí? ¿Me toca?

—Lo anunciaron en la reunión de esta mañana. Y la lista está en el tablón de anuncios de deportes —J. B. C. MacBride tenía el pelo rubio rojizo, llevaba gafas y era sólo un poco más organizado que Richard Grey. Había dos J. MacBrides y por eso él alineaba toda la colección de iniciales.

—Ah.

Grey cogió un libro (*Tarzán en el centro de la Tierra*) y salió tras él. Las nubes eran de un gris oscuro y prometían lluvia o nieve.

La gente siempre estaba anunciando cosas de las que él no se daba cuenta. Llegaba a clases vacías, se perdía partidos organizados, llegaba al colegio en días en que los otros niños se habían ido a casa. A veces, tenía la sensación de vivir en un mundo distinto al de todos los demás.

Fue a jugar a fútbol, con *Tarzán en el centro de la Tierra* metido por detrás de sus shorts de fútbol azules y ásperos.

Odiaba las duchas y los baños. No entendía por qué tenían que ducharse y también bañarse, pero así eran las cosas.

Estaba congelado, y no se le daban bien los deportes. Empezaba a convertirse en una cuestión de orgullo perverso el que, en los años que llevaba en el colegio, no hubiera marcado un gol ni se hubiera anotado una carrera ni eliminado a nadie ni hubiera hecho casi nada excepto ser la última persona que se escogía cuando se formaban los equipos.

Elric, el orgulloso príncipe pálido de los melniboneses, nunca habría tenido que

quedarse en un campo de fútbol en pleno invierno, deseando que se acabase el partido.

El cuarto de las duchas estaba lleno de vapor, y él tenía el interior de los muslos irritado y rojo. Los niños hacían cola, desnudos y temblando, esperando a meterse bajo las duchas y luego en los baños.

El Sr. Murchison, los ojos salvajes y el rostro curtido y arrugado, viejo y casi calvo, estaba en los vestuarios dirigiendo a los niños para que se metieran bajo la ducha, luego salieran y fueran a los baños.

—Eh, tú, qué niño tan tonto, Jamieson, a la ducha, Jamieson. Atkinson, no seas crío, métete debajo como es debido. Smiggings, al baño. Goring, ocupa su sitio en la ducha...

Las duchas estaban demasiado calientes. Los baños estaban helados y turbios.

Cuando el Sr. Murchison no estaba cerca, los niños se daban con las toallas, bromeaban sobre sus penes, sobre quién tenía vello púbico, quién no.

—No seas idiota —dijo entre dientes alguien que estaba cerca de Richard—. ¿Y si el Murch vuelve? Te matará —se oyeron risitas nerviosas.

Richard se giró y miró. Un chico mayor tenía una erección, se estaba frotando arriba y abajo con la mano lentamente bajo la ducha, y la exponía con orgullo a los demás niños.

Richard se apartó.

Falsificar era demasiado fácil.

Richard hacía una imitación pasable de la firma del Murch, por ejemplo, y una versión excelente de la letra y la firma del profesor encargado de su grupo. El profesor que se encargaba de su grupo era un hombre alto, calvo y seco llamado Trellis. Se tenían aversión desde hacía años.

Richard usaba las firmas para conseguir cuadernos en blanco de la papelería, donde daban papel, lápices, bolígrafos y reglas al presentar una nota firmada por un profesor.

Richard escribía cuentos y poemas y hacía dibujos en los cuadernos.

Después del baño, Richard se secó con la toalla y se vistió deprisa; tenía un libro al que volver, un mundo perdido al que regresar.

Salió del edificio despacio, la corbata torcida, el faldón de la camisa agitándose, leyendo sobre Lord Greystoke y preguntándose si de verdad había un mundo dentro del mundo donde volaban dinosaurios y nunca era de noche.

La luz del día empezaba a desaparecer, pero aún quedaban unos cuantos niños fuera del colegio, jugando con pelotas de tenis, y un par jugaban a los chinos junto al banco. Richard estaba apoyado contra la pared de ladrillo rojo y leía, el mundo

exterior cerrado, las indignidades de los vestuarios olvidadas.

—Eres una vergüenza. Grey.

¿Yo?

—Mírate. Llevas la corbata completamente torcida. Eres una vergüenza para el colegio. Eso es lo que eres.

El chico se llamaba Lindfield, estaba dos cursos por encima de él, pero ya era tan alto como un adulto.

—Mírate la corbata. En serio, mírala.

Lindfield tiró de la corbata verde de Richard, tiró fuerte, dejando un nudo pequeño y apretado.

—Patético.

Lindfield y sus amigos se fueron.

Elric de Melniboné estaba de pie junto a las paredes de ladrillo rojo del edificio del colegio, mirándole. Richard tiró del nudo de la corbata, intentando aflojarlo. Le estaba lastimando la garganta.

Buscaba a tientas por el cuello.

No podía respirar; pero no era eso lo que le preocupaba, sino ponerse en pie. Richard había olvidado de repente cómo ponerse en pie. Fue un alivio descubrir lo blando que se había vuelto el camino de ladrillos donde estaba cuando éste subió lentamente para abrazarle.

Estaban de pie juntos bajo el cielo nocturno adornado de miles de estrellas enormes, cerca de las ruinas de lo que podría haber sido en otro tiempo un templo antiguo.

Los ojos de rubí de Elric le miraban. Se parecían, pensó Richard, a los ojos de un conejo blanco especialmente feroz que Richard había tenido, antes de que royera el alambre de la jaula y huyera al campo de Sussex para aterrorizar a zorros inocentes. Tenía la piel totalmente blanca; su armadura, ornamentada y elegante, cubierta de diseños intrincados, era totalmente negra. Su pelo blanco y fino revoloteaba alrededor de sus hombros como si hubiera una brisa, pero el aire estaba quieto.

—¿Así que quieres ser compañero de héroes? —preguntó. Su voz era más dulce de lo que Richard se había imaginado.

Richard asintió.

Elric le puso un dedo largo bajo la barbilla a Richard, le alzó el rostro. *Ojos de sangre*, pensó Richard. *Ojos de sangre*.

—*Tú no eres ningún compañero, chico* —dijo en el Habla Alta de Melniboné.

Richard siempre había sabido que entendería el Habla Alta cuando la oyera, aunque siempre hubiese estado flojo en latín y francés.

—*Bueno, ¿qué soy, entonces?* —preguntó—. *Dímelo, por favor. Por favor...*

Elric no contestó. Se alejó de Richard y entró en el templo en ruinas.

Richard corrió tras él.

Dentro del templo, Richard encontró una vida que le estaba esperando, lista para

que se la pusiera y la viviera y, dentro de esa vida, había otra. Cada vez que se probaba una vida, se metía en ella y ésta tiraba de él más adentro, alejándole del mundo de donde venía; una a una, existencia tras existencia, ríos de sueños y campos de estrellas, un halcón con un gorrión en las garras vuela bajo sobre la hierba y aquí hay personas diminutas e intrincadas que esperan a que él les llene la cabeza de vida, y pasan miles de años y está ocupado con un trabajo extraño de gran importancia y belleza intensa, y le aman y le honran, y entonces un tirón fuerte y es...

... fue como subir del fondo de la parte honda de una piscina. Aparecieron estrellas sobre él y cayeron y se disolvieron en azules y verdes, y fue con una profunda sensación de decepción que se convirtió en Richard Grey y volvió a ser él mismo, lleno de una emoción desconocida. La emoción era específica, tan específica que se sorprendió, más tarde, al darse cuenta de que no tenía un nombre propio: una sensación de indignación y pesar por haber tenido que regresar a algo que había creído acabado desde hacía tiempo y abandonado y olvidado y muerto.

Richard estaba tendido en el suelo y Lindfield le estaba tirando del nudo diminuto de la corbata. Había otros chicos alrededor, rostros que le miraban, preocupados, intranquilos, asustados.

Lindfield aflojó la corbata. Richard hizo un esfuerzo para coger aire, lo tomó de un trago, lo agarró y se lo llevó a los pulmones.

—Pensábamos que estabas fingiendo. Te desplomaste —dijo alguien.

—Cállate —dijo Lindfield—. ¿Estás bien? Lo siento. Lo siento mucho. Jesús. Lo siento.

Por un momento, Richard pensó que se estaba disculpando por haberle hecho volver del mundo que había más allá del templo.

Lindfield estaba aterrorizado, solícito, terriblemente preocupado. Era obvio que nunca había estado a punto de matar a alguien. Mientras subía las escaleras con Richard al despacho de la enfermera, Lindfield explicó que había vuelto de la tienda de golosinas del colegio, le había encontrado inconsciente en el camino, rodeado de niños curiosos y se había dado cuenta de lo que pasaba. Richard descansó un poco en el despacho de la enfermera, donde le dieron una aspirina amarga soluble, de un tarro enorme, en un vaso de plástico de agua, y luego le hicieron pasar al estudio del director.

—¡Dios, menuda pinta tienes, Grey! —dijo el director, dándole chupadas a su pipa con irritación—. No culpo al joven Lindfield en absoluto. De todos modos, te ha salvado la vida. No quiero oír ni una palabra más sobre el asunto.

—Lo siento —dijo Grey.

—Eso es todo —dijo el director en su nube de humo perfumado.

—¿Ya has escogido una religión? —preguntó el capellán del colegio, el Sr. Aliquid. Richard dijo que no con la cabeza.

—Tengo unas cuantas para elegir —reconoció.

El capellán del colegio también era el profesor de biología de Richard. Había llevado hacía poco a la clase de biología de Richard, quince niños de trece años y Richard, doce años recién cumplidos, al otro lado de la calle a su casita, que estaba enfrente del colegio. En el jardín, el Sr. Aliquid había matado, despellejado y descuartizado un conejo con un cuchillo pequeño y afilado. Luego, había cogido una bomba de pie y había inflado la vejiga del conejo como si fuera un globo hasta que se había reventado, salpicando a los niños de sangre. Richard vomitó, pero fue el único que lo hizo.

—Hum —dijo el capellán.

El estudio del capellán estaba cubierto de libros. Era uno de los pocos estudios de los maestros que era cómodo en algún sentido.

—¿Y qué hay de la masturbación? ¿Te masturbas excesivamente? —al Sr. Aliquid le brillaron los ojos.

—¿Qué es excesivamente?

—Oh. Más de tres o cuatro veces al día, supongo.

—No —dijo Richard—. Excesivamente no.

Era un año más joven que los demás niños de su clase; la gente a veces lo olvidaba.

Cada fin de semana, viajaba a Londres Norte y se quedaba en casa de sus primos para las lecciones de bar mitzvah que les daba un solista del coro, ascético y delgado, más *frum* que cualquiera, un cabalista y conservador de misterios escondidos hacia los que se le podía desviar con una pregunta certera. Richard era un experto en las preguntas certeras.

Frum significaba judío ortodoxo y de línea dura. Nada de leche con carne y dos lavaplatos para las dos vajillas y cuberterías.

No hervirás a un cabrito en la leche de su madre.

Los primos de Richard de Londres Norte eran *frum*, aunque los niños solían comprar hamburguesas con queso a escondidas después del colegio y luego se jactaban de ello.

Richard sospechaba que su cuerpo ya estaba completamente contaminado. Sin embargo, decía basta a la hora de comer conejo. Había comido conejo —y no le había gustado— durante años hasta que comprendió lo que era. Cada jueves, para la comida del colegio, había lo que él creía que era un estofado de pollo bastante desagradable. Un jueves encontró una pata de conejo flotando en el estofado y entonces se dio cuenta de lo que era. Después de aquello, los jueves, se llenaba a base de pan con mantequilla.

En el metro a Londres Norte, estudiaba los rostros de los demás pasajeros, preguntándose si alguno de ellos sería Michael Moorcock.

Si se encontraba con Moorcock, le preguntaría cómo volver al templo en ruinas. Si se encontraba con Moorcock, le daría demasiada vergüenza hablar con él.

Algunas noches, cuando sus padres habían salido, intentaba llamar a Michael Moorcock.

Llamaba a información y pedía su número.

—No te lo puedo dar, cielo. No figura en la guía telefónica.

Intentaba sonsacarlo y siempre fracasaba, por suerte. No sabía qué le diría a Moorcock si lo conseguía.

Marcaba con una señal en la parte de delante de sus novelas de Moorcock, donde estaba la página de Del Mismo Autor, los libros que leía.

Aquel año parecía que había un libro nuevo de Moorcock cada semana. Los compraba en la estación de Victoria, de camino a las lecciones de bar mitzvah.

Había unos pocos que no lograba encontrar —*Ladrona de almas*, *Desayuno en las ruinas*— y al final, con cierta aprensión, los encargó a la dirección que había en el dorso de los libros y le pidió a su padre que le hiciera un cheque.

Cuando llegaron los libros, contenían una factura por 25 peniques: los precios de los libros eran más altos que en la lista original. No obstante, ya tenía un ejemplar de *Ladrona de almas* y otro de *Desayuno en las ruinas*.

En el dorso de *Desayuno en las ruinas* había una biografía de Moorcock que decía que había muerto de cáncer de pulmón el año anterior.

Richard se pasó varias semanas disgustado. Eso significaba que ya no habría más libros, nunca jamás.

Aquella puta biografía. Poco después de que saliera, estaba en un concierto de Hawkwind, con un colocón de la hostia, y la gente no hacía más que acercarse a mí y yo creía que estaba muerto. No hacían más que repetir, «Estás muerto, estás muerto». Más tarde, me di cuenta de que estaban diciendo, «Pero si creíamos que estabas muerto».

—Michael Moorcock, en conversación, Notting Hill, 1976. Estaba el Campeón Eterno y luego estaba el Compañero de los Campeones. Moonglum era el compañero de Elric, siempre alegre, el complemento perfecto para el príncipe pálido, que era presa del mal humor y de las depresiones.

Había un multiverso ahí fuera, rutilante y mágico. Estaban los agentes del equilibrio, los Dioses del Caos y los Señores del Orden. Estaban las razas más antiguas, altas, pálidas y élficas, y los Reinos Jóvenes, llenos de gente como él. Gente

estúpida y aburrida.

A veces esperaba que Elric encontrara la paz lejos de la espada negra. Pero no funcionaba así. Tenían que estar los dos: el príncipe blanco y la espada negra.

Una vez desenvainada, la espada ansiaba sangre, necesitaba que la clavaran en una carne trémula. Luego le extraía el alma a la víctima y alimentaba el cuerpo débil de Elric con su energía.

Richard se estaba obsesionando con el sexo; incluso había tenido un sueño en el que hacía el amor con una chica. Justo antes de despertarse, soñó cómo sería tener un orgasmo: era una sensación de amor intensa y mágica, centrada en tu corazón; eso es lo que era, en su sueño.

Una sensación de felicidad profunda, trascendente y espiritual.

Nada de lo que experimentó estuvo jamás a la altura de aquel sueño.

Nada se acercó siquiera.

El Karl Glogauer de *He aquí el hombre* no era el Karl Glogauer de *Desayuno en las ruinas*, concluyó Richard; aun así, le causaba un orgullo extraño y blasfemo leer *Desayuno en las ruinas* en la capilla del colegio, en la sillería del coro. Siempre y cuando fuera discreto, a nadie parecía importarle.

Era el chico del libro. Por siempre y para siempre.

Las religiones le daban vueltas en la cabeza: el fin de semana estaba dedicado a las pautas y al lenguaje complicados del judaísmo; cada mañana entre semana a las solemnidades con vidrieras y olor a madera de la iglesia anglicana; y las noches pertenecían a su propia religión, la que se había inventado para él, un panteón extraño y multicolor en el que los Señores del Caos (Arioco, Xiombarg y los demás) se codeaban con el Fantasma Errante de DC Comics y Sam el Buda embaucador del *Señor de la luz* de Zelazny y con vampiros y gatos parlantes y ogros y todas las cosas de los Libros de Hadas coloreados de Lang: una religión en la que todas las mitologías existían al mismo tiempo en una magnífica anarquía de creencias.

Sin embargo, Richard por fin había renunciado (lamentándolo un poco, hay que admitirlo) a su creencia en Narnia. Desde los seis años —durante media vida— había creído devotamente en todo lo relacionado con Narnia; hasta que, el año anterior, releendo *El viaje del amanecer* por centésima vez quizá, se le había ocurrido que la transformación del desagradable Eustace Scrub en un dragón y su posterior conversión a la creencia en Aslan el león se parecía muchísimo a la conversión de San Pablo en el camino a Damasco; si su ceguera fuera un dragón...

Al habersele ocurrido esto, Richard encontró correspondencias por todas partes, demasiadas para que se tratase de una mera coincidencia.

Richard guardó los libros de Narnia, convencido, con tristeza, de que eran una alegoría; de que un autor (en el que había confiado) había estado intentando decir algo que le pasara inadvertido. Había sentido la misma indignación con los cuentos

del Profesor Challenger, cuando el viejo profesor de cuello corto y ancho se convirtió al espiritualismo; no era que a Richard le costara creer en fantasmas —Richard creía, sin problemas ni contradicciones, en *todo*—, pero Conan Doyle estaba sermoneando y se le notaba por las palabras que usaba. Richard era joven e inocente a su modo, y creía que se debería confiar en los autores y que no debería haber nada escondido bajo la superficie de un cuento.

Al menos las historias de Elric eran honestas. Allí no pasaba nada bajo la superficie: Elric era el príncipe lánguido de una raza muerta, que ardía de autocompasión y agarraba con firmeza a Tormentosa, su ancha espada de filo oscuro, un filo que clamaba vidas, que bebía almas humanas y que le daba la fuerza de esas almas al débil albino condenado.

Richard leía y releía las historias de Elric y sentía placer cada vez que Tormentosa se hundía en el pecho de un enemigo; sin saber por qué, sentía una satisfacción comprensiva cuando Elric sacaba su fuerza de la espada de las almas, como un adicto a la heroína de una novela de suspense con una provisión nueva de caballo.

Richard estaba convencido de que un día los de Mayflower Books le vendrían detrás para que les diera sus 25 peniques. Nunca se atrevió a comprar más libros por correo.

J. B. C. MacBride tenía un secreto.

—No se lo puedes decir a nadie.

—Vale.

A Richard no le costaba nada guardar secretos. Años más tarde, se dio cuenta de que era un depositario andante de viejos secretos, secretos que sus confidentes originales probablemente habían olvidado hacía tiempo.

Caminaban, cada uno con el brazo sobre los hombros del otro, hacia los bosques que había detrás del colegio.

A Richard, de forma espontánea, le habían regalado otro secreto en esos bosques: aquí es donde tres de los amigos del colegio se encuentran con chicas del pueblo y donde, le han dicho, hacen mutuo alarde de sus genitales.

—No te puedo decir quién me lo dijo.

—Vale —dijo Richard.

—Pero es verdad. Y es un secreto enorme.

—Bueno.

MacBride había estado pasando mucho tiempo últimamente con el Sr. Aliquid, el capellán del colegio.

—Bien, todo el mundo tiene dos ángeles. Dios les da uno y Satanás les da otro. Así que cuando te hipnotizan, el ángel de Satanás se hace con el control y así es como funcionan los tableros de ouija. Es el ángel de Satanás. También puedes implorarle a tu ángel de Dios que hable a través de ti, pero la iluminación auténtica sólo ocurre

cuando puedes hablarle a tu ángel. Él te cuenta secretos.

Ésta era la primera vez que a Grey se le había ocurrido que la iglesia anglicana tal vez tuviera su propio esoterismo, su propia cábala oculta.

El otro chico parpadeó con aire de sabihondo.

—No puedes decírselo a nadie. Me metería en un lío si supieran que te lo he contado.

—Bueno.

Hubo una pausa.

—¿Le has hecho una paja a una persona mayor alguna vez? —preguntó MacBride.

—No —el secreto de Richard era que aún no había empezado a masturbarse. Todos sus amigos se masturbaban, constantemente, solos y en parejas o grupos. Él era un año menor que ellos y no entendía a qué venía tanto alboroto; la idea misma le hacía sentir incómodo.

—Leche por todas partes. Es espesa y viscosa. Intentan convencerte para que te metas su polla en la boca cuando se corren.

—Puaj.

—No es tan malo —hubo una pausa—. ¿Sabes?, el Sr. Aliquid cree que eres muy listo. Si quisieras entrar en el grupo de discusión religiosa, quizá diría que sí.

El grupo de discusión privado se reunía por las tardes, dos veces a la semana después de la hora de estudio, en la casita de soltero del Sr. Aliquid, que estaba frente al colegio al otro lado de la calle.

—No soy cristiano.

—¿Y qué? Sigues siendo el primero de la clase en Teología, niño judío.

—No, gracias. Eh, tengo un Moorcock nuevo. Uno que no has leído. Es un libro de Elric.

—No es verdad. No hay ninguno nuevo.

—Sí lo hay. Se llama *Los ojos del hombre de jade*. Está impreso en tinta verde. Lo encontré en una librería de Brighton.

—¿Me lo dejarás cuando lo hayas acabado?

—Claro.

Empezaba a hacer frío y volvieron, cogidos del brazo. Como Elric y Moonglum, pensó Richard para sí mismo, y aquello tenía tanto sentido como los ángeles de MacBride.

Richard soñaba despierto que secuestraba a Michael Moorcock y le obligaba a que le contara el secreto.

Si le apretaran, Richard sería incapaz de decir qué clase de cosa era el secreto. Era algo que tenía que ver con escribir; algo que tenía que ver con dioses.

Richard se preguntaba de dónde sacaba sus ideas Moorcock.

Probablemente del templo en ruinas, decidió al final, aunque ya no se acordaba de cómo era el templo. Recordaba una sombra y estrellas y la sensación de dolor al volver a algo que había creído haber acabado hacía tiempo.

Se preguntaba si era de ahí de donde todos los autores sacaban sus ideas o si era sólo Michael Moorcock.

Si alguien le hubiera dicho que simplemente se lo inventaban todo, que se lo sacaban de la cabeza, nunca le habría creído. Tenía que haber un lugar de donde viniera la magia.

¿No?

Un tipo me llamó de América la otra noche, dijo, «Escucha, tío, he de hablar contigo sobre tu religión». Yo dije, «No sé de qué me hablas. No tengo ninguna puta religión».

—Michael Moorcock, en conversación, Notting Hill, 1976.

Habían pasado seis meses. Richard ya había celebrado la bar mitzvah y pronto iba a cambiar de colegio. Él y J. B. C. MacBride estaban sentados sobre la hierba fuera del colegio por la noche temprano, leyendo libros. Los padres de Richard se estaban retrasando en venir a recogerle del colegio.

Richard estaba leyendo *El asesino inglés*. MacBride estaba enfrascado en *La novia del diablo*.

Richard se dio cuenta de que estaba mirando la página con los ojos entrecerrados. Aún no había oscurecido totalmente, pero ya no podía leer. Todo se estaba volviendo gris.

—¿Mac? ¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

La noche era cálida y la hierba estaba seca y era cómoda.

—No lo sé. Un escritor, tal vez. Como Michael Moorcock. O T. H. White. ¿Y tú?

Richard se quedó pensando. El cielo era de un gris violeta y una luna fantasma flotaba en lo alto, como una rodaja de un sueño. Arrancó una brizna de hierba y la cortó lentamente entre los dedos, tira a tira. Ya no podía decir «Un escritor» también. Parecería que le estaba copiando. Además, no quería ser un escritor. No del todo. Había otras cosas que ser.

—Cuando sea mayor —dijo, pensativo, al final—, quiero ser un lobo.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo MacBride.

—Quizá no —dijo Richard—. Ya veremos.

Se encendieron las luces tras las ventanas del colegio, una a una, haciendo que el cielo violeta pareciera más oscuro que antes, y la noche veraniega era suave y silenciosa. En esa época del año, el día dura una eternidad y la noche nunca llega de verdad.

—Me gustaría ser un lobo. No todo el tiempo. Sólo a veces. En la oscuridad.

Atravesaría los bosques corriendo como un lobo por la noche —dijo Richard, más que nada a sí mismo—. Nunca le haría daño a nadie. No sería esa clase de lobo. Sólo correría y correría eternamente a la luz de la luna, a través de los árboles, y nunca me cansaría o me quedaría sin aliento y nunca tendría que detenerme. Eso es lo que quiero ser cuando sea mayor...

Arrancó otro tallo largo de hierba, le quitó las briznas expertamente y empezó a masticarlo despacio.

Y los dos niños se quedaron sentados solos en la penumbra gris, uno junto al otro, y esperaron a que empezase el futuro.

EL BARRENDERO DE LOS SUEÑOS

Cuando se han acabado los sueños, cuando te has despertado y has dejado el mundo de locura y gloria por el yugo mundano y diurno, a través de los escombros de tus fantasías abandonadas camina el barrendero de sueños.

¿Quién sabe lo que era cuando estaba vivo? O si, en realidad, estuvo vivo alguna vez. Seguro que no contestará tus preguntas. El barrendero habla poco, con su voz áspera y gris, y, cuando habla, es más que nada sobre el tiempo y las perspectivas, victorias y derrotas de ciertos equipos deportivos. Desprecia a todo el que no es él.

Justo cuando te despiertas viene a ti y barre y recoge reinados y castillos, y ángeles y búhos, montañas y océanos. Barre la lujuria y el amor y los amantes, los sabios que no son mariposas, las flores de carne, el correr de los ciervos y el hundimiento del *Lusitania*. Barre y recoge todo lo que dejaste en tus sueños, la vida que llevabas puesta, los ojos por los que mirabas, el examen que nunca pudiste encontrar. Uno a uno los barre: la mujer de dientes afilados que te hundió los dientes en la cara; las monjas de los bosques; el brazo muerto que salió del agua tibia del baño; los gusanos escarlata que te recorrían el pecho cuando te abriste la camisa.

Lo barrerá y lo recogerá: todo lo que dejaste al despertar. Luego, lo quemará, para dejar el escenario limpio para tus sueños de mañana.

Trátale bien, si le ves. Sé educado con él. No le hagas preguntas. Aplaudes las victorias de sus equipos, dile cuánto sientes sus derrotas, dale la razón respecto al tiempo. Tenle el respeto que él opina que se le debe.

Porque hay personas a las que ya no visita, el barrendero de sueños, con sus cigarrillos liados a mano y su dragón tatuado.

Las has visto. Les tiembla la boca y sus ojos miran fijamente, y farfullan y lloriquean y gimotean. Algunos recorren las ciudades vestidos con andrajos, sus pertenencias bajo los brazos. Otros están encerrados en la oscuridad, en lugares donde ya no pueden hacer daño, ni a ellos mismos ni a otros. No están locos, o mejor dicho la pérdida del juicio es el menor de sus problemas. Es peor que la locura. Te lo dirán, si les dejas: son los que viven, cada día, en los escombros de sus sueños.

Y si el barrendero de sueños te abandona, nunca volverá.

COLORES FRÍOS

I.

El cartero me despierta a las nueve,
y resulta que no es el cartero sino un vendedor ambulante de palomas,
que grita,
«Palomas gordas, palomas puras, de un blanco paloma, de un gris pizarra,
palomas vivas, que respiran,
nada de porquerías reanimadas, señor».

Tengo palomas de sobra y se lo digo.
Me dice que es nuevo en el negocio,
antes formaba parte de una compañía de éxito moderado
de análisis de valores financieros
pero le despidieron, le sustituyeron por un ordenador con el RS232 conectado a una
esfera de cuarzo.

«Aun así, no puedo quejarme, una puerta se abre, otra da un portazo,
hay que estar al día, señor, hay que estar al día.»

Me tiende una paloma gratis
(Para atraer clientela nueva,
cuando haya probado nuestras palomas, ya no se fijará en ninguna otra)
y baja las escaleras ufano y cantando,
«Palomas vivas, vivitas vivas».

Las diez en punto después de haberme bañado y afeitado
(aplicados los ungüentos de juventud eterna y de cierta atracción sexual de sus
recipientes de plástico)

llevo la paloma a mi estudio;
reviso el círculo de tiza que rodea mi vieja Dell 310,

cuelgo guardas en cada esquina del monitor,
y hago lo necesario con la paloma.

Entonces enciendo el ordenador: resopla y zumba,
en su interior los ventiladores soplan como vientos de tormenta en océanos viejos
listos para ahogar a pobres mercaderes.
Autoexec terminado, dice con un pitido:
Haré, haré, haré...

II.

Las dos y estoy paseando por un Londres conocido
—o lo que era un Londres conocido antes de que el cursor eliminase ciertas certezas

—
observo a un hombre de traje y corbata que amamanta
al Organizador de Psiones que se aloja en su bolsillo superior,
su interfaz de serie como una boca fresca que busca su pecho para alimentarse,
sensación familiar, y yo observo cómo mi aliento echa vapor al aire.

Frío como la teta de una bruja es Londres hoy en día,
nunca pensarías que es noviembre,
y de bajo tierra los sonidos de trenes retumban.
Misterioso: los metros son casi legendarios en estos tiempos,
se paran sólo para vírgenes y puros de corazón,
la primera parada Avalon, Lyonesse o las Islas de los Bienaventurados. Quizá
recibes una postal y quizá no.
De todos modos, mirar por cualquier sima demuestra de manera concluyente
que no hay espacio bajo Londres para pasos subterráneos;
me caliento las manos junto a un abismo.
Las llamas lamen hacia arriba.

Muy abajo un demonio sonriente me ve, saluda con la mano, mueve los labios con
cuidado,
como se le hace a los sordos o a los que están lejos o a los extranjeros.
Su actuación de vendedor es impecable: imita a un clónico de Dwarrow,
imita un software mejor de lo que jamás hubiera podido soñar,
Albertus Magnus ARCHivado en tres disquetes. *Claviculae Salomon* para VGA,
CGA, a cuatro colores o monocromo,
imita
e imita
e imita.

Los turistas se asoman por las fisuras al Infierno,

mirando a los condenados,
(quizá la peor parte de la condenación;
la tortura eterna es soportable en silencio noble, en soledad,
pero un público, que come cortezas y patatas fritas y castañas,
un público que ni siquiera está muy interesado...
Se deben sentir como algo en el zoo,
los condenados).

Las palomas revolotean alrededor del infierno, bailando en las corrientes
ascendentes,
la memoria de la raza quizá les diga
que por aquí en alguna parte debería haber cuatro leones,
agua descongelada, un hombre de piedra en lo alto;
los turistas se apiñan a su alrededor.
Uno hace un trato con el demonio: un paquete de diez disquetes vírgenes por su
alma.
Otro ha reconocido a un pariente entre las llamas y le está saludando con la
mano:

¡Yujuuu! ¡Yujuuu! ¡Tío Joseph! Mira, Nerissa, es tu tío abuelo Joe
que murió antes de que nacieras,
es ése de ahí abajo, en el cenagal, con escoria hirviendo hasta los ojos
con los gusanos entrando y saliéndole de la cara.
Un hombre tan encantador.
Todos lloramos en su funeral.
Saluda a tu tío, Nerissa, saluda a tu tío.

El hombre de las palomas pone ramitas untadas con liga en las losas resquebrajadas,
luego las espolvorea con migas de pan y espera.
Se levanta la gorra para saludarme.
«Espero, señor, que la paloma de esta mañana fuera satisfactoria.»
Reconozco que lo era y le lanzo un chelín de oro
(con el que toca a escondidas el hierro de su guante,
comprobando que no sea oropel, y después lo hace desaparecer).

Martes, le digo. Venga los martes.

III.

Chozas y chabolas con patas de pájaro llenan las calles de Londres,
pasan, larguiruchas, por encima de los taxis, cagando brasas sobre ciclistas,
haciendo cola en las calles detrás de los autobuses,
coccocccocccooc, murmuran.

Ancianas con dientes de hierro miran por las ventanas,
luego vuelven a sus espejos mágicos,
o a sus tareas domésticas,

y pasan el aspirador a través de la niebla y del aire inmundo.

IV.

Las cuatro en el Soho Antiguo, que se está convirtiendo
con mucha rapidez en un páramo de tecnología perdida.
La rejilla de trinquete de amuletos a la que le están dando cuerda
con llaves plateadas
suena en las callejuelas, en todas las Relojerías,

Abortisterías, Filtros y Estancos.
Está lloviendo.

Niños de tablón de anuncios conducen coches de chulo con sombreros flexibles,
proxenetas de módem
reyes niños de la señal al ruido vestidos con anorak;
y toda su cuadra punteada e iluminada por el neón flirtea y da vueltas bajo las luces,
súcubos e íncubos con fechas límites de venta y ojos de tarjeta electrónica,
todo tuyo, si tienes tu número.
si sabes tu fecha de caducidad, todo eso.
Uno de ellos me guiña el ojo
(se enciende, se enciende y se apaga, se apaga, se apaga y se enciende),
el ruido se traga la señal en una felación a tientas.
(Cruzo dos dedos,
una precaución binaria contra el maleficio,
eficaz como superconductor o mera superstición.)
Dos poltergeists comparten una comida para llevar. El Soho Antiguo siempre me
pone nervioso.

La calle Brewer. Un siseo desde un callejón: Mefistófeles se abre el abrigo marrón, me muestra el forro (viejas invocaciones de bases de datos, fantasmas profanos de los Reyes Magos, con gráficos), maldice y empieza:

¿Arruinar a un enemigo?
¿Marchitar una cosecha?
¿Volver estéril a una consorte?
¿Degradar a un inocente?
¿Estropear una fiesta...?
¿Para usted, señor? ¿No, señor? Recapacite, se lo ruego.
Sólo un poco de su sangre para emborronar este listado
y podrá ser el dueño orgulloso de un nuevo sintetizador de voz,
escuche...

Coloca un portátil Zenith en una mesa que fabrica con una maleta discreta,
atrayendo con ello a un número reducido de espectadores, enchufa la caja de voces,
teclea

C> cambiar: IR A

y recita en voz precisa y excelente:

*Orientis princeps Beëlzebub, inferni irredentista menarche et demigorgon,
propitiamus votos...*

Sigo adelante rápidamente, bajo la calle deprisa
mientras fantasmas de papel, listados viejos, me pisan los talones,
y oigo su palabrería de hombre de mercado:

Ni veinte
ni dieciocho
ni quince
me costó doce señora y que Satanás me asista pero, ¿para usted?
Porque me gusta su cara bonita
porque quiero levantarle la moral.

Cinco.
Así es
Cinco.

Vendido a la señora de los ojos hermosos...

V.

El arzobispo se encorva con ojos glaucos y ciegos en la oscuridad en el límite de la
catedral de St. Paul,
pequeño, como un pajarito, luminoso, tarareando *I/O, I/O, I/O*.
Son casi las seis y el tráfico de la hora punta de sueños robados
y memoria ampliada se hace con la calzada que hay a nuestros pies.

Le paso mi jarra al hombre.
La coge, con cuidado, y regresa arrastrando los pies a las sombras de la catedral que
le están esperando.
Cuando vuelve la jarra está llena otra vez.
Le tomo el pelo, «¿Me garantiza que es bendita?»
Traza una palabra en el polvo helado: LQVELQO
y no me devuelve la sonrisa.
(Lo que velo. Lo ve loco.)
Tose flema gris y lechosa,
escupe en los escalones.

Lo que veo en la jarra: parece lo bastante bendita, pero nunca se sabe seguro,
a menos que seas una sirena o una aparición,
cuajándose en el micrófono de un teléfono, montada en el pitido,
una invocación, un Número muy Equivocado; entonces puedes distinguirla
de la bendita.

Ya he vertido teléfonos en cubos de ese líquido,
he observado cosas que empiezan a formarse
luego burbujan y silban cuando el agua las alcanza:
purificadas y rociadas, la Autorización Final.
Una tarde
había toda una cola, atrapadas en la cinta de mi contestador automático:
las copié en un disquette y lo archivé.
¿Lo quieres?
Oye, todo está en venta.

El sacerdote tendría que afeitarse y le ha entrado el tembleque.
Sus vestiduras manchadas de vino hacen poco para que no se enfríe.
Le doy dinero.
(No mucho. Después de todo,
es sólo agua, algunas criaturas son tan estúpidas
que te harían una porquería de fundido de Savini
si las rociaras con Perrier
por el amor de Dios, y no dejarían de gemir,

Todo mi mal, mi hermoso mal.)

El viejo sacerdote se guarda la moneda en el bolsillo, me da una bolsa de migas como gratificación, se sienta en los escalones, abrazándose.

Siento la necesidad de decir algo antes de marcharme.

Mira, le digo, no es culpa tuya.

No es más que un sistema multiusuario.

No tenías cómo saberlo.

Si las oraciones pudieran transmitirse por la red,

si el saintware estuviera listo y en marcha,

si pudieras hacer que tu lado fuera tan de fiar como ellos han hecho que lo sea el
suyo...

«Lo Que Ves», masculla desconsolado,

«Lo Que Ves Es Lo Que Hay». Desmenuza una hostia

se la tira a las palomas,

no hace intento alguno de atrapar siquiera al pájaro más lento.

Las guerras frías dan malos perdedores.

Me voy a casa.

VI.

Las noticias de las diez. Y aquí está Abel Drugger, para contárselas:

VII.

Los rabillos de mis ojos captan un movimiento apresurado y sin vida...
¿un ratón?

Bueno, era un periférico de algún tipo, desde luego.

VIII.

Es hora de acostarse. Doy de comer a las palomas,
luego me desnudo.
Pienso en transferir un súcubo de un panel,
quizá sólo llame a un adlátere
(hay cosas del dominio público, iconos y coños,
elementos para compartir, no hay por qué pagar una fortuna,
hasta el material protegido se puede copiar, pasar,
todo tiene un precio, cualquiera de nosotros).
Elementos secos, elementos húmedos, elementos físicos, elementos que no lo son,
elementos negros, elementos oscuros,
elementos nocturnos, lamentos nocturnos...
El módem está junto al teléfono, tentador,
ojos rojos.
Lo dejo descansar...
no te puedes fiar de nadie hoy en día.
Transfieres, mierda, ya no sabes qué vino ni de dónde,
quién fue el último en tenerlo.
¿Y a ti no? ¿No te asustan los virus?
Incluso los archivos mejor protegidos se corrompen
y los más protegidos se corrompen totalmente.

En la cocina oigo a las palomas juntar los picos y hacer colitas,
soñando con cuchillos para zurdos,

con hornillos de atañor y espejos.

Sangre de paloma mancha el suelo de mi estudio.

Solo, duermo. Y muy solo sueño

IX.

Quizá me despierto por la noche, comprendiendo algo de repente,
alargo la mano,
anoto en el dorso de una factura vieja
mi revelación, mi entendimiento nuevo,
sabiendo que la mañana hará que resulte prosaico,
sabiendo que la magia es una cosa de la noche,
recordando entonces cuando aún lo era...

La revelación le cede el paso al cliché, escuchad:

Las cosas parecían más sencillas antes de que tuviésemos ordenadores.

X.

Despierto o soñando, desde fuera oigo
aquellarres salvajes, vientos que chillan, el zumbido de una cinta, música industrial
metálica;

brujas a horcajadas en transistores de gueto a todo volumen abarrotan la luna,
luego aterrizan en el monte, con los costados desnudos brillantes.

Nadie paga nada para asistir al encuentro, todos han hecho que alguien se ocupara
de ello por adelantado,

huesos de bebé con grasa aún adherida a ellos;

estas cosas son un débito directo, orden permanente de pago,

y veo

o creo que veo

una cara que reconozco y todos ellos hacen cola para besarle el culo,

vayamos a bordear al diablo, chicos, simiente fría,

y en la oscuridad él se gira y me mira:

Una puerta se abre, otra da un portazo,
espero que todo sea satisfactorio.

Hacemos lo que podemos, todo el mundo tiene derecho a ganarse el pan
honradamente;

estamos en bancarrota, señor,

a todos nos han dejado en el paro,

pero tenemos que arreglárnoslas, silbar durante el bombardeo,

ése es el negocio. El precio mínimo no es ningún robo.

¿El martes por la mañana, entonces, con las palomas?

Asiento y corro las cortinas. Hay propaganda por todas partes.

Llegarán a ti,

de un modo u otro llegarán a ti; un día

encontraré mi metro bajo tierra, no pagaré billete,

sólo «Esto es el infierno y quiero salir de aquí»,

y entonces las cosas serán sencillas otra vez.

Vendrá a por mí como un dragón por un túnel oscuro.

PARTES FORÁNEAS

La ENFERMEDAD VENÉREA es una enfermedad contraída como consecuencia de una relación impura. Las horribles consecuencias constitucionales que esta afección puede tener como resultado —consecuencias que podrían contaminar todas las fuentes de salud y ser transmitidas para circular en la sangre joven de los vástagos inocentes, y el temor a las cuales podría perseguir a la mente durante años—, son sin duda consideraciones terribles, demasiado terribles para que la enfermedad no sea una de aquellas que deben tratarse sin vacilar con asistencia médica.

—SPENCER THOMAS, DR., L.U.R.C. (EDIM.),

DICCIONARIO DE MEDICINA Y CIRUGÍA DOMÉSTICA, 1882.

A Simon Powers no le gustaba el sexo. No mucho.

Le disgustaba tener a otra persona con él en la misma cama; sospechaba que se corría demasiado pronto; siempre le daba la molesta sensación de que su actuación estaba siendo calificada de algún modo, como un examen de conducir o de práctica.

Había echado un polvo en la universidad algunas veces y una vez, hacía tres años, después de la fiesta de fin de año de la oficina. Sin embargo, aquello se había acabado y, en lo que concernía a Simon, él lo había dejado del todo.

Se le ocurrió una vez, durante un momento de poco trabajo en la oficina, que le habría gustado vivir en la época de la reina Victoria, en que las mujeres bien educadas no eran más que muñecas sexuales resentidas en el dormitorio: se desataban las ballenas, se soltaban las enaguas (dejando al descubierto una carne de un blanco tirando a rosa), luego se recostaban y sufrían las indignidades del acto carnal, una indignidad de la que nunca se les habría ocurrido siquiera que se suponía que debían disfrutar.

Lo archivó para más tarde, otra fantasía masturbatoria.

Simon se masturbaba mucho. Cada noche, a veces incluso más si no podía dormir. Tardaba todo el tiempo, mucho o poco, que quería en tener un orgasmo. Además, en su mente, se había acostado con todos. Estrellas de cine y televisión; mujeres de la oficina; colegialas; las modelos desnudas que hacían mohines en las páginas arrugadas de *Fiesta*; esclavas sin rostro y encadenadas; chicos bronceados

con cuerpos como los dioses griegos...

Noche tras noche, desfilaban ante él.

Era más seguro así.

En su mente.

Después, se quedaba dormido, cómodo y seguro en un mundo que él controlaba, y dormía sin soñar. O, al menos, nunca recordaba sus sueños por la mañana.

La mañana en que empezó, le despertó la radio («...doscientos muertos y un gran número de heridos; y ahora conectamos con Jack para las noticias del tiempo y del tráfico...»), se levantó de la cama con gran esfuerzo y entró a trompicones, con la vejiga dolorida, en el cuarto de baño.

Levantó el asiento del váter y orinó. Fue como si estuviese meando agujas.

Tuvo que orinar otra vez después del desayuno —con menos dolor, ya que el flujo no era tan abundante—, y tres veces más antes de la comida.

Le dolió todas las veces.

Se dijo que no podía ser una enfermedad venérea. Eso era algo que cogían otras personas y algo (pensó en sus últimas relaciones sexuales, hacía ya tres años) que cogías de otras personas. Lo cierto es que no se podía coger de los asientos del váter, ¿verdad? Eso no era más que un chiste, ¿no?

Simon Powers tenía veintiséis años y trabajaba en un gran banco de Londres, en la sección de valores. Tenía pocos amigos en el trabajo. A su único verdadero amigo, Nick Lawrence, un canadiense solitario, hacía poco que le habían trasladado a otra sucursal y Simon se sentaba solo en el comedor del personal, mirando el paisaje de mecano de la zona portuaria, comiéndose a desgana una ensalada verde mustia.

Alguien le dio un golpecito en el hombro.

—Simon, hoy me han contado uno bueno. ¿Quieres oírlo? —Jim Jones era el payaso de la oficina, un hombre joven moreno y vehemente que aseguraba tener en los calzoncillos un bolsillo especial para los condones.

—Uhm. Claro.

—Ahí va. ¿Cuál es el nombre colectivo de la gente que trabaja en las cajas?

—¿El qué?

—El nombre colectivo. Ya sabes, como un rebaño de ovejas o una manada de leones. ¿Te rindes?

Simon asintió.

—Una polectividad de cajeros.

Simon debía de tener cara de no entender nada, porque Jim suspiró y dijo:

—Polectividad de cajeros. *Colectividad de pajeros*. Dios, qué lento eres...

Entonces, al ver a un grupo de mujeres jóvenes en una mesa lejana, Jim se enderezó la corbata y se llevó su bandeja adonde estaban ellas.

Simon oyó cómo Jim les contaba el chiste a las mujeres, esta vez con movimientos de mano adicionales.

Todas lo entendieron de inmediato.

Simon dejó la ensalada en la mesa y volvió al trabajo.

Aquella noche se sentó en la silla de su habitación amueblada, con la televisión apagada, e intentó recordar lo que sabía sobre enfermedades venéreas.

Estaba la sífilis, que te llenaba la cara de pústulas y volvía locos a los reyes de Inglaterra; la gonorrea —las purgaciones—, un flujo mucoso verde y más locura; ladillas, piojitos púbicos, que anidaban y picaban (se examinó el vello púbico con una lupa, pero no se movía nada); el SIDA, la plaga de los ochenta, un llamamiento a jeringas limpias y hábitos sexuales más seguros (pero, ¿qué podía ser más seguro que una paja limpia para uno en un montón de pañuelos de papel nuevos?); herpes, que tenía algo que ver con llagas en la boca (se comprobó los labios en el espejo, tenían buen aspecto). Eso es todo lo que sabía.

Así que se fue a la cama y se durmió muy inquieto, sin atreverse a masturbarse.

Aquella noche soñó con mujeres diminutas de caras anodinas, que caminaban formando filas interminables entre edificios de oficinas descomunales, como un ejército de hormigas soldado.

Simon no hizo nada respecto al dolor durante otros dos días. Esperaba que se fuera o que mejorase solo. No lo hizo. Empeoró. El dolor continuaba hasta una hora después de orinar; notaba el pene en carne viva y magullado por dentro.

Al tercer día, telefoneó al consultorio de su médico para pedir hora. Le horrorizaba tener que decirle a la mujer que contestó el teléfono cuál era el problema y se sintió aliviado, y quizá sólo un poco decepcionado, cuando ella no se lo preguntó sino que se limitó a darle hora para el día siguiente.

Le dijo a su superiora del banco que le dolía la garganta y que tendría que ir al médico para que le examinara. Sentía como le ardían las mejillas cuando se lo decía, pero ella no hizo ningún comentario y simplemente le dijo que no había problema.

Al salir de su despacho, descubrió que estaba temblando.

Era un día gris y lluvioso cuando llegó al consultorio del médico. No había cola y entró inmediatamente. No era el médico que siempre le atendía, vio Simon, reconfortado. Era un joven paquistaní, de la edad de Simon más o menos, que le interrumpió cuando recitaba los síntomas tartamudeando y preguntó:

—¿Así que estamos orinando más de lo habitual, eh?

Simon asintió.

—¿Alguna secreción?

Simon negó con la cabeza.

—Muy bien. Quisiera que se bajara los pantalones, si no le importa.

Simon se los bajó. El médico le miró el pene detenidamente.

—Sí que tiene una secreción, ¿sabe? —dijo.

Simon se volvió a subir los pantalones.

—Bien, Sr. Powers, dígame, ¿cree que es posible que alguien le haya contagiado una, uh, enfermedad venérea?

Simon lo negó enérgicamente.

—No he practicado el sexo con nadie... —casi dijo «nadie más»— ...desde hace unos tres años.

—¿No? —era obvio que el médico no le creía. Olía a especias exóticas y tenía los dientes más blancos que Simon había visto jamás—. Bueno, ha contraído o bien gonorrea o bien UNE. Probablemente sea UNE: uretritis no específica, que es menos famosa y menos dolorosa que la gonorrea, pero que tratarla puede ser un coñazo. La gonorrea se quita con una dosis grande de antibióticos. Acaba con la mierda esa... —dio dos palmadas fuertes—. Así, ya está.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—¿Qué es? No, qué va. Ni siquiera intentaré descubrirlo. Le voy a enviar a una clínica especial, que se ocupa de ese tipo de cosas. Le daré una nota para que la lleve —sacó un bloc de notas con membrete del cajón—. ¿A qué se dedica, Sr. Powers?

—Trabajo en un banco.

—¿Es cajero?

—No —negó con la cabeza—. Estoy en valores. Trabajo de oficinista para dos directores adjuntos —se le ocurrió algo—. No tienen por qué estar al corriente de esto, ¿verdad?

El doctor puso cara de asombro.

—Dios santo, claro que no.

Escribió una nota, con letra cuidadosa y redonda, en la que consignaba que Simon Powers, de veintiséis años, tenía algo que probablemente era UNE. Tenía una secreción. Decía que no había practicado el sexo durante tres años. Tenía molestias. Podrían hacerle saber los resultados de los análisis, por favor. La firmó con un garabato. Luego le dio una tarjeta con la dirección y el número de teléfono de una clínica especial.

—Tenga. Aquí es donde ha de ir. No se preocupe, le pasa a mucha gente. ¿Ve todas las tarjetas que tengo aquí? No se preocupe, pronto estará como nuevo. Llámeles cuando llegue a casa y pida hora.

Simon cogió la tarjeta y se levantó para irse.

—No se preocupe —dijo el médico—. No será difícil de tratar.

Simon asintió con la cabeza e intentó sonreír.

Abrió la puerta para salir.

—Y, por lo menos, no es nada muy grave, como la sífilis —dijo el médico.

Las dos mujeres mayores que estaban sentadas fuera en la sala de espera del vestíbulo alzaron la vista encantadas por haber oído aquellas palabras por casualidad y miraron ávidamente a Simon, mientras se alejaba.

Deseó estar muerto.

Fuera, en la acera, esperando a que llegase el autobús que le llevaría a casa, Simon pensaba: *yo tengo una enfermedad venérea. Yo tengo una enfermedad venérea. Yo tengo una enfermedad venérea.* Una y otra vez, como un mantra.

Debería ir tocando una campana mientras caminaba.

En el autobús intentó no acercarse demasiado a los demás pasajeros. Estaba seguro de que lo sabían (¿no lo deducían por las marcas de la peste que tenía en la cara?); y, al mismo tiempo, se sentía avergonzado de tener que ocultárselo.

Regresó al piso y fue directo al cuarto de baño, esperando ver una cara purulenta de película de terror, un cráneo putrefacto cubierto de moho azul, que le devolviera la mirada desde el espejo. En cambio, vio un empleado de banco de unos veinticinco años, de mejillas rosadas, pelo rubio y piel perfecta.

Se sacó el pene torpemente y lo examinó con atención. No era ni de un verde gangrenoso ni de un blanco leproso, sino que tenía un aspecto absolutamente normal, excepto por la punta ligeramente hinchada y la secreción clara que lubricaba el agujero. Se dio cuenta de que la exudación le había manchado los calzoncillos blancos por la entrepierna.

Simon se sentía furioso consigo mismo y aún más furioso con Dios por haberle dado una (digamos) (*dosis de purgaciones*) que obviamente le tocaba a otra persona.

Aquella noche se masturbó por primera vez en cuatro días.

Fantaseó con una colegiala de braguitas de algodón azul que se transformó en una mujer policía, después en dos mujeres policía y después en tres.

No le dolió en absoluto hasta que tuvo un orgasmo; entonces fue como si alguien le estuviera metiendo una navaja dentro de la polla. Como si estuviera eyaculando mil alfileres.

Empezó a llorar en la oscuridad, pero si era por el dolor o por alguna otra razón, menos fácil de identificar, ni Simon lo sabía seguro.

Aquella fue la última vez que se masturbó.

La clínica estaba situada en un hospital Victoriano y adusto en el centro de Londres. Un hombre joven de bata blanca miró la tarjeta de Simon y cogió la nota del médico y le dijo que tomara asiento.

Simon se sentó en una silla de plástico naranja cubierta de huellas marrones de cigarrillos.

Se quedó mirando el suelo unos minutos. Luego, tras haber agotado aquella forma de entretenimiento, miró las paredes y, al final, al no tener otra opción, a las demás personas.

Eran todos hombres, gracias a Dios —las mujeres estaban arriba, en el siguiente piso—, y había más de doce.

Los que estaban más cómodos era los del tipo obrero y muy macho, que venían por décima o centésima vez, con cara de estar muy satisfechos consigo mismos, como si fuera lo que fuese que hubiesen cogido se tratase de una prueba de su virilidad. Había unos cuantos caballeros de ciudad de traje y corbata. A uno de ellos se le veía relajado; llevaba un teléfono móvil. Otro, escondido tras el *Daily Telegraph*, estaba sonrojado, avergonzado de encontrarse allí; había hombrecitos de bigotes ralos y

gabardinas gastadas, vendedores de periódicos, quizá, o profesores jubilados; un caballero malayo rechoncho que fumaba cigarrillos sin filtro, uno tras otro, encendiendo cada cigarrillo con la colilla del anterior, de modo que la llama nunca se apagaba, sino que se transmitía de un cigarrillo moribundo al próximo. En un rincón había una pareja gay. Ninguno de los dos parecía tener más de dieciocho años. Se veía claramente que aquella también era su primera cita, por el modo en que no dejaban de echar miradas a su alrededor. Se cogían de la mano, discretamente, con los nudillos blancos. Estaban aterrorizados.

Simon se sintió reconfortado. Se sintió menos solo.

—Señor Powers, por favor —dijo el hombre de recepción. Simon se levantó, consciente de que todas las miradas estaban puestas en él, de que le habían identificado y nombrado delante de toda aquella gente. Un doctor pelirrojo, jovial y de bata blanca le esperaba.

—Sígame —dijo.

Recorrieron algunos pasillos, entraron en el consultorio del médico por una puerta en la que ponía DR. J. BENHAM escrito con rotulador en una hoja de papel blanco enganchada con celo al cristal esmerilado.

—Soy el doctor Benham —dijo el doctor. No le tendió la mano—. ¿Tiene una nota de su médico?

—Se la di al hombre de recepción.

—Ah —el Dr. Benham abrió un expediente que estaba en el escritorio que tenía delante. Había una etiqueta impresa por ordenador en el margen. Ponía:

Inscrito 2 jul. 90. Varón. 90/00666.L

Powers, Simon, Sr.

Nacido 12 oct. 63. Soltero.

Benham leyó la nota, miró el pene de Simon y le entregó una hoja de papel azul del expediente. Tenía la misma etiqueta, pegada a la parte de arriba.

—Tome asiento en el pasillo —le dijo—. Una enfermera vendrá a buscarle.

Simon esperó en el pasillo.

—Son muy delicadas —dijo el hombre muy bronceado que estaba sentado a su lado, sudafricano por el acento o quizá zimbabuense. Un acento colonial, en todo caso.

—¿Cómo dice?

—Muy delicadas. Las enfermedades venéreas. Piénselo. Se puede coger un resfriado o una gripe sólo por estar en la misma habitación que otra persona que lo tenga. Las enfermedades venéreas necesitan calor y humedad, y contacto íntimo.

La mía no, pensó Simon, pero no dijo nada.

—¿Sabe qué es lo que me horroriza? —dijo el sudafricano.

Simon negó con la cabeza.

—Decírselo a mi mujer —dijo el hombre, y se quedó callado.

Una enfermera vino y se llevó a Simon. Era joven y bonita, y él la siguió hasta su cubículo. Le cogió el papel azul.

—Quítese la chaqueta y levántese la manga derecha.

—¿La chaqueta?

Ella suspiró.

—Para el análisis de sangre.

—Ah.

El análisis de sangre fue casi agradable, comparado con lo que vino después.

—Bájese los pantalones —le dijo la enfermera. Tenía un marcado acento australiano. Su pene se había contraído, retraído fuertemente hacia sí mismo; estaba gris y arrugado. Se descubrió queriendo decirle que normalmente era mucho más grande, pero entonces ella cogió un instrumento metálico con una espiral de alambre en el extremo, y deseó que fuera aún más pequeño.

—Meta el pene en la base y empuje hacia delante varias veces.

Lo hizo. Ella le introdujo la espiral en la punta del pene y la hizo girar hacia dentro. Él hizo una mueca de dolor. Ella embadurnó un portaobjetos de cristal con la secreción. Luego señaló un frasco de cristal que estaba sobre una estantería.

—¿Puede orinar ahí dentro, por favor?

—¿Cómo, desde aquí?

Ella frunció los labios. Simon sospechó que debía de haber oído aquel chiste treinta veces al día desde que estaba trabajando allí.

La enfermera salió del cubículo y le dejó solo.

Por lo general, a Simon le costaba mear y a menudo tenía que esperar en los lavabos hasta que se había ido todo el mundo. Envidiaba a los hombres que entraban en el lavabo con indiferencia, se bajaban la cremallera y sostenían conversaciones alegres con sus vecinos del urinario de al lado, mientras regaban la porcelana blanca con su orina amarilla. Él con frecuencia ni siquiera podía mear.

No conseguía hacerlo en aquel momento.

La enfermera entró otra vez.

—¿No ha habido suerte? No se preocupe. Vuelva a tomar asiento en la sala de espera y el doctor le hará pasar dentro de un minuto.

—Bueno —dijo el Dr. Benham—. Tiene UNE. Uretritis no específica.

Simon asintió con la cabeza y luego dijo:

—¿Eso qué significa?

—Significa que no tiene gonorrea, señor Powers.

—Pero no he practicado el sexo con, con nadie, desde hace...

—Oh, no tiene por qué preocuparse por eso. Puede ser una enfermedad totalmente espontánea, para cogerla no es necesario que, uhm, satisfaga sus deseos —Benham metió la mano en un cajón del escritorio y sacó un frasco de pastillas—. Tómese una cuatro veces al día antes de las comidas. No pruebe el alcohol, nada de

sexo y no beba leche durante un par de horas después de tomarse la pastilla. ¿Lo ha entendido?

Simon sonrió, nervioso.

—Le veré la semana que viene. Pida hora en la planta baja.

En la planta baja le dieron una tarjeta roja con su nombre escrito y la hora de la cita. También había un número: 90/00666.L.

De regreso a casa bajo la lluvia, Simon se detuvo frente a una agencia de viajes. En el póster del escaparate se veía una playa soleada y tres mujeres bronceadas, que llevaban bikini y bebían refrescos en vasos largos.

Simon nunca había salido del país.

Los lugares extranjeros le ponían nervioso.

A medida que transcurrió la semana, el dolor desapareció; y, cuatro días después, Simon descubrió que ya era capaz de orinar sin estremecerse.

Sin embargo, algo más estaba ocurriendo.

Empezó como una semilla diminuta que arraigó en su mente y creció. Se lo comentó al Dr. Benham en su cita siguiente.

Benham se quedó desconcertado.

—¿Entonces dice que siente como si su pene ya no fuera suyo, señor Powers?

—Así es, doctor.

—Me temo que no le sigo del todo. ¿Tiene una especie de pérdida de sensación?

Simon sentía el pene dentro de sus pantalones, notaba la sensación del tejido contra la carne. El pene empezó a moverse en la oscuridad.

—En absoluto. Lo siento todo igual que siempre. Es sólo que lo noto... bueno, diferente, supongo. Como si en realidad ya no fuera parte de mí. Como si... —hizo una pausa—. Como si perteneciera a otra persona.

El Dr. Benham dijo que no con la cabeza.

—Como respuesta a su pregunta, Sr. Powers, ése no es un síntoma de la UNE, aunque es una reacción psicológica totalmente válida para alguien que la ha contraído. Una, eh, sensación de asco consigo mismo, quizá, que ha exteriorizado en un rechazo a sus genitales.

Eso suena más o menos bien, pensó el Dr. Benham. Esperaba haber utilizado la jerga correcta. Nunca le había prestado demasiado atención a sus clases o a sus libros de texto de psicología, lo que tal vez explicaría, o así lo sostenía su mujer, por qué se hallaba actualmente cumpliendo una temporada en una clínica de enfermedades venéreas de Londres.

Powers parecía un poco más calmado.

—Sólo estaba algo preocupado, doctor, nada más —se mordió el labio inferior—. Uhm, ¿qué es exactamente la UNE?

Benham sonrió, de modo tranquilizador.

—Podría ser cualquiera de varias cosas. UNE es sólo nuestra forma de decir que no sabemos exactamente qué es. No es gonorrea. No es clamidia. «No específica»,

¿entiende? Es una infección y responde a los antibióticos. Lo que me recuerda que...

Abrió el cajón del escritorio y sacó un suministro nuevo para una semana.

—Pida hora en la planta baja para la semana que viene. Nada de sexo. Nada de alcohol.

¿*Nada de sexo?*, pensó Simon. *Ni loco.*

No obstante, al pasar junto a la bonita enfermera australiana en el pasillo, notó como su pene se movía otra vez y se empezaba a calentar y a ponerse duro.

Benham vio a Simon a la semana siguiente. Los análisis indicaron que aún tenía la enfermedad.

Benham se encogió de hombros.

—No es raro que resista tanto tiempo. ¿Dice que no siente ninguna molestia?

—No. Ninguna. Y tampoco he visto ninguna secreción.

Benham estaba cansado y tenía un dolor agudo detrás del ojo izquierdo. Le echó un vistazo a los análisis de la carpeta.

—Me temo que todavía la tiene.

Simon Powers corrió la silla. Tenía ojos grandes, azules y llorosos y una cara pálida y triste.

—¿Y qué hay de la otra cosa, doctor?

El doctor movió la cabeza.

—¿Qué otra cosa?

—Ya se lo *expliqué* —dijo Simon—. La semana pasada. Se lo *expliqué*. La sensación de que mi, uhm, mi pene ya no era, no es *mi* pene.

Claro, pensó Benham. *Es aquel paciente*. Nunca había forma de recordar la sucesión de nombres y caras y penes, con sus vergüenzas y sus jactancias y sus olores a sudor nervioso y sus tristes enfermedades.

—Mmm. ¿Qué hay de eso?

—Se está extendiendo, doctor. Siento como si toda la parte inferior de mi cuerpo fuera de otra persona. Las piernas y todo. Las noto, desde luego, y van a donde quiero que vayan, pero a veces tengo la sensación de que si quisieran irse a otro sitio, si quisieran irse a caminar por el mundo, podrían hacerlo y me llevarían con ellas.

»No podría hacer nada para evitarlo.

Benham volvió a mover la cabeza. La verdad era que no había estado escuchando.

—Le cambiaremos los antibióticos. Si los otros aún no han conseguido acabar con esta enfermedad, estoy seguro de que éstos lo harán. Probablemente también eliminen esa otra sensación, puede que sólo sea un efecto secundario de los antibióticos.

El joven le miraba fijamente.

A Benham le pareció que tendría que decir algo más.

—Quizá debería intentar salir un poco más —dijo.

El joven se levantó.

—A la misma hora la semana que viene. Nada de sexo, nada de copas, nada de leche después de las pastillas —el doctor recitó su letanía.

El hombre se marchó. Benham le observó detenidamente, pero no veía nada extraño en su forma de andar.

El sábado por la noche, el Dr. Jeremy Benham y su esposa, Celia, asistieron a una cena que daba un colega profesional. Benham se sentó junto a un psiquiatra extranjero.

Empezaron a hablar mientras comían el primer plato.

—El problema de decirle a la gente que eres psiquiatra —dijo el psiquiatra, que era americano y enorme y tenía una cabeza con forma de bala y parecía un marino mercante—, es que acabas viendo cómo intentan comportarse con normalidad el resto de la noche —soltó una risita, baja y lasciva.

Benham también se rió y, como estaba sentado al lado de un psiquiatra, se pasó el resto de la noche intentando comportarse con normalidad.

Bebió demasiado vino durante la cena.

Después del café, cuando ya no se le ocurría nada más que decir, le contó al psiquiatra (que se llamaba Marshall, aunque le dijo a Benham que le llamase Mike) lo que recordaba de las ideas delirantes de Simon Powers.

Mike se rió.

—Suena divertido. Quizá un poquitín espeluznante. Pero no tiene por qué preocuparse. Es probable que sólo sea una alucinación provocada por una reacción a los antibióticos. Se parece un poco al síndrome de Capgras. ¿Han oído hablar de eso por aquí?

Benham asintió con la cabeza, entonces pensó y luego dijo:

—No.

Se sirvió otro vaso de vino, haciendo caso omiso de su esposa, que había fruncido los labios y había hecho un movimiento negativo casi imperceptible con la cabeza.

—Bueno, el síndrome de Capgras —dijo Mike—, es un delirio muy original. Hace cinco años salió todo un artículo sobre ello en *The Journal of American Psychiatry*. Básicamente, es cuando alguien cree que las personas importantes de su vida —la familia, compañeros de trabajo, los padres, los seres amados, lo que sea— han sido substituidas por —¡fíjese!— dobles exactos.

»No se aplica a toda la gente que conocen, sólo a una selección. A menudo no es más que una persona de su vida. Y tampoco va acompañado de ideas delirantes. Es sólo eso. Gente con graves trastornos emocionales y tendencias paranoicas.

El psiquiatra se hurgó la nariz con la uña del pulgar.

—Una vez me topé con un caso, hará dos o tres años.

—¿Le curó?

El psiquiatra miró a Benham de reojo y sonrió, enseñando todos los dientes.

—En psiquiatría, doctor a diferencia, quizá, del mundo de las clínicas de enfermedades transmitidas sexualmente, no existe nada que se llame cura. Sólo existe la adaptación.

Benham tomó un sorbo de vino tinto. Más tarde se le ocurrió que nunca habría dicho lo que dijo después de no ser por el vino. Al menos, no en voz alta.

—Supongo... —hizo una pausa y recordó una película que había visto cuando era un adolescente. (¿Algo sobre *ultracuerpos*?)— Supongo que nadie comprobó jamás si a esa gente se la había sacado de en medio y se la había substituido por dobles exactos...

Mike-Marshall —lo que fuera— le echó una mirada rarísima a Benham y se dio la vuelta para hablar con el vecino del otro lado.

Benham, por su parte, siguió intentando comportarse con normalidad (fuera lo que fuese eso) y fracasó de manera lamentable. Se emborrachó muchísimo, empezó a refunfuñar sobre «la puta gente de las colonias» y tuvo una discusión violenta con su mujer cuando la fiesta ya había terminado, todo cosas que no ocurrían con especial normalidad.

Después de la pelea, la mujer de Benham cerró la puerta del dormitorio con llave y le dejó fuera.

Él se echó en el sofá de abajo, se tapó con una manta arrugada y se masturbó con los calzoncillos puestos. La simiente caliente salió a chorros sobre su estómago.

A altas horas de la noche, le despertó una sensación fría en las entrañas.

Se limpió con la camisa de etiqueta y volvió a dormirse.

Simon era incapaz de masturbarse.

Quería hacerlo, pero su mano no se movía. Estaba junto a él, sana, bien; pero era como si hubiese olvidado cómo hacer que le respondiera. Lo cual era ridículo, ¿no?

¿No?

Empezó a sudar. Las gotas de sudor le caían de la cara y de la frente a las sábanas blancas de algodón, pero el resto de su cuerpo estaba seco.

Célula a célula, algo se estaba extendiendo hacia arriba por su interior. Le rozó la cara con ternura, como el beso de una amante; le lamía la garganta, le respiraba en la mejilla. Le tocaba.

Tenía que salir de la cama. No podía salir de la cama.

Intentó gritar, pero su boca no quería abrirse. Su laringe se negaba a vibrar.

Simon aún podía ver el techo, iluminado por las luces de los coches que pasaban. El techo se volvió borroso: los ojos seguían siendo suyos y le salían lágrimas que le bajaban por el rostro y empapaban la almohada.

No saben lo que tengo, pensó. Dijeron que tenía lo que cogen todos los demás. Pero yo no cogí eso. Yo he cogido algo distinto.

O quizá, pensó, a medida que se le nublabla la visión y la oscuridad engullía lo que quedaba de Simon Powers, eso me cogió a mí.

Poco después. Simon se levantó, se lavó y se examinó detenidamente frente al espejo del cuarto de baño. Entonces sonrió, como si le gustara lo que veía.

Benham sonrió.

—Me complace comunicarle —dijo— que ya le doy el visto bueno.

Simon Powers se estiró en su asiento, perezosamente, y asintió.

—Me siento fenomenal —dijo.

Realmente tenía buen aspecto, pensó Benham. Radiante de salud. También parecía más alto. Un joven muy atractivo, decidió el médico.

—¿Así que, eh, ya no tiene esas sensaciones?

—¿Sensaciones?

—Esas sensaciones de las que me habló. De que su cuerpo ya no le pertenecía.

Simon movió la mano, suavemente, abanicándose la capa. El frío se había ido y Londres se estaba ahogando con una ola de calor repentina; era como si ya no estuviesen en Inglaterra.

Simon parecía divertido.

—Todo este cuerpo me pertenece, doctor. Estoy seguro de eso.

Simon Powers (90/00666.L. SOLTERO. VARÓN.) sonreía como si el mundo también le perteneciese.

El doctor le observó mientras salía del consultorio. Ahora parecía más fuerte, menos frágil.

El próximo paciente de la lista de visitas de Jeremy Benham era un chico de veintidós años. Benham iba a tener que decirle que era seropositivo. *Odio este trabajo, pensó. Necesito unas vacaciones.*

Caminó por el pasillo para llamar al chico y pasó junto a Simon Powers, que estaba hablando muy animado con una enfermera australiana joven y bonita.

—Debe de ser un sitio precioso —le estaba diciendo Simon—. Quiero verlo. Quiero ir a todas partes. Quiero conocer *a todo el mundo*.

Tenía una mano apoyada en el brazo de la enfermera y ella no hacía nada para soltarse.

El Dr. Benham se paró junto a ellos. Le tocó el hombro a Simon.

—Joven —dijo—. No quiero volver a verle por aquí.

Simon Powers sonrió.

—No me volverá a ver por aquí, doctor —dijo—. Al menos no como paciente. He dejado mi trabajo. Me voy a recorrer el mundo.

Se dieron la mano. La mano de Powers estaba caliente y seca y era agradable.

Benham se marchó, pero no pudo evitar oír a Simon Powers, que seguía hablando con la enfermera.

—Va a ser fantástico —le estaba diciendo. Benham se preguntó si hablaba de sexo o de viajes por el mundo o, tal vez, de algún modo, de ambas cosas.

—Me voy a divertir tanto —dijo Simon—. Ya me está gustando.

SEXTINA DE VAMPIROS

Espero aquí en los límites del sueño,
envuelto en sombras. El aire oscuro sabe a noche,
tan frío y vivificador, y espero a mi amor.
La luna ha blanqueado el color de su losa.
Vendrá, y entonces acecharemos este hermoso mundo,
sensibles a la oscuridad y al olor penetrante de la sangre.

Es un juego solitario, la búsqueda de la sangre,
aun así, un hombre tiene derecho a un sueño
y yo no renunciaría a él por nada en el mundo.
La luna le ha chupado la oscuridad a la noche.
Estoy entre las sombras, mirando su losa:

¿No muerta, mi amante... Oh, no muerta, mi amor?
Hoy te soñé mientras dormía y el amor
significaba más para mí que la vida, más que la sangre.
La luz del sol me buscaba, muy debajo de mi losa,
más muerto que cualquier cadáver pero aún en un sueño
hasta que desperté como el vapor en la noche
y el ocaso me obligó a salir al mundo.

Durante muchos siglos he recorrido el mundo
dando algo que se asemejaba al amor,
un beso robado, y luego de vuelta a la noche
satisfecho por la vida y por la sangre.
Y al llegar la mañana yo era sólo un sueño,
un cuerpo frío helándose bajo una losa.

Dije que no te dañaría. ¿Acaso soy la losa
que te deja presa del tiempo y del mundo?
Te ofrecí una verdad más allá de tus sueños
cuando todo lo que *tú* podías ofrecerme era tu amor.

Te dije que no te preocuparas y que la sangre
sabe más dulce al vuelo y ya entrada la noche.

A veces mis amantes se levantan para caminar por la noche...

A veces yacen, un cadáver frío bajo una losa,
y nunca conocen las alegrías del lecho y la sangre,
de andar entre las sombras del mundo;
así que se pudren criando gusanos. Oh mi amor,
susurraron que habías resucitado, en mi sueño.

Te he esperado junto a tu losa la mitad de la noche
pero no quieres abandonar tu sueño para buscar sangre.
Buenas noches, mi amor. Te ofrecí el mundo.

RATÓN

Tenían varios dispositivos que mataban al ratón rápidamente, otros que lo hacían más despacio. Había una docena de variantes de la ratonera tradicional, la que Regan tendía a considerar como la de Tom y Jerry: una trampa con un resorte metálico que se cerraba de golpe con sólo tocarla y le rompía el lomo al ratón; había otros artilugios en las estanterías: unos que asfixiaban al ratón, otros que lo electrocutaban o que incluso lo ahogaban, cada uno a salvo en su paquete de cartón multicolor.

—Esto no es exactamente lo que estaba buscando —dijo Regan.

—Pues aquí están todas las trampas que tenemos —dijo la mujer, que llevaba una etiqueta de identificación grande y de plástico que decía que se llamaba BECKY y que LE ENCANTA TRABAJAR PARA TI EN MACREA, LA TIENDA ESPECIALIZADA EN ALIMENTO PARA ANIMALES—, A ver, ahí...

Señaló un expositor independiente de bolsitas de VENENO PARA RATONES GATO-HAM-BRIENTO. Había un ratoncito de goma en la parte de arriba del expositor, con las patas al aire.

Regan experimentó un recuerdo fugaz y espontáneo: Gwen, extendiendo una mano elegante y rosada, con los dedos torcidos hacia arriba.

—¿Qué es esto? —dijo ella. Fue la semana antes de que él se marchase a América.

—No lo sé —dijo Regan. Estaban en el bar de un hotelito del West Country, alfombras de color burdeos, papel pintado de color beige. Él tenía un gin tonic en la mano; ella se estaba tomando su segundo vaso de chablis. Gwen le dijo una vez a Regan que las rubias deberían beber sólo vino blanco; quedaba mejor. Él se rió hasta que se dio cuenta de que lo decía en serio.

—Es uno de éstos, pero muerto —dijo ella, dándole la vuelta a la mano de modo que los dedos colgasen como las patas de un animal lento y rosado. Él sonrió. Más tarde, pagó la cuenta y subieron a la habitación de Regan...

—No. Veneno no. Verá, es que no quiero matarlo —le dijo a la dependienta, Becky.

Ella le miró con curiosidad, como si se hubiera puesto a hablar en una lengua extranjera.

—¿Pero no ha dicho que quería ratoneras...?

—Mire, lo que quiero es una trampa humana. Es como un pasillo. El ratón entra, la puerta se cierra tras él, no puede salir.

—¿Y cómo lo mata?

—No lo mato. Recorro algunas millas en coche y lo suelto. Y no vuelve a molestarme.

Ahora Becky estaba sonriendo, examinándole como si fuera la cosa más adorable, la cosita más dulce, tonta y mona que había visto.

—Quédese aquí —dijo—. Iré detrás a mirar.

Se fue por una puerta en la que ponía SÓLO EMPLEADOS. Tenía un culo bonito, pensó Regan, y era más o menos atractiva, de la forma sosa del centro de los Estados Unidos.

Echó un vistazo por la ventana. Janice estaba en el coche, leyendo una revista: una mujer pelirroja que llevaba una bata sin gracia. La saludó con la mano, pero ella no le estaba mirando.

Becky asomó la cabeza por la puerta.

—¡Bingo! —dijo—. ¿Cuántas quiere?

—¿Dos?

—No hay problema —desapareció otra vez y regresó con dos envases de plástico pequeños y verdes. Los marcó en la caja registradora y, mientras él revolvía entre sus billetes y monedas, con los que aún no estaba familiarizado, intentando reunir las monedas correctas, ella examinó las trampas, sonriendo, dándole la vuelta a los paquetes.

—Dios mío —dijo ella—. ¿Qué se les ocurrirá la próxima vez?

El calor le embistió de golpe al salir de la tienda.

Se dirigió al coche deprisa. El tirador metálico de la puerta estaba caliente; el motor estaba al ralentí.

Subió.

—He comprado dos —dijo. El aire acondicionado del coche era fresco y agradable.

—Ponte el cinturón —dijo Janice—. Oye, en serio, tendrás que aprender a conducir aquí —dejó la revista.

—Lo haré —dijo él—. Con el tiempo.

A Regan le daba miedo conducir en América: era como conducir por el otro lado de un espejo.

No dijeron nada más y Regan leyó las instrucciones que había al dorso de las cajas de las ratoneras. Según el texto, el principal atractivo de esta clase de trampa era que nunca tenías que ver, tocar o hacer algo con el ratón. La puerta se cerraba tras él y punto. Las instrucciones no decían nada sobre no matar al ratón.

Cuando llegaron a casa, sacó las trampas de las cajas, puso un poco de mantequilla de cacahuete al fondo de una, un trozo de chocolate para cocinar en la

otra y las colocó en el suelo de la despensa.

Las trampas no eran más que pasillos. Una puerta en un extremo, una pared en el otro.

En la cama aquella noche, Regan alargó la mano y le tocó los pechos a Janice mientras ella dormía; los tocó suavemente ya que no quería despertarla. Podía apreciar que estaban más llenos. Deseó que los pechos grandes le pareciesen eróticos. Se descubrió preguntándose cómo sería chuparle los pechos a una mujer mientras estaba lactando. Se imaginaba dulzura, pero no un sabor en particular.

Janice estaba profundamente dormida, pero se movió hacia él.

Él se alejó poco a poco; estaba acostado en la oscuridad, tratando de recordar cómo se dormía, buscando alternativas en la mente. Hacía tanto calor y el aire estaba tan cargado. Cuando vivían en Ealing solía dormirse al instante, estaba seguro. Hubo un grito agudo en el jardín. Janice se movió y se dio la vuelta, alejándose de él. El grito había parecido casi humano. A veces los zorros suenan como niños que chillan de dolor; Regan lo había oído decir hacía tiempo. O quizá era un gato. O un ave nocturna de algún tipo.

De todos modos, algo había muerto, en la noche. De eso no tenía la menor duda.

A la mañana siguiente una de las trampas había sido accionada, aunque, cuando Regan la abrió con cuidado, resultó estar vacía. Habían mordisqueado el cebo de chocolate. Abrió la puerta de la trampa otra vez y la volvió a colocar junto a la pared.

Janice estaba llorando en la sala de estar. Regan estaba de pie junto a ella; ella le tendió la mano y él la cogió con fuerza. Janice tenía los dedos fríos. Aún llevaba el camisón puesto y no se había maquillado.

Más tarde Janice hizo una llamada telefónica.

Poco antes del mediodía, llegó un paquete para Regan por Federal Express que contenía una docena de disquetes, todos llenos de números para que él los examinara y los arreglara y los clasificara.

Trabajó en el ordenador hasta las seis, sentado delante de un ventilador pequeño de metal que zumbaba y vibraba y movía el aire caliente por la habitación.

Aquella noche puso la radio mientras cocinaba.

—...lo que mi libro le *dice* a todo el mundo. Lo que los liberales no *quieren* que sepamos —la voz era alta, nerviosa, arrogante.

—Sí. Parte de aquello fue, bueno, bastante difícil de creer —el presentador le animaba a hablar: una voz de radio profunda, tranquilizadora y agradable al oído.

—Por *supuesto* que es difícil de creer. Va en contra de todo lo que se *quiere* creer.

Los liberales y los hom-mo-sexuales de los medios no *permiten* que se sepa la verdad.

—Bueno, eso ya lo sabemos, amigo. Volveremos con ustedes después de esta canción.

Era una canción country. Regan solía tener la radio sintonizada en la emisora local de la Radio Pública Nacional; a veces transmitían el informativo del servicio mundial de la BBC. Alguien debía de haber cambiado la sintonización, supuso, aunque no se podía imaginar quién lo había hecho.

Cogió un cuchillo afilado y cortó la pechuga de pollo con cuidado, separando la carne rosada, cortándola en tiras listas para freír, mientras oía la canción.

A alguien se le había roto el corazón; a alguien ya no le importaba. La canción se acabó. Hubo un anuncio de una cerveza. Después, los hombres empezaron a hablar otra vez.

—Lo que pasa es que al principio nadie se lo cree. Pero yo tengo los documentos. Tengo las fotografías. Lee mi libro. Ya lo verás. Es la alianza impía, y cuando digo impía lo digo en serio, algo entre el llamado grupo de presión a favor de la propia elección, la comunidad médica y los hom-mo-sexuales. Los hom-mos *necesitan* estos asesinatos porque es de ahí de donde sacan a los niños que utilizan en sus experimentos para encontrar una cura para el SIDA.

»Verás, esos liberales hablan de atrocidades nazis, pero nada de lo que hicieron aquellos nazis se *acerca* siquiera un poco a lo que están haciendo *ellos*, en estos mismos momentos. Cogen los fetos humanos y los injertan en ratoncitos para crear unas criaturas híbridas de ratón y ser humano para sus experimentos. *Entonces*, les inyectan el SIDA...

Regan se descubrió pensando en la pared de globos oculares ensartados de Mengele. Ojos azules y ojos marrones y ojos...

—¡Mierda! —se había cortado el pulgar. Se lo metió en la boca, lo mordió para detener la hemorragia, corrió al cuarto de baño y empezó a buscar una tirita.

—Recuerda, mañana he de salir de casa antes de las diez —Janice estaba de pie detrás de él. La miró a los ojos azules reflejados en el espejo del cuarto de baño. Se la veía tranquila.

—Bien —se puso la tirita en el pulgar, escondiendo y vendando la herida, y se volvió hacia ella.

—Hoy he visto un gato en el jardín —dijo ella—. Uno grande y gris. Quizá sea un gato callejero.

—Quizá.

—¿Has vuelto a pensar en lo de comprar un animal doméstico?

—La verdad es que no. Sólo sería otra preocupación más. Creía que estábamos de acuerdo: nada de animales.

Ella se encogió de hombros.

Volvieron a la cocina. Regan vertió aceite en la sartén y encendió el gas. Dejó

caer las tiras de carne rosada en la sartén y observó cómo se encogían y perdían color y cambiaban.

Al día siguiente, Janice se llevó el coche a la estación de autobuses por la mañana temprano. El viaje en coche hasta la ciudad era largo y no estaría en condiciones de conducir cuando estuviera lista para volver a casa. Se llevó quinientos dólares, en efectivo.

Regan comprobó las trampas. No habían tocado ninguna de las dos. Entonces vagó por los pasillos.

Al final, telefoneó a Gwen. La primera vez marcó mal, los dedos le resbalaron por los números del teléfono y la larga sucesión de dígitos le confundió. Lo intentó otra vez.

Un timbre, luego su voz en la línea.

—Asociados de Contabilidad Aliada, buenas tardes.

—¿Gwennie? Soy yo.

—¿Regan? ¿Eres tú, no? Esperaba que algún día me llamas. Te he echado de menos —su voz era lejana; los crujidos y el zumbido transatlánticos la alejaban aún más de él.

—Es caro.

—¿Has vuelto a pensar en regresar?

—No lo sé.

—¿Y cómo está tu mujercita?

—Janice está... —hizo una pausa. Suspiró—. Janice está bien.

—He empezado a acostarme con el nuevo director de ventas —dijo Gwen—. Después de que te fueras. No le conoces. Ya hace seis meses que te fuiste, así que, ¿qué iba a hacer, eh?

En aquel momento se le ocurrió a Regan que eso era lo que más odiaba de las mujeres: su sentido práctico. Gwen siempre le había hecho usar un condón, aunque a él no le gustaban, mientras que ella también usaba un diafragma y un espermicida. A Regan le daba la sensación de que por alguna parte de todo aquello se perdía un grado de espontaneidad, de romanticismo, de pasión. Le gustaba que el sexo fuera algo que simplemente pasaba, medio en su cabeza, medio fuera. Algo repentino y lascivo y poderoso.

Sintió un dolor punzante en la frente.

—¿Y qué tiempo hace allí? —preguntó Gwen, alegremente.

—Calor —dijo Regan.

—Ojalá lo hiciera aquí. Lleva semanas lloviendo.

Él dijo algo acerca de lo mucho que le gustaba volver a oír su voz. Después colgó el teléfono.

Regan comprobó las trampas. Seguían vacías.

Caminó hasta su despacho y puso la televisión.

—... es una pequeñina. Esto es lo que significa *feto*. Y un día llegará a ser mayor. Tiene deditos en las manos y en los pies... hasta tiene uñitas en los dedos de los pies.

Había una imagen en la pantalla: era roja y latía y estaba poco definida. Pasó a una mujer con una sonrisa inmensa, que abrazaba a un bebé.

—Algunos pequeños como ella llegarán a ser enfermeros o profesores o músicos. Un día, puede que uno de ellos llegue a ser incluso presidente.

De vuelta a la cosa rosada, que llenaba la pantalla.

—Pero esta pequeñina nunca llegará a ser mayor. Mañana la van a matar. Y su madre dice que no es un asesinato.

Cambió de canal hasta que encontró *I Love Lucy*, la nada perfecta de fondo, luego encendió el ordenador y se puso a trabajar.

Después de pasar dos horas persiguiendo un error de menos de cien dólares por columnas de números al parecer interminables, le empezó a doler la cabeza. Se levantó y salió al jardín.

Echaba de menos tener un jardín; echaba de menos los céspedes ingleses como Dios manda con hierba inglesa como Dios manda. La hierba de aquí estaba marchita y marrón y era escasa, los árboles tenían barbas de liquen como si salieran de una película de ciencia ficción. Siguió un camino hasta el bosque que había detrás de la casa. Una cosa gris y de líneas elegantes se deslizaba por detrás de los árboles.

—Ven, gatito, gatito —le llamó Regan—. Ven, minino minino minino.

Se acercó al árbol y miró detrás. El gato —o lo que pudiera haber sido— había desaparecido.

Algo le picó en la mejilla. Se pegó sin pensar, bajó la mano y descubrió que estaba manchada de sangre y que en ella había un mosquito, medio aplastado, que aún se movía.

Volvió a la cocina y se sirvió una taza de café. Echaba de menos el té, pero es que aquí no tenía el mismo sabor.

Janice llegó a casa hacia las seis.

—¿Cómo ha ido?

Se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Sí?

—Sí.

—He de volver la semana que viene —dijo—. Para una revisión.

—¿Quieren asegurarse de que no se han dejado ningún instrumento dentro de ti?

—Lo que sea —dijo ella.

—He hecho espaguetis a la boloñesa —dijo Regan.

—No tengo hambre —dijo Janice—. Me voy a la cama.

Subió al primer piso.

Regan trabajó hasta que los números dejaron de cuadrar. Subió y entró silenciosamente en el dormitorio a oscuras. Se quitó la ropa a la luz de la luna, la dejó caer en la alfombra y se deslizó entre las sábanas.

Sentía a Janice a su lado. Le temblaba el cuerpo y la almohada estaba mojada.

—¿Jan?

Ella le daba la espalda.

—Ha sido horrible —susurró en la almohada—. Me ha dolido tanto. Y no han querido darme una anestesia adecuada ni nada. Me han dicho que podían darme una inyección de Valium si quería, pero que allí ya no tenían anestesista. La mujer me ha dicho que se había ido porque no soportaba la presión y que de todos modos eso habría costado otros doscientos dólares y que nadie quería pagar...

»Me ha dolido tanto —ahora estaba llorando, diciendo las palabras entrecortadamente como si se las estuviesen arrancando—. Tanto.

Regan salió de la cama.

—¿Adónde vas?

—No tengo por qué escuchar todo esto —dijo Regan—. En serio, no tengo por qué escucharlo.

Hacía demasiado calor en la casa. Regan bajó las escaleras, en calzoncillos nada más. Entró en la cocina, los pies descalzos hacían ruidos pegajosos en el vinilo.

Una de las puertas de las ratoneras estaba cerrada.

Cogió la trampa. Parecía un poquitín más pesada que antes. Abrió la puerta con cuidado, sólo un poco. Dos ojitos le miraron. Pelaje marrón claro. Volvió a cerrar la puerta y oyó que algo escarbaba dentro de la trampa.

¿Ahora qué?

No podía matarlo. No era capaz de matar nada.

La ratonera verde despedía un olor acre y la parte de abajo estaba pegajosa por la meada del ratón. Regan lo llevó con cautela al jardín.

Se había levantado una brisa suave. La luna estaba casi llena. Se arrodilló en el suelo, puso la trampa con cuidado sobre la hierba seca.

Abrió la puerta del pasillo pequeño y verde.

—Huye —susurró, sintiéndose avergonzado por el sonido de su voz al aire libre—. Huye, ratoncito.

El ratón no se movió. Veía su nariz junto a la puerta de la trampa.

—Vamos —dijo Regan. Luz de luna brillante; lo veía todo, iluminado nítidamente y cubierto de sombras, como si no tuviese color.

Empujó la trampa suavemente con el pie.

Entonces el ratón salió a toda pastilla. Salió corriendo de la trampa, luego se

detuvo, se giró y se fue saltando hasta el bosque.

Entonces volvió a detenerse. El ratón miró en dirección a Regan. Regan estaba convencido de que le estaba mirando. Tenía unas manitas minúsculas y rosadas. En aquellos momentos Regan casi se sintió paternal. Sonrió, con nostalgia.

Un relámpago gris en la noche y el ratón colgó, forcejeando en vano, de la boca de un gran gato gris de ojos verdes que ardían en la noche. Entonces el gato se metió de un salto en la maleza.

Pensó por un momento en perseguir al gato, en liberar al ratón de sus fauces...

Se oyó un grito agudo en el bosque; sólo un sonido nocturno, pero por un instante Regan pensó que parecía casi humano, como una mujer chillando de dolor.

Lanzó la pequeña ratonera de plástico lo más lejos que pudo. Esperaba oír un estrépito satisfactorio cuando chocara contra algo, pero cayó sin hacer ruido entre los arbustos.

Entonces Regan volvió adentro y cerró la puerta de la casa tras él.

EL CAMBIO DEL MAR

Ahora es un buen momento para escribir esto,
ahora, con el ruido de los guijarros barridos por las olas,
y la lluvia inclinada, muy, muy fría, tamborileando, salpicando
en el techo de hojalata hasta que apenas puedo oírme pensar,
y por encima de todo el aullido bajo del viento. Créeme,
podría arrastrarme hasta las olas negras ahora,

pero eso sería una tontería, bajo la nube oscura.
«Óyenos ahora cuando Te gritamos

por los que están en peligro en el mar.»

Mis labios esbozan el himno antiguo, espontáneo,
quizá estoy cantando en voz alta. No sabría decirlo.

No soy viejo, pero cuando me despierto sufro dolores atroces,
los restos antiguos de un naufragio. Mírame las manos.

Encallecidas por las olas y el mar: y retorcidas,
se parecen a algo que podría encontrarme en la playa, después de una tormenta.
Sostengo el bolígrafo como un anciano.

Mi padre llamaba a un mar como éste «un creador de viudas».

Mi madre decía que el mar siempre era un creador de viudas,
incluso cuando estaba gris y en calma como el cielo. Y tenía razón.

Mi padre se ahogó con buen tiempo.

A veces me pregunto si sus huesos han llegado hasta la orilla arrastrados por las
olas,

o si, de haberlo hecho, yo los habría reconocido,
retorcidos y pulidos por el mar como estarían.

Yo era un chico de diecisiete años, tan gallito como cualquier otro joven
que cree que puede hacer de la mar su amada,
y le había prometido a mi madre que no me haría a la mar.

Me colocó de aprendiz en una papelería, y me pasaba los días
con resmas y manos de papel; pero cuando ella murió cogí sus ahorros

y me compré una barca pequeña. Cogí las nasas y las redes llenas de polvo de mi padre,
recluté una tripulación de tres hombres, todos mayores que yo,
y dejé los tinteros y las plumas para siempre.

Hubo meses buenos y también malos.

Muy, muy frío, el mar era glacial y salado, las redes me cortaban las manos,
los sedales eran juguetones y peligrosos; aun así,
no habría renunciado a ello por nada del mundo. No entonces.

El aroma salado de mi mundo me aseguraba que viviría eternamente.

Deslizándome por las olas con buena brisa,
el sol detrás de mí, más veloz que una docena de caballos por las crestas blancas de las olas,
aquello sí que era vivir.

La mar cambia de humor a menudo, enseguida lo aprendes.

El día sobre el que ahora escribo, estaba intranquila, de mal genio,
el viento venía de los cuatro puntos cardinales,
las olas muy picadas. No lograba adivinar sus intenciones.

No nos divisaban desde tierra, cuando vi una mano,
algo, que surgía del mar gris.

Recordando a mi padre, corrí a proa y le llamé en voz alta.

No hubo más respuesta que el gemido solitario de las gaviotas.

Y el aire se llenó de un aleteo de alas blancas y luego
la oscilación del botalón de madera, que me golpeó en la base del cráneo:
recuerdo la manera lenta en que la mar fría vino hacia mí,
me envolvió, me engulló, se me llevó para ella sola.

Yo sabía a sal. Estamos hechos de agua de mar y hueso:

eso es lo que me dijo el dueño de la papelería cuando era un niño.

Más tarde se me ocurrió que las aguas se rompen para anunciar todos los nacimientos,

y al recordar, quizá, mi propio nacimiento

estoy seguro de que aquellas aguas deben de saber a sal.

El mundo que hay bajo el mar estaba borroso. Frío, muy, muy frío...

No creo que la viera realmente. No puedo creerlo.

Un sueño o locura, la falta de aire,

el golpe en la cabeza: ella sólo era eso.

Pero cuando la veo en sueños, como la veo, nunca dudo de ella.

Vieja como el mar, era ella, y joven como una gran ola recién formada o una marejada.

Sus ojos de duende me habían espiado. Y yo sabía que me quería.
Dicen que los habitantes del mar no tienen alma: quizá
el mar es un alma inmensa que respiran y beben y viven.
Ella me quería y me habría tenido; no podía haber ninguna duda.
Y sin embargo...

Me sacaron del mar y me bombearon el pecho
hasta que vomité agua marina abundante en los guijarros mojados por las olas.
Estaba frío, muy, muy frío, temblaba y tiritaba y estaba mareado.
Tenía las manos heridas y las piernas retorcidas,
como si acabase de salir del agua profunda,
conchas decoradas o madera flotante son mis huesos,
con mensajes grabados escondidos bajo mi carne.

La barca nunca regresó. La tripulación no fue vista nunca más.
Vivo de la caridad del pueblo:
allí, de no ser por la clemencia del mar, vamos todos, dicen.
Han pasado algunos años: casi una veintena.
Y mujeres enteras me miran con piedad, o con desdén.

Fuera de mi casita, el aullido del viento se ha convertido en un grito,
hace que la lluvia repiquetee contra las paredes de hojalata,

y también que los guijarros silíceos crujan, piedra contra piedra.
«Óyenos ahora cuando Te gritamos

por los que están en peligro en el mar.»

Créeme, podría bajar al mar esta noche,
arrastrarme hasta ahí abajo a gatas.

Entregarme al agua y a la oscuridad.

Y a la chica.

Dejarle que chupara la carne de estos huesos enmarañados,
que me transmutase en algo incorruptible y de marfil:
algo espléndido y extraño. Pero sería una tontería.

La voz de la tormenta me está susurrando.

La voz de la playa me está susurrando.

La voz de las olas me está susurrando.

CUANDO FUIMOS A VER EL FIN DEL MUNDO

Por Dawnie Morningside, 11 1/4 Años

Lo que hice el día de los fundadores, que era fiesta, fue, mi papá dijo que íbamos a ir de picnic, y, mi mamá dijo donde y yo dije que quería ir al Valle de los Ponis y montar en los ponis, pero mi papá dijo que íbamos al fin del mundo y mi mamá dijo Dios santo y mi papá dijo vamos, Tanya, ya es hora de que la niña se entere de que van las cosas y mi mamá dijo no, no, solo quería decir que pensaba que el Singular Jardín de las Luces de Johnson estaba bonito en esta época del año.

A mi mamá le encanta el Singular Jardín de las Luces de Johnson, que está en Lux, entre la doceava calle y el río, y a mi también me gusta, sobre todo cuando te dan palitos de patata y se los das de comer a las ardillas blancas que vienen hasta la mesa de la comida.

Esta es la palabra para las ardillas blancas: albinas.

Dolorita Hunsickle dice que las ardillas te dicen la buena ventura si las atrapas pero yo nunca conseguí coger una. Dice que una ardilla le dijo que llegaría a ser una bailarina famosa y que se moriría de tisis sin nadie que la quisiera en una pensión de Praga.

Así que mi papá preparó la ensalada de patata.

Aquí está la receta.

La ensalada de patata de mi papá está hecha de patatitas nuevas diminutas, que hierve, luego cuando aún están calientes vierte su mezcla secreta por encima que es de mayonesa y crema y cositas como cebollas que se llaman cebolletas que saltea en grasa de beicon, y trocitos crujientes de beicon. Cuando se enfria es la mejor ensalada de patata del mundo, y es mejor que la ensalada de patata que nos dan en el colegio y que sabe a vomito blanco.

Nos paramos en una tienda y compramos fruta y Coca-Cola y palitos de patata, y lo metieron en una caja y la metieron en la parte de atrás del coche y nos metimos en el coche y mamá y papá y mi hermanita, ¡Ya Nos Vamos!

Donde está nuestra casa es por la mañana, cuando nos vamos, y llegamos a la

autopista y cruzamos el puente al ponerse el sol, y pronto oscureció. Me encanta conducir de noche.

Me siento en la parte de atrás del coche y me apretujo bien cantando canciones que dicen la la la en la parte de atrás de mi cabeza así que mi padre tiene que decir, Dawnie cariño deja de hacer ese ruido, pero yo sigo la la la.

La la la.

La autopista está cerrada por reparaciones así que seguimos señales y esto es lo que ponía: DESVIO.

Mamá le hizo poner el seguro a la puerta a papá, mientras estábamos conduciendo, y también me hizo poner el seguro a mí.

Oscurecía cada vez más mientras seguíamos.

Esto es lo que vi mientras atravesamos el centro de la ciudad, por la ventana. Vi a un hombre barbeado que salió corriendo cuando nos paramos en el semáforo y pasó un trapo sucio por todas nuestras ventanas.

Me hizo un guiño por la ventana, en la parte de atrás del coche, con sus ojos viejos.

Entonces ya no estaba allí, y mamá y papá tuvieron una discusión sobre quién era, y si era buena suerte o mala suerte. Pero no una discusión mala.

Había más señales que ponían DESVIO, y eran amarillas.

Vi una calle donde los hombres más bonitos que había visto jamás nos tiraban besos y cantaban canciones, y una calle donde vi a una mujer que se sujetaba un lado de la cara bajo una luz azul pero su cara sangraba y estaba mojada, y una calle donde solo había gatos que nos miraban.

Mi hermana dijo mia mia, que quiere decir mira y dijo gatito.

El bebé se llama Melicent, pero yo la llamo Daisydaisy. Es el nombre secreto con que la llamo. Viene de una canción llamada Daisydaisy, que dice, Daisy Daisy contestame por favor estoy medio loco de amor por ti no será una boda elegante no me puedo permitir un carruaje pero quedarás preciosa en el sillín de una bicicleta para dos.

Entonces salimos de la ciudad y entramos en las colinas.

Entonces había casas que eran como palacios a cada lado de la carretera, muy apartadas.

Mi papá nació en una de esas casas, y él y mamá tuvieron una discusión sobre dinero en la que él dice lo que desperdició para estar con ella y ella dice vaya, así que ya vuelves a sacar ese tema, ¿eh?

Miré las casas. Le pregunté a mi Papá en cuál vivía la Abuela. Dijo que no lo sabía, lo que era mentira. No sé por qué los mayores dicen tantas trolas, como cuando dicen que ya te lo contarán más tarde o ya veremos cuando quieren decir no o no te lo diré ni siquiera cuando seas mayor.

En una casa había gente bailando en el jardín. Entonces la carretera empezó a serpentear, y papá nos llevaba por el campo por la oscuridad.

¡Mira! dijo mi madre. Un ciervo blanco atravesó la carretera corriendo con gente que lo perseguía. Mi papá dijo que eran un incordio y que eran una plaga y como ratas con cuernos, y lo peor de chocar contra un ciervo es cuando te atraviesa el cristal y entra en el coche y dijo que tenía un amigo que murió pateado por un ciervo que le atravesó el cristal con pezuñas afiladas.

Y mamá dijo Dios santo como si fuera necesario explicar eso y papá dijo bueno es algo que ocurrió Tanya, y mamá dijo en serio eres incorregible.

Quería preguntar quién era la gente que perseguía al ciervo, pero en cambio empecé a cantar diciendo la la la la la la.

Mi papá dijo basta ya. Mi mamá dijo por el amor de Dios deja que la niña se exprese, y Papá dijo apuesto a que también te gusta masticar papel de aluminio y mi mamá dijo y qué quieres decir con eso y Papá dijo nada y yo dije ¿aún no hemos llegado?

Junto a la carretera había hogueras y a veces montones de huesos.

Nos paramos en la ladera de una colina. El fin del mundo estaba al otro lado de la colina, dijo mi papá.

Me pregunté como sería. Aparcamos el coche en el aparcamiento. Salimos. Mamá llevaba a Daisy. Papá llevaba la cesta de la comida. Caminamos hasta el otro lado de la colina, a la luz de las velas que habían colocado junto al sendero. Un unicornio se me acercó por el camino. Era blanco como la nieve y me acarició con la boca.

Le pregunté a papá si podía darle una manzana y dijo que probablemente tiene pulgas, y Mamá dijo que no tenía, y todo el tiempo su cola hacía suish suish suish.

Le ofrecí mi manzana y me miró con ojos grandes y plateados y entonces resopló así, jurrmmff, y se fue corriendo al otro lado de la colina.

El bebé Daisy dijo mia mia.

Así es como es el fin del mundo, que es el mejor sitio del mundo.

Hay un agujero en el suelo, que parece un agujero muy grande y ancho y personas bonitas sostienen palos y zimatarras que arden salen de dentro del agujero. Tienen el pelo largo y dorado. Parecen princesas, pero feroces. Algunas de ellas tienen alas y otras no.

Y hay un agujero grande en el cielo también y cosas que bajan de él, como el hombre de cabeza de gato y las serpientes hechas de algo que parece gel con purpurina como el que me poní en el pelo en la mañana del día de Todos los Santos, y vi algo que parecía una mosca grande vieja y zumbante, bajando del cielo. Había muchas. Tantas como estrellas.

No se mueven. Solo están ahí flotando, sin hacer nada. Le pregunté a Papá por qué no se estaban moviendo y dijo que se movían solo que muy muy despacio pero creo que no.

Nos sentamos a la mesa del picnic.

Papá dijo que lo mejor del fin del mundo era que no había abispos ni mosquitos. Y mamá dijo que no había muchas abispos en el Singular Jardín de las Luces de

Johnson tampoco. Yo dije que no habia muchas abispas o mosquitos en el Valle de los Ponis y que habia ponis también que podiamos montar y mi Papá dijo que nos habia traído aquí para que nos lo pasaramos bien.

Dije que queria ir a ver si veia el unicornio otra vez y mamá y papá dijeron no te alejes demasiado.

En la mesa de al lado habia personas con mascararas puestas. Fui con Daisydaisy a verles.

Cantaban Cumpleaños Feliz a una señora grande y gorda que estaba desnuda y que llevaba un sombrero grande y raro. Tenia muchos pechos por todo el cuerpo hasta la barriga. Esperé a que apagara las velas del pastel, pero no habia pastel.

¿No vas a pedir un deseo? dije.

Dijo que ya no podia pedir más deseos. Era demasiado vieja. Le dije que en mi ultimo cumpleaños cuando apagué mis velas todas de golpe habia pensado en mi deseo mucho rato e iba a pedir el deseo de que mamá y Papá no se peleasen más por la noche. Pero al final deseé un poni de Shetland pero nunca llegó.

La señora me abrazó y dijo que yo era tan mona que me comería entera, huesos y pelo y todo. Olia a leche seca y dulce.

Entonces Daisydaisy empezó a llorar con todas sus fuerzas, y la señora me dejó en el suelo.

Grité y llamé al unicornio, pero no lo vi. A veces creia que podia oir una trompeta y a veces creia que era solo el ruido en mis oidos.

Entonces volvimos a la mesa. ¿Qué hay después del fin del mundo? le dije a mi papá. Nada dijo. Nada en absoluto. Por eso se llama el fin.

Entonces Daisy vomitó encima de los zapatos de Papá y lo limpiamos.

Me senté junto a la mesa. Comimos ensalada de patatas, de la que ya os he dado la receta, deberíais hacerla es muy buena, y bebimos zumo de naranja y palitos de patata y huevo blando y bocadillos de berros. Nos bebimos la Coca-Cola.

Entonces Mamá le dijo a Papá algo que no oí y el le pegó en la cara con un golpe grande con la mano y Mamá empezó a llorar.

Papá me dijo que me llevara a Daisy y que paseara un poco mientras hablaban.

Me llevé a Daisy y dije vamos Daisydaisy, vamos Daisybonita porque ella también estaba llorando, pero yo ya soy muy mayor para llorar.

No podia oir lo que decian. Miré al hombre de cara de gato e intenté ver si se estaba moviendo muy muy despacio y oí la trompeta en el fin del mundo en mi cabeza que hacia tut tu tut.

Nos sentamos junto a una roca y le canté canciones a Daisy la la la la la al sonido de la trompeta en mi cabeza tut tu tut.

La la la la la la la la.

La la la.

Entonces mamá y papá se acercaron a mí y dijeron nos vamos a casa. Pero que todo iba bien de verdad. El ojo de mamá estaba todo morado. Estaba rara, como una

señora de la televisión.

Daisy dijo licula. Y yo le dije sí, era una licula. Volvimos a subirnos al coche.

De camino a casa, nadie dijo nada. El bebé dormió.

Habia un animal muerto junto a la carretera contra el que alguien habia chocado con el coche. Papá dijo que era un ciervo blanco. Yo pensé que era el unicornio, pero mamá dijo que no se puede matar a los unicornios pero creo que estaba mintiendo como hacen los mayores otra vez.

Cuando llegamos al Anochecer dije, si le contabas a alguien tu deseo, ¿queria decir que ya no se hacia realidad?

¿Qué deseo dijo Papá?

Tu deseo de cumpleaños. Cuando apagas las velas.

El dijo, los Deseos no se hacen realidad tanto si los cuentas como si no. Los deseos, dijo. Dijo que no te podias fiar de los deseos.

Le pregunté a Mamá y ella dijo, lo que diga tu padre, lo dijo en su voz fria, que es la que usa cuando me pone como un trapo.

Entonces yo también dormí.

Y entonces estabamos en casa y era por la mañana y no quiero volver a ver el fin del mundo. Y antes de que bajara del coche, mientras mamá llevaba a Daisydaisy a casa, cerré los ojos para no ver nada en absoluto y deseé y deseé y deseé y deseé. Deseé que hubiesemos ido al Valle de los Ponis. Deseé que nunca hubieramos ido a ningun sitio en absoluto. Deseé ser otra persona.

Y deseé.

VIENTO DEL DESIERTO

Había un anciano de piel negra tostada por el sol del desierto que me contó que, cuando era joven, una tormenta le había separado de su caravana y de las especias, y que caminó por roca y arena durante días y noches, sin ver nada más que lagartos pequeños y ratas de color arena.

Pero que, al tercer día, llegó a una ciudad de tiendas de seda de colores vivos. Una mujer le condujo a la tienda más grande, carmesí era la seda, y le puso una bandeja delante, le dio sorbete helado para beber y cojines en los que tenderse y, luego, con labios escarlata, le besó la frente.

Bailarinas cubiertas con velos se contonearon delante de él, vientres como dunas de arena, ojos como estanques del agua oscura de los oasis, púrpuras eran todas sus sedas y sus anillos eran de oro. Miró a las bailarinas mientras los sirvientes le traían comida, todo tipo de comida y vino tan blanco como la seda y vino tan tinto como el pecado. Entonces, el vino creó buena locura en su vientre y su cabeza, y él saltó en medio de las bailarinas y bailó con ellas, dando patadas en la arena, saltando y pisando fuerte, y abrazó a la más bella de las bailarinas y la besó. Pero sus labios se apretaron contra un cráneo seco y marcado por el desierto.

Y cada bailarina de púrpura se había convertido en huesos, pero seguían describiendo curvas y golpeando el suelo con los pies en su baile. Y sintió entonces la ciudad de las tiendas como arena seca, que silbaba y se escapaba entre sus dedos, y tembló y enterró la cabeza en su albornoz, y sollozó, de modo que ya no podía oír los tambores.

Estaba solo, dijo, cuando despertó. Las tiendas habían desaparecido y también los *efrits*.

El cielo estaba azul, el sol era implacable. Eso fue hace toda una vida.
Vivió para contar el relato. Se reía con encías sin dientes y nos dijo lo siguiente:
desde entonces ha visto la ciudad de las tiendas de seda en el horizonte, bailando en
la calima.

Le pregunté si fue un espejismo, y dijo que sí. Dije que fue un sueño,
y él asintió, pero dijo que el sueño era del desierto, no suyo. Y me dijo que
al cabo de un año más o menos, cuando hubiera envejecido lo suficiente para
cualquier hombre, caminaría
contra el viento, hasta que viera las tiendas. Esta vez, dijo, se iría con ellos.

DEGUSTACIONES

Él tenía un tatuaje en la parte alta del brazo, un corazón pequeño, hecho en azul y rojo. Debajo había una zona de piel rosada, donde habían borrado un nombre.

Estaba lamiéndole el pezón izquierdo, lentamente. Con la mano derecha le acariciaba la nuca.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él levantó la vista.

—¿A qué te refieres?

—Parece como si estuvieras, no sé, en otro sitio —dijo ella—. Oh... eso me gusta. Me gusta mucho.

Estaban en la suite de un hotel. Era la suite de la mujer. Él sabía quién era, la había reconocido en el acto, pero le habían advertido que no la llamase por su nombre.

Él levantó la cabeza para mirarle a los ojos, bajó la mano hasta el pecho de ella. Ambos estaban desnudos de cintura para arriba. Ella llevaba una falda de seda; él llevaba tejanos azules.

—¿Y bien? —dijo ella.

Él posó la boca sobre la de la mujer. Sus labios se tocaron. La lengua de la mujer se movió trémula contra la suya. Ella suspiró, se echó atrás.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿No te gusto?

Él sonrió, para tranquilizarla.

—¿Que si me gustas? Creo que eres maravillosa —dijo. La abrazó, fuerte. Luego, le cogió el pecho izquierdo con la mano ahuecada y, muy despacio, lo apretó. Ella cerró los ojos.

—Bueno, dime —susurró ella—, ¿qué pasa?

—Nada —dijo él—. Es maravilloso. Tú eres maravillosa. Eres muy hermosa.

—Mi ex marido solía decir que yo utilizaba mi belleza —le dijo ella. Le pasó el dorso de la mano por la parte de delante de los tejanos, arriba y abajo. Él empujó hacia ella, arqueando la espalda—. Supongo que tenía razón. —Ella sabía el nombre que él le había dado, pero, segura de que era falso, de conveniencia, no quería llamarle por ese nombre.

Él le tocó la mejilla. Entonces, volvió a llevar la boca al pezón. Esta vez, mientras lo lamía, bajó la mano entre sus piernas. Sintió la suavidad de la seda del vestido contra su mano, y ahuecó los dedos sobre el pubis y aumentó la presión lentamente.

—Bueno, algo pasa —dijo ella—. Algo te ronda por esa bonita cabeza. ¿Estás seguro de que no quieres hablar de ello?

—Es una tontería —dijo él—. Y no estoy aquí por mí. Estoy aquí por ti.

Ella le desabrochó los botones de los tejanos. Él se dio la vuelta y se los quitó, dejándolos caer en el suelo junto a la cama. Llevaba calzoncillos finos color escarlata y su pene erecto empujaba contra la tela.

Mientras se quitaba los tejanos, ella se quitó los pendientes; estaban hechos de alambres de plata que formaban un lazo elaborado. Los puso con cuidado junto a la cama.

De repente, él se rió.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella.

—Sólo un recuerdo. *Strip poker* —dijo él—. Cuando era pequeño, no sé, tendría trece o catorce años, solíamos jugar con las niñas de la casa de al lado. Siempre se cargaban de fruslerías: collares, pendientes, pañuelos, cosas así. Así que cuando perdían, se quitaban un pendiente o lo que fuera. Diez minutos después, nosotros estábamos desnudos y avergonzados y ellas seguían completamente vestidas.

—¿Y por qué jugabais con ellas?

—Esperanza —dijo él. Le metió la mano bajo el vestido y empezó a masajearle la vulva por encima de las bragas blancas de algodón—. Esperanza de que quizá alcanzaríamos a ver algo. Cualquier cosa.

—¿Y lo conseguisteis?

Retiró la mano, se puso encima de ella. Se besaron. Se empujaban mientras se besaban, suavemente, entrepierna contra entrepierna. Ella le apretó las nalgas con las manos. Él negó con la cabeza.

—No, pero siempre se puede soñar.

—¿Y bien? ¿Cuál es la tontería? ¿Y por qué no había de entenderlo?

—Porque es una bobada. Porque... no sé lo que estás pensando.

Ella le bajó los calzoncillos. Le pasó el índice por el pene.

—Es muy grande. Natalie me dijo que lo sería.

—¿Ah, sí?

—No soy la primera persona que te dice que es grande.

—No.

Ella inclinó la cabeza, le besó el pene por la base, donde el nacimiento del vello dorado lo rozaba, luego dejó caer un poco de saliva encima y le pasó la lengua lentamente hacia arriba. Luego se echó hacia atrás y le miró a los ojos azules con los suyos marrones.

—¿No sabes en qué estoy pensando? ¿Y eso qué significa? ¿Es que sueles saber lo que piensa la otra gente?

Él negó con la cabeza.

—Bueno —dijo—. No exactamente.

—Sigue pensando —dijo ella—. Enseguida vuelvo.

Se levantó, entró en el cuarto de baño, cerró la puerta tras ella, pero no puso el pestillo. Se oyó el sonido de la orina contra la taza del váter. Pareció que duraba mucho tiempo. La oyó tirar de la cadena; luego, hubo ruido de movimiento en el cuarto de baño, un armario que se abría, que se cerraba; y más movimiento.

Ella abrió la puerta y salió. Ahora estaba completamente desnuda. Se la veía, por primera vez, un poco cohibida. Él estaba sentado en la cama, también desnudo. Tenía el pelo rubio y lo llevaba muy corto. Cuando ella se le acercó, él alargó las manos, la cogió por la cintura y la trajo hacia sí. La cara del hombre estaba a la altura del ombligo de la mujer. Se lo lamió, luego bajó la cabeza hasta su entrepierna, metió la lengua entre la vulva de labios largos, besó y lamió.

Ella empezó a respirar más rápido.

Mientras le lamía el clítoris, le metió un dedo en la vagina. Ya estaba mojada y el dedo entró fácilmente.

Le bajó la otra mano por la espalda hasta la curva del culo y la dejó allí.

—¿Y siempre sabes lo que la gente está pensando?

Él echó la cabeza hacia atrás, con los jugos de la mujer en la boca.

—Es un poco estúpido. La verdad es que no quiero hablar de ello. Pensarás que soy raro.

Ella extendió la mano, le levantó la barbilla, le besó. Le mordió el labio, no muy fuerte, tiró de él con los dientes.

—Eres raro, pero me gusta cuando hablas. Y quiero saber qué es lo que pasa, Señor Adivino de Pensamientos.

Se sentó junto a él, en la cama.

—Tienes unos pechos estupendos —le dijo él—. Son muy bonitos.

Ella puso morros.

—No están tan bien como antes. Y no cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema —se recostó en la cama—. En realidad no puedo leer las mentes. Sólo en cierto modo. Cuando estoy en la cama con alguien, sé qué es lo que les mueve.

Ella se subió encima de él, se sentó en su estómago.

—Me tomas el pelo.

—No.

Le toqueteó el clítoris suavemente. Ella se retorció.

—Me gusta.

Retrocedió quince centímetros. Ahora estaba sentada sobre su pene, que quedó doblado entre los dos. Se puso encima del pene.

—Lo sé... Normalmente... ¿Sabes que me cuesta mucho concentrarme mientras haces eso?

—Habla —dijo ella—. Háblame.

—Métetelo dentro.

Ella bajó una mano, le cogió el pene. Se alzó un poco, se sentó en cuclillas sobre su pene, sintiendo la punta dentro de ella. Él arqueó la espalda, empujó hacia arriba, entrando en ella. Ella cerró los ojos, luego los abrió y le miró fijamente.

—¿Y bien?

—Es sólo que cuando estoy follando o incluso en los momentos antes de follar, bueno... Sé cosas. Cosas que sinceramente no sé ni puedo saber. Incluso cosas que no quiero saber. Abusos. Abortos. Locura. Incesto. Si son sádicas en secreto o si les están robando a sus jefes.

—¿Por ejemplo?

Él ya estaba completamente dentro de ella, entrando y saliendo. Ella le había puesto las manos en los hombros, se inclinó y le besó en los labios.

—Bueno, también funciona con el sexo. Por lo general sé cómo lo estoy haciendo. En la cama. Con las mujeres. Sé qué tengo que hacer. No tengo que preguntar. Lo sé. Si lo prefiere por encima o por debajo, un amo o un esclavo. Si necesita que le susurre «Te quiero» una y otra vez mientras me la follo y cuando estamos echados uno junto al otro, o si sólo desea que le mee en la boca. Me convierto en lo que ella quiere. Por eso... Cristo. No me puedo creer que te esté contando esto. En fin, por eso empecé a trabajar en esto.

—Sí. Natalie está entusiasmada contigo. Me dio tu número.

—Es una tía legal. Natalie. Y está genial para su edad.

—¿Y a Natalie qué le gusta hacer, entonces?

Él le sonrió.

—Secreto profesional —dijo—. He jurado guardar el secreto. Honor de boy scout.

—Espera —dijo ella. Se bajó de él y se volvió—. Por detrás. Me gusta por detrás.

—Tendría que haberlo sabido —dijo él, y casi sonaba molesto. Se levantó, se colocó detrás de ella, le pasó un dedo por la piel suave que le cubría la columna. Le metió la mano entre las piernas, entonces se agarró el pene y se lo metió en la vagina.

—Muy despacio —dijo ella.

Él empujó con las caderas, deslizando el pene dentro de ella. Ella dio un grito ahogado.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—No —dijo ella—. Me ha dolido un poco cuando estaba del todo dentro. No lo metas tanto la próxima vez. Así que sabes cosas sobre las mujeres cuando te las tiras. ¿Qué sabes sobre mí?

—Nada en especial. Soy un gran admirador tuyo.

—Ahórrate eso.

Él tenía un brazo sobre los pechos de ella. Con la otra mano le tocó los labios. Ella le chupó el índice y se lo lamió.

—Bueno, no soy un admirador tan grande, pero te vi con Letterman y pensé que eras maravillosa. Muy divertida.

—Gracias.

—No puedo creer que estemos haciendo esto.

—¿Follar?

—No. Hablar mientras follamos.

—Me gusta hablar mientras follo. Ya basta de esta postura. Se me están cansando las rodillas.

Él sacó el pene y se sentó, recostándose en la cama.

—¿Así que sabías lo que estaban pensando las mujeres y lo que querían? Uhm. ¿También funciona con los hombres?

—No lo sé. Nunca he hecho el amor con un hombre.

Ella se lo quedó mirando. Le puso un dedo en la frente, lo bajó lentamente hasta la barbilla, dibujándole la línea del pómulo por el camino.

—Pero eres tan guapo.

—Gracias.

—Y eres un gigoló.

—Un acompañante —dijo él.

—Y presumido.

—Quizá. ¿Tú no?

Ella sonrió.

—¡*Touché!* Bueno. ¿Sabes lo que quiero ahora?

—No.

Ella se tumbó de lado.

—Ponte un condón y métemela por el culo.

—¿Tienes algún lubricante?

—En la mesita de noche.

Cogió el condón y el gel del cajón, y se puso el condón.

—Odio los condones —le dijo mientras se lo ponía—. Me pican. Además, tengo el visto bueno del médico. Ya te he enseñado el certificado.

—Me da igual.

—Sólo quería mencionarlo. Nada más.

Le aplicó el lubricante frotándole el ano por dentro y por el contorno y luego le metió la punta del pene. Ella gimió. Él se detuvo.

—¿Así... está bien?

—Sí.

Él se mecía para atrás y para adelante, penetrándola cada vez más. Ella resopló, rítmicamente, mientras él se mecía. Unos minutos después, ella dijo:

—Basta.

Él sacó el pene. Ella se puso boca arriba y le quitó el condón usado del pene, lo dejó caer en la alfombra.

—Ahora puedes correrte —le dijo ella.

—No estoy listo. Además, aún podríamos seguir varias horas.

—No me importa. Córrete en mi estómago —le sonrió—. Quiero que te corras.

Ahora.

Él negó con la cabeza, pero su mano ya estaba tanteándose el pene, meneándolo hacia delante y hacia atrás hasta que eyaculó un reguero brillante por todo el estómago y los pechos de la mujer.

Ella bajó la mano y se frotó la piel perezosamente con el semen lechoso.

—Creo que deberías irte ahora —dijo.

—Pero tú no te has corrido. ¿No quieres que haga que te corras?

—Me has dado lo que quería.

Él negó con la cabeza, con turbación. Tenía el pene flácido y encogido.

—Debería haberlo sabido —dijo, desconcertado—. Pero no, no lo sé. No sé nada.

—Vístete —le dijo ella—. Vete.

Él se puso la ropa, eficientemente, empezando por los calcetines. Entonces se inclinó hacia ella, para besarla.

Ella apartó la cabeza de los labios de él.

—No —dijo.

—¿Te podré ver otra vez?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que no.

Él estaba temblando.

—¿Qué hay del dinero? —preguntó.

—Ya te he pagado —dijo ella—. Te pagué cuando entraste. ¿No te acuerdas?

Él asintió, nervioso, como si no se acordara pero no se atreviera a admitirlo. Entonces se palpó los bolsillos hasta que encontró el sobre con el dinero dentro y volvió a asentir con la cabeza.

—Me siento tan vacío —dijo, lastimeramente.

Ella apenas se dio cuenta cuando él se marchó.

Se echó en la cama con una mano en el estómago, el fluido espermático secándose y enfriándose sobre la piel, y degustó al hombre en su mente.

Degustó a cada mujer con la que él se había acostado. Degustó lo que hacía con su amiga, sonriendo para sí misma por las perversidades diminutas de Natalie. Degustó el día en que él perdió su primer empleo. Degustó la mañana en que se había despertado, borracho todavía, en su coche, en medio de un trigal, y, aterrorizado, había jurado dejar la bebida para siempre. Sabía su verdadero nombre. Recordaba el nombre que había llevado tatuado en el brazo y supo por qué ya no podía seguir ahí. Degustó el color de sus ojos por dentro y se estremeció por la pesadilla que él tenía en la que le obligaban a llevar un pez con púas en la boca y de la que se despertaba, asfixiándose, noche tras noche. Saboreó su hambre tanto de comida como de ficción, y descubrió un cielo oscuro de cuando era pequeño y se había quedado mirando las

estrellas y se asombró de su vastedad e inmensidad, que incluso él había olvidado.

Ella había descubierto que hasta en el material más insignificante, menos prometedor, se podían encontrar auténticos tesoros. Además, él tenía un poco del talento, aunque nunca lo había entendido ni utilizado para algo que no fuera el sexo. Ella se preguntó, mientras nadaba entre los recuerdos y sueños de aquel hombre, si él los echaría de menos, si algún día se daría cuenta de que habían desaparecido. Entonces, estremeciéndose, extática, se corrió, con fognazos brillantes, lo que la reconfortó y la sacó de sí misma, haciéndola entrar en la perfección única de la pequeña muerte.

Se oyó un estrépito en el callejón de abajo. Alguien había tropezado con un cubo de basura.

Se sentó y se limpió la sustancia pegajosa de la piel. Entonces, sin ducharse, empezó a vestirse de nuevo, con parsimonia, empezando por las braguitas blancas de algodón y acabando con los elaborados pendientes de plata.

PASTELES DE BEBÉ

Hace unos años todos los animales se fueron.

Nos despertamos una mañana y ya no estaban allí. Ni siquiera nos dejaron una nota o nos dijeron adiós. Nunca acabamos de entender adónde se habían ido.

Los echábamos de menos.

Algunos pensamos que el mundo se había acabado, pero no era así. Sencillamente, no había más animales. Ni gatos ni conejos, ni perros ni ballenas, ni peces en los mares, ni aves en los cielos.

Estábamos completamente solos.

No sabíamos qué hacer.

Vagamos perdidos un tiempo y entonces alguien señaló que, sólo porque ya no había animales, no teníamos por qué cambiar nuestras vidas. No teníamos por qué cambiar nuestras dietas o dejar de poner a prueba productos que podrían hacernos daño.

Después de todo, aún quedaban los bebés.

Los bebés no saben hablar. Apenas se pueden mover. Un bebé no es una criatura racional y pensante.

Hicimos bebés.

Y los usamos.

Algunos nos los comimos. La carne de bebé es tierna y succulenta.

Los despellejamos y nos decoramos con su piel. El cuero de bebé es suave y cómodo.

Con otros hicimos pruebas.

Les sujetamos los ojos abiertos con cinta adhesiva y vertimos detergentes y champús dentro, de gota en gota.

Los cubrimos de cicatrices y los escaldamos. Los quemamos. Los sujetamos con abrazaderas y colocamos electrodos en sus cerebros. Hicimos injertos y los congelamos e irradiamos.

Los bebés respiraban nuestro humo y en sus venas corrían nuestras medicinas y drogas, hasta que dejaban de respirar o hasta que la sangre les dejaba de correr.

Fue duro, desde luego, pero era necesario.

Nadie podía negarlo.

Si habían desaparecido los animales, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

Algunas personas se quejaron, por supuesto. Pero la verdad es que siempre lo hacen.

Así que todo volvió a la normalidad.

Pero...

Ayer, todos los bebés habían desaparecido.

No sabemos adónde se fueron. Ni siquiera los vimos marcharse.

No sabemos qué vamos a hacer sin ellos.

Pero ya se nos ocurrirá algo. Los seres humanos son listos. Es lo que nos hace superiores a los animales y a los bebés.

Ya encontraremos una solución.

MISTERIOS DE UN ASESINATO

El Cuarto Ángel dice:
De esta orden se me ha hecho,
para proteger de los hombres este lugar
al que han renunciado por su Culpabilidad
ya que han perdido Su Gracia;
Por consiguiente, lo deben rehuir
o si no mi Espada abrazarán
y yo seré su Enemigo
y haré que les arda el Rostro.
—CICLO DE MISTERIOS DE CHESTER,
LA CREACIÓN DE ADÁN Y EVA, 1461.

Esto es verdad.

Hace diez años, año más, año menos, me encontré realizando una estancia forzosa en Los Ángeles, muy lejos de casa. Era diciembre y el tiempo californiano era cálido y agradable.

Inglaterra, sin embargo, estaba asolada por las nieblas y las tormentas de nieve y ningún avión aterrizaba allí. Yo llamaba cada día al aeropuerto y siempre me decían que esperase un día más.

Ya llevaba así casi una semana.

Apenas había cumplido los veinte años. Cuando hoy en día veo las partes de mi vida que quedan de aquellos tiempos, me siento incómodo, como si hubiera recibido un regalo sin haberlo pedido: una casa, una mujer, niños, una vocación. No tiene nada que ver conmigo, podría decir, inocentemente. Si es cierto que cada siete años cada célula de tu cuerpo muere y es substituida, entonces realmente he heredado mi vida de un hombre muerto; y las fechorías de aquellos tiempos se me han perdonado y están enterradas con los huesos de ese hombre.

Estaba en Los Ángeles. Sí.

Al sexto día, recibí un mensaje de parte de una, digamos, antigua novia de Seattle: ella también estaba en Los Ángeles y, a través de la red de amigos de amigos,

se había enterado de que yo estaba por allí. ¿Por qué no me pasaba por su casa?

Le dejé un mensaje en el contestador: claro que sí.

Aquella noche una mujer pequeña y rubia se acercó a mí cuando salí del lugar en el que me hospedaba. Ya había oscurecido.

Se me quedó mirando, como si estuviera intentando ajustarme a una descripción y, entonces, titubeante, dijo mi nombre.

—Ése soy yo. ¿Eres amiga de Nilla?

—Sí. El coche está ahí detrás. Vamos. Tiene muchas ganas de verte.

El coche de la mujer era uno de esos cacharros enormes y viejos con pinta de barca que parece que sólo se ven en California. Olía a tapicería de cuero agrietada y pelada. Salimos de donde fuera que estuviésemos y nos dirigimos adonde fuera que fuésemos.

Los Ángeles era en aquella época un misterio total para mí; y no puedo decir que ahora la entienda mucho mejor. Entiendo Londres y Nueva York y París: se puede pasear por ellas, basta deambular una mañana para hacerse una idea de dónde está todo y también puedes coger el metro. Sin embargo, Los Ángeles va de coches. En aquel entonces yo no conducía en absoluto; incluso hoy en día no conduzco en América. Para mí, los recuerdos de Los Ángeles están enlazados por paseos en coches de otra gente, sin sentido alguno de la forma de la ciudad, de las relaciones entre la gente y el lugar. La regularidad de las carreteras, la repetición de la estructura y la forma significan que cuando intento pensar en ella como en una entidad, lo único que recuerdo es la profusión infinita de lucecitas que vi desde la colina del parque Griffith una noche, en mi primer viaje a la ciudad. Fue una de las cosas más bonitas que había visto jamás, desde aquella distancia.

—¿Ves aquel edificio? —dijo mi conductora rubia, la amiga de Nilla. Era una casa estilo *art decó* de ladrillo rojo, encantadora y bastante fea.

—Sí.

—Lo construyeron en los años treinta —explicó, con respeto y orgullo.

Dije algo cortés, tratando de comprender una ciudad en la que cincuenta años se podían considerar mucho tiempo.

—Nilla está muy excitada. Cuando se enteró de que estabas en la ciudad, le hizo tanta ilusión.

—Tengo ganas de volver a verla.

El verdadero nombre de Nilla era Campanilla Richmond. No miento.

Estaba en casa de unos amigos, en un pequeño edificio de pisos, a más o menos una hora en coche del centro de Los Ángeles.

Lo que debéis saber sobre Nilla: era diez años mayor que yo, tenía poco más de treinta años; tenía el pelo negro y brillante y labios rojos y desconcertados y la piel muy blanca, como la Blancanieves de los cuentos de hadas; la primera vez que la vi pensé que era la mujer más hermosa del mundo.

Nilla había estado casada durante un tiempo en algún momento de su vida y tenía

una hija de cinco años llamada Susan. Yo nunca había visto a Susan: cuando Nilla estuvo en Inglaterra, Susan se había quedado en Seattle, con su padre.

Las personas que se llaman Campanilla llaman a sus hijas Susan.

La memoria es la gran embustera. Quizá hay algunos individuos cuyas memorias actúan como grabaciones, con registros diarios de sus vidas con todos los detalles incluidos, pero yo no soy uno de ellos. Mi memoria es un mosaico de acontecimientos, de sucesos discontinuos cosidos toscamente: las partes que recuerdo las recuerdo con precisión, mientras que otras secciones parecen haber desaparecido por completo.

Lo siguiente que recuerdo es estar sentado en el salón de Nilla con las luces bajas, el uno junto al otro, en su sofá.

Charlamos sobre temas triviales. Había pasado quizá un año desde que nos vimos por última vez. Sin embargo, un chico de veintiún años tiene poco que decirle a una mujer de treinta y dos y, pronto, al no tener nada en común, la acerqué a mí.

Se me arrimó con una especie de suspiro y me ofreció sus labios para que se los besara. En la penumbra, sus labios eran negros. Nos besamos un rato en el sofá y yo le acaricié los pechos por encima de la blusa y entonces ella dijo:

—No podemos follar. Tengo la regla.

—Bueno.

—Te la puedo chupar, si quieres.

Asentí con la cabeza, y ella me bajó la cremallera de los tejanos y bajó la cabeza hacia mi regazo.

Después de que me corriera, ella se levantó y corrió a la cocina. Oí como escupía en el fregadero y el sonido de agua que corría: recuerdo que me pregunté por qué lo hacía si odiaba tanto el sabor.

Entonces regresó y nos sentamos uno junto al otro en el sofá.

—Susan está arriba, durmiendo —dijo Nilla—. Sólo vivo por ella. ¿Te gustaría verla?

—Me parece bien.

Subimos al segundo piso. Nilla me llevó a una habitación a oscuras. Había dibujos llenos de garabatos infantiles por todas las paredes —dibujos de hadas con alas y de palacios pequeños hechos con lápices de cera—, y una niña pequeña de pelo rubio estaba durmiendo en la cama.

—Es muy guapa —dijo Nilla y me besó. Tenía los labios ligeramente pegajosos—. Se parece a su padre.

Fuimos abajo. No teníamos nada más que decirnos, nada más que hacer. Nilla encendió la luz principal. Por primera vez, advertí que tenía patas de gallo diminutas junto a los extremos de los ojos, resultaba extraño en su cara perfecta de muñeca Barbie.

—Te quiero —dijo.

—Gracias.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Si no te importa dejar sola a Susan...?

Se encogió de hombros y la acerqué a mí por última vez.

Por la noche, Los Ángeles es todo luces. Y sombras.

Aquí hay un espacio en blanco en mi mente. Sencillamente, no recuerdo lo que sucedió a continuación. Ella debió de haberme llevado al sitio donde me alojaba, ¿cómo, si no, habría llegado allí? Ni siquiera recuerdo haberle dado un beso de despedida. Quizá, solamente esperé en la acera y la vi alejarse en el coche.

Quizá.

Sí sé, sin embargo, que en cuanto llegué al sitio donde me alojaba me quedé ahí, sin más, incapaz de entrar, de lavarme y luego de dormir, no me apetecía hacer nada más.

No tenía hambre. No quería alcohol. No quería leer o hablar. Tenía miedo de alejarme demasiado, por si me perdía, asediado por los motivos repetitivos de Los Ángeles, como si algo me hubiera de dar vueltas y luego tragarme, de modo que nunca sabría volver a casa. A veces me da la sensación de que el centro de Los Ángeles no es más que un modelo, como un conjunto de calles que se repiten: una gasolinera, unas casas, un minicentro comercial (donuts, revelado de fotos, lavanderías automáticas, comida rápida), y que se repiten hasta hipnotizarte; además, los cambios minúsculos de los minicentros comerciales y de las casas sólo sirven para reforzar la estructura.

Pensé en los labios de Nilla. Entonces hurgué en un bolsillo de la chaqueta y saqué un paquete de cigarrillos.

Encendí uno, me tragué el humo, soplé humo azul al aire cálido de la noche.

Una palmera raquílica crecía frente al sitio donde me alojaba y decidí andar un poco, sin perder el árbol de vista, fumarme el cigarrillo, quizá incluso pensar; pero me sentía demasiado agotado para pensar. Me sentía muy asexuado y muy solo.

A más o menos una manzana de allí había un banco y, cuando llegué a él, me senté. Tiré la colilla del cigarrillo a la acera, con fuerza, y la vi arrojar chispas de color naranja.

Alguien dijo, «te compro un cigarrillo, amigo. Toma».

Una mano delante de mi cara, con una moneda de veinticinco centavos. Levanté la vista.

No parecía viejo, aunque no habría podido decir cuántos años tenía. Cerca de cuarenta, quizá. Unos cuarenta y cinco. Llevaba un abrigo largo y raído, sin color bajo las farolas amarillas, y tenía los ojos oscuros.

—Toma. Veinticinco centavos. Es un buen precio.

Dije que no con la cabeza, saqué el paquete de Marlboro, le ofrecí uno.

—Guárdate el dinero. Es gratis. Ten.

Cogió el cigarrillo. Le pasé la caja de cerillas (anunciaba un número de teléfono erótico; de eso me acuerdo) y encendió el cigarrillo. Me devolvió las cerillas y yo

negué con la cabeza.

—Quédatelas. Siempre acabo acumulando cajas de cerillas en América.

—Ajá —se sentó a mi lado y se fumó el cigarrillo. Cuando se había fumado la mitad, le dio unos golpecitos al extremo encendido contra el hormigón, apagó el resplandor y se colocó la colilla detrás de la oreja.

—No fumo mucho —dijo—. Pero es una pena tirarlo.

Un coche venía a toda velocidad por la calle, virando de un lado al otro.

Había cuatro chicos dentro; los dos que iban delante estaban tirando del volante a la vez y riéndose. Llevaban las ventanillas bajadas y podía oír su risa y a los dos del asiento trasero («¡*Gaary, eres un gilipollas! ¿Qué coño te has metidooo, tíoooo?»*), y el ritmo vibrante de una canción de rock que yo no reconocía. El coche dio la vuelta a una esquina y lo perdimos de vista.

Pronto los sonidos también habían desaparecido.

—Te debo una —dijo el hombre del banco.

—¿Cómo?

—Te debo algo. Por el cigarrillo. Y las cerillas. No querías aceptar mi dinero, así que te debo algo.

Me encogí de hombros, avergonzado.

—En serio, sólo es un cigarrillo. Me imagino que si le doy cigarrillos a la gente, entonces, cuando me quede sin algún día, puede que la gente me los dé a mí —me reí, para demostrarle que no lo decía en serio, aunque era verdad—. Déjalo.

—Mmm. ¿Quieres oír una historia? ¿Una historia verídica? Antes, las historias siempre eran un buen pago. Hoy en día... —se encogió de hombros— ... no tanto.

Me recosté en el banco, la noche era cálida y miré la hora: casi la una de la madrugada. En Inglaterra un día nuevo y helado ya habría empezado: un día laboral estaría empezando para aquellos que pudiesen ganarle a la nieve y llegar al trabajo; otro puñado de ancianos y de gente sin hogar habrían muerto, por la noche, del frío.

—Claro —le dije al hombre—. Claro que sí. Cuéntame una historia.

Tosió, sonrió con dientes blancos —un destello en la oscuridad— y empezó.

—Lo primero que recuerdo fue el Verbo. Y el Verbo era Dios. A veces, cuando me deprimó *mucho*, recuerdo el sonido del Verbo en mi cabeza, dándome forma, creándome, dándome vida.

»El Verbo me dio un cuerpo, me dio ojos. Y abrí los ojos y vi la luz de la ciudad de Plata.

»Estaba en una habitación, plateada, y allí no había nada más que yo. Delante de mí había una ventana que iba del suelo al techo, abierta al cielo, y por la ventana veía los chapiteles de la Ciudad y, en los límites de la Ciudad, la Oscuridad.

»No sé cuánto tiempo esperé allí. Aunque no estaba impaciente ni nada. Eso lo recuerdo. Era como si estuviese esperando a que me llamaran; y sabía que en algún momento lo harían. Y si tenía que esperar hasta el final sin que me llamaran jamás, pues también me parecía bien. Pero me llamarían, estaba seguro, y entonces

conocería mi nombre y mi función.

»Por la ventana veía los chapiteles de plata y en muchos de los otros chapiteles había ventanas; y en ellos veía a otros como yo. Así es como supe qué aspecto tenía.

»No te lo imaginarías de mí, al verme ahora, pero era hermoso. Me he venido bastante a menos desde entonces.

»Era más alto en aquella época, y tenía alas.

»Eran alas enormes y poderosas, con plumas del color de la madreperla. Me salían justo entre los omóplatos. Estaban tan bien, mis alas.

»A veces veía a otros como yo, los que habían dejado sus habitaciones, que ya estaban cumpliendo con su deber. Solía mirar cómo planeaban por el cielo de chapitel en chapitel, realizando misiones que apenas podía imaginar.

»El cielo que había sobre la Ciudad era algo maravilloso. Siempre estaba iluminado, aunque no por el sol, sino, quizá, por la Ciudad misma; sin embargo, la calidad de la luz cambiaba continuamente. De repente era una luz de color de peltre, luego era un latón, luego un dorado suave o un amatista sutil y discreto...

El hombre dejó de hablar. Me miró, inclinando la cabeza a un lado. Había un destello en sus ojos que me asustaba.

—¿Sabes lo que es una amatista? ¿Una especie de piedra violeta?

Asentí con la cabeza.

Me molestaba la entrepierna.

Se me ocurrió entonces que aquel hombre tal vez no estuviera loco; eso me resultaba mucho más inquietante que la alternativa.

El hombre empezó a hablar otra vez.

—No sé cuánto esperé en aquella habitación, pero el tiempo no significaba nada. No en aquella época. Teníamos todo el tiempo del mundo.

»Lo que me sucedió a continuación fue que el ángel Lucifer vino a mi celda. Él era más alto que yo y sus alas eran imponentes, su plumaje perfecto. Tenía la piel del color de la bruma y el pelo rizado y plateado y unos ojos grises maravillosos...

»Digo él, pero deberías entender que ninguno de nosotros tenía sexo alguno.

Hizo un gesto hacia su regazo.

—Liso y vacío. Aquí no hay nada, ya sabes.

»Lucifer brillaba. Lo digo en serio, resplandecía desde dentro. Pasa con todos los ángeles. Están iluminados desde dentro y en mi celda el ángel Lucifer ardía como una tormenta de rayos.

»Me miró. Y me dio un nombre.

»“Tú eres Ragüel —dijo—. La Venganza del Señor.”

»Incliné la cabeza, porque sabía que era verdad. Aquel era mi nombre. Aquella era mi función.

»“Ha pasado... una cosa mala —dijo—. La primera de esa clase. Te necesitan.”

»Se giró y se impulsó hacia el espacio, y yo le seguí, crucé volando detrás de él la Ciudad de Plata hasta las afueras, donde la Ciudad se detiene y empieza la Oscuridad;

y fue allí, bajo un chapitel plateado e inmenso, donde descendimos a la calle y vi el ángel muerto.

»El cuerpo yacía, arrugado y roto, en la acera plateada. Las alas aplastadas estaban debajo y algunas plumas sueltas ya habían volado hasta la alcantarilla plateada.

»El cuerpo estaba casi negro. De vez en cuando una luz brillaba en su interior, un parpadeo ocasional de fuego frío en el pecho o en los ojos o en la ingle asexuada, mientras el último resplandor de vida lo abandonaba para siempre.

»La sangre formaba charcos de rubíes en su pecho y manchaba de carmesí las plumas de sus alas blancas. Era muy hermoso, incluso en la muerte.

»Te habría roto el corazón.

»Lucifer me habló entonces. “Debes descubrir quién fue el responsable de esto y cómo lo hizo; e infligir la Venganza del Nombre a quienquiera que hizo que esto ocurriese”.

»La verdad es que no tenía que decir nada. Yo ya lo sabía. La caza y el castigo: eso era para lo que me habían creado, al Principio; yo *era* eso.

»“Tengo trabajo que hacer”, dijo el ángel Lucifer.

»Batió las alas una vez, con fuerza, y se elevó; la ráfaga del viento hizo volar las plumas sueltas del ángel muerto al otro lado de la calle.

»Me incliné para examinar el cuerpo. Toda la luminiscencia lo había abandonado ya. Era una cosa oscura, la parodia de un ángel. Tenía una cara perfecta y asexuada, enmarcada por el cabello argentado. Uno de los párpados estaba abierto, dejando ver un ojo gris y plácido; el otro estaba cerrado. No tenía pezones en el pecho y sólo tersura entre las piernas.

»Alcé el cuerpo.

»La espalda del ángel estaba hecha un desastre. Las alas estaban rotas y retorcidas, tenía la parte de atrás de la cabeza agujereada; el cadáver estaba tan desmadejado que me hizo pensar que también se le había roto la columna. La espalda del ángel era toda sangre.

»Por delante, el único sitio ensangrentado era la zona del pecho. Lo sondé con el índice y el dedo penetró en el cuerpo sin dificultad.

»*Cayó, pensé. Y estaba muerto antes de caer.*

»Y miré arriba a las ventanas que se alineaban en la calle. Miré por la Ciudad de Plata. *Tú lo hiciste, pensé. Te encontraré, quienquiera que seas. Y te infligiré la Venganza del Señor.*

El hombre cogió la colilla de detrás de la oreja, la encendió con una cerilla. Por un momento olí el olor a cenicero del cigarrillo apagado, acre y áspero; luego le dio una calada al tabaco apagado y exhaló humo azul al aire nocturno.

—El ángel que había descubierto el cuerpo se llamaba Fanuel.

»Hablé con él en el Salón de la Existencia. Ése era el chapitel junto al que yacía el ángel muerto. En el Salón estaban colgados los... los planos, tal vez, de lo que iba

a ser... todo esto —hizo un gesto con la mano que sostenía la colilla, señalando el cielo nocturno y los coches aparcados y el mundo—. Ya sabes. El universo.

»Faniel era el diseñador superior; una multitud de ángeles estaba a sus órdenes, trabajando en los detalles de la Creación. Le observé desde el suelo del Salón. Flotaba en el aire bajo el Plano, y los ángeles bajaban volando hasta donde él se hallaba y esperaban cortésmente su turno para hacerle preguntas, verificar cosas con él, invitarle a que hiciera comentarios sobre su trabajo. Al final, los dejó y descendió al suelo.

»“Tú eres Ragüel —dijo. Su voz era aguda y quisquillosa—. ¿Para qué me necesitas?”

»“¿Tú encontraste el cuerpo?”

»“¿Al pobre Carasel? Sí, en efecto. Salí del Salón, pues actualmente estamos construyendo unos cuantos conceptos y deseaba reflexionar sobre uno de ellos, de nombre *Arrepentimiento*. Pensaba alejarme un poco de la Ciudad, volar sobre ella, quiero decir, no entrar en la Oscuridad de fuera, eso no lo haría, aunque ha habido alguna indiscreción entre... pero, sí. Iba a elevarme y contemplar.”

»“Salí del Salón y... —se calló. Era bajo, para ser un ángel. Su luz era débil, pero tenía los ojos intensos y muy, muy brillantes—. Pobre Carasel. ¿Cómo pudo *hacerse* eso? ¿Cómo?”

»“¿Crees que él mismo se produjo su destrucción?”

»Parecía desconcertado, sorprendido de que pudiera haber alguna otra explicación. “Por supuesto que sí. Carasel trabajaba a mis órdenes, estaba desarrollando un número de conceptos que serán esenciales para el universo cuando se Pronuncie su Nombre. Su grupo hizo un trabajo extraordinario sobre algunos de los conceptos realmente básicos: *Dimensión* era uno y *Dormir* era otro. Había más”.

»“Un trabajo maravilloso. Algunas de sus sugerencias respecto al uso de puntos de vista individuales para definir las dimensiones eran verdaderamente ingeniosas”.

»“En fin, Carasel había empezado a trabajar en un proyecto nuevo. Es uno de los más importantes, de los que suelo ocuparme yo o incluso Zefquiel”. Miró hacia arriba. “Pero Carasel había hecho un trabajo tan excelente y su último proyecto era *tan* extraordinario. Algo que parecía ser bastante trivial y que él y Saracael elevaron a...” —se encogió de hombros—. “Pero eso no tiene importancia. Fue *este* proyecto el que le obligó a dejar de existir. Ninguno de nosotros podría haber previsto jamás...”

»“¿Cuál era su proyecto actual?”

»Faniel me miró fijamente. “No estoy seguro de que deba decírtelo. Todos los conceptos nuevos se consideran confidenciales hasta que les damos la forma definitiva en la que serán Pronunciados”.

»Sentí cómo me transformaba. No estoy seguro de cómo explicártelo, pero de pronto ya no era yo: era algo más grande. Me había transfigurado: yo era mi función.

»Faniel era incapaz de cruzar su mirada con la mía.

»“Yo soy Ragüel, la Venganza del Señor —le dije—. Sirvo al Nombre directamente. Es mi misión descubrir la naturaleza de este hecho e infligir la Venganza del Nombre a aquellos que sean responsables. Mis preguntas deben ser respondidas.”

»El pequeño ángel tembló, y habló muy deprisa.

»“Carasel y su compañero estaban investigando *Muerte*. El cese de la vida. El fin de la existencia física y animada. Estaban reuniendo todos los datos. Pero Carasel siempre iba demasiado lejos en su trabajo... lo pasamos fatal con él cuando estaba diseñando *Inquietud*. Eso fue cuando trabajaba en las *Emociones*...”

»“¿Crees que Carasel murió para... para investigar el fenómeno?”

»“O porque le tenía intrigado. O porque llegó demasiado lejos en sus investigaciones. Sí —Fanuel dobló los dedos y se me quedó mirando con aquellos ojos que brillaban con tanta intensidad—. Espero que no le repitas nada de lo que te he dicho a ninguna persona no autorizada, Ragüel.”

»“¿Qué hiciste cuando encontraste el cuerpo?”

»“Salía del Salón, como ya te he dicho, y allí estaba Carasel en la acera, mirando hacia arriba. Le pregunté qué estaba haciendo y no me contestó. Entonces, advertí el fluido interno y me di cuenta de que Carasel parecía que no podía, más que no quería, hablar conmigo.”

»“Me asusté. No sabía qué hacer.”

»“El ángel Lucifer se me acercó por detrás. Me preguntó si había algún problema. Se lo dije. Le enseñé el cuerpo. Y entonces... entonces su Aspecto se apoderó de él y estuvo en íntima comunión con el Nombre. Se iluminó con tanta fuerza...”

»“Luego dijo que tenía que ir a buscar a aquel cuya función abarcaba acontecimientos como éste y se marchó, me imagino que a buscarte.”

»“Y como ya se estaban ocupando de la muerte de Carasel, y su destino no era de mi incumbencia, volví al trabajo, habiendo ganado una perspectiva nueva —y sospecho que bastante valiosa— sobre los aspectos prácticos de *Arrepentimiento*”.

»“Estoy pensando en quitarle *Muerte* a la pareja de Carasel y Saracael. Tal vez se lo vuelva a asignar a Zefquiel, mi superior, si está dispuesto a encargarse de ello. Suele distinguirse en proyectos contemplativos.”

»Para entonces, había una cola de ángeles que esperaban para hablar con Fanuel. Me daba la sensación de que tenía casi todo lo que iba a conseguir de él.

»“¿Con quién trabajaba Carasel? ¿Quién habría sido el último en verle con vida?”

»“Podrías hablar con Saracael, supongo. Después de todo, él era su compañero. Ahora, si me disculpas...”

»Volvió a su multitud de ayudantes: para aconsejar, corregir, sugerir, prohibir.

El hombre hizo una pausa.

La calle estaba silenciosa; recuerdo el susurro bajo de su voz, el canto de un grillo en algún sitio. Un animal pequeño, un gato tal vez, o algo más exótico, un mapache o incluso un chacal, corría de sombra en sombra entre los coches aparcados al otro lado

de la calle.

—Saracael estaba en la más alta de las galerías del entresuelo que rodeaban el Salón de la Existencia. Como he dicho, el universo estaba en medio del Salón y destellaba y centelleaba y brillaba. Y se erguía hasta muy alto...

—El universo que has mencionado, ¿qué era, un diagrama? —pregunté, interrumpiendo por primera vez.

—No exactamente. Algo así. Más o menos. Era un plano; pero era de tamaño natural y estaba colgado en el Salón, y todos los ángeles daban vueltas a su alrededor y no dejaban de toquetearlo. Hacían cosas con la *Gravedad* y *Música* y *Klar* y todo eso. En realidad no era el universo, aún no. Lo sería, cuando estuviera terminado y llegase la hora de que le pusieran un Nombre como es debido.

—Pero... —traté de encontrar las palabras para expresar mi confusión. El hombre me interrumpió.

—Déjalo. Imagínatelo como un modelo si eso te resulta más fácil. O un mapa. O un... ¿cuál es la palabra? Prototipo. Sí. Un universo Ford modelo T —sonrió—. Tienes que comprender que mucho de lo que te estoy contando ya lo estoy traduciendo; lo estoy diciendo de modo que lo entiendas. De lo contrario, ni siquiera podría contarte la historia. ¿Quieres oírla?

—Sí —no me importaba si era verídica o no; era una historia que necesitaba oír hasta el final.

—Bien. Entonces calla y escucha.

»Así que me encontré con Saracael en la galería más alta. No había nadie más por allí, sólo él y algunos papeles y algunos modelos pequeños y brillantes.

»“He venido por lo de Carasel”, le dije.

»Me miró. “Carasel no está aquí en estos momentos —dijo—. Supongo que no tardará en volver”.

»Moví la cabeza para negar.

»“Carasel no volverá. Ha dejado de existir como entidad espiritual”, dije.

»Su luz palideció y abrió mucho los ojos. “¿Está muerto?”

»“Eso es lo que he dicho. ¿Tienes alguna idea de cómo ocurrió?”

»“Yo... esto es tan repentino. Había hablado de... pero no tenía ni idea de que haría...”

»“Tómatelo con calma.”

»Saracael asintió con la cabeza.

»Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Su ventana no tenía ninguna vista de la Ciudad de Plata, sólo un reflejo del resplandor de la Ciudad, el cielo que había detrás de nosotros, flotando en el aire, y, más allá, la Oscuridad. El viento de la Oscuridad acarició suavemente el cabello de Saracael mientras él hablaba. Le miré la espalda.

»“Carasel es... no, era. Es así, ¿verdad? *Era*. Era siempre tan entregado. Y tan creativo. Pero nunca le bastaba. Siempre quería entenderlo todo, experimentar aquello en lo que estaba trabajando. Nunca se conformaba con sólo crearlo, con

entenderlo por medio de la inteligencia. Lo quería *todo* de aquello que había creado.”

»“Nunca hubo ningún problema cuando trabajábamos en las propiedades de la materia. Pero cuando empezamos a diseñar algunas de las emociones Nombradas... se entregó demasiado a su trabajo.”

»“Y nuestro último proyecto era *Muerte*. Es uno de los difíciles y sospecho que también es uno de los importantes. Puede que incluso se convierta en el atributo que definirá la Creación para los Creados: si no fuera por *Muerte*, se conformarían con existir simplemente, pero con *Muerte*, bueno, sus vidas tendrán un significado, un límite más allá del cual los vivos no pueden cruzar...”

»“¿Así que crees que se suicidó?”

»“Sé que lo hizo”, dijo Saracael. Fui hasta la ventana y miré fuera. Muy abajo, a *mucha* distancia, veía un puntito blanco. Era el cuerpo de Carasel. Tendría que encargarme de que alguien se ocupara de él; pero habría alguien que ya lo sabría, alguien cuya función era la eliminación de cosas que no eran necesarias. No era mi función. Lo sabía.

»“¿Cómo?”

»Se encogió de hombros. “Lo sé. Últimamente había empezado a hacer preguntas, preguntas sobre *Muerte*. Por ejemplo, ¿cómo podíamos saber si era o no correcto que la hiciéramos, que estableciéramos las normas, si no la experimentábamos nosotros mismos? No dejaba de hablar de ello”.

»“¿No te extrañaba?”

»Saracael se giró, por primera vez, para mirarme. “No. Ésa es nuestra función: discutir, improvisar, ayudar a la Creación y a los Creados. Lo solucionamos ahora, de manera que cuando todo Empiece, funcione como un reloj. En este momento, estamos trabajando en *Muerte*. Así que, como es obvio, eso es lo que estudiamos. El aspecto físico; el aspecto emocional; el aspecto filosófico...”

»“Y los *modelos*. Carasel tenía la idea de que lo que hacemos aquí, en el Salón de la Existencia, crea modelos. Hay estructuras y formas apropiadas para seres y acontecimientos que, una vez empezadas, deben continuar hasta que lleguen a su final. Para nosotros, quizá, igual que para ellos. Cabe la posibilidad de que él creyera que éste era uno de sus modelos.”

»“¿Conocías bien a Carasel?”

»“Tanto como nos conocemos los unos a los otros. Nos veíamos aquí; trabajábamos codo con codo. A ciertas horas, yo me retiraba a mi celda al otro lado de la Ciudad. A veces, él hacía lo mismo.”

»“Háblame de Fanuel.”

»Sonrió torciendo la boca. “Es oficioso. No hace gran cosa: lo encarga todo a otros ángeles y se lleva el mérito —bajó la voz, aunque no había ni un alma más en la galería—. Cualquiera que le oyera, creería que *Amor* fue obra suya. Pero, dicho sea en su honor, es cierto que se asegura de que trabajemos. Zefquiel es el auténtico pensador de los diseñadores superiores, pero no viene por aquí. Se queda en su celda

de la Ciudad y contempla; resuelve problemas a distancia. Si tienes que hablar con Zefquiel, debes ver a Fanuel y él le transmite tus preguntas...”

»Le interrumpí. “¿Qué hay de Lucifer? Háblame de él”.

»“¿Lucifer? ¿El capitán del Ejército? No trabaja aquí... Aunque ha visitado el Salón un par de veces, para inspeccionar la Creación. Dicen que está bajo las órdenes directas del Nombre. Nunca he hablado con él”.

»“¿Conocía a Carasel?”

»“Lo dudo. Como he dicho, sólo ha estado aquí dos veces. Sin embargo, le he visto en otras ocasiones. Por aquí —agitó la punta del ala, señalando el mundo que había tras la ventana—. Volando.”

»“¿Adónde?”

»Parecía que Saracael iba a decir algo, entonces cambió de idea. “No lo sé”.

»Miré por la ventana hacia la Oscuridad que estaba en las afueras de la Ciudad de Plata.

»“Puede que quiera volver a hablar contigo más tarde”, le dije a Saracael.

»“Muy bien —me di la vuelta para marcharme—. Oye, ¿sabes si me asignarán otro compañero? ¿Para *Muerte*?”

»“No —le dije—. Me temo que no lo sé.”

»En el centro de la Ciudad de Plata había un parque, un lugar de recreo y descanso. Encontré al ángel Lucifer allí, junto a un río. Estaba de pie, mirando cómo corría el agua.

»“¿Lucifer?”

»Inclinó la cabeza. “Ragüel. ¿Estás avanzando?”

»“No lo sé. Tal vez. Tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Te importa?”

»“En absoluto.”

»“¿Cómo encontraste el cuerpo?”

»“No lo hice. No exactamente. Vi a Fanuel de pie en la calle. Parecía consternado. Pregunté si pasaba algo y me mostró el ángel muerto. Y fui a buscarte.”

»“Ya veo.”

»Se inclinó, metió la mano en el agua fría del río. El agua salpicó y dio vueltas alrededor de la mano. “¿Eso es todo?”

»“Aún no. ¿Qué estabas haciendo en esa parte de la ciudad?”

»“No creo que sea asunto tuyo.”

»“Lo es, Lucifer. ¿Qué estabas haciendo allí?”

»“Estaba... paseando. A veces lo hago. Simplemente paseo y pienso. E intento comprender”. Se encogió de hombros.

»“¿Paseas por el límite de la Ciudad?”

»Un latido y luego, “Sí”.

»“Eso es todo lo que quiero saber. De momento.”

»“¿Con quién más has hablado?”

»“Con el jefe de Carasel y su compañero. Los dos creen que se suicidó, que acabó

con su propia vida.”

»“¿Con quién más vas a hablar?”

»Miré hacia arriba. Los chapiteles de la Ciudad de los Ángeles descollaban sobre nosotros. “Tal vez con todo el mundo”.

»“¿Con todos?”

»“Si es necesario. Es mi función. No podré descansar hasta que entienda lo que ocurrió y hasta que haya infligido la Venganza del Nombre a quienquiera que fuera el responsable. Pero te diré algo que *sí* sé.”

»“¿Y qué es?”. Gotas de agua caían como diamantes de los dedos perfectos del ángel Lucifer.

»“Carasel no se suicidó.”

»“¿Cómo lo sabes?”

»“Soy Venganza. Si Carasel hubiese muerto por su propia mano —le expliqué al Capitán del Ejército Celestial—, no me habrían necesitado. ¿Verdad?”

»No contestó.

»Volé hacia arriba a la luz de la mañana eterna.

»¿Tienes otro cigarrillo?

Saqué el paquete rojo y blanco y le pasé un cigarrillo.

—Gracias.

»La celda de Zefquiel era más grande que la mía.

»No era un lugar de espera. Era un lugar para vivir y trabajar y *ser*. Estaba cubierto de libros y pergaminos y papeles y había imágenes y representaciones en las paredes: cuadros. Nunca había visto un cuadro.

»En el centro de la habitación había una silla grande y Zefquiel estaba allí sentado, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

»Cuando me acercaba a él, abrió los ojos.

»No ardían con más fuerza que los ojos de los otros ángeles con quien me había encontrado, pero por alguna razón daba la impresión de que habían visto más. Había algo en su modo de mirar. No estoy seguro de poder explicarlo. Además, no tenía alas.

»“Bienvenido, Ragüel”, dijo. Sonaba cansado.

»“¿Tú eres Zefquiel?”, no sé por qué se lo pregunté. Es decir, yo sabía quién era la gente. Es parte de mi función, supongo. Reconocimiento. Sé quién eres tú.

»“En efecto. Me estás mirando fijamente, Ragüel. No tengo alas, es cierto, pero es que mi función no requiere que deje esta celda. Me quedo aquí y reflexiono. Fanuel me presenta los informes, me trae las cosas nuevas, para que le dé mi opinión. Me trae los problemas y yo pienso en ellos y, de vez en cuando, ayudo un poco haciendo pequeñas sugerencias. Ésa es mi función. Como la tuya es la venganza.”

»“Sí.”

»“¿Estás aquí por la muerte del ángel Carasel?”

»“Sí.”

»“Yo no le maté.”

»Cuando lo dijo, supe que era verdad.

»“¿Sabes quién lo hizo?”

»“Ésa es *tu* función, ¿no? Descubrir quién mató al pobre desgraciado e infligirle la Venganza del Nombre.”

»“Sí.”

»Asintió con la cabeza.

»“¿Qué quieres saber?”

»Hice una pausa y medité sobre lo que había oído aquel día. “¿Sabes qué hacía Lucifer en aquella parte de la Ciudad antes de que encontrasen el cuerpo?”

»El viejo ángel me miró. “Puedo aventurar una respuesta”.

»“¿Sí?”

»“Estaba paseando por la Oscuridad.”

»Asentí. En aquel momento tenía una forma en la mente. Algo que casi podía captar. Hice la última pregunta:

»“¿Qué puedes decirme de *Amor*?”

»Y me lo dijo. Y pensé que ya lo tenía todo.

»Regresé al lugar en el que había estado el cuerpo de Carasel. Habían sacado los restos, habían limpiado la sangre y habían recogido las plumas sueltas y se habían deshecho de ellas. No había nada en la acera plateada que indicase que había estado allí alguna vez. No obstante, yo sabía dónde había estado.

»Ascendí con mis alas, volé hacia arriba hasta que me acerqué a la parte alta del chapitel del Salón de la Existencia. Había una ventana y entré.

»Saracael estaba allí trabajando, poniendo un maniquí sin alas en una cajita. En un lado de la caja había una representación de una criatura pequeña y marrón con ocho patas. En el otro lado había una representación de una flor blanca.

»“¿Saracael?”

»“¿Uhm? Ah, eres tú. Hola. Fíjate en esto. Si te murieras y tuvieran que, digamos, ponerte bajo tierra en una caja, ¿qué querrías que te colocaran encima, esta araña o este lirio?”

»“El lirio, supongo.”

»“Sí, yo opino lo mismo. Pero, ¿*por qué*? Ojalá... —se llevó la mano a la barbilla, miró los dos modelos, primero puso uno encima de la caja, luego el otro, experimentalmente—. Hay tanto que hacer, Ragüel. Tanto que debe salirnos bien. Y sólo tenemos una oportunidad para hacerlo, ¿sabes? Sólo habrá un universo, no podemos ir intentándolo hasta que nos salga bien. Ojalá comprendiese por qué todo esto es tan importante para Él...”

»“¿Sabes dónde está la celda de Zefquiel?”, le pregunté.

»“Sí. Es decir, nunca he estado allí, pero sé dónde está.”

»“Bien. Ve allí. Te estará esperando. Te verá allí.”

»Negó con la cabeza. “Tengo trabajo que hacer. No puedo...”

»Sentí cómo mi función se apoderaba de mí. Le miré y dije, “Estarás allí. Ahora ve”.

»No dijo nada. Se alejó de mí, hacia la ventana, mirándome; entonces se dio la vuelta y batió las alas, y me quedé solo.

»Caminé hasta el pozo central del Salón y me dejé caer, rodando por el modelo del universo: relucía a mi alrededor, colores y formas desconocidas que bullían y se retorcían sin significado.

»A medida que me iba acercando al fondo, batí las alas, haciendo que mi descenso fuera más lento, y pisé suavemente el suelo plateado. Fanuel estaba entre dos ángeles que intentaban reclamar su atención.

»“Me da igual lo agradable que sería estéticamente —le explicaba a uno de ellos—. Sencillamente, no podemos ponerlo en el centro. La radiación de fondo impediría que cualquier forma de vida encontrase un punto de apoyo para el pie; y, de todos modos, es demasiado inestable.”

»Se volvió hacia el otro. “Vale, veámoslo. Uhm. Así que esto es *Verde*, ¿eh? No es exactamente como yo me lo había imaginado, pero... Mm. Déjame, ya te diré algo”. Cogió un papel del ángel, lo dobló con decisión.

»Se volvió hacia mí. Su actitud era brusca y desdeñosa. “¿Sí?”

»“Necesito hablar contigo.”

»“¿Mm? Bueno, que sea rápido. Tengo mucho que hacer. Si es sobre la muerte de Carasel, te he dicho todo lo que sé.”

»“Es sobre la muerte de Carasel, pero no hablaré contigo ahora. Aquí no. Ve a la celda de Zefquiel: te está esperando. Te veré allí.”

»Parecía que estaba a punto de decir algo, pero sólo asintió y se dirigió a la puerta.

»Me disponía a marcharme cuando se me ocurrió algo. Paré al ángel que tenía el *Verde*. “Contéstame a una pregunta”.

»“Si puedo.”

»“Esa cosa —señalé el universo—. ¿Para qué será?”

»“¿Para qué? Pero si es el universo.”

»“Sé cómo se llama. Pero, ¿para qué servirá?”

»Frunció el ceño. “Es parte del plan. El Nombre lo desea; Él requiere que se haga *esto y aquello*, con *estas* dimensiones y que tenga *tales* propiedades e ingredientes. Es nuestra función crearlo según Sus deseos. Estoy seguro de que Él sabe su función, pero no me la ha revelado”. Su tono era de ligera reprimenda.

»Asentí y dejé aquel lugar.

»Por encima de la Ciudad, muy alto, una falange de ángeles revoloteaban, daban vueltas y bajaban en picado. Cada uno de ellos llevaba una espada llameante que dejaba atrás una estela de un resplandor ardiente que deslumbraba los ojos. Se movían al unísono por el cielo rosa asalmonado. Eran muy hermosos. Era... ¿sabes cuando en las tardes de verano se ven bandadas de pájaros bailando en el cielo?

¿Zigzagueando y volando en círculos y agrupándose y separándose otra vez, de manera que justo cuando crees que entiendes sus pautas, te das cuenta de que no es así y de que nunca las entenderás? Era así, pero mejor.

»Por encima de mí estaba el cielo. Debajo, la Ciudad brillante. Mi hogar. Y fuera de la Ciudad, la Oscuridad.

»Lucifer se mantenía inmóvil en el aire un poco más abajo del Ejército, observando sus maniobras.

»“¿Lucifer?”

»“¿Sí, Ragüel? ¿Has descubierto a tu malhechor?”

»“Creo que sí. ¿Me acompañas a la celda de Zefquiel? Hay otros esperándonos allí, donde lo explicaré todo.”

»Hizo una pausa. Luego dijo: “Desde luego”.

»Alzó su rostro perfecto hacia los ángeles, que en aquel momento estaban realizando un giro lento en el cielo, cada uno de ellos moviéndose por el aire siguiendo el ritmo del siguiente de forma impecable, sin que ninguno se tocara jamás. “¡Azazel!”

»Un ángel se separó del círculo; los otros se adaptaron casi imperceptiblemente a su desaparición, llenando el espacio, de modo que ya no se veía dónde había estado.

»“He de marcharme. Tú estás al mando, Azazel. Haz que sigan entrenándose. Aún les queda mucho que perfeccionar.”

»“Sí, señor.”

»Azazel se mantuvo en el aire donde Lucifer había estado, mirando hacia el tropel de ángeles, y Lucifer y yo descendimos hacia la Ciudad.

»“Es mi asistente —dijo Lucifer—. Es inteligente. Entusiasta. Azazel te seguiría a cualquier sitio.”

»“¿Para qué les estás entrenando?”

»“Para la guerra.”

»“¿Con quién?”

»“¿Qué quieres decir?”

»“¿Con quién van a luchar? ¿Quién más *hay*?”

»Me miró; tenía los ojos claros y honestos. “No lo sé. Pero Él nos ha Nombrado para que seamos Su ejército, así que seremos perfectos. Para Él. El Nombre es infalible y justo y sabio, Ragüel. No puede ser de otro modo, por mucho que...”, se calló y apartó la vista.

»“¿Qué ibas a decir?”

»“No tiene importancia.”

»“Ah.”

»No hablamos durante el resto del descenso a la celda de Zefquiel.

Miré la hora; eran casi las tres. Una brisa fría había empezado a soplar por la calle de Los Ángeles y me estremecí. El hombre lo advirtió e hizo una pausa en su historia. —¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Por favor, sigue, estoy fascinado.

Asintió con la cabeza.

—Nos estaban esperando en la celda de Zefquiel: Fanuel, Saracael y Zefquiel. Zefquiel estaba sentado en su silla. Lucifer se colocó junto a la ventana.

»Caminé hasta el centro de la habitación y empecé.

»“Os agradezco que hayáis venido. Sabéis quién soy; conocéis mi función. Soy la Venganza del Nombre, el brazo del Señor. Soy Ragüel.”

»“El ángel Carasel está muerto. Se me encomendó la misión de descubrir por qué murió y quién le mató. Es lo que he hecho. Bien, el ángel Carasel era un diseñador del Salón de la Existencia. Era muy bueno, según me han dicho...”

»“Lucifer. Dime qué estabas haciendo antes de encontrarte con Fanuel y con el cuerpo.”

»“Ya te lo he dicho. Estaba paseando.”

»“¿Por dónde estabas paseando?”

»“No creo que sea asunto tuyo.”

»“*Dímelo.*”

»Hizo una pausa. Era más alto que cualquiera de nosotros, alto y orgulloso. “Muy bien. Estaba paseando por la Oscuridad. Ya llevo un tiempo paseando por allí. Estar fuera de ella me ayuda a ver la Ciudad objetivamente. Veo lo hermosa y perfecta que es. No hay nada más encantador que nuestro hogar. Nada más completo. Ningún otro lugar en el que alguien querría hallarse”.

»“¿Y qué haces en la Oscuridad, Lucifer?”

»Me miró. “Paseo. Y... hay voces en la Oscuridad. Escucho las voces. Me prometen cosas, me hacen preguntas, cuchichean y suplican. Y yo las ignoro. Me hago fuerte y contemplo la Ciudad. Es la única forma que tengo para ponerme a prueba. Soy el capitán del Ejército; soy el primero entre los ángeles y debo demostrar mi valía”.

»Asentí. “¿Por qué no me lo dijiste antes?”

»Bajó la mirada. “Porque soy el único ángel que entra en la Oscuridad. Porque no quiero que otros lo hagan: yo soy lo bastante fuerte como para desafiar a las voces, para ponerme a prueba. Otros no son tan fuertes. Otros podrían tropezar o caer”.

»“Gracias, Lucifer. Es suficiente por ahora —me volví hacia el siguiente ángel—. Fanuel. ¿Cuánto hace que te llevas todo el mérito del trabajo de Carasel?”

»Abrió la boca, pero no surgió ningún sonido.

»“¿Y bien?”

»“Yo... yo no me llevaría el mérito por el trabajo de otro.”

»“¿Pero te llevaste el mérito por *Amor*?”

»Parpadeó. “Sí, lo hice”.

»“¿Querrías explicarnos qué es *Amor*?”, pregunté.

»Miró a su alrededor, incómodo. “Es un sentimiento de afecto y atracción profundos por otro ser, a menudo combinado con pasión o deseo: una necesidad de

estar con otra persona —hablaba con sequedad, de forma didáctica, como si estuviera recitando una fórmula matemática—. Lo que sentimos por el Nombre, por nuestro Creador, eso es *Amor*... entre otras cosas. *Amor* será un impulso que inspirará y destruirá en igual medida. Estamos... —hizo una pausa, luego empezó otra vez—. Estamos muy orgullosos de él”.

»Estaba pronunciando las palabras mecánicamente. Ya no parecía tener esperanza alguna de que las creyéramos.

»“¿Quién hizo la mayor parte del trabajo de *Amor*? No, no contestes. Deja que antes les pregunte a los demás. ¿Zefquiel? Cuando Fanuel te pasó los detalles sobre *Amor* para que les dieras el visto bueno, ¿quién te dijo que era el responsable de ese trabajo?”

»El ángel sin alas sonrió con dulzura. “Me dijo que era su proyecto”.

»“Gracias. Ahora, Saracael: ¿de quién era *Amor*?”

»“Mío. Mío y de Carasel. Quizá era más suyo que mío, pero trabajamos juntos en él.”

»“¿Sabías que Fanuel afirmaba que el mérito era suyo?”

»“... Sí.”

»“¿Y lo permitiste?”

»“Él... nos prometió que después nos daría un buen proyecto que sería nuestro. Prometió que si no decíamos nada, nos daría proyectos mayores, y mantuvo su palabra. Nos dio *Muerte*.”

»Me volví hacia Fanuel otra vez. “¿Bien?”

»“Es cierto que afirmé que *Amor* era mío.”

»“Pero era de Carasel. Y de Saracael.”

»“Sí.”

»“¿Su último proyecto... antes de *Muerte*?”

»“Sí.”

»“Eso es todo.”

»Me dirigí a la ventana, miré los chapiteles plateados, miré la Oscuridad. Luego, empecé a hablar.

»“Carasel era un diseñador notable. Si tenía algún fallo, era que se metía demasiado de lleno en su trabajo” —me volví hacia ellos otra vez. El ángel Saracael estaba temblando y unas luces titilaban bajo su piel—. “¿Saracael? ¿A quién amaba Carasel? ¿Quién era su amante?”

»Bajó la mirada al suelo. Luego, la levantó, orgulloso, agresivo. Y sonrió.

»“Yo.”

»“¿Quieres hablarme de ello?”

»“No —se encogió de hombros—. Aunque supongo que debo hacerlo. De acuerdo, entonces.”

»“Trabajábamos juntos y cuando empezamos a trabajar en *Amor*... nos convertimos en amantes. Fue idea suya. Solíamos regresar a su celda siempre que

teníamos un momento que aprovechar. Allí nos tocábamos el uno al otro, nos abrazábamos, nos susurrábamos palabras cariñosas y declaraciones de devoción eterna. Su bienestar me importaba más que el mío. Yo existía para él. Cuando estaba solo, me repetía su nombre y no pensaba en nada más que en él.”

»“Cuando estaba con él... —hizo una pausa. Miró hacia abajo—. Nada más importaba.”

»Fui hasta donde estaba Saracael, le alcé la barbilla con la mano, le miré a los ojos grises. “¿Entonces, por qué le mataste?”

»“Porque ya no me amaba. Cuando empezamos a trabajar en *Muerte*, él... perdió interés. Ya no era mío. Pertenecía a *Muerte*. Y si no podía tenerle, entonces se lo podía quedar su nueva amante. Yo no soportaba su presencia, no aguantaba tenerle cerca y saber que no sentía nada por mí. Eso era lo que más dolía. Pensaba... esperaba... que si él desaparecía, entonces dejaría de quererle, el dolor cesaría.”

»“Así que le maté. Le clavé un puñal y tiré su cuerpo desde nuestra ventana del Salón de la Existencia. Pero el dolor *no* ha cesado”, casi era un gemido.

»Saracael levantó la mano y me apartó la mano de su barbilla. “¿Ahora qué?”

»Sentí cómo mi aspecto se apoderaba de mí; sentí cómo mi función me poseía. Ya no era un individuo, era la Venganza del Señor.

»Me acerqué a Saracael y le abracé. Apreté mis labios contra los suyos, metí la lengua en su boca a la fuerza. Nos besamos. Cerró los ojos.

»Entonces sentí como me invadía: un brillo, un resplandor. Por el rabillo del ojo, veía a Lucifer y a Fanuel que apartaban la cara de mi luz; sentía la mirada de Zefquiel. Y mi luz se volvió más y más brillante hasta que salió, de mis ojos, de mi pecho, de mis dedos, de mis labios: un fuego blanco y abrasador.

»Las llamas blancas redujeron a cenizas a Saracael poco a poco, y él se aferró a mí mientras ardía.

»Pronto no quedó nada de él. Nada en absoluto.

»Sentí cómo la llama me abandonaba. Volví a ser yo otra vez.

»Fanuel estaba sollozando. Lucifer estaba pálido. Zefquiel estaba sentado en su silla, mirándome en silencio.

»Me volví hacia Fanuel y Lucifer. “Habéis visto la Venganza del Señor —les dije—. Que esto os sirva de advertencia a ambos”.

»Fanuel asintió. “Lo ha sido, y tanto que lo ha sido. Yo... yo me marcharé, señor. Regresaré al cargo que se me ha designado. ¿Si eso le parece bien?”

»“Ve.”

»Caminó tambaleándose hasta la ventana y se zambulló en la luz, batiendo las alas con furia.

»Lucifer se acercó al sitio donde Saracael había estado. Se arrodilló y se quedó mirando el suelo desesperado, como si intentase encontrar algún resto del ángel que yo había destruido, un fragmento de ceniza o hueso o pluma calcinada, pero no había nada que encontrar. Después me miró.

»“Eso no ha estado bien —dijo—. No ha sido justo”. Estaba llorando; lágrimas húmedas le corrían por la cara. Quizá Saracael había sido el primero en amar, pero Lucifer era el primero en derramar lágrimas. Nunca lo olvidaré.

»Le miré, impasible. “Se ha hecho justicia. Él mató a otro. Le han matado a su vez. Me llamaste para que desempeñara mi función y lo he hecho”.

»“Pero... él *amaba*. Se le tendría que haber perdonado. Se le tendría que haber ayudado. No se le debería haber destruido así. Eso ha sido *injusto*.”

»“Era Su voluntad.”

»Lucifer se puso en pie. “Entonces, tal vez, Su voluntad es injusta. Tal vez las voces de la Oscuridad dicen la verdad, después de todo. ¿Cómo es *posible* que esto esté bien?”

»“Está bien. Es Su voluntad. Yo sólo he desempeñado mi función.”

»Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. “No”, dijo, cansinamente. Movié la cabeza, despacio, de un lado a otro. Luego dijo, “Tengo que pensar en esto, ahora me iré”.

»Fue hasta la ventana, salió al cielo y desapareció.

»Zefquiel y yo estábamos solos en su celda. Me acerqué a su silla. Él me hizo una señal con la cabeza. “Has desempeñado bien tu función, Ragüel. ¿No deberías regresar a tu celda y esperar hasta la próxima vez que se te necesite?”

El hombre del banco se giró hacia mí: sus ojos buscaron los míos. Hasta aquel momento había parecido, durante casi todo su relato, que apenas era consciente de mi presencia; había estado mirando hacia delante, susurrando el relato en una voz poco menos que monótona. Entonces fue como si me hubiera descubierto y me hablase sólo a mí, más que al aire o a la Ciudad de Los Ángeles. Y dijo:

—Sabía que tenía razón. Pero me hubiera sido *imposible* marcharme en aquel momento, ni siquiera si hubiese querido. Mi aspecto no me había abandonado totalmente; mi función aún no había terminado. Entonces todo se aclaró; vi el cuadro completo. Y, como Lucifer, me arrodillé. Toqué el suelo plateado con la frente. “No, Señor —dije—. Aún no”.

»Zefquiel se levantó de la silla. “Ponte en pie. No es digno de un ángel actuar así ante otro. No es correcto. ¡Levántate!”

»Negué con la cabeza. “Padre, Tú no eres un ángel”, susurré.

»Zefquiel no dijo nada. Por un momento, mi corazón vaciló. Tenía miedo. “Padre, se me encargó que descubriera quién era el responsable de la muerte de Carasel. Y ahora lo sé”.

»“Ya has infligido tu Venganza, Ragüel.”

»“*Tu* Venganza, Señor.”

»Entonces suspiró y se sentó otra vez. “Ay, pequeño Ragüel. El problema de crear cosas es que actúan mucho mejor de lo que jamás habías planeado. ¿Te puedo preguntar cómo me reconociste?”

»“Yo... no estoy seguro, Señor. No tienes alas. Esperas en el centro de la Ciudad,

supervisando la Creación directamente. Cuando destruí a Saracael, no apartaste la mirada. Conoces demasiadas cosas. Tú... —hice una pausa y pensé—. No, no sé cómo te he reconocido. Tal como dices, me has creado bien. Sin embargo, sólo entendí quién eras, y el significado de la obra dramática que habíamos representado aquí para ti, cuando vi a Lucifer que se marchaba.”

»“¿Qué es lo que entendiste, hijo?”

»“Quién mató a Carasel. O, al menos, quién movía los hilos. Por ejemplo, ¿quién se encargó de que Carasel y Saracael trabajasen juntos en *Amor*, sabiendo de la tendencia de Carasel a entregarse demasiado a su trabajo?”

»Me hablaba con dulzura, casi en broma, como un adulto fingiría conversar con un niño diminuto. “¿Por qué tendría alguien que ‘mover los hilos’, Ragüel?”

»“Porque nada ocurre sin motivo; y todos los motivos son Tuyos. Tú le tendiste una trampa a Saracael: sí, él mató a Carasel. Pero le mató para que yo pudiera destruirle.”

»“¿E hiciste mal en destruirle?”

»Le miré a los ojos viejísimos. “Era mi función, pero no creo que fuera justo. Creo que quizá era necesario que matase a Saracael para demostrarle a Lucifer la Injusticia del Señor”.

»Entonces sonrió. “¿Y qué razón tendría yo para hacer eso?”

»“Yo... no lo sé. No lo entiendo, como tampoco entiendo por qué creaste la Oscuridad o las voces de la Oscuridad. Pero lo hiciste. Tú hiciste que todo esto ocurriese.”

»Asintió. “Sí, lo hice. Lucifer debe meditar sobre la injusticia de la destrucción de Saracael, lo que, entre cosas, le empujará a cometer ciertos actos. Pobre y dulce Lucifer. Su camino será el más duro de todos mis hijos; porque hay un papel que él debe cumplir en el drama que ha de venir, y es un gran papel”.

»Me quedé arrodillado frente al Creador de Todas las Cosas.

»“¿Qué harás ahora, Ragüel?”, me preguntó.

»“Debo regresar a mi celda. Ya he cumplido con mi función. He infligido Venganza y he revelado quién fue el autor. Es suficiente. Pero... ¿Señor?”

»“Sí, hijo mío.”

»“Me siento sucio. Me siento manchado. Me siento infecto. Quizá es cierto que todo sucede según Tu voluntad y, por consiguiente, es bueno. Pero a veces, dejas sangre en Tus instrumentos.”

»Asintió, como si estuviese de acuerdo conmigo. “Si lo deseas, Ragüel, puedes olvidar todo lo que ha sucedido hoy” —y entonces—: “Sin embargo, no podrás hablar de ello con ningún otro ángel, tanto si eliges recordarlo como si no”.

»“Lo recordaré.”

»“Es tu elección. Pero a veces te parecerá mucho más fácil no recordar. En ocasiones, el olvido puede traer una especie de libertad. Ahora, si no te importa —bajó la mano, cogió una carpeta de un montón que había en el suelo, la abrió—, tengo

trabajo que debería seguir haciendo.”

»Me puse en pie y me dirigí a la ventana. Esperaba que me volviera a llamar, que me explicara todos los detalles de Su plan, que de algún modo lo mejorase. Sin embargo, no dijo nada, y abandoné Su Presencia sin mirar atrás.

El hombre se calló, entonces. Y permaneció en silencio —ni siquiera le oía respirar—, tanto tiempo que me empecé a poner nervioso, pensando que quizá se había quedado dormido o había muerto.

Entonces se puso en pie.

—Ahí queda eso, amigo. Ésa es la historia. ¿Crees que valía un par de cigarrillos y una caja de cerillas? —hizo la pregunta como si fuera importante para él, sin ironía.

—Sí —le dije—. Sí, lo valía. Pero, ¿qué pasó después? ¿Cómo acabaste...? Quiero decir, si... —me callé.

En aquellos momentos la calle estaba oscura, al filo del alba. Una a una, las farolas habían empezado a apagarse con un parpadeo, y el cuerpo del hombre se perfilaba contra el resplandor del cielo del amanecer. Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasó? Me fui de casa y me perdí y hoy en día mi casa está muy lejos. A veces, se hacen cosas de las que uno se arrepiente, pero no se puede hacer nada al respecto. Los tiempos cambian. Las puertas se cierran detrás de ti. Sigues adelante, ¿sabes?

»Al final acabé aquí. Solían decir que nadie es jamás originario de Los Ángeles, lo que en mi caso es tan cierto como que el infierno existe.

Entonces, antes de que comprendiese lo que estaba haciendo, se inclinó y me besó, suavemente, en la mejilla. Su barba de pocos días era áspera y pinchaba, pero su aliento era sorprendentemente dulce. Me susurró al oído:

—Yo nunca caí. Me da igual lo que digan. Sigo haciendo mi trabajo, tal como yo lo veo.

La mejilla me ardía donde sus labios la habían tocado.

Se enderezó.

—Pero aún me quiero ir a casa.

El hombre se marchó por la calle oscurecida y yo me quedé sentado en el banco, observando cómo se iba. Me sentía como si me hubiese quitado algo, aunque ya no lograba acordarme de qué se trataba. Además, tenía la sensación de que había dejado otra cosa en su lugar: absolución, quizá, o inocencia, aunque ya no sabía decir de qué.

Una imagen de algún sitio: un dibujo garabateado de dos ángeles volando sobre una ciudad perfecta y, sobre la imagen, la huella exacta de la mano de un niño, que mancha el papel blanco de rojo sangre. Me vino a la cabeza de forma espontánea y ya no sé qué significaba.

Me levanté.

Estaba demasiado oscuro para ver la esfera del reloj, pero sabía que aquel día no dormiría. Regresé al lugar donde me alojaba, a la casa junto a la palmera raquílica,

para lavarme y esperar. Pensé en ángeles y en Nilla; y me pregunté si amor y muerte iban de la mano.

Al día siguiente los aviones para Inglaterra ya volaban otra vez.

Me sentía extraño, la falta de sueño me había hundido en ese estado depresivo en el que todo parece monótono y de la misma importancia; cuando todo da igual y parece que la realidad esté desgastada y raída. El viaje en taxi hasta el aeropuerto fue una pesadilla. Tenía calor y estaba cansado e irritable. Llevaba una camiseta en el bochorno de Los Ángeles; el abrigo estaba guardado en el fondo de la maleta, donde había estado durante toda mi estancia.

El avión estaba abarrotado, pero no me importaba.

La azafata recorría el pasillo con la prensa: el *Herald Tribune*, el *USA Today* y el *L.A. Times*. Cogí un ejemplar del *Times*, pero las palabras se iban de mi cabeza a medida que las recorría con la vista. Nada de lo que leí se quedó conmigo. No, miento. En alguna parte, al final del periódico, había un artículo sobre un asesinato triple: dos mujeres y un niño pequeño. No se daban nombres y no sé por qué habría de retener el artículo como lo hice.

Pronto me quedé dormido. Soñé que me follaba a Nilla mientras le manaba sangre lentamente de los ojos cerrados y de los labios. La sangre era fría y viscosa y pegajosa, y me desperté helado por el aire acondicionado del avión, con un sabor desagradable en la boca. Tenía la lengua y los labios secos. Miré por la ventana ovalada y llena de arañazos, observé las nubes y se me ocurrió entonces (no por primera vez), que las nubes eran en realidad otra tierra, donde todo el mundo sabía exactamente qué buscaba y cómo regresar al lugar donde empezó su camino.

Mirar las nubes es una de las cosas que más me han gustado siempre de volar. Eso, y lo cerca que uno se siente de su propia muerte.

Me envolví en la manta delgada del avión y dormí un poco más, pero, si tuve más sueños, entonces no me dejaron ninguna huella.

Se levantó una ventisca poco después de que el avión aterrizase en Inglaterra y se cargó el suministro eléctrico del aeropuerto. Yo estaba solo en un ascensor del aeropuerto en ese momento, y se quedó a oscuras y atascado entre dos pisos. Una débil luz de emergencia se encendió con un parpadeo. Apreté el botón de alarma carmesí hasta que la batería se gastó y dejó de sonar; entonces, me estremecí, vestido con mi camiseta de Los Ángeles, en el rincón de mi cuartito plateado. Observé cómo mi aliento echaba vapor al aire y me abracé para darme calor.

No había nada allí excepto yo; aun así, me sentía a salvo. Pronto vendría alguien y forzaría las puertas. Al final, alguien me dejaría salir; y sabía que pronto estaría en casa.

NIEVE, CRISTAL, MANZANAS

No sé qué clase de criatura es ella. Ninguno de nosotros lo sabe. Mató a su madre en el parto, pero eso nunca es suficiente para explicarlo.

Me llaman sabia, pero no lo soy ni mucho menos, por todo lo que preví, fragmentos, momentos congelados, atrapados en charcos de agua o en el cristal frío de mi espejo. Si fuera sabia, no habría intentado cambiar lo que vi. Si fuera sabia, me habría matado antes de encontrarme con ella, antes de atraparle a él.

Sabia, y una bruja, o eso decían, y había visto el rostro de aquel hombre en mis sueños y en reflejos toda mi vida: dieciséis años soñando con él antes de que frenara su caballo junto al puente aquella mañana y me preguntara cómo me llamaba. Me ayudó a subir a su caballo alto y cabalgamos juntos hasta mi casita, yo con la cara hundida en el oro de su cabello. Me pidió lo mejor que tenía; era el derecho de un rey.

Su barba era rojo bronce a la luz de la mañana y le conocí, no como rey, ya que no sabía nada de reyes entonces, sino como mi amor. Tomó todo lo que quería de mí, el derecho de reyes, pero volvió al día siguiente y la noche después: su barba tan roja, su cabello tan dorado, sus ojos del azul del cielo de verano, su piel morena del marrón suave del trigo maduro.

Su hija era sólo una niña: no tenía más de cinco años cuando llegué al palacio. Había un retrato de su madre muerta colgado en la habitación de la torre de la princesa: una mujer alta, el pelo del color de la madera oscura, ojos castaño caoba. Era de una sangre distinta a la de su pálida hija.

La niña no quería comer con nosotros.

No sé en qué parte del palacio comía.

Yo tenía mis propios aposentos. Mi marido, el rey, también tenía sus habitaciones. Cuando me quería me mandaba llamar, y yo iba a él y le daba placer y me llevaba mi placer con él.

Una noche, varios meses después de que me trajeran al palacio, la niña vino a mis aposentos. Tenía seis años. Yo estaba bordando a la luz de una lámpara, entrecerrando los ojos contra el humo y la iluminación irregular de la lámpara. Cuando levanté la vista, ella estaba allí.

—¿Princesa?

No dijo nada. Tenía los ojos negros como el carbón, negros como su cabello; los labios eran más rojos que la sangre. Me miró y sonrió. Sus dientes parecían afilados, incluso entonces, a la luz de la lámpara.

—¿Qué haces fuera de tu habitación?

—Tengo hambre —dijo ella, como cualquier niño.

Era invierno, cuando la comida fresca es un sueño de calor y luz del sol; pero yo tenía ristra de manzanas enteras, secas y sin corazón, colgadas de las vigas de mi aposento, y le bajé una manzana.

—Toma.

El otoño es la época de secar, de conservar, la época de recoger manzanas, de derretir la grasa de la oca. El invierno es la época del hambre, de la nieve y de la muerte; y es la época de la fiesta del pleno invierno, cuando frotamos con la grasa de la oca la piel de un cerdo entero, relleno de las manzanas de aquel otoño; luego lo asamos en el horno o en el asador, y nos preparamos para darnos un festín con la piel crujiente del cerdo.

Cogió la manzana y empezó a masticarla con sus dientes afilados y amarillos.

—¿Está buena?

Asintió con la cabeza. La princesita siempre me había asustado, pero en aquel momento se ganó mi simpatía y, con los dedos, suavemente, le acaricié la mejilla. Me miró y sonrió —rara vez lo hacía—, luego me hundió los dientes en la raíz del pulgar, el monte de Venus, y me hizo sangrar.

Empecé a chillar, del dolor y de la sorpresa, pero ella me miró, y me callé.

La princesita pegó la boca a mi mano y lamió y chupó y bebió. Cuando hubo acabado, se marchó de mi aposento. Mientras lo miraba, el corte que ella me había hecho empezó a cerrarse, a formar una costra, a curarse. Al día siguiente era una cicatriz vieja: me podría haber cortado la mano con una navaja en mi infancia.

Ella me había congelado, poseído y dominado. Eso me asustaba, más que la sangre de la que se había alimentado. Después de aquella noche, cerré la puerta de mi aposento al anochecer, atrancándola con una barra de roble, y le pedí al herrero que me forjara unos barrotes de hierro, que colocó en mis ventanas.

Mi marido, mi amor, mi rey, me mandaba llamar cada vez menos, y, cuando iba a su encuentro, le hallaba mareado, lánguido, confuso. Ya no podía hacer el amor como un hombre y no me permitía que le diera placer con la boca: la única vez que lo intenté, dio un respingo tremendo y empezó a llorar. Aparté la boca y le abracé con fuerza hasta que sus sollozos cesaron y se durmió, como un niño.

Pasé los dedos por su piel mientras dormía. Estaba cubierta de una multitud de cicatrices antiguas. Sin embargo, yo no lograba recordar cicatriz alguna de los días en que me cortejaba, excepto una, en el costado, donde un jabalí le había corneado cuando era joven.

Pronto fue la sombra del hombre que yo había conocido y amado junto al puente. Se le notaban los huesos, azules y blancos, bajo la piel. Le acompañé en sus últimas

horas: tenía las manos frías como la piedra, los ojos de un azul lechoso, el cabello y la barba sin brillo, desvaídos y lacios. Murió sin confesarse, la piel mordisqueada y marcada de la cabeza a los pies de cicatrices diminutas y viejas.

No pesaba casi nada. El suelo estaba helado y no pudimos cavarle ninguna tumba, así que pusimos un mojón de rocas y piedras sobre su cuerpo, sólo en memoria suya, ya que quedaba muy poco de él para proteger del hambre de las bestias y las aves.

Así que fui reina.

Además, era insensata y joven —dieciocho veranos habían llegado y se habían ido desde la primera vez que vi la luz del día—, y no hice lo que habría hecho ahora.

Si fuera hoy, habría ordenado que le sacaran el corazón a la princesa, es cierto. Pero, luego, habría hecho que le cortasen la cabeza y los brazos y las piernas. Habría pedido que la destriparan. Luego, habría observado en la plaza de la ciudad mientras el verdugo avivaba el fuego con un fuelle hasta que estuviera al rojo vivo, habría observado sin parpadear mientras él destinaba cada una de sus partes al fuego. Habría apostado arqueros alrededor de la plaza, que dispararían a cualquier ave o animal que se acercase demasiado a las llamas, cualquier cuervo o perro o halcón o rata. Y no habría cerrado los ojos hasta que la princesa fuera ceniza y un viento suave pudiese esparcirla como la nieve.

No lo hice, y pagamos por nuestros errores.

Dicen que fui engañada; que no era su corazón. Que era el corazón de un animal, un ciervo, quizá, o un jabalí. Lo dicen y se equivocan.

También hay quien dice (pero es *ella* quien miente, no yo) que me dieron el corazón y que me lo comí. Las mentiras y las medias verdades caen como la nieve, cubriendo las cosas que recuerdo, las cosas que vi. Un paisaje, irreconocible después de la nevada; eso es lo que ha hecho ella de mi vida.

Había cicatrices en mi amor, en los muslos de su padre y en el escroto y en el miembro viril, cuando murió.

No fui con ellos. Se la llevaron de día, mientras dormía y estaba en su momento más débil. Se la llevaron al centro del bosque y allí le abrieron la blusa y le sacaron el corazón y la dejaron muerta, en un barranco, para que el bosque se la tragara.

El bosque es un lugar oscuro, la frontera de muchos reinos; nadie sería tan tonto como para reclamar su jurisdicción. En el bosque viven forajidos. Viven ladrones y también lobos. Puedes cabalgar por el bosque durante miles de días y no ver nunca un alma; pero hay ojos encima de ti todo el tiempo.

Me trajeron el corazón de la princesa. Sé que era suyo, ningún corazón de cerda o de gama habría seguido latiendo y palpitando una vez arrancado, como hizo aquel.

Lo llevé a mi aposento.

No me lo comí: lo colgué de las vigas que hay sobre mi cama, lo coloqué en un trozo de cordel en el que había ensartado serbas, de un rojo anaranjado como el pecho de un petirrojo, y cabezas de ajos.

Fuera la nieve caía, cubriendo las huellas de mis cazadores, cubriendo su cuerpo

diminuto en el bosque donde yacía.

Hice que el herrero quitara los barrotes de hierro de mis ventanas y cada tarde durante los cortos días de invierno me pasaba algunas horas en mi habitación, mirando hacia el bosque, hasta que caía la noche.

Había, como ya he dicho, gente en el bosque. Solían salir, algunos de ellos, para la Feria de Primavera; una gente avariciosa, salvaje y peligrosa; algunos estaban atrofiados: enanos y jorobados; otros tenían los dientes enormes y la mirada ausente de los idiotas; algunos tenían dedos como aletas o pinzas de cangrejo. Salían sigilosamente del bosque cada año para la Feria de Primavera, que se celebraba cuando las nieves se habían derretido.

De niña, había trabajado en la feria, y me habían asustado entonces, los habitantes del bosque. Les decía la buenaventura a los que iban a la feria, viendo su futuro en un charco de agua quieta; y, después, ya mayor, en un disco de cristal brillante, el revés totalmente plateado, un regalo de un mercader cuyo caballo extraviado había visto en un charco de tinta.

Las personas que tenían los puestos en la feria tenían miedo de la gente del bosque. Solían clavar sus mercancías en las tablas desnudas de sus puestos; clavaban en la madera con clavos grandes de hierro los pedazos de pan de jengibre o los cinturones de piel. De no hacerlo, decían, los habitantes del bosque los cogerían y escaparían, mordisqueando el pan de jengibre robado, agitando los cinturones a su alrededor.

Sin embargo, la gente del bosque tenía dinero; una moneda por aquí, otra por allá, a veces estaban manchadas de verde por el tiempo o la tierra, y el rostro que aparecía en la moneda resultaba desconocido incluso para los más ancianos de nosotros. También tenían cosas para comerciar, y así la feria continuaba, al servicio de los marginados y los enanos, al servicio de los ladrones (si eran cautos) que se aprovechaban de los escasos viajeros de las tierras del otro lado del bosque, o de los gitanos o de los ciervos. (Lo que era un robo a los ojos de la ley, ya que los ciervos eran de la reina.)

Los años pasaron despacio y mi gente aseguraba que yo les gobernaba con sabiduría. El corazón seguía colgado sobre mi cama, latiendo despacio en la noche. Si había alguien que lloraba a la niña, no vi indicio alguno: ella era un ser aterrador, en aquel entonces, y creían estar mejor sin ella.

Una Feria de Primavera seguía a la otra: pasaron cinco, cada una de ellas más triste, más pobre, de peor calidad que la anterior. Cada vez venía menos gente del bosque a comprar y a los que lo hacían se les veía apagados y lánguidos. Los vendedores dejaron de clavar las mercancías en las tablas de sus puestos. Al quinto año, sólo un puñado de gente vino del bosque, un grupo temeroso de hombrecitos peludos, y nadie más.

El Señor de la Feria y su paje vinieron a verme cuando terminó la feria. Le había conocido un poco, antes de ser reina.

—No vengo a ti como a mi reina —dijo.

Yo no dije nada. Escuché.

—Vengo a ti porque eres sabia —continuó—. Cuando eras una niña encontraste un potro extraviado mirando en un charco de tinta; cuando eras una doncella encontraste a un niño perdido que se había alejado de su madre, mirando en ese espejo tuyo. Sabes secretos y buscas cosas escondidas. Mi reina —preguntó—, ¿qué se está llevando a la gente del bosque? El año que viene no habrá Feria de Primavera. Los viajeros de otros reinos son cada vez más escasos, la gente del bosque casi ha desaparecido. Otro año como el anterior y nos moriremos de hambre.

Le ordené a mi sirvienta que me trajera mi espejo. Era un objeto sencillo, un disco de cristal con el revés plateado, que guardaba envuelto en una piel de gamo, en un arcón, en mi aposento.

Me lo trajeron y miré en él:

Ella tenía doce años y ya no era una niña. Aún tenía la piel pálida, los ojos y el pelo negros como el carbón, los labios rojo sangre. Llevaba la ropa que había llevado cuando dejó el castillo por última vez —la blusa, la falda—, aunque estaba muy ensanchada, muy remendada. Por encima llevaba una capa de piel y en vez de botas llevaba bolsas de piel, atadas con correas, sobre sus pies diminutos.

Estaba en el bosque, de pie junto a un árbol.

Mientras la observaba, en el ojo de mi mente, la vi avanzar y pisar con sigilo y revolotear y caminar sin hacer ruido de árbol en árbol, como un animal: un murciélago o un lobo. Estaba siguiendo a alguien.

Era un monje. Llevaba puesta una arpillera y tenía los pies descalzos y duros y cubiertos de costras. Su barba y su tonsura eran largos, descuidados, sin afeitar.

Ella lo observaba escondida detrás de los árboles. Al final, él se detuvo para la noche y empezó a hacer un fuego, poniendo ramitas, rompiendo el nido de un petirrojo para conseguir astillas. Llevaba una caja de yesca en sus vestiduras y golpeó el pedernal contra el acero hasta que las chispas prendieron la yesca y el fuego llameó. Había encontrado dos huevos en el nido y se los comió crudos. No debieron de ser comida para un hombre tan grande.

Se quedó ahí sentado, a la luz de la lumbre, y ella salió de su escondite. Se puso en cuclillas al otro lado del fuego y le miró fijamente. Él sonrió, como si hiciera mucho tiempo que no veía a otro ser humano, y le hizo una señal para que se acercase.

Ella se levantó y caminó alrededor del fuego y esperó, a cierta distancia. Él se recogió las vestiduras hasta que encontró una moneda, un penique minúsculo de cobre, y se la lanzó. Ella la atrapó y asintió con la cabeza y se acercó a él. Él tiró de la cuerda que le rodeaba la cintura y sus vestiduras se abrieron. Tenía el cuerpo tan peludo como el de un oso. Ella le empujó hacia el musgo. Una mano avanzó, como una araña, a través del pelo enredado, hasta que se cerró en su órgano viril; la otra mano trazó un círculo en su pezón izquierdo. Él cerró los ojos y deslizó una mano

enorme bajo su falda. Ella bajó la boca al pezón que había estado incitando, su piel suave blanca sobre el cuerpo peludo y marrón del hombre.

Ella hundió los dientes en su pecho. Él abrió los ojos, luego los volvió a cerrar, y ella bebió.

Se sentó a horcajadas sobre él y comió. Mientras lo hacía, un líquido poco espeso y negruzco empezó a fluirle de entre las piernas...

—¿Sabes qué es lo que mantiene a los viajeros alejados de nuestra ciudad? ¿Qué le está ocurriendo a la gente del bosque? —preguntó el Señor de la Feria.

Cubrí el espejo con la piel de gamo y le dije que me encargaría personalmente de hacer que el bosque volviera a ser un lugar seguro.

Debía hacerlo, aunque ella me aterrorizaba. Yo era la reina.

Una mujer estúpida se habría adentrado entonces en el bosque y habría intentado capturar a la criatura; pero yo ya había sido estúpida una vez y no tenía deseo alguno de serlo una segunda vez.

Pasé un tiempo con libros viejos. Pasé un tiempo con gitanas (que cruzaban nuestro país por las montañas del sur, en vez de atravesar el bosque por el norte y por el oeste).

Me preparé y obtuve aquellas cosas que necesitaría, y cuando llegaron las primeras nevadas estaba lista.

Desnuda, estaba, y sola en la torre más alta del palacio, un lugar abierto al cielo. Los vientos me helaban el cuerpo; los brazos, los muslos y los pechos se me pusieron de piel de gallina. Llevaba un cuenco de plata y una cesta en la que había puesto un cuchillo y un alfiler de plata, unas pinzas, un manto gris y tres manzanas verdes.

Lo cogí todo y me quedé ahí de pie, desnuda, en la torre, humilde ante el cielo nocturno y el viento. Si algún hombre me hubiese visto ahí de pie, le hubiera sacado los ojos; pero no había nadie que me espicara. Las nubes cruzaban raudas el cielo, escondiendo y descubriendo la luna menguante.

Cogí el cuchillo de plata y me corté el brazo izquierdo, una, dos, tres veces. La sangre goteó en el cuenco, el escarlata parecía negro a la luz de la luna.

Añadí el polvo de la ampolla que llevaba colgada del cuello. Era un polvo marrón, hecho de hierbas secas y de la piel de un sapo determinado, y de ciertas cosas más. Espesaba la sangre, pero sin dejar que se coagulase.

Cogí las tres manzanas, una a una, y pinché las pieles con cuidado con mi alfiler de plata. Luego las puse en el cuenco y las dejé allí un rato mientras los primeros copos diminutos de nieve del año caían despacio sobre mi piel y sobre las manzanas y sobre la sangre.

Cuando el alba empezó a iluminar el cielo, me cubrí con el manto gris y cogí las manzanas rojas del cuenco, una a una, metiéndolas en la cesta con las pinzas de plata, teniendo cuidado de no tocarlas. No quedaba ni rastro de mi sangre ni del polvo marrón en el cuenco, nada excepto un residuo negro, como un verdín, en el interior.

Enterré el cuenco en la tierra. Entonces embellecí las manzanas con un conjuro

(como una vez, años antes, junto a un puente, me había embellecido a mí misma), para que fueran, sin ninguna duda, las manzanas más maravillosas del mundo, y para que el tono carmesí de su piel fuera del color cálido de la sangre fresca.

Me bajé la capucha del manto sobre la cara y me llevé cintas y bonitos adornos para el pelo, los puse encima de las manzanas en la cesta de junco y caminé sola por el bosque hasta que llegué a su morada: un precipicio alto de arenisca, surcado de cuevas profundas que se adentraban en la pared rocosa.

Había árboles y rocas grandes alrededor de la pared del precipicio, y caminé en silencio y con cuidado de árbol en árbol sin tocar ni una ramita ni una hoja caída. Al final encontré el lugar donde esconderme y esperé y vigilé.

Unas horas después, un puñado de enanos salieron arrastrándose del agujero de la cueva: hombrecitos feos, contrahechos y peludos, los antiguos habitantes de este país. Por aquel entonces casi nunca se les veía.

Desaparecieron en el bosque y ninguno me advirtió, aunque uno de ellos se detuvo a orinar contra la roca tras la cual estaba escondida.

Esperé. No salió ninguno más.

Fui a la entrada de la cueva y grité en su interior, con una voz cascada y vieja.

La cicatriz de mi monte de Venus latió con fuerza cuando ella vino hacia mí, saliendo de la oscuridad, desnuda y sola.

Tenía trece años, mi hijastra, y nada estropeaba la blancura perfecta de su piel, salvo la cicatriz amoratada de su pecho izquierdo, de donde le habían arrancado el corazón hacía tiempo.

El interior de sus muslos estaba manchado de una mugre húmeda y negra.

Me miró con ojos escrutadores, escondida como estaba bajo mi manto. Me miró con avidez.

—Cintas, buena mujer —dije con voz ronca—. Hermosas cintas para tu pelo...

Me sonrió y me hizo una señal para que me acercara. Un tirón; la cicatriz de mi mano me empujaba hacia ella. Hice lo que había planeado, pero mucho más deprisa de lo que había planeado: dejé caer la cesta y chillé como la vendedora ambulante vieja e insensible que fingía ser, y corrí.

Mi manto gris era del color del bosque, y corrí rápido; no me atrapó.

Volví al palacio.

No lo vi. Pero imaginemos a la chica que regresa, frustrada y hambrienta, a su cueva y encuentra mi cesta que ha caído al suelo.

¿Qué hizo?

Quiero creer que primero jugó con las cintas, se las enroscó en el cabello negro como el azabache, hizo un lazo con ellas alrededor del cuello pálido o de la cintura minúscula.

Y luego, curiosa, apartó el paño para ver qué más había en la cesta y vio las manzanas rojísimas.

Olían a manzanas frescas, por supuesto; y también olían a sangre. Y ella tenía

hambre. Me la imagino cogiendo una manzana, apretándola contra la mejilla, sintiendo la fría suavidad contra la piel.

Entonces, abrió la boca y la mordió...

Cuando llegué a mis aposentos, el corazón que colgaba de la viga del techo, junto a las manzanas y los jamones y los salchichones, había dejado de latir. Estaba allí colgado, silencioso, sin movimiento ni vida, y me sentí a salvo otra vez.

Aquel invierno las nieves fueron altas y profundas y tardaron en derretirse. Todos teníamos hambre cuando llegó la primavera.

La Feria de Primavera mejoró un poco aquel año. Los habitantes del bosque eran escasos, pero estaban allí, y había viajeros de las tierras del otro lado del bosque.

Vi a los hombrecitos peludos de la cueva del bosque comprando y regateando por pedazos de vidrio y trozos de cristal y de roca de cuarzo. Pagaban por el cristal con monedas de plata: el botín de los actos de mi hijastra, no tenía la menor duda. Cuando corrió el rumor de lo que estaban comprando, los vecinos del lugar volvieron a sus casas a toda prisa y regresaron con sus cristales de la suerte y, en algunos casos, con hojas enteras de vidrio.

Por un momento pensé en hacer que mataran a los hombrecitos, pero no lo hice. Mientras el corazón colgara silencioso e inmóvil y frío de la viga de mi aposento, yo estaba a salvo y también lo estaba la gente del bosque y, por lo tanto, con el tiempo, la gente de la ciudad.

Era el día en que cumplía veinticinco años, y mi hijastra se había comido la fruta envenenada hacía dos inviernos, cuando el príncipe vino a mi palacio. Era alto, muy alto, con ojos verdes y fríos y la tez morena de los habitantes del otro lado de las montañas.

Viajaba con un séquito pequeño: lo bastante grande para defenderle, lo bastante pequeño para que otro monarca —yo, por ejemplo— no le viera como una amenaza potencial.

Fui práctica: pensé en la alianza de nuestros países, pensé en un reino que se extendía desde los bosques hasta el mar al sur; pensé en mi amor barbudo de pelo dorado, muerto hacía ocho años; y, por la noche, fui a la habitación del príncipe.

No soy ninguna inocente, aunque mi difunto marido, que fue mi rey, realmente fue mi primer amante, digan lo que digan.

Al principio él parecía excitado. Me pidió que me quitara el vestido y que me pusiera delante de la ventana abierta, lejos del fuego, hasta que tuviera la piel helada. Luego me pidió que me echara de espaldas, con las manos juntas sobre el pecho, los ojos bien abiertos, pero mirando sólo las vigas de arriba. Me dijo que no me moviera y que respirase lo menos posible. Me imploró que no dijera nada. Me separó las piernas.

Fue entonces cuando me penetró.

Cuando el príncipe empezó a empujar dentro de mí, sentí cómo se me alzaban las caderas, sentí cómo empezaba a ajustarme a él, presión por presión, empujón por

empujón. Gemí. No lo pude evitar.

Su miembro viril salió de mí, deslizándose. Bajé la mano y lo toqué, una cosa diminuta y resbaladiza.

—Por favor —dijo en voz baja—. No debes ni moverte ni hablar. Simplemente yace ahí en las piedras, tan fría y tan hermosa.

Lo intenté, pero él había perdido la fuerza, fuera cual fuera, que le había hecho viril; y, poco después, abandoné su habitación, con el resonar de sus maldiciones y lamentos aún en mis oídos.

Se marchó a la mañana siguiente temprano, con todos sus hombres, y se internó en el bosque.

Me imagino su entrepierna, entonces, mientras cabalgaba, un nudo de frustración en la base de su virilidad. Me imagino sus labios pálidos apretados con tanta fuerza. Después, me imagino su pequeña comitiva recorriendo el bosque a caballo, encontrándose por fin con el túmulo de vidrio y cristal de mi hijastra. Tan pálida. Tan fría. Desnuda bajo el cristal y poco más que una niña, y muerta.

En mi fantasía, casi siento la dureza repentina de su virilidad dentro de sus pantalones, preveo la lujuria que se apoderó de él en aquel momento, las oraciones masculladas entre dientes agradeciendo su suerte. Me lo imagino negociando con los hombrecitos peludos, ofreciéndoles oro y especias por el hermoso cadáver de debajo del sepulcro de cristal.

¿Aceptaron su oro de buen grado? ¿O levantaron la vista y vieron a sus hombres a caballo, con sus espadas afiladas y sus lanzas, y se dieron cuenta de que no les quedaba otra alternativa?

No lo sé. No estaba allí; no estaba mirando en mi espejo. Sólo puedo imaginar...

Manos, que quitan los pedazos de cristal y de cuarzo de su cuerpo frío. Manos, que le acarician con dulzura la mejilla fría, que le mueven el brazo frío, que se regocijan al descubrir que el cadáver sigue fresco y maleable.

¿La tomó allí, delante de todos ellos? ¿O hizo que la llevaran a un rincón apartado antes de montarla?

No lo sé decir.

¿La sacudió para quitarle la manzana de la garganta? ¿O se le abrieron los ojos poco a poco mientras él embestía su cuerpo frío; se le abrió la boca, se le separaron los labios rojos, se le cerraron los dientes amarillos y afilados en el cuello moreno del príncipe, mientras la sangre, que es la vida, corría goteando por su garganta, llevándose el trozo de manzana, el mío, mi veneno?

Me lo imagino; no lo sé.

Lo que sí sé es esto: me desperté de noche por el corazón que volvía a latir y a palpar. Me cayeron gotas de sangre salada en la cara desde arriba. Me senté. La mano me ardía y palpitaba como si me hubiese golpeado la raíz del pulgar con una roca.

Alguien aporreó la puerta. Tenía miedo, pero soy una reina y no quería mostrar

temor. Abrí la puerta.

Primero entraron sus hombres en mi aposento y me rodearon, con sus espadas afiladas y sus largas lanzas.

Luego entró él; y me escupió a la cara.

Por último, entró ella en mi cuarto, como lo había hecho cuando me convertí en reina y ella era una niña de seis años. No había cambiado. No mucho.

Tiró del cordel del que colgaba su corazón. Quitó las serbas, una a una; quitó la cabeza de ajos, para entonces una cosa seca, después de tantos años; luego cogió lo que le pertenecía, su corazón bombeante —un corazoncito que no era mayor que el de una cabra o una osa—, mientras la sangre rebosaba y se derramaba por su mano.

Debía de tener las uñas tan afiladas como el cristal: se hendió el pecho con ellas, pasándolas por la cicatriz violeta. Su pecho se abrió, de repente, sin sangre. Lamió el corazón, una vez, mientras la sangre le corría por las manos, y se lo hundió en el pecho.

Vi cómo lo hacía. La vi cerrar la carne de su pecho otra vez. Vi cómo la cicatriz violeta empezaba a desvanecerse.

Por un momento su príncipe pareció preocupado, pero de todas maneras la rodeó con el brazo, y se quedaron allí, uno junto al otro, y esperaron.

Y ella siguió fría, la flor de la muerte permaneció en sus labios, y la lujuria del príncipe no disminuyó en ningún sentido.

Me dijeron que se casarían y que, en efecto, los reinos se unirían. Me dijeron que yo estaría con ellos el día de su boda.

Empieza a hacer calor aquí dentro.

Le han dicho cosas malas de mí a la gente; una pequeña verdad para añadir sabor al plato, pero mezclada con muchas mentiras.

Me ataron y me dejaron en una celda diminuta de piedra bajo el palacio, y me quedé allí todo el otoño. Hoy me han venido a buscar a la celda; me han despojado de mis andrajos y me han lavado la mugre y luego me han afeitado la cabeza y la entrepierna, y me han frotado la piel con grasa de oca.

Estaba nevando cuando me llevaban —dos hombres para cada mano, dos para cada pierna—, completamente expuesta, fría y con los brazos y piernas abiertos, entre la muchedumbre, en pleno invierno, para traerme a este horno.

Mi hijastra estaba allá con su príncipe. Me observaba, en mi humillación, pero no decía nada.

Cuando me metían dentro, burlándose y bromeando mientras lo hacían, he visto un copo de nieve que se posaba en la mejilla blanca de mi hijastra y se quedaba allí sin derretirse.

Han cerrado la puerta del horno detrás de mí. Cada vez hace más calor aquí dentro y fuera están cantando y gritando entusiasmados y golpeando las paredes del horno.

Ella no estaba riéndose ni burlándose ni hablando. No me ha mirado desdeñosa ni

se ha apartado. No obstante, me ha mirado; y por un momento me he visto reflejada en sus ojos.

No gritaré. No les daré esa satisfacción. Tendrán mi cuerpo, pero mi alma y mi historia son mías y morirán conmigo.

La grasa de oca empieza a derretirse y a brillar sobre mi piel. No haré ningún ruido. No pensaré más en esto.

En cambio, pensaré en el copo de nieve sobre su mejilla.

Pienso en su cabello negro como el carbón, sus labios, más rojos que la sangre, su piel, como blanca nieve.



NEIL GAIMAN (Protchester, Inglaterra, 1960). Es uno de los guionistas de comics más importantes de todos los tiempos gracias, sobre todo, a *The Sandman*, considerada la serie de historietas más importante de los 90. Otros de sus éxitos en el terreno de los comics son, *Casos violentos*, *Muerte*, *Mr. Punch* y el relato ilustrado *Stardust*.

Entre su creciente producción literaria destaca el best-seller *Buenos presagios*, escrito junto a Terry Pratchett, la recopilación *Humo y espejos* y su primera novela en solitario, *Neverwhere*, basada en la serie de televisión de la BBC creada por el propio autor.

Entre los galardones que ha recibido destacan cuatro premios Eisner de historieta, el premio Internacional Critics Horror a la mejor antología de terror y el propio World Fantasy a la mejor historia corta.

Colecciona libros, chaquetas de cuero negro y camisetas del mismo color. Le encantan los gatos y los ordenadores y vive en una inmensa y oscura mansión rodeada de bosques en algún sitio perdido de los Estados Unidos.

Notas

[1] Nicholas: nombre por el que se conoce a Santa Claus. (*N. de la T.*) <<

[2] Juego de palabras intraducible a nuestro idioma entre tres términos de fonética similar en inglés: *Bay Wolf* (Lobo de bahía), *Beowulf* y *Baywatch* (Los vigilantes de la playa). (N. de la T.) <<

[3] Colección de novelas rosa. (*N. de la T.*) <<

[4] Jack: Nombre que se le da al muñeco a resorte de una caja de sorpresas. (*N. de la T.*) <<

[5] El título en inglés es «Sons of Man» y hace un juego de palabras con el nombre del asesino en serie Charles Manson. (*N. de la T.*) <<

[6] Trucos e ilusiones. (*N. de la T.*) <<

[7] FDA: Food and Durg Administration. Administración de alimentos y medicamentos. (*N. de la T.*) <<

[8] Los restos del gentilismo y del judaísmo. (*N. de la T.*) <<

[9] Típico plato británico formado por pescado rebozado y patatas fritas. (*N. de la T.*)

<<

[10] Los *Public Schools* en Inglaterra son colegios privados. (N. de la T.) <<